

JUÁREZ





JUSTO SIERRA
JUÁREZ

**SU OBRA Y
SU TIEMPO**

MÉXICO

J. BALLESCÁ Y COMPAÑÍA

SUCESORES, EDITORES

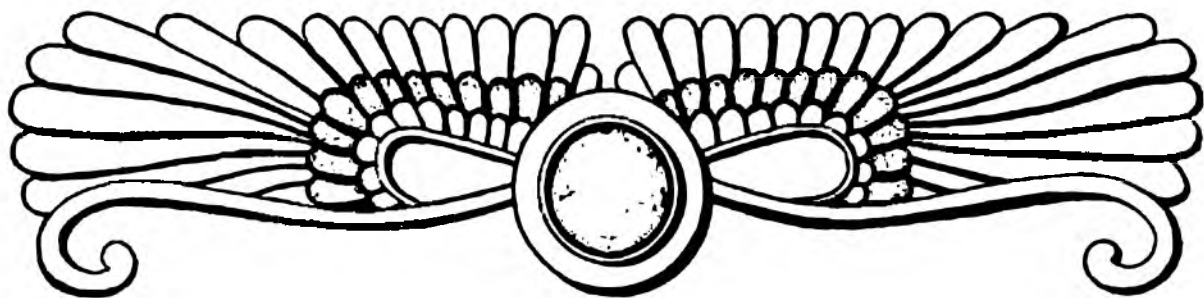
1905-1906

A la generación que llega:

«A nuestros jueces de mañana, á la posteridad que toca á nuestra puerta, á los que llegan en el último barco cargado de flores á la juventud y al amor, pero que, hombres muy pronto, y desde hoy testigos de nuestras luchas, de nuestros triunfos discutidos y de nuestros desmayos, nos pedirán cuenta de nuestra obra de historiadores y de mejicanos, consagro este libro escrito con profundo respeto á la verdad que alcanzo y con profunda devoción á la Patria. «La personalidad en torno de la cual esta obra ha cristalizado, como un día cristalizó la disuelta República, ha guardado el don de exhumar pasiones que parecen espectros de rencores muertos; acaso por su imperturbable actitud moral tan consonante con su fisonomía, tienta aún la irreverencia de los iconoclastas que aspiran sólo á la actitud de los apóstoles que derrumbaban ídolos, atribuyendo el carácter de idolatría á toda gran creencia popular. «Daga cada cual aquello que lo ponga de acuerdo con su conciencia. La mía me ha inspirado el afán de «limpiar del negror del humo», como decía Boracio, al gran representante de nuestro derecho en una época en que la República luchó para vivir y agonizó vencida, al gran indígena á cuya memoria la gratitud del país ha erigido un ara incommovible. «Y dedico esta labor á la Juventud, porque la vida de Juárez es una lección, una suprema lección de moral cívica. «Puedo engañarme, pero no sé engañar. Si este libro no fuese nacido de una sinceridad inmensa, no osaría consagrarlo á la generación que llega: sería como si presentase una frente manchada á los besos de mis

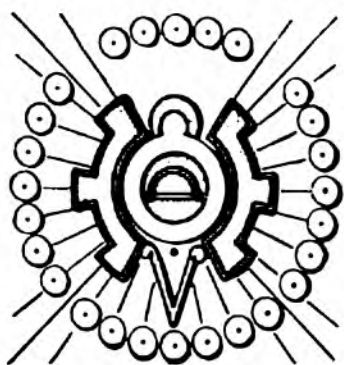
hijos.

J. S.



REFLEXIONES PREVIAS

I



EL PROFUNDO interés de estudios históricos del género de este que con gran temor abordo hoy y que probablemente tendré que rehacer en lo que de vida me quede, para acercarlo sin cesar á la verdad, consiste en su carácter psicológico. El desenvolvimiento de un alma primitiva que tiene por núcleo un carácter, que recibe color de los acontecimientos y tiende á reobrar sobre ellos, y con ellos se complica y transforma á su vez en acontecimiento determinante de series de sucesos cuya vibración se propaga indefinidamente en el tiempo, es un supremo espectáculo; no sé si hay otro igual para el espíritu; equivale al de la creación de un mundo, al del descubrimiento de una verdad fundamental. Es más interesante porque encierra más drama, porque apasiona más, porque intensifica más la vida.

☞ Pues si este drama toma las proporciones de una revolución histórica, si llega á servir de medida á la cantidad de influencia que puede la historia de un grupo humano tener en la de la humanidad, entonces resulta para el contemplador algo sorprendente y único.

☞ Tal es, lo digo ingenuamente, sin intención ni de formar ninguna convicción, ni de exaltar ningún entusiasmo, ni de anatematizar ningún odio, la impresión que me ha producido siempre la vida de Juárez.

☞ Ignacio Altamirano, el maestro de la generación á que pertenezco y que declina ya, refería cómo, durante la revolución de Ayutla, había aparecido, en el séquito del viejo general Don Juan Álvarez, un personaje insignificante, una especie de Cura de indios, decía Altamirano, cabalgando sin un solo movimiento de impaciencia ó cansancio, en una mula habituada á las asperezas y dobleces de la

montaña interminable que separa la costa, de Chilpancingo y Cuernavaca. Aquel señor, que frecuentemente hablaba con el general y á quien éste guardaba muchas consideraciones, era «el LICENCIADO JUÁREZ,»—decía el anciano cacique respondiendo á las preguntas de su secretario—«un excelente liberal desterrado por Santa Anna á los Estados Unidos, y que ha sido el mejor gobernador que los oajaqueños han tenido; lo aprecio y lo respeto mucho». Altamirano, indio también, pero ni impasible, ni sereno, ni mudo como el LICENCIADO ZAPOTECA, sino todo lo contrario, veía desde entonces con veneración é interés, aunque sin simpatía (nunca se la tuvo), á aquel hombre de tanto mérito y de tan pocas palabras para él, el exuberante; muy poco tiempo después, el LICENCIADO se encargaba, en Cuernavaca, del Ministerio de Justicia de la revolución triunfante. La Secretaría de Justicia y Negocios Eclesiásticos, bastante anodina hasta entonces, tornóse en manos de Juárez en el más importante de los Ministerios, fué el Ministerio político por excelencia, fué el de la supresión de los privilegios de las clases eclesiástica y militar; fué, bajo una fórmula sencilla, el encargado de definir LA REVOLUCIÓN, el que la convirtió en LA REFORMA.



☪ Juárez, como la inmensa mayoría de los liberales de su tiempo (y ése podía parecer el elemento irreductible de su alma, que en esto se identificaba con su raza), era un hombre de espíritu profundamente religioso; su religión era, inútil decirlo, la católica; en ella y bajo la forma de superstición, propia de su raza sometida y callada, había nacido; en esa forma había podido la religión conquistadora penetrar en cada alma indígena y arrojar de ella la creencia vieja, como arrojaban los misioneros al ídolo de la cima del TEOCALLI, manteniendo el prestigio del santuario derruido con sólo reemplazar por otro símbolo la deidad hecha pedazos y, en apariencia, muerta. Su educación acabó de cerrar su horizonte con la eterna decoración de todo despertar de alma en aquella época : contornos de iglesias vetustas, de macizos conventos, de pirámides de libros de teología, de siluetas de santos, de perfiles de doctores; todo lo que interceptaba la luz directa y aglomeraba en los intelectos masas frías de sombra y de noche.

☪ Esto no es pura retórica, es la impresión traducida en idioma plástico de una realidad positiva; los libros que se ponían en manos de los seminaristas no contenían más que proposiciones probadas por la autoridad de los Padres de la Iglesia ó comprobadas por las sutilezas de la lógica escolástica; el mundo real, las leyes del mundo real, en la enseñanza de entonces, estaban subordinadas á verdades puramente subjetivas, que se transmitían por infinitos ejercicios de memoria al espíritu y se resolvían, á la primera dificultad seria, por medio de inobjektibles proposiciones de fe. Todo esto convertía la educación en un mecanismo comprimente que atrofiaba las energías psíquicas intelectuales y sólo dejaba campo á la emoción, al sentimiento. El miedo al infierno, ó la aspiración al paraíso,

ó la admiración por los santos, ó el temor de los males de la vida, distribuidos á su arbitrio por la Providencia, llevaban de la mano al joven á las prácticas piadosas, á los ritos solemnes y pomposos, que pronto el hábito y la repetición inexpressiva y fría volvían monótonos, insignificantes, somnolentes, sólo propicios al escape del alma por las regiones imprecisas del ensueño.



Ⓒ Mas todo esto sólo es verdad á medias. Aunque no había acto de la vida, ni movimiento del espíritu, ni aspecto de la naturaleza, ni fenómeno de la conciencia que la religión no penetrase y explicase ó imantase orientándolo hacia ella, tiempo hacía que esta misma difusión que envolvía en una nébula tenue é impalpable todo lo creado, por su misma sutileza y tenuidad se había hecho más frágil, más fácilmente evaporable. En verdad que la Religión en la Nueva España estaba compuesta de un número infinito de religiones locales en apariencia unidas por creencias comunes, por dogmas primeros, en realidad reducidas á creencias en favores especiales de la divinidad á la localidad, y esto para la masa de la población era toda la moral, toda la religión, todo el dogma; así vivían las poblaciones precortesianas, así continuaron viviendo después de la independencia las poblaciones mejicanas, así hoy manteniendo cerrada lucha con la claridad resolvente que penetra por la ventana de la escuela. Los dogmas fundamentales, desde el de la unidad divina de las tres personas hasta el de la transubstanciación eucarística, no preocupaban á nadie; eran misterios; eran incomprensibles y sacratísimos; de ellos sólo se encargaba el sacerdote; mas las devociones á la Virgen aparecida ó á la Virgen favorecedora, ésas sí eran la forma casi total de la fe, generalmente exclusivista, celosa enemiga de las otras.

Ⓒ Bañados en esta atmósfera, aspirándola por todos los poros, saturados de ella, porque las moléculas que la componían eran unidades de almas de antepasados, los hombres que durante la formidable vibración producida por la Independencia entraron en la órbita del libro y de las ideas nuevas, tuvieron que hacer un esfuerzo, cuya energía apenas podemos concebir, para desligarse de las vendillas de momia que envolvían sus almas, ponerse frente á la vida del espíritu y no renegar ni apostatar, pero siquiera comprender.

Ⓒ Afortunadamente, las mallas tenían muchos nudos rotos y por las aberturas se escapaban las almas hacia los libres mares del pensamiento. La inmensa producción filosófica y anticristiana, predecesora de la Revolución que conflagró las postrimerías del siglo XVIII, apenas había penetrado en la monótona y sandia fortaleza escolástica en que se enclaustraba el intelecto mejicano que había dado pruebas brillantes (de emancipación no, pero sí de aptitud investigadora) en los planteles pedagógicos de la Compañía de Jesús; por regla general esta filtración de ideas radicalmente opuestas á las tenidas por incontrovertibles, en las bibliotecas y las aulas coloniales, fué al través de los libros flojos y sosos que las refutaban. Porque

hay que pensar en que contra el furioso ataque de los enciclopedistas, la Iglesia no se defendió, casi no se defendió, no respondió al llamado que sus terribles adversarios le hacían AL TRIBUNAL DE LA RAZÓN, según uno de los clisés más socorridos de la época. Después, en el período postnapoleónico, sobre todo, ha sido cuando la Iglesia ha acudido á todas las citas de sus enemigos y, con mejor ó peor suceso, aceptado todos los retos y bregado virilmente en todos los combates; hoy más que nunca. Esa efervescencia intelectual y científica en el campo eclesiástico, ha precedido siempre y preparado el momento de las transacciones definitivas con la ciencia humana.



☪ Consumada la Independencia y aun poco antes, desde la aclimatación de la franc-masonería en Méjico, los libros llegaron, y si no se leyó la Enciclopedia, sí, de seguro, el Diccionario Filosófico de Voltaire, un buen disolvente, mas no un reconstituyente. Una SELECCIÓN de emancipados flotó, pero vergonzante y tímida, en el haz de nuestra sociedad; la masa ignara la ocultaba, la tragaba. Porque hay que pensar en que el triunfo del PLAN DE IGUALA y el fin de la dominación española tuvieron por aleluya una exacerbación del sentimiento religioso, una inmensa efusión mística, un coro de bendiciones á la Providencia divina, y todos los discursos, todos los grandes documentos oficiales, todos los manifiestos del poder, de las asambleas, comenzaban por una tierna antifona, eran el TEDEUM de un pueblo que se sentía, que se creía libre.

☪ Cierto, el supremo jerarca de la Iglesia se había puesto del lado de España resueltamente y el Papa anatematizaba; la Patria mejicana nació excomulgada; después modificaron los pontífices su actitud, pero siempre fué desdeñosa, hasta que la necesidad los hizo inclinarse hacia nosotros y tender su mano á la joven nación para recoger el PATRONATO que hacía de los reyes de España los verdaderos jefes de la Iglesia hispano-americana y que nosotros pretendíamos heredar.

☪ Descansábamos en nuestras efusiones de amor; sin embargo, chocaba por extremo á los hombres ilustrados, á los hombres que leían, y ya leían muchos, que de un lado se nos negase el Patronato (y precisa confesar que la Iglesia estaba en su derecho) y por otro, que el FUERO eclesiástico, que constituía al clero en clase privilegiada, se mantuviese explícitamente por nuestras constituciones.

☪ Y se puede seguir paso á paso el laborioso proceso de la emancipación de los espíritus: ¡cuán trabajosa, cuán angustiosa, qué lenta! Romper con la fe, nunca; pero, ¿la tutela de la Iglesia era de fe? Se fundaron, al lado primero, y luego frente á los SEMINARIOS (en donde se habían aclimatado las primeras ideas de libertad filosófica, pero que en vista del peligro se habían recogido á la más negra é insípida rutina), ciertos centros ó institutos de enseñanza en donde el amor á la religión era la bandera, pero el amor á la Patria, á la total emancipación de la Patria, era el criterio más ó menos consciente. En esos INSTITUTOS solían darse enseñanzas, como las jurídicas, que no se acomodaban fácilmente en los seminarios,

y como la libertad de leer y discutir era la regla intelectual de la casa, con ó sin licencia de la autoridad doméstica, resultó que el espíritu rompió ahí sus ligas, que la idea reformista ahí se abrió paso rápidamente.



☪ Cuando sonó el año de 1833, la necesidad de la Reforma estaba en la conciencia de todos los laicos ilustrados y de no pocos sacerdotes; éstos por lo general se mostraron ardientes y más radicales; de ello el preclaro Dr. Mora es ejemplo. No llegaban á incluir en su programa LA LIBERTAD DE CULTOS, LA SEPARACIÓN DE LA IGLESIA Y EL ESTADO; pero se ve, se adivina que ése era el pensamiento recóndito de aquellos valientes, inexpertos si se quiere, que se agruparon en torno del vicepresidente Gómez Farías y que quisieron en rápida y revuelta brega suprimir el fuero eclesiástico, desamortizar la propiedad territorial yacente en manos del clero y sacudir el árbol secular de nuestras tradiciones políticas y sociales para hacer caer todas las ramas secas y sin vida, todos los frutos podridos. Era difícil, no pudo ser; el clero, para defenderse, no tuvo más que tocar en el hombro al ejército y éste comprendió que, á pesar de las frases halagadoras de los manifiestos de Gómez Farías, él era también una vieja institución de servidumbre y muerte, que quedaría sepultado, en su forma pretoriana, bajo los escombros de los conventos; y surgió el DEUS EX MACHINA de la tragedia lenta de nuestra historia, surgió Santa Anna, y la Reforma cayó.

☪ Pero se vió cuán serio y resuelto era el grupo de los emancipados, se vió la inmensa evolución verificada ya en el espíritu de una porción selecta. Y el partido liberal tuvo conciencia neta de su programa : era anti-católico, no había que forjarse ilusiones; bien claro lo significaba Zavala en su libro sobre nuestras revoluciones, pero Zavala estaba profundamente desacreditado y era, desde el asunto de Tejas, un excomulgado de la Patria. Los radicales querían y se esforzaban en disimular esta consecuencia inevitable de sus doctrinas : disidencia absoluta de las doctrinas del Pontífice. Por eso se formó bajo el partido radical el partido moderado, es decir, un partido liberal de gobierno que creía en la necesidad de realizar lentamente la Reforma haciendo entrar al tiempo en su obra, arrancando á Roma una serie de pequeñas concesiones que sumaran al cabo de un siglo una grande. Todos los hombres ilustrados pertenecían á esta comunión : los Couto, los Pesado, los Atristain, los Baranda, los de la Rosa, todos fueron liberales; este último ascendió al golpe de nuestras revueltas; los otros, amedrentados, se pusieron pronto al arrimo del campanario, tornáronse reaccionarios y formaron con Alamán, el gran LEADER conservador, el núcleo de la resistencia al espíritu reformista.

☪ Sí, todo ello era una cuestión religiosa y por ser una cuestión religiosa el partido liberal fué siempre una minoría, lo fué aun en la guerra definitiva de la Reforma; sólo la Intervención y el Imperio, dando al partido reactor la conciencia

absoluta de su impotencia irreparable, y agrupando, por instinto, la masa social en torno de la bandera republicana, pudieron transformar al partido liberal en partido nacional. Entre la gente, ya de pensamiento, ya de acción, puede decirse que no hay ahora un solo disidente, y la Iglesia, para readquirir en las almas el terreno perdido, abandona el viejo credo político que prohió, definió y sostuvo en gigantesca lucha.

☪ No son los hombres de pensamiento puro, por elevado, por trascendental que sea, los llamados á personificar estos momentos vertiginosamente acelerados de la evolución social (que son los únicos que merecen legítimamente el nombre de REVOLUCIONES); son los hombres que tienen como cualidad suprema el carácter, la inquebrantable voluntad; sin los Lerdo, sin los Ocampo, sin los Ramírez, las revoluciones no son posibles; sin los Juárez, no se hacen.

II

☪ Juárez entró en la vida pública en la época de la primera conmoción reformista que llegó al período álgido por los años de 32 y 33 del pasado siglo; los hombres de pensamiento ó de acción tenían que afiliarse en uno de los bandos contendientes; se trataba de una tentativa seria de transformación social; se emprendía asegurar definitivamente la supremacía de la autoridad civil en la República, condición precisa de la reorganización nacional. Los abogados, en su mayoría, se agruparon en torno de la bandera LAICA, sobre todo los jóvenes, los que se formaban ó acababan de formarse en los Institutos de los Estados, ó sorda ó resueltamente rivales de los Seminarios conciliares que, establecidos conforme á las prescripciones tridentinas (por eso se llamaban conciliares), habían entrado en auge desde la expulsión de los jesuitas. Así era en Oajaca.

☪ Cuando nosotros, los hombres de las transacciones políticas infinitas y no siempre confesables y nunca gloriosas, nos volvemos frecuentemente llenos de pedantesca suficiencia contra nuestros antepasados y, convirtiendo en armas nuestra ciencia libresca y lo que, gracias á ellos, nos enseña la historia, pronunciamos sentencias de muerte y anatemas contra su obra (procedimiento que la verdadera ciencia histórica rechaza hoy con todos sus conatos), haríamos bien en meditar sobre el estado social en que estos hombres encontraron al país, en lo que, siendo una pequeña minoría, tuvieron que derrumbar de creencias, de preocupaciones, de hábitos, de supersticiones, de falsas doctrinas que parecían verdades incontrovertibles porque en determinado momento lo habían sido; haríamos bien en aquilatar el doble trabajo titánico de abrir paso dentro de su propio espíritu al propósito de rechazar toda tutela que no fuese la de la razón y de escombrar y volver llano en la sociedad el camino agrio y escabroso que hoy recorreremos sin esfuerzo; entonces nos parecerían todas nuestras gárrulas frases vestidos arlequinescos con armazones de carrizo; todas nuestras enfáticas sentencias, cómicamente graves.

De todo ello la posteridad no recogerá sino un poco de papel y un poco de tristeza, porque nos comparará y nos hallará pequeños al lado de los fundadores, de los iniciadores, de los batalladores, de los realizadores de la transformación social de Méjico.

⊕ Lo que nunca querrá decir que, convencidos de que es injusto y necio empinarnos sobre nuestra ventaja de ser posteriores á ellos para imputarles los errores como faltas y sindicarlos de criminales, prescindamos de examinar, de analizar, de depurar sus actos, para explicárnoslos mejor, para darnos cuenta de nuestro respeto y admirar los caracteres y los intelectos : ó prodigios del genio ó milagros de la voluntad pocas veces unidos en dosis equivalentes.

⊕ Ni idólatras, ni iconoclastas. Hombres libres, pero hombres de gratitud, hombres de patria. Éste debe ser nuestro programa, éste es.



⊕ Cuando la Nación Mejicana dejó de ser la Nueva España, no dejó de ser colonial; el vínculo roto se retrajo, se contrajo y el gobierno dejó de ser exterior, pero la organización fué la misma, tenía que ser la misma. Y como los virreyes, en contacto con la Audiencia que podía limitar su acción política y con la Iglesia que podía nulificar su acción social, gozaban de un poder negligente y habitualmente arbitrario y omnímodo, del tipo patriarcal siempre usado por los monarcas españoles con sus colonias, este tipo fué el que tendió constantemente á rehacerse en la nueva nación, y era el genuino; todo lo demás parecía facticio, forzado.

⊕ Elementos perdurables contribuían á esta tendencia : la masa de la población (si hoy, en su mayoría mezclada, indígena entonces) yacía como antaño en el fondo de su pantano de superstición, de alcoholismo (mucho menos intoxicada que ahora, sin embargo), de servidumbre industrial y doméstica. Estaba, como siempre, como ahora en buena parte todavía, explotada por el cura y el amo rural, sin tasa y sin más cortapisa que el miedo al leguleyo promotor de litigios y procesos que apasionaban á los rústicos y pasaban alguna vez de generación en generación; estos leguleyos pululaban desde la Independencia, y con su ignorancia, su mala fe, su espíritu de CHANTAGE, como hoy diríamos, mortificaban al SEÑOR de las masas serviles, le movían la mesa en que durante tres siglos (y más allá y más acá) se había regalado con el opíparo banquete del trabajo ajeno, y creaban instintos de emancipación fomentados por el amor á la tierra, pasión instintiva, pero indómita, de los labriegos aborígenes.

⊕ De esta masa humana, gracias á la interrupción de la absoluta paz colonial y luego á la aclimatación de la guerra civil, los despotismos nacionales y los cacicazgos sacaron sus ejércitos, poniendo así en circulación y desamortizando por medio de la sangre, la faena bélica y la muerte, á una porción no corta de esa masa; selección artificial, sangrienta y cruel, la selección de la LEVA. Pero el grupo SELECCIONADO de esta guisa no podía apoyar á nadie, porque estaba á merced de todos;

sólo deseaba en sus íntimos anhelos su paz, su terruño, su santuario, el cirio para su santo y el pulque de todos los días y la borrachera de todos los lunes. Equivale á decir que el gobierno paterno y sin trabas, como el de Dios, es decir, como el de la Iglesia, era su inconsciente ideal.

Ⓒ Como observó bien uno de nuestros más conspicuos publicistas setenta años ha, la revolución de independencia fué social porque destruyó completamente los privilegios y funciones meramente decorativos en verdad que en la Nueva España tenía la nobleza colonial; uno que otro título conservó la costumbre; luego aun ésta se olvidó y pronto la aristocracia criolla se fundió en la burguesía de donde salió y en la que ni sobraba ni hacía falta. Pero, sigue observando el Dr. Mora, extinguida sin esfuerzo la nobleza, sobrevivió y se organizó mejor la CLASE, las clases, queremos decir, IN CAPITE el clero y á seguida la milicia y la burocracia. Estas clases no aspiran á la RENOVACIÓN; odian, por tanto, la INNOVACIÓN, y pues que son privilegiadas, desean ser inconvencibles y pesan con un peso de montaña de plomo sobre todo latido de reforma, sobre todo anhelo de cambio.

Ⓒ Estas clases, me refiero sobre todo al clero y al ejército, formaban islas de fierro en medio de la embrionaria unidad nacional, cuyo desenvolvimiento estorbaban é impedían. Todo cuanto hemos dicho en los comienzos de este preliminar explica la dominación social del clero; el alma mejicana estaba hecha de sentimiento religioso, de superstición, de temor infantil á la intervención incesante de la Providencia mezclada á todos nuestros actos, y al diablo y las penas eternas; sobre todo, era un hábito indestructible, era un pliegue, como se dice, el pliegue más profundo de nuestro espíritu. Toda la jerarquía clerical erguida sobre esta base dominaba á la sociedad, como á las ciudades y las aldeas los campanarios de las iglesias. La ley posterior á la Independencia, la constitución misma del país, confirmó los privilegios, los FUEROS, que eran la defensa exterior, digámoslo así, de la clase; al clérigo sólo la Iglesia podía juzgarlo; defensa formidable, verdadera solución de continuidad en el organismo nacional inconvencible.

Ⓒ La otra clase, la militar, tenía igual privilegio, era otra excepción. La clase militar no existía, en realidad, antes de la Independencia; once años de lucha crearon y revelaron las aptitudes militares de los mejicanos; pacientes hasta lo infinito, sin apego colectivo á LOS PRINCIPIOS, como decía la retórica de entonces, sin ideales, adoradores del valor personal, capaces de tenerlo en grado heroico si sus jefes les daban el ejemplo, con un coeficiente de sumisión á las privaciones verdaderamente pasmoso, aptos para contraer hábitos de disciplina á la larga, pero insensibles al influjo de este sentimiento subjetivo, de esa misteriosa y constante sugestión de la conciencia militar que se impone aun contra la seguridad de quedar impune; eran, en cambio, por extremo accesibles al miedo del reglamento exteriorizado en el consejo de guerra, en el calabozo del presidio, en el maltrato generalmente brutal y cruel del oficial, en la ordenanza siempre aplicada sin equidad. Y acontecía que el noventa por ciento de los oficiales que se pronunciaban lograba el ascenso, y el noventa por ciento de los soldados que desertaban iba al presidio, á la muerte á veces.

Ⓒ Lo repetimos, este soldado se disciplinaba difícilmente, aun cuando lo contra-

rio afirmen en sus apologías saturadas de adulación descaradamente interesada los jefes del poder, cuando como solía eran generales. Y era natural, el soldado mejicano era espontáneamente guerrillero, lo era por el instinto atávico de su abuelo el azteca, el mixteca y el chichimeca combatiente y nómada en su horda, en su errante tribu; esto cuando era indígena. Si era mestizo, entonces la herencia del perpetuo guerrillero de los siglos de la reconquista se conjugaba con las propensiones del aborígen; de todo ello resultó el repentino y ó feroz ó caballescico guerrillero que pululó en nuestras tierras durante la lucha de independéncia y que hombres como Morelos, como el guerrillero español Mina, como Guerrero, al fin, lograron avenir, precariamente, es cierto, con el orden severo y fuerte de un ejército organizado.

☪ El ejército organizado, PERMANENTE, se formó también en la lucha de Independéncia; lo formaron los españoles con elementos de la Colonia y de la Metrópoli; combatió á los insurgentes muy frecuentemente á las órdenes de oficiales mejicanos como Iturbide, Bustamante, Santa Anna, Herrera, Arista, todos jefes de la nueva nación luego. El ejército libertador, EL TRIGARANTE, cuyos laureles, más empolvados que cruentos, entretejió con flores el entusiasmo del pueblo el 27 de Septiembre de 1821, fué el núcleo y fundamento de la clase militar. Se le fueron adhiriendo con viejos elementos españoles, que ya poseía, los que se habían definitivamente militarizado en la lucha intermitente pero crónica en que el país había vivido desde 1821.



☪ La lucha con el clero era principalmente social; privarlo de la situación privilegiada en que había vivido, no era más que el prólogo de las grandes medidas económicas por cuya virtud al volver á la vida la inmensa propiedad territorial amortizada en sus manos, transformarían la fortuna pública é influirían pronto ó tarde en la suerte del país. Y claro es que la Iglesia para defenderse habría de vestirse de pontifical y esgrimir la cruz y menear el anatema, pretendiendo que todo se hacía para derribar LA RELIGIÓN DE CRISTO. El grito de RELIGIÓN Y FUEROS contestó á las primeras empresas reformistas de los hombres del 33; y una causa fué desde entonces inseparable de la otra.

☪ Por eso nos hemos parado en hacer comprensible el esfuerzo interior que los mayores de Juárez tenían que hacer para aprestarse á la lucha; ellos, todo eran sentimiento religioso, y su empresa, toda de muerte para la Iglesia, según sus jerarcas proclamaban. «Estos hombres», decía un presidente del Congreso por los años de 1834 ó 35, «han querido arrancar la unidad á la Iglesia, la Iglesia á la Nación, y á los mejicanos el sacerdocio, la religión y el cielo.»

☪ La lucha con el ejército era principalmente política; un poder en el centro disponiendo del ejército permanente acabaría de seguro por imponerse á los Estados, débiles en su mayor parte, ó necesitados del auxilio federal para ayudarlos contra las depredaciones de los salvajes de las fronteras, ó desgarrados por bandos

que se disputaban ó el poder ó las arcas públicas y uno de los cuales buscaba siempre el arrimo de la fuerza federal. Ahora bien, la Federación, facticia como era y nacida á la sombra no de necesidades, sino de ambiciones y codicias locales, había echado raíces en los intereses, en los presupuestos de los Estados; había creado una burocracia provincial, celosa, ávida y exclusivista como suelen serlo las de este jaez; todo esto se habla complicado con el odio de los liberales al ejército, á quien culpaban de la perenne bancarrota del Erario, del perpetuo DÉFICIT, de las gabelas opresoras (Dr. Mora), de las asonadas, de los cuartelazos y pronunciamientos bautizados con el título pomposo de REVOLUCIONES. La consecuencia era clara como el día : había que armar á los Estados, que convertir las guardias nacionales en una suerte de ejército cívico que pudiera sobreponerse al permanente, había que despojar á éste de sus fueros, había que reducirlo al orden sometiéndolo á los tribunales ordinarios. De este programa iba á resultar fatalmente la alianza de las clases privilegiadas; harían causa común.

III

☛ Y así fué; por eso LIBERALISMO y FEDERALISMO fueron sinónimos, por eso todo EL PARTIDO DEL PROGRESO, como se apellidaba en el 33, fué acérrimo federalista. El estado de la República era por intermitencias una paz armada; lo que era crónico era la guerra civil.

☛ Los escritores liberales han abominado del ejército; él era el autor de todos los males : egoísmo brutal, ambición de los jefes, avidez de los subalternos, sumisión sin alma de los hijos de la leva, entrecortada por sobresaltos de indisciplina homicida; vicios infinitos, porque la educación para eso era, para el vicio, para la prostitución descompuesta en todos los colores del espectro. Y los liberales tenían razón.

☛ Los reaccionarios decían : «sí, pero ese ejército devorador ha sido necesario; si se hubiera suprimido... se habría formado otro igual á los diez años; porque era necesario, porque los pequeños ejércitos locales (guardias cívicas nacionales) habrían formado el ejército obligado de las coaliciones hechas y deshechas sin cesar entre los Estados grandes para subalternarse á los pequeños, entre muchos para acorralar y desbaratar el Centro; tal habría sido esa anarquía permanentemente renovada, como el Fénix; tornaríá á nacer de sus cenizas».

☛ Además, nacimos y crecimos con la espada de Damocles colgada sobre nuestra cabeza. La guerra de Independencia se tornó, al día siguiente del triunfo, en guerra con España, y no una guerra platónica, sino siempre amenazadora, alguna vez algo más, alguna vez invasora; ni la caída de San Juan de Ulúa en nuestro poder, ni la capitulación de Barradas terminaron, sino que por el contrario exacerbaron los rencores, los prolongaron hasta hacerlos parte, digámoslo así, de la sensibilidad nacional; los tornaron odios. Y todavía se ven trazas intensas de ese

mal en discursos, folletos y hasta libros, que sólo son síntomas de atavismo, pero excesivamente curiosos. Las expulsiones de españoles marcaban bien el carácter semiferoz que pretendíamos dar á la lucha, de la que, estábamos seguros, saldríamos vencedores, porque al odio uníamos el desprecio.

☪ Pero para cualquier emergencia necesitábamos un ejército, y listo para el combate; á compás de las guerras civiles, único modo de vivir para un grupo armado que no combatía con el extranjero, sino virtualmente, el ejército se hacía y se deshacía; cada gran oleada de REVOLUCIÓN formaba un gran penacho de espuma de generales, de oficiales, que ó despojaban á los otros que pasaban á la perenne conspiración de LOS DEPÓSITOS, ó se sumaban á ellos y se prorrataban como botín de combate un gran trozo del presupuesto moribundo.

☪ Pasado el peligro de la guerra con España, cuando esta monarquía nos reconoció y nos trató como si fuésemos hijos pródigos volviendo al abandonado solar, surgió la grave complicación de Tejas. Un ejército allá; luego el Presidente en persona (Santa Anna) y el desastre tras una calaverada militar del General en jefe que solía unir al magín de Don Quijote el corazón de Sancho.

☪ A seguida, la complicación con los franceses de Luis Felipe. La burguesía que entonces mandaba en Francia nos disparó sus buques y un ULTIMÁTUM que por singularísimo modo resultó el capítulo primero de larga negociación, seca y sin generosidad y sin justicia. Aquí cosechamos una humillación, y la resurrección moral (¿moral?) de Santa Anna. Luego nuestro ejército hizo un cambio de frente y siguió mirando hacia el Norte, nuestra obsesión, nuestra pesadilla. Rumbo hacia allá, á reducir la provincia rebelde (que en realidad no perteneció nunca á la patria mejicana con el alma y que, roto por Méjico el pacto federal, estaba en su derecho de separarse), rumbo hacia allá iban los ejércitos. Y ó retrocedían á la guerra de Yucatán, que habla proclamado también su autonomía, para tener aranceles propios y no dar sus contingentes, guerra que fué otro desastre; ó á derrocar á Bustamante, á derrocar á Santa Anna, á derrocar á Herrera, á derrocar á Paredes, á derrocar á cualquiera. Epílogo trágico, la guerra con los invasores norteamericanos.

☪ Así es que nunca pudo dejar de haber un ejército; era una plaga indispensable. Plaga, no porque fuera un ejército, sino porque era ESE ejército. ¡Pobres abuelos nuestros! ¡Con qué terribles problemas, con qué ANANKÉS, como decía por aquellos tiempos M. Víctor Hugo, tenían que luchar! La República se debatía bajo una fatalidad siniestra é implacable como la Némesis antigua. ¡Y cuán imbéciles somos sus nietos insultándolos con nuestra ironía irreverente cuando, por lo que se palpa, hubiéramos sido incapaces quizás de la centésima parte del esfuerzo que ellos necesitaron para vivir siquiera, para tratar (nunca dejaron de intentarlo) de hacer el orden en el caos, de mantener un imperfecto y angustioso, pero positivo CONTROL del parlamento sobre la administración, de apretar contra su pecho, enlodada, ensangrentada y desgarrada, pero nuestra, la bandera de la Patria. ¡Pobres abuelos!



☪ El estribillo era incesante, era casi la fórmula oficial de toda comunicación con lo que se llamaba pomposamente **EL PUEBLO MEXICANO**; ese estribillo se componía de tres frases, sin contar la piadosa deprecación á la Providencia reguladora de las sociedades : la primera se dirigía á preconizar la necesidad de reorganizar la hacienda (todos se olvidaban del «dadme buena política y os daré buenas finanzas» del barón Louis); la segunda proclamaba la reorganización del ejército; la tercera, la guerra á los tejanos.

☪ ¡Disciplinar el ejército! ¡Qué empresa! De romanos propiamente. Era indisciplinable. El comandante general que quería ser Presidente sobornaba al general que quería ser un Valencia, un Tornel, un Paredes, un Salas; el general seducía al coronel, que conquistaba á la oficialidad del batallón, y el oficial se ponía de acuerdo con los sargentos, que, esos, si no contaban con el batallón, lo mandaban. Y esto era el pan de cada día. El comandante general aspiraba á los sueldos, el general á fundar un cacicazgo, el coronel que jugaba los haberes del soldado á borrar sus dilapidaciones con la esponja sanguinolenta del pronunciamiento; los oficiales querían ser coroneles; los sargentos eran los amos verdaderos en el batallón. El batallón cada vez que podía desertaba por grupos, ó asaltaba y robaba y asesinaba y violaba en las poblaciones, en las que lo mismo hacían el apache en las fronteras del Norte y el salteador en las poblaciones indefensas que acababan por aceptar el terrible patrocinio de los bandidos, que, al cabo, lo mismo eran los representantes del orden.

☪ Formar ejércitos de cívicos, destruir con ellos el ejército histórico, rehacer sus condiciones morales, pagarlo, sofrenarlo, levantar un ideal ante él, forjarlo en una gran guerra de principios, no de Santannas, no de Paredes, eso era lo que había que hacer, eso se hizo, eso hizo casi Juárez. Lejana estaba el día.

☪ Se llegó á la noción clara de esta situación. Después del singularísimo levantamiento del 6 de Diciembre de 1844 (porque fué un verdadero esfuerzo de la parte sensata de las masas para sobreponerse á la fuerza armada y restablecer el gobierno representativo), Don Luis de la Rosa, un liberal de gran moderación, de gran ilustración y de gran conciencia, decía respondiendo al Presidente Herrera: «Tan profunda llegó á ser la división introducida por la tiranía entre el ejército y el pueblo, que la existencia de uno y otro llegó á hacerse incompatible con la libertad del país y la estabilidad de las instituciones».

IV

☪ Para los pensadores, en los años que sucedieron á la Independencia, nuestro porvenir, á pesar de las perturbaciones consecutivas á la inexperiencia política, á la **INFANCIA DE LA NACIÓN**, como se declamaba, aparecía color de rosa. Pero (hablo de los pensadores) **NO INCONDICIONALMENTE** color de rosa. Un libro que pinta á maravilla este estado de ánimo es el «Méjico Independiente» de Don Tadeo Or-

tiz; este libro era el VADE MECUM de Juárez; muy racional, muy liberal (no hacemos hoy libros de esa importancia), muy fiado en la naturaleza pródiga y en las energías vitales de su Patria, la obra de Ortiz era optimista, pero sin poner en duda la necesidad de un esfuerzo gigantesco para poder explotar y aprovechar LOS DONES DE LA NATURALEZA; SUS CONSEJOS, SUS PROYECTOS, SUS PLANES de organización de la República en todos los ramos administrativos; su programa de desazolve de las fuentes de la riqueza pública, apelando á comparaciones con otros países, es verdaderamente cuerdo y profundamente liberal y previsor. Y, por lo demás, todos los documentos oficiales cantan á porfía el himno de la confianza, de la esperanza y de la bienandanza. Un idilio era este, el idilio de las bodas de Méjico con el porvenir.

☪ Pronto cambió la perspectiva; pronto cambió el tono de los panegíricos; pronto se palpó la realidad, y cuando la guerra civil señoreó definitivamente las comarcas mejicanas, cada vez que alzaba la voz el gobierno era para cantar un salmo de muerte, un MISERERE : «Tenga piedad de nosotros el Dios de la infinita misericordia». La paz no puede restablecerse, la hacienda no puede organizarse, la administración no puede funcionar; ésta es la substancia de los documentos oficiales y periodísticos de todo el segundo tercio del siglo XIX en Méjico.

☪ Lo que asombra es que aquellos hombres no hayan perdido toda fe, toda esperanza, toda voluntad; aquello no era un combate con los sucesos humanos, era una brega con lo imposible, era el desfiladero del Hacha que diseña Polibio, que Flaubert inmortalmente pintó. Todos en el fondo de un abismo, sin hacienda posible, sin progreso posible, sin libertad, sin vida; cuando intentábamos escapar por la brecha de la guerra extranjera, llevábamos como estandarte de unión de nuestras huestes hambrientas y desnudas, no la enseña de la Patria, sino un silencio inmenso y trágico que decía : «Justicia». Mas justicia pedida á los hombres era inútil; las naciones creían que la obra norte-americana era obra de civilización. ¿Justicia pedida al cielo? El silencio del cielo fué inmenso y trágico como el nuestro; no hubo remedio, los elefantes de Hamílcar nos aplastaron, nos trituraron; mutilados y ensangrentados, sobrevivimos.

☪ ¿Para qué? Quienes nos codiciaban con monstruoso apetito crecían y crecían; sus mandíbulas de acero eran formidables; nada inquebrantable había para ellas. Y nosotros nos debilitábamos cada día más; ó la inexplicable tiranía de uno, ó la guerra civil en permanencia; entre los cuernos de este siniestro dilema agonizábamos despacio, no muy despacio.

V

☪ La gran excusa de la sangre derramada en nuestras guerras civiles para la minoría que buscó y quiso y realizó la Reforma, consiste en que vió claro que no habría progreso ya definitivo, ni orden ya orgánico, sino cuando la suprema cues-

ción económica estuviese resuelta. Planes revolucionarios saturados de promesas de felicidad, de protestas de honradez, de seguridades de orden; constituciones exornadas de fórmulas que consagraban los derechos del pueblo, las garantías de los ciudadanos y los deberes de los gobernantes en relación con la libertad de los gobernados, eran clamores vanos. Lo que se imponía con la elocuencia amarga de la realidad era la situación de nuestras finanzas, precaria, cada día más precaria; era la bancarrota erigida en sistema, la insoportable tiranía del fisco como recurso normal, no para nivelar presupuestos que, frecuentemente, y aunque los congresos funcionasen, no existían, sino para subvenir á los gastos sin los que hasta la miseria habría sido imposible. Las convulsiones políticas se desenlazaban siempre con préstamos forzosos, hasta que llegaba la LIQUIDACIÓN obligada del pronunciamiento, de la REVOLUCIÓN triunfante y el DA CAPO de aquella lúgubre y mezquina tragedia. Y, cierto, los documentos oficiales decían todo esto y con expresiones á veces que, todavía, producen una sensación dolorosa, y hablaban vagamente de los remedios; los remedios eran frases, teorías, nada; no había remedio.



☞ ¿Qué remedio podía haber? El mejicano estaba habituado desde el tiempo colonial á trabajar como siervo para el señor en los campos y en las minas ó en la domesticidad urbana, ó en otra especie de domesticidad constituída por el clero inferior que inundaba las parroquias pobres, los seminarios, los conventos, y por los seglares que poblaban los bajos escalones de la burocracia infinitamente rutinaria del gobierno virreinal. No era todo ciertamente; había los ricos que explotaban todo esto y que á su vez eran explotados por el gobierno; había las clases educadas, los profesionales, los abogados, sobre todo, que á todo aspiraban. La industria, la agricultura, el comercio tenían casi siempre las riendas en manos de españoles.

☞ Después de la Independencia, cortada nuestra única comunicación comercial con el mundo, sin tiempo para abrir vías nuevas, escondidos los capitales ó deshechos, no había más que un negocio aleatorio y que atraía como el juego, la verdadera pasión del criollo : ese negocio era LA MINERÍA, la gran lotería del subsuelo rico en bonanzas imprevistas, en premios que eran fortunas, en desengaños que eran desastres. Y el PRESUPUESTO.

☞ Al presupuesto acudieron todos; fué ésa la industria por excelencia de los mejicanos, la sola, puede decirse, que estaba al alcance de cuantos componían el país vivo; el Estado era el empresario; el contribuyente, la materia explotable; la contribución era el rendimiento; el sueldo, el dividendo. Y para tomar parte en esta empresa no se necesitaba ni aptitud ni competencia; bastaban LAS RECOMENDACIONES.

☞ Reorganizóse, no con forma diversa, aunque con distintos elementos, la burocracia colonial; creció infinitamente; la Federación la hizo popular. Y donde

quiera se creaban focos burocráticos al arrimo de todos los gobiernos, á la sombra de todos los cacicazgos; había aparecido más fuerte y vigoroso que antes para chupar la savia del nuevo retoño del viejo árbol el empleado hongo que, venenoso ó no, lo invadió todo. Pronto el mejicano dejó caer de las manos negligentes la dirección de la industria, del comercio, de la agricultura, de la minería; si algo conservó, lo conservó para disminuirlo ó mantenerlo dormido y casi muerto. La expulsión de los españoles parecía que iba á dejar campo y capitales para los mejicanos; nada de eso. Los valores muebles huyeron y los inmuebles no realizados quedaron yacentes ó tragados por LA MANO MUERTA. No había más que el Presupuesto, que quería decir empleo, pensión ó gratificación para unos; agio, lucro usurario, explotación implacable para los menos. Y entre el hambre de los unos y la codicia de los otros, el erario quedaba distribuído y el déficit crecía y se multiplicaba. Los acreedores extranjeros no permitían este DESORDEN NORMAL de cosas; la deuda inglesa, nacida de un programa político que censura Mora, pero que era muy justo y necesario (el de ligar á los ingleses con nosotros, con nuestra independencia y nuestro progreso por medio del interés); la deuda inglesa crecía sin cesar, por la capitalización de intereses, por la imposibilidad de amortizar el capital. Y este inmenso monolito de amenaza erigido en nuestro horizonte marino proyectaba una gran sombra sobre el cuadrante en que se marcaban las horas tristes de nuestra vida nacional, tristes desde un lustro después de la Independencia. Y, sin embargo, no iban á ser los ingleses, nuestros legítimos acreedores, los que pondrían la mano armada sobre nosotros; fueron quienes apenas lo eran, fueron los franceses, quienes perpetraron la violencia; fueron los que sólo dudosa ó dolosamente lo eran, los españoles, quienes habían de erigir el amago en sistema diplomático para tratar con nosotros. ¡Y los americanos! Esos venían, se escuchaban sus pisadas en Tejas.

☉ El presupuesto fué, pues, el RANCHO del famélico ejército civil. Pero había otra terrible institución de presa que lo quería para sí, que lo iba á disputar á la burocracia en todos los rincones de nuestra historia, que puede llamarse un armisticio permanente entre el empleado y el soldado; esa institución era el otro ejército, el armado, cuya substancia era una porción de la clase que ha servido de carne de cañón en nuestras revueltas, forzada á la guerra por el abuso y armada del abuso á su vez. Era el abuso, la expoliación, la fuerza reglamentados... Sin embargo, se le ha calumniado bastante; partiendo del hecho que acabamos de apuntar (un ejército formado por la leva, armado de la facultad ilimitada de oprimir y dirigido por hombres de favor casi siempre y casi nunca de conciencia), partiendo de allí, se ha inferido un anatema absoluto, pontifical, digámoslo así, por un procedimiento que consiste en hacer cabalgar unas metáforas sobre otras en interminables series hasta llegar, á fuerza de hinchar la verdad, á su deformación trágica.

☉ Justo es repensar que si el ejército fué un instrumento, era una necesidad suprema aquí, ya lo dijimos, y que, instrumento casi inconsciente, lo ha sido en todas partes. El ejército inmediatamente que tenía un cuerpo de oficiales escogidos y probos (los hubo) en alguna de sus secciones, quedaba, por la disciplina y la

docilidad y el valor del soldado, súbitamente moralizado; de esto hubo no pocos ejemplos. Cuando sus jefes promovían las asonadas y revueltas, el ejército seguía á sus jefes; cuando era preciso aplastar á los revoltosos, el ejército los aplastaba. Tantas veces perturbó el orden público como lo restableció. Los jefes, dominados por la idea de que todo mejoraría con un cambio, y MEJORARÍA significaba tanto como HABRÁ QUE COMER, EL PRESUPUESTO DARÁ DE SÍ, no se fijaban, ó casi no, en que el pretexto del pronunciamiento fuese LA LIBERTAD ó LOS FUEROS; el asunto era cambiar para comer mejor; á veces, para comer nada más. Entonces se cambiaba LA CONSTITUCIÓN : la del 24 en 1835 por la centralista de «Las Siete Leyes»; en 1842 para sustituirla con «Las Bases Orgánicas»; ésta en 46 para restablecer la Constitución federal, y ésta en 52 para dar el triunfo á una anarquía preñada de dictadura. Después, un gran levantamiento del país trajo la Constitución actual; de ella, protesta ardiente contra el ejército privilegiado, nació el ejército nuevo. ¶ El ejército no sólo hacía y deshacía constituciones, sino presidentes, y para lograr esto promovía esotro. Todo ejército permanente estará en manos de su jefe, mientras el prestigio de un gran sentimiento no neutralice el prestigio de un gran renombre. El oficial Davout, el futuro duque de Auerstaedt, encarándose con su compañía á Dumouriez que la invitaba á marchar contra París y diciéndole «Mi general, es Ud. un traidor», es ejemplo de estas transformaciones súbitas. Pero son raras. La verdad es que todo cesarismo se apoya en la incondicionalidad de la devoción al jefe. Durante seis ó siete lustros, Santa Anna fué dueño del ejército nacional; los partidos, la nación le fueron infieles y más lo fué él; pero no el ejército; tenía que amar á su caudillo; en zig-zag, digámoslo así, mas siempre iba hacia él, siempre caía en sus brazos, en sus lujos ostentosos, en sus batallones de parada, en sus proclamas de un romanticismo churrigueresco que cantaban al oído del soldado su absurda y deliciosa fanfarria y, valga la frase, en sus plumeros, sus alamares de oro, sus condecoraciones de Guadalupe y sus grandes revistas y sus campañas casi siempre terminadas en vergüenzas y derrotas, pero de las que renacía como el Fénix, porque tenía un magnetismo personal, el don de mandar, de hacerse de amigos con una frase, de crearse devociones hasta la muerte con la mitad de un favor, con el bosquejo de una preferencia.



¶ Esta situación era, pues, un inexorable FATUM para nuestra cultura; no había gobierno civil posible, porque el ejército quería para sus labios, siempre sedientos, toda la leche de las ubres fiscales. Y de hecho no hubo más que soldados en la presidencia, hasta Juárez. Vice-presidentes como Gómez Farfás, que apenas tuvo tiempo de romper uno que otro dique para abrir camino al torrente fecundante de la Reforma; como Peña y Peña y Ceballos, que pasaron rápidamente por el poder, ó algunos otros accidentales, Corro, Alamán, Vélez... No hemos tenido, antes de Juárez, presidentes civiles; medio civiles, algunos militares probos : Victoria, Bustamante, Herrera (un Cincinato), Arista, Comonfort... El ejército no los

toleró; sólo quería Santannas; creía que este hombre podía hacer con el presupuesto el milagro de los cinco panes. Para eso necesitaba quitar el pan á todos; lo hacía, y un movimiento pasivo, pero incontrastable, de la opinión, arrojaba al mar á aquel César de nuestras incurables decadencias.



☪ Los buenos, los prudentes no eran los moderados, no eran los que esperaban que, palmo á palmo y lustro á lustro ó siglo á siglo, las cosas llegaran á punto de reforma, no; los moderados, al formular las leyes cuando los principios se habían conquistado, eran necesarios y eran muy generalmente acertados, y como agentes de gobierno eran inestimables; pero para salvar grandes distancias entre un estado social y un estado ideal, tenían atada al pie la bala de fierro del miedo y la desconfianza. Eran los radicales, LOS JACOBINOS, que ahora llamamos, plaga de los tiempos normales y en las épocas críticas indispensables elementos de impulso, los que hacían, bien ó mal, tamaños milagros.

☪ Ellos vieron, lo mismo que todos los liberales, que la transformación económica y social era el remedio único de un mal que parecía sin remedio y que nos entregaba maniatados (como nos entregó) á la codicia de nuestros vecinos y á las humillaciones diplomáticas que cocían nuestro amargo pan de cada día. Y formularon su receta; era la única : supresión de las clases privilegiadas por la ley (clero y ejército); desamortización de la propiedad territorial; educación laica del pueblo mejicano. Y la receta era buena, y no hubo, ni podía haber, otra mejor, como que era la única.

☪ Estos varones beneméritos (no los conocemos ni los veneramos como lo merecen) no se forjaron ilusiones un solo instante; sabían que aquella precipitación del movimiento evolutivo de nuestra sociedad iba á encontrar resistencias formidables, que estas resistencias determinarían una gran guerra civil cruenta y prolongada y que los resultados de estas contiendas, que transformarían en valores sociales á la justicia, al suelo y al ciudadano, sólo se cosecharían cuando vencido el partido reactor sintiese que su interés supremo era la paz y se transformase á su vez en elemento de actividad nacional, para lo que medio siglo ó más les parecía un plazo prudentemente calculado.

☪ Éstos fueron los que osaron, los que emprendieron en el libro, en el discurso y en el gobierno la obra que estaban seguros de no ver triunfante, pero que estaban seguros que triunfaría. Juárez dió sus primeros pasos á la sombra de esa gran generación. Pero perteneció á la siguiente, á la que triunfó. Y vió levantarse desde el borde de su tumba, entre el vapor sangriento del último lustro de la lucha fratricida, la generación que afianzaría ese triunfo para siempre.

☪ Y como lo preparó con su perseverancia inconmovible y su inquebrantable fe, existe en ella, existe ahora. Al volver los ojos á lo pasado la nación nueva, lo encuentra redivivo y lo deja pasar piadosamente como un espectro augusto, sino como el símbolo y el alma de una obra impercedera.

24 - Juárez : su obra y su tiempo

Don Benito Juárez



LA CUNA DE JUÁREZ



SU PRIMER maestro fué la Naturaleza; es el que todos los pedagogos ambicionan para los niños. La Naturaleza en que el mar se complica como un detalle perenne del paisaje y un elemento necesario de la vida, enseña á los hombres, junto con el valor y la audacia y el anhelo de hacer algo grande, ó con el abandono, la voluptuosidad y la pereza (porque todo esto suele venir de la instrucción obligatoria en la escuela del océano), un modo especial de soñar, de ENSOÑAR, de tejer y destejer ensueños sin cesar.

Suelen las almas marinas existir en hombres eminentemente prácticos, pero ninguno de ellos está contento si no ve al través de la prosa de la vida, como en un telescopio, una imprecisa constelación en su cielo, una quimera, un ideal. Cuando la naturaleza es la montaña, encuentro que la gran educadora crea otro tipo psicológico. Los saltos, el esfuerzo constante, las carreras costeano abismos en que el hombre se atiene á sí mismo instintivamente, á la confianza en su aliento, en sus ojos, en sus pies, resultan una enseñanza admirable para el gobierno, y aunque los escapes hacia lontananzas infinitas en que se complica el cielo, siembren en el alma montañesa un grano de ideal, siempre es de un ideal realizable, tangible, que se puede alcanzar de una carrera en la vida, de dos ó tres grandes saltos en la existencia. Suelen conjugarse el montañés y el marino; resultan entonces los reyes del mar ó los reyes de las alturas. Ó águilas ó albatros.

⌘ Juárez nació en el corazón de la montaña; la cumbre excelsa del Zempoaltepetl, de cuyo torso salen los dos brazos infinitos que encierran á la República entera, domina aquellas comarcas como un vigía, como un titánico ancestro de las razas. Juárez fué, como todos sus conterráneos, un pastorzuelo, un zagal casi

desnudo y sin poesía bucólica ni en la fisonomía, porque ni sus ojos ni sus labios relan con la perpetuamente renovada risa de los niños; ni en la vida, porque, muertos temprano sus padres, quedó el mísero zapotequilla entregado á la mano casi hostil de sus parientes, que lo explotaron, lo maltrataron, lo obligaron acaso á huir.

¶ No, no hay que buscar en esa vida indígena los pródromos de un hombre de genio; nunca lo fué Juárez. Fué un hombre de fe y voluntad. La naturaleza montañesa no lo hizo ni un soñador ni un poeta : EL GRAN PLEBEYO DE LA AZUL MONTAÑA, como, en un verso de esos que una vez se oyen y nunca se olvidan, dijo un poeta oajaqueño, no se perdía en indefinibles ensueños contemplando las crestas de las sierras lejanas, ni oía en su interior la música imprecisa de las cosas, á orillas de la laguna encantada de Guelatao, su pobre pueblecillo de los contornos de Ixtlán; ese Guelatao que tenía su templo en ruinas, sus casucas de paja y sus naranjos en oro ó en flor. No, sus anhelos eran otros; la vida muy prosaica, muy estrecha, muy dura, cruel, á veces, tenía para él escapes, como los vericuetos de la montaña, hacia un mundo que era un paraíso para el muchacho indígena, porque era otra cosa que lo que le rodeaba; ¿porque era la libertad? Quizás; quién sabe; él no podía darse cuenta de este sentimiento. Pero era la emancipación.

¶ Por allí, á la vera de su casa pasaban cuantos iban y venían de Oajaca, una ciudad encantada donde había una catedral, un obispo, conventos magníficos, grandes casas; todo esto debió traducírsele en su idioma el indizuelo y se formaba en él una aspiración. ¡Oh! cuán dignos de envidia los muchachos que habían ido del pueblo á servir á las CASAS GRANDES de Oajaca! Precisamente una hermana de Benito Pablo, después de la muerte de sus padres, había marchado á la capital, en donde las familias ricas estimaban mucho los servicios de las gentes de la Sierra, por laboriosas, por saludables, por fieles.

¶ Aquel niño serio, tranquilo, callado y reflexivo llegaba á los doce años, acantonado en su roca indígena, sin poder hablar la lengua de Castilla, es decir, encerrado en su idioma como en un calabozo, sin más medio de contacto con el mundo de lo intelectual que la doctrina cristiana explicada en zapoteca y que le revelaba todo el mundo moral, sin que se diera cuenta exacta de ello. Debajo de su impenetrable fisonomía tomaba líneas precisas una decisión : Irse á la vida, irse al mundo, irse al idioma que lo pusiera en medio de las ideas, en medio de una corriente que pensara; eso determinó y ejecutó un día de 1818 cuando tenía doce años. Fué su HÉGIRA. Por temor al castigo que le pudiera acarrear un descuido con sus ovejas, que habían hecho algún daño en una heredad, ó porque incitado por sus compañeros cometiese un pequeño hurto de ELOTES (esta versión la tengo de un alto personaje muy conocedor de la Sierra de Ixtlán y de las tradiciones relativas á Juárez), el caso es que desapareció súbitamente de Guelatao y reapareció en Oajaca al lado de su hermana sirviente de una casa acomodada.

¶ ¡Cosa singular! Aquel indito feo y ceñudo debía casarse años después con una de LAS NIÑAS de la casa que entonces abrigaba su desnudez, su hambre y su protesta muda contra la suerte. Y debió ser una encantadora muchacha, como fué luego una mujer encantadora, toda dulce simpatía y porte y dignidad señoril.

Ⓒ La cuna de Juárez fué Oajaca, fué Antequera, como se decía en tiempo de la Nueva España; hacia ella se orientó su espíritu desde que se dió cuenta de la vida, y en ella nació, de su callada alma zapoteca, su espíritu, que creció con las circunstancias y se cernió sobre ellas.

Ⓒ Oajaca era una ciudad que vivía á la sombra del monasterio; allí todos eran frailes ó querían serlo, lo mismo los célibes que los casados; el alma de Oajaca vivía en éxtasis ante el altar de María. Era razón. Aquella intrincada comarca, cuyas selvas sin término, cuyos laberintos orográficos, cuyos ásperos montes no se cansan de subir y bajar, de trepar unos sobre otros, sino para formar cañadas y abrirse en larguísimos pasos estrechos por donde corren atropelladamente los torrentes convertidos en ríos al vencer los declives que caen hacia las costas de los dos mares; aquel país, sin los grandes valles y las amplias LLANADAS de la Mesa Central, parecía esconder todas las riquezas, ser apto en sus varios climas para todos los productos y tramar en el corazón de sus montañas, resurrección de los Andes, una vasta red de oro, el metal que nos atrajo la conquista española, tanto como la fe cristiana y ese espíritu de aventura castellano condenado por Cervantes en el QUIJOTE y al cual debió España el imperio de un mundo, casi el imperio del mundo.

Ⓒ Los pueblos que allí vivían, allí nacidos unos (los autóctonos, los que no tenían recuerdo de haber venido de fuera, ni tradición ni leyenda ni mito que lo indicara) y llegados los otros del Norte ó del Sur, inmigraciones que se repitieron hasta en vísperas de la conquista (los mejicanos salidos del Anáhuac y los chiapanecas de Guatemala); los pueblos que allí vivían, decimos, no habían casi nunca cesado de combatir; la lucha los había educado, y su espíritu guerrero, escondido en un largo paso subterráneo bajo el suelo dominado por los frailes de Santo Domingo, resurgió intacto en su viril bravura en los días de la Independencia y á compás de nuestras guerras civiles.

Ⓒ Los mixtecas, los zapotecas, los indómitos mijes (entre cuyos recuerdos, siglos después recogidos por el fraile Burgoa, estaba el del incendio del Zempoaltepetl, provocado sistemáticamente por implacables enemigos y que hizo arder la excelsa montaña como una inmensa pira sobre cuya cima habría quedado incinerada una raza, sin un esfuerzo heroico de audacia y valor), los chontales que se batieron casi siempre ó entre sí ó con los toltecas en el primer crepúsculo de la historia, ó ya en vísperas de la conquista con los MESHICAS de Ilhuicamina, de Ashayacatl, de Ahufzotl que sostenían con sus columnas de guerreros á los enjambres de comerciantes aztecas que visitaban las regiones del GUATEMALLAN, é iban y venían, con el botín de su industria, de su avidez y su osadía, desde los países ístmicos hasta el valle en que Ahufzotl había organizado definitivamente una colonia militar Á LA SOMBRA DE LOS HUAJES : Oajaca.

Ⓒ ¡Qué leyendas, qué fábulas, qué ciclos de cantares y rapsodias semejantes á las homéridas, han quedado apagados en aquellas serranías épicas, siempre en pie y bullentes de coraje y de pasión, y luego dormidas con un dormir secular al pie de la Cruz! ¡Todo perdido, parte por la ignorancia de la verdadera escritura y parte por el fanatismo iconoclasta de los frailes! Con lo que ellos destruyeron y que-

maron en la Nueva España podía haberse levantado una pira del tamaño del Zempoaltepetl, la montaña que ardió.



☪ Los conquistadores hallaron en aquellos montañeses mucho que codiciar, mucho que explotar por medio de la máquina-hombre, mucho que pedir á la tierra, que arrancarle, por medio de una utilización desenfrenada del doloroso esfuerzo de los vencidos. Venían en pos del oro.

«Ils allaient conquérir le fabuleux métal
que Cipango mûrit dans ses mines lointaines...
. Routiers et capitaines
partaient ivres d'un rêve héroïque et brutal.»

☪ Era Moctezuma, el emperador que se presentó á Cortés con el corazón de antemano vencido, quien había señalado el país donde había ríos de oro. Las muestras de la orfebrería zapoteca asombraban á los españoles, como nos asombran ahora, y con la fiebre de los sueños heroicos y brutales de que Heredia habla, penetraron en el país de las montañas y se obsequiaron con magníficas Encomiendas (la mayor de todas obtúvola Cortés, el Marqués del Valle); si encontraban oro, bien, y si no, ahí estaba el oro rojo, el oro-sangre, el indio, perseguido y destrozado en los montes cuando resistía, ó si no, reducido á la esclavitud por los feroces encomenderos.

☪ Cuando los correligionarios del varón santo que alzó la voz ante el mundo por los indios reducidos á servidumbre penetraron en Oajaca, la conquista peligraba, la rebelión se erizaba en todas las sierras, y aquel pueblo que en odio á los implacables dominadores aztecas se había abierto á los españoles, ahora mordía furioso la mano que trataba de asirlo y encadenarlo.

☪ Los frailes dominicos salvaron el poder de España en todas partes; allí como en algunas otras realizaron la conquista. Encendíanse en ira aquellos hijos ardientes de Guzmán contra los ídolos que buscaban por doquiera y atacaban con un valor sobrehumano para destruirlos, y contra los encomenderos que maltrataban á los indígenas. Y fué el país cubriéndose de esa gran flora blanca y soberbia de iglesias y conventos, en derredor de la cual los grupos indígenas amansados agrupaban sus casas y aprendían á cultivar la tierra, á juntar ganados, á explotar los frutos del suelo, importados frecuentemente de Europa y aclimatados en aquellos climas fecundos.

☪ Y así, mutilados y exangües pero capaces de una energía ilimitada de fatiga, de trabajo y de fe, los montaraces oajaqueños, apacentados por los dominicos fueron abandonando el culto de sus ídolos, que se refugió en las sierras más agrias, en el fondo más obscuro de las grutas durante un período de tiempo más

largo del que se cree, pero que al fin desapareció. Un siglo después de la Conquista los indios habían fabricado, casi gratis, santuarios suntuosos y monasterios que en nuestras guerras civiles han podido servir de ciudadelas. Convertidos en siervos de la Iglesia, por su consentimiento y su agradecimiento, fueron bajando hacia la civilización en su forma más hierática y más retrasada, pero más dulce quizás, rezando perpetuamente el ROSARIO, la monótona guirnalda de rosas con que la religión de Santo Domingo envolvía al mundo en loor de María. **¶** Y María fué la verdadera conquistadora de Méjico, y la raza salvada se arrodilló ante ella, llenos los labios de tiernas y humildes confianzas y los ojos de lágrimas. Pero tras esta poesía del dolor humano y del consuelo, se escondía una sombra perpetua de superstición que envolvía en sus telarañas aquellas almas que no podían abrir las alas, y la infinita y suave explotación de aquel pobre ser arrodillado que ya nadie podría sacar de su esclavitud moral, representada por la perpetua faena, por la perpetua embriaguez y por la CERA perpetua encendida en el altar.



¶ Y siempre un gran dormir moral, un eterno sueño... Entraron para siempre aquellos pobres pueblos, pobres á pesar del cultivo de la grana que llegó á ser tan pingüe, y de la floja explotación de las minas, en un absoluto silencio político, en una eterna sombra social. Sólo considerando esto se puede medir la infinita cantidad de energía acumulada en el espíritu de los iniciadores de la Independencia, para lograr sacar la cabeza del océano que cubría á la colonia entera y rompiendo con la tradición, ilimitada potencia, y con la religión, fuerza que pesaba sobre los espíritus con toda la presión de una atmósfera que se midiese por la distancia infinita que hay entre la tierra y el cielo, apoderarse del barco que pasaba, la prisión de Fernando VII por Napoleón, lograr subirse á él y enarbolarse en el mástil más alto la bandera de la Patria Nueva.

¶ Frecuentemente movidos por los curas, que en la insurrección veían ó la emancipación del despotismo del alto clero ó de los conatos de reforma anticlerical de las cortes revolucionarias españolas, los grupos indígenas entraban á saltos salvajes en la insurrección, delirantes de deseo de libertad, de destrucción y de goce, ó se mantenían fieles con sombría é inquebrantable fidelidad á sus señores.

¶ Pero lo que dejó entre los oajaqueños una huella profunda fué el paso de Morelos. Si el pueblo indígena cantara, si la profunda melancolía que forma el fondo de su alma, que es su alma misma, y que se expresa en la vida real por la resignación y la pasividad y por largos sollozos rítmicos con que modula los cantos de iglesia que hace siglos le enseñaron los frailes (sólo el mestizo canta en las Costas y en el Bajío); si cantara, habría de seguro un ciclo de cantares en honor del Gran Cura, y estos romances épicos serían la joya de nuestro FOLK LORE. Pero no, el pueblo indígena se contentó con asombrarse de Morelos y venerarlo. Había que oír á Juárez decir «El Señor Morelos», para comprender la tradición

extraordinaria de devoción, de supernaturalismo, digámoslo así, que los hombres de la generación que siguió á la de los insurgentes habían recogido de sus padres.

☛ Morelos era la forma estupenda de la revolución; en Oajaca, acompañado de Trujano, que había sido el héroe de la hazaña épica de Huajuapam, se había mostrado hombre de gobierno y de administración, como no estaban acostumbrados á ver los oajaqueños ni en los delegados de los virreyes, ni en los obispos, ni en nadie; era dueño de todo el Sur de la República desde el corazón de Michoacán hasta las costas del Pacífico y del Golfo, especie de inmensa fortaleza natural, de entradas casi inaccesibles, que se apoyaba en los brazos divergentes de la Cordillera y formaba una curva en la Mesa Central, desde donde amagaba á un tiempo á las Villas en el Oriente y á Puebla, Toluca y Méjico sobre el Centro (V. Alamán). Evidentemente el terrible cura se preparaba á una empresa suprema, y tomaba sus medidas para ello con profunda sagacidad. Cruel, impasible, viendo desde muy alto, poniéndose al nivel de todos los detalles, Morelos se despojó ante los oajaqueños de sus arreos de guerrillero y vistió, con una pompa un poco improvisada y chabacana, su traje de capitán general; así asistió á los TEDEUMS en que se le sometió el clero, y á las grandes ceremonias cívicas en que se le sometieron todos. Luego se metió por las montañas del Sur para tomar la vera del Océano en dirección de Acapulco, con objeto de no dejar enemigos á retaguardia. Pasó el tiempo, y los oajaqueños volvieron como manada de corderos á entregarse á las fuerzas virreinales, con un fervor en que había gran dosis de arrepentimiento; pero la sombra del gigante se proyectó siempre en las almas de los montañeses. ¿Era un enviado de Dios? ¿Lo era de Satanás? ¡Quién sabe! Pero era inolvidable.



☛ Esta sugestión producida por el insurgente de intensa y magnética mirada bajo el fruncido entrecejo, determinó muchas vocaciones, creó anhelos recónditos. Juárez tenía siete años. Sería preciso disponer de documentos que nos faltan, que siempre habían faltado, para sentir moverse el alma del pastor de Guelatao en sus primeros conatos de vuelo bajo aquellas impresiones confusas de la lucha de independencia que, indefinible é inexplicable para él, lo envolvían y penetraban como una atmósfera cargada de misteriosa electricidad; que así son las que rodean á los pueblos en gestación dolorosa, en pleno trabajo creador de una nación nueva.

☛ Ya lo hemos indicado, no está de más repetirlo : el alma indígena ES COLECTIVA; buenos observadores lo han notado; la escuela, que sólo puede individualizarla, aun no tiene influjo eficaz sobre ella, porque la escuela, nuestra escuela, es un mecanismo para aprender libros, no es un organismo para formar espíritus; instruye, no educa. El alma indígena sólo muestra voluntad, sólo denota sensibilidad, sólo revela intelectualidad en grupo; por excepción en el indio aislado,

solo. Es una entidad anónima moralmente; esto es en él idiosincrásico; vino al país en que creció, de lejanas comarcas, siempre en forma de grupo que tenía á un dios por alma, á un sacerdocio por conciencia; el dios lo guió, lo estableció; el sacerdocio lo cuidó y le arrancó el corazón en la piedra de los sacrificios y lo hizo pasivo, absolutamente pasivo como individuo; de aquí que muchos de los dominadores españoles dudaran tanto, hasta en la hora misma de la Independencia, del valor del indígena como ser racional; los indios no eran gentes de razón. Este concepto fué el que los dominicos españoles combatieron sin cesar siguiendo la santa tradición de Las Casas.

☪ ¿Por qué los obispos hispano-americanos no han pedido la canonización de este apóstol?

☪ Si, los frailes defendieron la racionalidad de los indios, pero manteniéndolos en la sumisión perenne, ciega hasta el grado de no atribuir otro valor á la vida y al dolor que el que podían tener como ofrendas propiciatorias; la sumisión á los **TEOPIXQUES** primero, á los frailes después, que los redimieron de la piedra del sacrificio y de la fusta del encomendero, mantuvo á los indios en una aglutinación incurable; fueron bautizados en masa; la promiscuidad, el matrimonio colectivo, digámoslo así, era su instinto y su hábito á pesar de las prédicas de los curas; se embriagaban en conjunto, poseían la tierra en conjunto, en conjunto la reivindicaban ardientemente llegado el caso, y paciente y perseverante de generación en generación el grupo, el **CLAN** agregaba fojas y fojas hasta lo infinito á litigios seculares por un pedazo de gleba, por un hilo de agua.

☪ La primera señal de individualización consistía en diversificarse de la comunidad por el idioma. Diversificarse, ser otro que su pueblo y que su raza no debió ser nunca la aspiración del pequeño Benito Juárez; no entraba eso espontáneamente en el espíritu de un indígena; pero sí lo fué buscar con afán la vía que debía conducirle fatalmente á separarse de su grupo, á ser una persona dueña de sí misma, un ciudadano, un hombre : ir á Oajaca, saber el idioma que lo pondría en comunicación con el mundo. ¡Cuán apremiante deseo! ¡Con qué ardor inmenso logró rápidamente realizarlo!



☪ A la sombra del convento, creció mentalmente Juárez; no dentro de él, no dentro de una máquina también destructora de individualidades, sino fuera de él, aunque manteniéndosele unido por el hábito de fraile exterior, digámoslo así, del lego Salanueva, el maestro, el protector, el redentor de Juárez.

☪ Hasta hace poco todavía (1) existían en Oajaca testigos de esta adolescencia; había grabado con fuerza en algunas memorias infantiles la imagen de aquel

☪ (1) A nuestro amigo Don Ángel Pola se debe la publicación de algunas particularidades muy interesantes respecto de los primeros años de Juárez. El Señor Pola, con sus publicaciones reformistas, ha contribuido con inestimables datos á dar á conocer á los hombres que desempeñaron los primeros papeles en la gran época que precedió á la actual.

niño serio, vestido de camisilla y calzones de manta, que había llegado de la montaña huído y sin hablar español, y á quien su hermana (humilde sirvienta por cuyo recuerdo tuvo siempre Juárez un culto hondísimo) había entregado al excelente encuadernador beato y un poco fraile, á Salanueva.

☪ El niño no iba á la escuela. Su escuela era el taller del encuadernador; y servido de su buena memoria (la tuvo siempre admirable) y de ese ilimitado poder de perseverar que se revelaba en él en cualquier momento importante de su vida, á un mismo tiempo aprendió á hablar, á leer, á escribir. Ocupado en su convento, en sus procesiones diarias, en las que su pupilo lo acompañaba con edificante unción, y en empastar sus libros (¿qué libros?; sin duda devocionarios, años cristianos, libros de teología, LEYENDAS DORADAS y uno que otro TEXTO, en reparación, de colegiales pobres), Salanueva daba, sin embargo, un poco de tiempo á la misión de maestro que se había impuesto. Pero el niño aprendió pronto entre uno y otro vía CRUCIS; precisamente en el año en que se consumó la Independencia pudo abordar el indispensable aprendizaje del latín, según su biógrafo Zerecero.

☪ Todos cuantos tuvimos ocasión de hablar alguna vez detenidamente con el Señor Juárez pudimos notar que no era un hombre de talento, si por talento se entiende esa especie de espuma brillante de la inteligencia que presenta la idea en forma de moléculas luminosas y efímeras que se encienden en el oxígeno de una conversación, de un discurso, de un escrito... Lo que tenía el gran estadista era un entendimiento perfectamente ponderado como todos los de cuantos han silabeado largamente el libro de la vida y han tenido á los acontecimientos por maestros. Esta educación incomparable la recibió Juárez al través de los hechos, poco al través de los pensamientos estereotipados de los libros. Los libros que frecuentó y trató con intimidad deben de haber sido pocos; todos los hombres de su época, cuando fueron estudiantes famosos, se aprendieron los libros de texto de memoria; ése era el modo de aprender de entonces. «Siempre, desde que empezó su vida con el lego Salanueva, se le veía con el libro en la mano», dice una anciana que lo conoció entonces. Así debía ser siempre; se clavaba en su cerebro la noción de un deber y en derredor de esa noción se cristalizaba toda su vida.

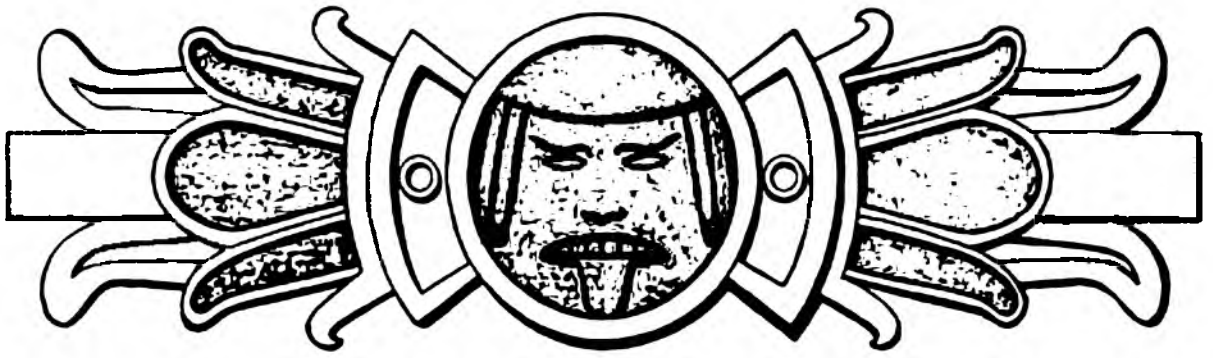


☪ Al compás de esa vida marchaba la de toda la sociedad oajaqueña. Marchaba, es mucho decir; aquella sociedad removida un momento, como la piscina milagrosa, por la espada de Morelos, un arcángel exterminador, había vuelto á su quietud y á su asiento bajo el látigo sultánico de Don Melchor Álvarez, agente del gobierno virreinal. Luego la separación definitiva en 1821 se había hecho sin esfuerzo; entonces lo que había de hondamente removido en el fondo de aquella sociedad eminentemente frailesca, subió al haz del estanque y se abrió en la flora venenosa de la guerra civil. Pero la masa social permaneció lo mismo: el primer papel social, el obispo ó el jefe del clero; los canónigos eran sus lugartenien-

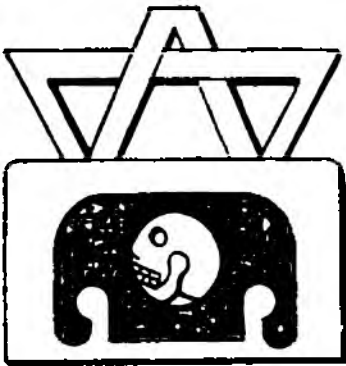
tes; por donde quiera extendían la mancha negra de sus caudas cubriéndolo todo, indulgentes para todo, para las corruptelas, para los abusos, para el pecado... La familia postiza que brota del concubinato pululaba allí en la ciudad, en los curatos... El celibato eclesiástico era casi un mito. Las cosas estaban en el mismo puesto que en la Edad Media, cuando Hildebrando fulminó sus reformas. Esta intervención del clero en la familia adulteraba á ésta en su origen, pero daba á aquella población un tinte especial. Las casas trascendían á incienso sino á salubridad moral; los hogares eran adoratorios de imágenes, los frailes dominicos oficiaban por todas partes. Perpetuas fiestas de iglesia, resignación de todos á ganar poco, con tal de gastar poco y de llevar la vida con más ó menos comodidad, pegada á la pared del convento como una parásita. ¿A qué salir de ese estado? ¿No había aspiración á eso? El indígena vivía, vegetaba como su padre; un poco de agricultura, un poco de cochinilla, industrias insignificantes conservadas sin una sola variación de padres á hijos y mucha borrachera todos los días de fiesta (la mitad del año) y todos los lunes; esto indefectiblemente. He aquí la trama de aquella vida local.

☪ Unos cuantos pensaban; en algunas familias se conversaba de política, ¡oh! nada de emancipación, nada de acabar con lo existente, nada de protestar contra el abuso que olía á incienso. Pero sí la necesidad en el elemento civil de tener vida propia; del abogado, el eterno enemigo, consciente ó no, del poder del clero, desde que se fundaron las universidades; la necesidad, decimos, de formar su criterio, es decir, la orientación de su espíritu dentro del radio de acción de la ley y no en torno del canon y la teología. Y en la violenta conmoción de las bases políticas de aquel gobierno que repentinamente era dueño de sí mismo, lo singular era que muchos clérigos apechugaban con esas ideas, entreveían reformas, concebían una sociedad civil autonómica...

☪ ¿Algo de esto alcanzaba Juárez? Acaso no; pegado á sus librillos de clase, á su aritmética; á su gramática, á su RIPALDA, no sabía, no podía levantar los ojos sino para ver el rostro exangüe y angustiado del Jesús Nazareno que todos los días iba y venía al ritmo monótono de los VIACRUCIS mecánicamente repetidos, desde la casa de su maestro y protector Salanueva, siempre vestido del sayal pardo de los carmelitas, hasta la iglesia de enfrente, cuyo portón parecería al pobre indio, que había encontrado abrigo, amparo y libros en casa del devoto lego, algo así como la entrada del paraíso; de allí saltan con frecuencia rumor de cantos, perfumes de flores, ráfagas de incienso...



ALMA PARENS



YA ERA un muchacho grande (tenía diez y ocho años), atiborrada la memoria con los incomprensidos latines de los rezos perpetuos del semi-clérigo Salanueva, cuando Benito Pablo Juárez entró en el Seminario á estudiar latín y emprender así la carrera magna, aquella á que su protector lo destinaba, la carrera eclesiástica, la que día á día pone al hombre ungido del crisma santo por encima de los ángeles cuando en la misa se verifica el admirable y perpetuamente renovado milagro de la transubstanciación.

Juárez tenía en aquella época el tipo hierático, sacerdotal, en su fisonomía hecha á líneas enteras, á planos fuertes y netos de bronce mate. En el esmalte negro de sus ojos casi siempre fijos, pero de cuando en cuando llameantes ó risueños, se notaba un afán hondo de conocer, de investigar, de inquirir de la esfinge el secreto de su destino. Cuentan algunos coleccionadores de anécdotas del BUEN TIEMPO VIEJO, que un amigo suyo decía á sus camaradas hablando del flamante seminarista : «¿Ven ustedes á este reservado y grave, que parece inferior á nosotros?... pues éste será un gran político».

☪ Yo no creo en la exactitud ni de ésta ni de ninguna anécdota; pero, inventada después, guarda el eco de una impresión, la de que aquel sometido erguiría la cabeza, la de que aquel lacónico hablaría. Juárez habló; su elocuencia nunca estuvo en las palabras, estuvo en los actos y fué formidable. «VOUS AVEZ FAIT LA GUERRE À COUPS DE MONTAGNE», le decía Víctor Hugo; así efectivamente expresó sus propósitos y los hizo triunfar, con actos inmensos : á montañazos.

☪ Pero no era fácil, ni posible siquiera, prever en el humilde estudiante del Seminario de Santa Cruz de Oajaca, el año mismo en que la Federación recibía su

forma definitiva en el Pacto fundamental de 1824, al gran revolucionario civil de la década que comienza en 57 y acaba en 67. Desde entonces se condujo con el orden y perseverancia que caracterizaron la parte que su voluntad tomó en la dirección de su vida y luego la que su vida tomó en la evolución de la República hacia un estado mejor.

☪ Al través de la gramática latina, que apuró pronto, porque de casa de su protector Salanueva había llegado al Seminario armado de la *MUSA MUSÆ* y de un bagaje no pequeño de latín de sacristía, ya lo dijimos; al través del latín y la filosofía (el *CURSO DE ARTES*, como seguía llamándose, según la tradición escolástica) y de las clases de teología en que obtuvo, lo mismo que en todos sus estudios, las primeras calificaciones, aquel seminarista iba incubando en su alma una idea; de esa idea nació el ideal de su vida entera.



☪ La generación que surgió al triunfo de la Independencia y se unió con los autores de ésta y luego coadyuvó á la erección del trono de Iturbide, considerada como un acto supremo de desvinculación de los compromisos contraídos en Iguala con España y los Borbones, es decir, como la verdadera consumación de la Independencia, esa generación, frente á la necesidad de constituir á la aclamada República, se halló sumergida en una temerosa anarquía de ideas y doctrinas. Como suele acaecer, los intereses decidieron de los actos; la opinión de las burguesías políticas de los departamentos en donde se habían formado núcleos burocráticos importantes hizo predominar, en la Nación capaz de hacer valer sus derechos, una corriente federalista especiosamente apoyada en el ejemplo admirable de la Federación Norte Americana, y en realidad propugnada por todos cuantos, no viviendo en el Centro, temían que el presupuesto central absorbiese los presupuestos particulares. Un grupo de doctrinarios abogó en la Constituyente por este programa, y este grupo cuya bandera llevaba Ramos Arizpe se impuso á la Asamblea; de aquí nació la Carta fundamental del 24.

☪ Éste fué el credo de la joven democracia liberal que en los Estados crecía, que dió la mano á la generación que le precedió y recibió de ella la antorcha de la Reforma que por tanto tiempo tuvo fulguraciones de tea. Ella nos la transmitió á nosotros, que la pasaremos clara y fija ya á nuestros hijos.

☪ En los Estados el Federalismo era una suerte de patriotismo local, y precisamente eso comprueba el terrible peligro que llevaba recóndito : la disolución de la unidad nacional. Pero ese peligro estuvo compensado en todos los Estados del interior con la formación de núcleos liberales diseminados en el país entero y que, ó por una especie de sorda rivalidad con la capital ó por el deseo de no parecer inferiores á los corifeos reformistas que aflúan rápidamente á Méjico, ó por disciplina y obediencia á determinaciones tomadas en el Centro por los Jefes del partido, solían con mayor violencia y decisión apechugar con las ideas nuevas é intentar reducirlas á la práctica antes que lo fueran en la residencia de los

poderes supremos; así pasaron ó estuvieron á punto de pasar las cosas en Oajaca, en Yucatán, en Zacatecas y Veracruz, por ejemplo...

☪ Núcleos liberales y reformistas hemos dicho, grupos resueltos por tanto á bregar en pro de la supremacía del poder civil, grupos en que dominaban forzosamente los abogados y en segundo término los clérigos, más decididos que los abogados á veces. El partido liberal en Méjico cuenta entre sus progenitores una pléyade de sacerdotes que sabían concluir valientemente de la responsabilidad moral á la libertad de conciencia, base de las otras.



☪ Sin embargo, el alto clero que gobernaba los seminarios, desconcertado en el período de efervescencia que siguió al año de 21, pronto recobró su SELF-WILL y el viento de reacción que sopló sobre el mundo latino al fin del primer tercio del siglo pasado, lo excitaba á dar energía creciente á la resistencia; los seminarios poco ó nada, NADA debemos decir, servían para la enseñanza de las ciencias jurídicas; el derecho romano sólo podía enseñarse en ellos muy floja, muy rutinariamente, y eso el derecho civil tan sólo porque el público estaba basado entero sobre la idea de la supremacía absoluta del soberano aun sobre la Iglesia misma. Toda la Edad Media había reñido en este campo de batalla; con diferentes apellidos, todas las luchas interiores fueron campañas entre güelfos y gibelinos, entre el Papa y el Emperador, entre la potestad eclesiástica y la civil. Pero pasada la Edad Media y multiplicándose los servicios de la casa de Austria al Catolicismo en la terrible lucha secular emprendida contra la Reforma, las regalías de la corona de España, fiera y tenazmente disputadas por los Reyes que como Felipe II se creían más delegados de Dios y más vicarios de Cristo que los Papas mismos, tomaron un carácter que pudiéramos llamar privilegiado. En América el Real Patronato era una regalla suprema, era la jefatura de la Iglesia hispanoamericana de hecho transferida á los Reyes castellanos; y si hubo veleidades de independencia y conflictos entre los poderes laicos y los sacerdotales, tales conflictos eran dirimidos por el Rey y su Consejo de Indias, más bien que por la Curia romana.

☪ Tal estado de cosas se reflejaba en el derecho canónico que era regalista, exceptuando probablemente el profesado por los jesuitas que sostenían la absoluta autoridad del Pontífice y no admitían sino como un mal necesario la subordinación de la autoridad eclesiástica á la política en Nueva España; este ultramontanismo, por más que fuera cautelosísimamente disimulado, tenía que conducirlos á su ruina. Pero cuando con la Independencia naufragó el regio patronato, tenazmente reclamado por los gobiernos mejicanos y justamente negado por Roma (lo que preparó la idea de la separación de la Iglesia y el Estado laico y la nacionalización de la propiedad raíz del clero), entonces el derecho canónico fué ultramontano, el espíritu jesuita se infiltró en los seminarios, y este espíritu en realidad excluía la enseñanza jurídica genuina de aquellas casas que

mantuvieron su carácter de escuelas de enseñanza teológica. Entonces entre los teólogos y los filósofos se formó en el seminario mismo un grupo disidente que aspiró á la emancipación; no se podía formar abogados en el seminario, urgía formarlos fuera de él, y los abogados (algunos eran clérigos) se creyeron en el deber de atender en lo posible á esta aspiración y recibieron alumnos en sus casas; luego el gobierno liberal, hasta donde podía y pues que emanaba de la Constitución de 1824, intervino por causa de utilidad pública, y el INSTITUTO DE CIENCIAS Y ARTES fué creado en virtud de una ley expedida por la legislatura del Estado en 1826.

☪ La raza indígena, que suele ser considerada como refractaria á toda aspiración á la cultura, desmiente, en aquellas de sus grandes fracciones que hace siglos abandonaron la vida nómada, esa pesimista y superficial aseveración. Siempre el indio, en cuanto tuvo conciencia de sí mismo, quiso ascender á un estado mejor; somos los hombres derivados de la familia conquistadora quienes hemos sido indiferentes á este estado de ánimo. Cuando el indígena Benito Pablo se presentó en Oajaca pidiendo DOCTRINA Y CASTILLA (no podía decir cartilla) era el eco de un inmenso grito mudo (permítaseme la expresión) de toda su raza. Hoy mismo en Oajaca la servidumbre en su mayoría no recibe retribución en dinero; sirve por la casa y el pan, para poder aprender alguna cosa. Las familias de los sirvientes hacen el gasto del pobre vestido, y del fondo de las montañas les viene este subsidio de su casa, á la que se mantienen así casi siempre perdurablemente unidos. Pero hoy esa aspiración al catecismo y la cartilla se ha complicado; el indio desea más, y será eterno honor del partido liberal mejicano haber despertado en las poblaciones indígenas el amor á la escuela, y á pesar de los esfuerzos perseverantes del clero (sobre todo del clero español que lo va invadiendo todo y que pretende hacer retroceder á su fuente el río de la idea moderna), en cualquier población indígena en que se inicia la fundación de la escuela laica, los habitantes facilitan todo; frecuentemente los gobiernos aprovechan nada.

☪ Un buen golpe de estudiantes indígenas se pasó del Seminario al Instituto y entonces, puede decirse, se organizó en el Estado la lucha entre el partido reformista y la inmensa mayoría conservadora.

☪ Era natural; en el cerebro lento pero sólido de Benito Pablo, entró, al contacto del ambiente de emancipación y de espíritu laico que envolvía al mundo intelectual en Oajaca, una idea que fué pronto una obsesión : ser abogado. Y cuentan los recuerdos de los contemporáneos que en este cambio tuvo parte principalísima la influencia de Miguel Méndez.

☪ Indígena de raza pura como Juárez, Méndez era muy inteligente; abrazó con exaltación las ideas nuevas, las propaló, las predicó, formó sociedades estudiantiles, buscó prosélitos, adivinó las aptitudes de sus compañeros : uno de ellos era Juárez; supo vislumbrar en su silencioso conterráneo un carácter formado de perseverancia y de desprecio al obstáculo, formado de voluntad. Se trataba de dar un buen golpe de barra en el timón de aquella nave intelectual que hasta ese momento navegaba en el mar de la teología escolástica y de la fe religiosa intransigente aprendida de su primer maestro Salanueva y reforzada por toda la en-

señanza seminarista, y desviar de su rumbo al joven aprendiz de sacerdote; no se trataba de modificar un credo religioso que era inmutable, ni un programa político que era impreciso, no; se trataba de que por conveniencia, por afición, por amistad, el clérigo en ciernes prescindiese de la sotana y aspirase á la toga. Méndez logró esto.



☪ El Instituto de Ciencias y Artes de Oajaca, lo hemos dicho ya, es benemérito; en él, como en los otros análogos de algunos Estados, el grupo intelectual emancipado que había de tener tamaña influencia en los destinos de Méjico, encontró su envoltura primitiva y la protección de su período de crecimiento; fué crisálida en ellos el partido liberal. No se fundó el Instituto en odio al clero, dice en una reseña el abogado Dublán, que fué uno de sus Directores; la prueba es que su primer Jefe y varios de sus profesores fueron clérigos; pero la diferencia de funciones entre las dos clases de estudios fué primero divergencia, disidencia luego y al fin conflicto atenuado ó sofocado, pero siempre latente en los días de auge de la reacción.

☪ Dejemos un momento la palabra al firme y perseverante liberal Don Félix Romero, que también dirigió esta noble institución y que conoció íntimamente á Juárez antes de ocupar uno de los más conspicuos puestos en la Magistratura Federal :

☪ «Un Gobernador que si no era de muchos vuelos, el licenciado Don Ignacio Morales, sí tenía mucha entereza y cultivaba grandes virtudes cívicas, respirando en la atmósfera que la Constitución del año de 24 había extendido por todos los ámbitos del Estado de Oajaca, autorizó primero y abrió después (9 de Enero de 1827) una Casa de Estudios, que á poco (27 de Junio) llamó INSTITUTO DE CIENCIAS Y ARTES, para educar é instruir á la juventud en la doctrina liberal y progresista. Fué su primer director el fraile dominicano Fray Francisco Aparicio, y formaba su cuerpo docente una distinguida agrupación compuesta de lo más brillante de los talentos de entonces, en que figuraban los abogados Embides, Moreda, Arteaga y Banuet, el sacerdote Miura, Don Mariano González y los doctores Pontón, Blaquier y Juan Bolaños. Con este personal y bajo auspicios tan modestos, pues eran sólo diez las aulas abiertas al estudio, se exhibió aquel Instituto.

☪ «Tal establecimiento estuvo expuesto á todas las fluctuaciones de la política en la República, desde el día de su fundación hasta el año de 1857, en que el plan de Ayutla y la Constitución nacional devolvieron al pueblo mejicano todos sus derechos y libertades, siendo notable su actitud contra el gobierno conservador de 1830 á 1832, en que el general Bustamante ocupó el poder; en 1836, al proclamarse bajo la presidencia del licenciado José Justo Corro, con la expedición de las Siete Leyes, llamadas constitucionales, el sistema central, y sobre todo, en 1853, cuando al volver el general Santa Anna al ejercicio del mando supre-

mo por los convenios de Arroyo Zarco, parecía haber decretado el exterminio del partido liberal. Puede asegurarse que ya en este año quedaba establecida y predominando esa Escuela en el Estado, teniendo al Instituto, de donde era Jefe el licenciado Benito Juárez, como el Prometeo que esparcía su fuego tanto hacia los clubs secretos como á las columnas de algún valiente periódico, ó sobre los desfiladeros y encrucijadas donde la mano del despotismo no podía alcanzar á los guerrilleros. Podía decirse que se batía en todos los terrenos en que silbaba el látigo del tirano.

☞ «Tiempo es ya, dados los anteriores antecedentes y las circunstancias por que atravesamos, de poder apreciar la influencia que el Instituto de Oajaca, formando una escuela liberal, ha tenido en la marcha política del país.

☞ «De esta escuela salieron luego para sostener las libertades públicas contra la dictadura de Santa Anna, y después la Reforma y la autonomía nacional contra el obscurantismo, el retroceso y la traición, armando y conduciendo al pueblo á la defensa de sus derechos y dictando providencias de salvación de todo género, dos Presidentes : Benito Juárez y Porfirio Díaz; seis Ministros de Estado : Ignacio Mejía, Manuel Ruiz, Ignacio Mariscal, Manuel Dublán, Matías Romero, Justo Benítez y Manuel José Toro; ocho Diputados al Congreso Constituyente de 57, los cuales sostuvieron, ya en la tribuna ó en los campamentos militares, la obra que salió de sus manos; debiendo llamar la atención que desde la primera restauración constitucional verificada bajo el gobierno de Juárez contra Miramón y Zuloaga y continuada por el general Díaz desde la caída de Lerdo hasta la fecha, han corrido ya muchos años, en cuyo período nadie puede poner en duda la influencia ejercida por el elemento oajaqueño en la cosa pública. A propósito : sus afiliados ó representantes han ocupado y ocupan actualmente lugar distinguido en las Cámaras de la Unión, en las esferas judiciales, en las gubernaturas de los Estados, ó desempeñan otros puestos ó comisiones tanto civiles como militares en que se advierte ó se siente desde luego su acción.»



☞ En el ambiente político del Instituto, Juárez, no podemos decir que transformó, sino que creó su criterio político. Y fué liberal. Su primer profesor el dominico Aparicio, Rector del Instituto, se hizo célebre en el público culto de la ciudad por un acto de valor. He aquí la anécdota; la tenemos de bonísima fuente : presidía Aparicio un acto escolar en su convento de Santo Domingo, y un novicio sufría el interrogatorio atormentador de un teólogo que logró desarmar y abrumar á su víctima con doctrinas aristotélicas parafraseadas nada menos que por el ángel de las Escuelas, por Tomás de Aquino; sin poderse contener, Aparicio tomó con vehemencia la defensa del novicio y en su lucha con el teólogo llegó á decir ante el estupefacto auditorio : «Santo Tomás me ganaría en santo, pero en saber no me gana». Pocos años antes, en las postrimerías del período colonial, un discípulo del gran emancipador yucateco Don Pablo Moreno, contestaba tam-

bién al obispo que lo atacaba : «Santo Tomás era tan hombre como usted y yo, y podía equivocarse». El que formulaba esta racionalísima proposición, con grave escándalo de los maestros seminaristas de Mérida, se llamaba Lorenzo de Zavala.



☪ Pocos años después de su aparición en el Instituto, grave y mudo y arrimado á Méndez, á quien debía de oír con encanto porque probablemente desde entonces era muy sensible á la belleza literaria, facultad que conservó toda su vida, Juárez comenzó, por su singular aplicación, á obtener puestos en el grupo docente de la casa. Y ya en la clase de derecho público que regentaba el abogado Manero Embides sostenía, en el año de 29, tesis completas de derecho constitucional como ésta : «Los poderes constitucionales no deben mezclarse en sus funciones. Debe haber una fuerza que mantenga la independencia y el equilibrio de estos poderes. Esta fuerza debe residir en el tribunal de la opinión pública». Y luego otra sobre la conveniencia del sufragio directo. El estudiante, como tenía que ser, como sucedía entonces y ahora sucede, movía su espíritu en la región de la teoría pura; la confrontación con la realidad produciría no el despego de las ideas aprendidas en los libros sino el deseo ardiente de convertirlas en realidades, para lo cual urgía hacer UN PUEBLO. Ahora bien, por magna que la urgencia sea, UN PUEBLO no se hace, se va haciendo...

☪ El abogado en ciernes era ya un liberal, no sólo intelectual, sino cordial, apasionadamente. Porque todo era pasión en aquellos días. Las pasiones que en Juárez se conglomeraron para producir la pasión reformista densa y glacial como el bronce, fueron entonces las de muchos : el apego á la Federación; el odio á los españoles.

☪ La ascensión de Guerrero al poder, torcida y violentamente, fué la señal de una exacerbación de esas pasiones; eran dos modos de ser patriota : ser federalista y ser antiespañol eran el anverso y el reverso de una misma medalla : ser mejicano. No podemos juzgar bien de tal estado de ánimo; no es un estado de ánimo individual, es colectivo, y las colectividades caldeadas por aquel fuego se han deshecho, han desaparecido. Pero podemos analizar idealmente sus elementos. El federalismo fué una viva pasión, porque fué un celo; el influjo del Centro, en muchas partes, en Oajaca sobre todo, escondida tras de múltiples murallas de montañas, era nulo, era intermitente cuando más, y fuera de tono y arbitrario casi siempre; lo que provocaba, sorda ú ostensiblemente, una constante resistencia. Además, el indígena zapoteca ó mixteca tiene en la sangre el odio á todo lo que de la capital del imperio le iba, porque sólo le habían ido el despojo y la opresión. Si á esto se añade, ya lo indicamos, el miedo de las burocracias á compartir con cuantos de fuera viniesen la magra pitanza de los presupuestos locales, se comprenderá con qué ahinco el grupo político defendía la independencia provincial. Todos los actos de la vida pública de Juárez, hasta que la gran

revolución reformista subvirtió las doctrinas en que se fundaban nuestros hábitos políticos, denuncian su ardiente federalismo.

¶ Y era aquélla la época en que el temor de una segunda gran tentativa de España para reapoderarse de sus colonias enardecía las pasiones. No se podía ver claro y escudriñar los móviles de la política europea desde aquí; se sabía bien la existencia de una Santa Alianza, LA TRÍPLICE de entonces, resuelta á ayudar todo intento absolutista en los países cristianos; se entreveía el papel interesadamente favorable de Inglaterra hacia los países americanos con quienes se podían celebrar tratados de comercio bien favorables á la industria británica, lo que habría sido imposible con las colonias españolas; y se sabía que los Estados Unidos siempre procurarían impedir el reestablecimiento de gobiernos europeos en el suelo americano (doctrina Monroe). Pero todo ello se sentía lejano, vago, no era una coraza sino hasta nuestra línea de flotación; debajo estaba nuestra fragilidad frente al enorme poder de agresión de los europeos coligados.

¶ La hazaña de Tampico no probó la seguridad de nuestra final victoria, sino la persistencia de España en atacarnos y nuestro brío en defendernos. Quedaba el problema en pie cubriendo de sombra nuestro porvenir. La expulsión de los españoles intentada, realizada á medias y reiterada luego, correspondía á esta exasperación nerviosa de nuestra nacionalidad, de la que apenas íbamos adquiriendo el sentimiento íntimo, y que sólo después de la Intervención francesa fué un estado de conciencia adecuado á la realidad. Pero, además, era un medio cruelmente práctico de defensa; todo el mundo tenía la convicción de que debiendo desear los españoles aquí residentes la vuelta del estado colonial, era inclinable que todos fuesen cómplices, espías, colaboradores futuros de NUESTRA ESCLAVITUD, como decían los periódicos; eran en suma el enemigo dentro de la plaza. De aquí, de este temor (el miedo es el peor de los alucinadores) fluía el odio ardiente de los unos, odio recalentado pero implacable, y la necesidad de fingir este odio en los más á riesgo de pasar por patriotas fríos, por malos mejicanos. Además, era seguro que siendo ellos, los españoles, quienes retenían la mayor parte de nuestra propiedad territorial, arrebataréla por medio de la confiscación era la mejor medida de defensa nacional. Y sería inútil figurarse que Juárez no participaba de este sentimiento, porque estaba, digámoslo así, sumergido en él; porque la sangre de la raza conquistada debió reencender hasta la incandescencia el rencor guardado en el rescoldo de los tiempos coloniales, el rencor hacia el español.

¶ Dicen que nunca se ha podido comprender á un oajaqueño sin un español á su lado; este dicho revela bien el concepto de sumisión mitad servil, mitad filial, doméstica en conjunto, que representaba las relaciones entre protegidos y protectores en aquella región antes dominada que conquistada. Pero si esto era cierto, y en la mayor parte de la Nueva España era cierto, no lo era menos que la sumisión del indígena rural, del indígena de la montaña era aparente. Sólo al cura, sólo al monje eran adictos los indios, por sacerdotes, no por españoles. En el fondo del alma de aquella raza fermentaba un odio incoercible por sus dominadores, por sus explotadores. Ese odio se manifestó cuando Morelos reco-

rrió la provincia de Antequera trazando un surco gigantesco propicio á la simiente nueva, con su férreo arado de victoria y de muerte. Entonces los indios que habitaban cerca de aquel surco se levantaron y siguieron al Cura terrible, con el mismo delirante y sanguinario alborozo con que siguieron los meshicas al Cura Hidalgo. Entonces se vió que se daban cuenta clara de la opresión en que vivían, opresión patriarcal y SUI GÉNERIS abundante en expoliación y en látigo, neutralizada por la compasión y el interés cristiano del amo á veces, y que se había tornado de tal modo hábito y manera de ser, que todos, oprimidos y opresores, no se daban cuenta de ello y tenían aquella iniquidad como un estado natural jamás remediable. Juárez debe de haber sido así; amigo individual de muchos españoles, odiador EN MASA DE LOS TIRANOS, como entonces se clamaba, que amenazaban de muerte á la Patria.



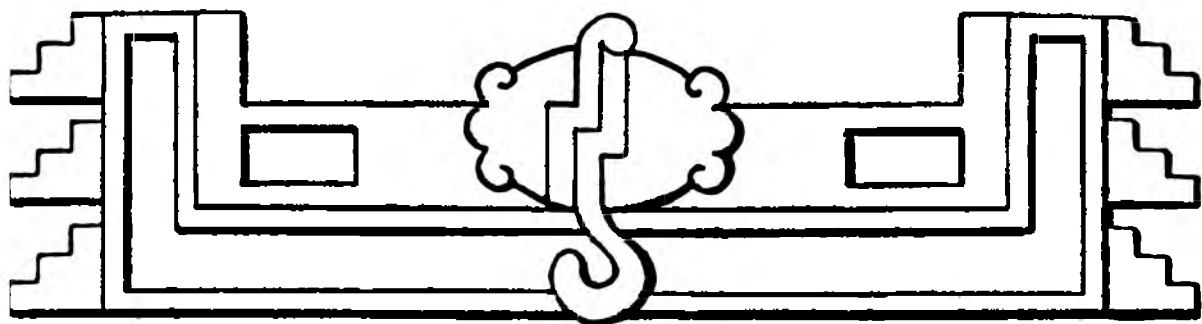
¶ Y de estos dos sentimientos resultó una convicción política, que se ve despuntar claramente en su primer certamen ó ACTO escolar de derecho público sustentado en el Instituto. Puede la tesis condensarse así : el Tribunal de la Opinión pública debe constituir una fuerza moral bastante á impedir que los poderes constitucionales rompan el equilibrio y la independencia que debe haber entre ellos, invadiendo uno las atribuciones ó las funciones de otro. La tesis, como se ve, era netamente liberal; un año después presentaba ante el profesorado de su escuela un estudio netamente democrático : la elección directa es la más conveniente en un sistema republicano; tal era la proposición, aunque la cortapisa dictada por la prudencia y la intuición de la realidad no dejaba de ser significativa : mientras mayor sea la ilustración del pueblo, decía, la elección directa será más necesaria, y con esto solo convertía, como lo es en puridad, el problema político en un problema pedagógico, de educación popular.

¶ Pero nótese la cadena entre el sentimiento federal (ningún poder invadirá á otro); vale decir : el Centro jamás atacará á los Estados sin gravísima transgresión del deber constitucional; y el sentimiento democrático : la opinión es el juez supremo.

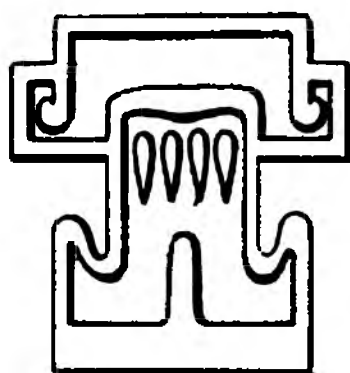
¶ Por esta época los libros liberales de derecho abundaban; se comenzaba á leer en francés, y las obras francesas de Constant y otros publicistas liberales eran el pan cotidiano de los amigos de Méndez. Un anciano oajaqueño, gran admirador de Juárez y algo discípulo suyo, aunque médico, me ha referido las recomendaciones expresivísimas, que le hizo el rector del Instituto, del entonces célebre libro de Don Tadeo Ortiz. Inferior como estilo y observación y pasión á los de Zavala, de Mora, de Alamán, la obra de Don Tadeo predica un liberalismo tolerante y sano, y trata generalmente con tino y cordura problemas que, aun ahora, no están resueltos del todo. No es un libro de historia como los otros, pero de ella echa mano cuando le viene en mientes; es un libro sobre la situación del país en nuestra primera década de pueblo independiente, y debió de ser una

fuelle viva para cuantos querían aprender cómo podrían aplicarse en nuestro país las doctrinas que recomendaban sus autores favoritos. Ortiz indicaba, no sé si con tanto acierto como cordial voluntad, las recetas de esta aplicación.

☪ El año de 30, Juárez era ya un liberal consciente; jamás dejó de serlo.



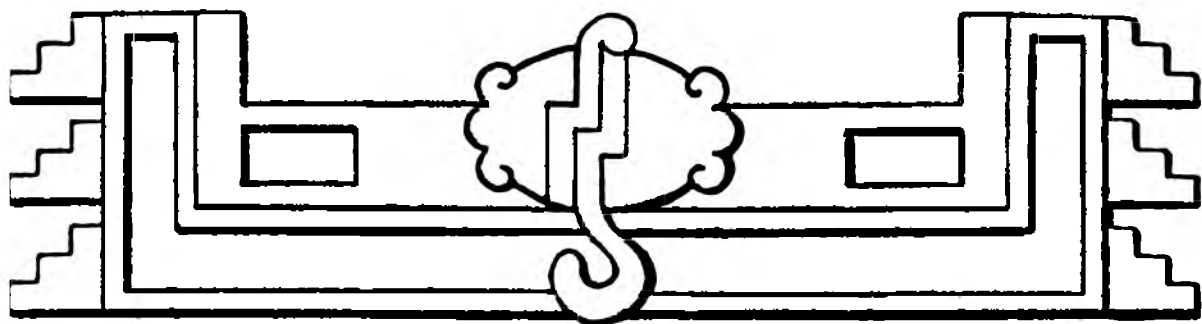
EL DISCÍPULO DE LOS EMANCIPADORES



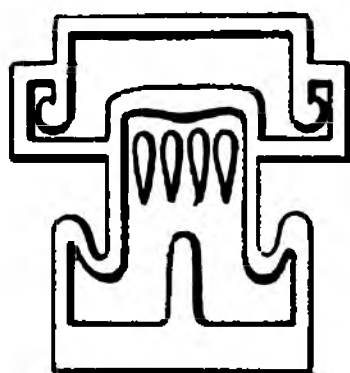
DESDE aquí, desde nuestro tiempo se ve clara en la perspectiva histórica la escala de las tres grandes generaciones que HAN HECHO á Méjico, en el sentido, no sólo político, sino moral de la palabra, en el sentido de la conciencia. Es la primera generación la de los Insurgentes: comienza con el GRITO DE DOLORES y termina con la fundación de la República sobre el trono efímero de Iturbide, hecho pronto pedazos. La segunda es la generación de los Emancipadores, de los que tendieron á la emancipación de las almas, de aquellos que no sólo veían en la dominación española un régimen de dominación política, sino de compresión y opresión de las conciencias; que no creían que para ser libres bastaba no depender de los extraños, sino que precisaba depender solamente de sí mismo en materia de ideas y creencias; que no creían que la independencia estuviese consumada, mientras los espíritus, las conciencias no estuviesen también manumitidas. Éstos deseaban ardentísimamente la Reforma, porque era la Iglesia, con su poder inmenso sobre las almas, la que se oponía por la fuerza misma de su constitución á cuanto tendiera á disminuir su poder, no sólo moral, sino intelectual también; á cuanto mermara su imperio, que pretendía abarcar no sólo la conducta entera, sino la ciencia misma. Buscar los medios de reducir y debilitar la omnipotencia de la Iglesia era el programa fundamental de los emancipadores; no lo disimulaban; afrontaron las consecuencias de su actitud con inmenso valor civil. Desde el paso de la generación de Gómez Farías por el poder, el temblor de

fueron una fuente viva para cuantos querían aprender cómo podrían aplicarse en nuestro país las doctrinas que recomendaban sus autores favoritos. Ortiz indicaba, no sé si con tanto acierto como cordial voluntad, las recetas de esta aplicación.

☪ El año de 30, Juárez era ya un liberal consciente; jamás dejó de serlo.



EL DISCÍPULO DE LOS EMANCIPADORES



DESDE aquí, desde nuestro tiempo se ve clara en la perspectiva histórica la escala de las tres grandes generaciones que HAN HECHO á Méjico, en el sentido, no sólo político, sino moral de la palabra, en el sentido de la conciencia. Es la primera generación la de los Insurgentes: comienza con el GRITO DE DOLORES y termina con la fundación de la República sobre el trono efímero de Iturbide, hecho pronto pedazos. La segunda es la generación de los Emancipadores, de los que tendieron á la emancipación de las almas, de aquellos que no sólo veían en la dominación española un régimen de dominación política, sino de compresión y opresión de las conciencias; que no creían que para ser libres bastaba no depender de los extraños, sino que precisaba depender solamente de sí mismo en materia de ideas y creencias; que no creían que la independencia estuviese consumada, mientras los espíritus, las conciencias no estuviesen también manumitidas. Éstos deseaban ardentísimamente la Reforma, porque era la Iglesia, con su poder inmenso sobre las almas, la que se oponía por la fuerza misma de su constitución á cuanto tendiera á disminuir su poder, no sólo moral, sino intelectual también; á cuanto mermara su imperio, que pretendía abarcar no sólo la conducta entera, sino la ciencia misma. Buscar los medios de reducir y debilitar la omnipotencia de la Iglesia era el programa fundamental de los emancipadores; no lo disimulaban; afrontaron las consecuencias de su actitud con inmenso valor civil. Desde el paso de la generación de Gómez Farías por el poder, el temblor de

tierra comenzó en los cimientos mismos del poder eclesiástico y sólo terminó con la separación de la Iglesia y el Estado al fin de la Guerra de Reforma é Intervención (en el fondo son ambas la misma cosa), en 1867.

☪ Juárez se afilió en este ejército. Entre los dos candidatos que se disputaron la elección para la Presidencia constitucional de la República en 1828, los oajaqueños liberales no podían vacilar, y menos que nadie el joven profesor del Instituto. Guerrero era para la juventud oajaqueña un ídolo, era el gran sucesor de Morelos, había peleado por la libertad en las montañas de Oajaca, se había conservado, hasta el fin de la lucha suprema, inquebrantable, inexpugnable hasta servir de causa eficiente de la revuelta de Iturbide que consumó la emancipación de la Patria. Era un indio suriano, un poco teñida de negro la ardiente sangre; había salido de once años de epopeya cívica y guerrera con un inmenso prestigio que fluía de las sierras natales como río caudaloso, que llegaba á las grandes ciudades, á los centros considerables de la cultura nacional y los refrescaba un poco con el ambiente de sencillez, de sinceridad, de honradez inmaculada que rodeaba al héroe. Para la exaltada juventud federalista de Oajaca, aquel hombre era un santo, un símbolo, una bandera...

☪ Los oajaqueños habían hecho desde antes votos fervientes por él. Quien primero les había hablado del General Guerrero como el solo presidente posible, había sido Santa Anna, al compás de una apasionada aventura. Cierta día, cuando se comentaba en los corrillos del Instituto, en las casas de algunos profesores y en uno que otro centro de reunión (boticas ó tiendas en el perímetro ó cerca del perímetro de la plaza) el asunto del día, la elección del Ministro de la Guerra Don Manuel Gómez Pedraza, que había logrado sobreponerse á Guerrero, el verdadero candidato popular, según decían, á fuerza de armar contra su rival los elementos oficiales, se recibió la estupenda noticia de que el Gobernador de Veracruz que, habiendo intentado en vano arrastrar á la legislatura en su protesta en favor de Guerrero, se había PRONUNCIADO al fin, estaba á las puertas de Oajaca é intentaba producir una conflagración en el Estado. Era Santa Anna, que había hecho desde Perote hasta Oajaca una marcha atrevida, seguida lentamente por el General gobiernista Rincón. La ciudad se convirtió en un campo de batalla; al fin el audaz CONDOTIERO se encerró en el fortísimo convento de Santo Domingo y desde allí se puso en acecho; las tropas gobiernistas lo asediaban, el cerco era cada día más apretado y Oajaca no se movía. Pero eso era en apariencia; en el fondo la agitación era terrible, y los estudiantes, que en esa época aprendieron á ser políticos, acaudillaban los conatos sediciosos, como lo habían hecho poco tiempo antes en las elecciones presidenciales.

☪ Es fácil figurarse el efecto que la presencia del gran rebelde causaría en el brillante entusiasmo de aquella juventud, que no era sólo soñadora y contempladora de ideales, sino que gustaba de la acción y del combate en la calle y de la brega sangrienta, de que sacaba á veces tremendas heridas. Todos conspiraban con él, todos le ayudaban virtualmente. Cuantos conocimos al Licenciado Don Guillermo Valle, uno de los hombres más amados en la sociedad liberal, en nuestras asambleas legislativas oímos esta anécdota : el pequeño escolar Valle estaba dentro del

convento; de no sé dónde, de cerca ó de dentro, partía una vena de agua que corría por cierta parte de la ciudad; el muchacho, con las comunicaciones y proclamas de Santa Anna hacía flotillas de papel que abandonaba á la corriente y que, ya fuera del recinto defendido, bajaban tranquilamente al través de las fuerzas sitiadoras, y cuantas escapaban del naufragio caían en poder de los guerreristas, de los YORKINOS, de los del VINAGRE; el ACEITE eran los contrarios.

☪ Santa Anna se había encerrado en Santo Domingo, ya lo dijimos, para estar en acecho; desde las torres interrogaba sin cesar el horizonte. ¿Oajaca permanecería quieta? ¿No vendrían de Méjico noticias salvadoras? Su situación no podía prolongarse; su fértil ingenio de revoltoso le sugería ideas peregrinas: en cierta ocasión pidió á su contrario que se le dejase ir á combatir á los españoles que estaban á punto de invadir nuestras costas; él sabía, quizás por noticias privadas que el comercio de Veracruz recibía, que la expedición estaba lista, y la proposición de Santa Anna respondía de tal modo al rencor profundo de que estaba saturada en todo el país la parte de la opinión que podía ú osaba hablar, que se tenía por un rasgo de abnegación heroica lo que era una escapatoria. El general sitiador rechazó la propuesta del caudillo de Santo Domingo que, desesperado, esperó.

☪ Un día, después de celebrado un armisticio entre el General Calderón, sitiador, y el soldado que por decreto del Congreso de la Unión estaba fuera de la ley, Santa Anna salió de Oajaca casi triunfante, ileso por lo menos, y se dirigió á Tehuacán, en donde celebró una entrevista con el Presidente Guerrero. ¿Qué había pasado?

☪ Había pasado el motín de la Acordada, convertido en rebelión triunfante por la impericia del gobierno constitucional de Victoria y por el supremo desaliento de Gómez Pedraza, á un tiempo Presidente electo y Ministro de la Guerra, que, en el momento del peligro, desertó su causa, su puesto y su honra. El grupo de hombres que había asaltado el poder, dándose por jefe al más conspicuo de los caudillos insurgentes, es decir, envolviendo sus apetitos y sus impulsos en una bandera bordada de historia heroica y de glorias legendarias, ese grupo, que era el de los liberales de acción y de pasión que llevaban la libertad en la voz y la tiranía en los propósitos, listos para los golpes de mano, aliados de la demagogia militar, mucho más capaces de crímenes que de cobardías, ese grupo que reproducía en pequeño y aunque con ideales menos altos, con vuelos menos bajos, al famoso que no hacía medio siglo había subrayado con amplia línea de sangre las horas premiosas de la Revolución Francesa, merece bien la denominación de JACOBINO. Su programa era el bueno; donde la resistencia es un muro de roca, no hay posibilidad de abrir paso al río (comparemos la evolución á un río) sino con la dinamita revolucionaria; el programa era el bueno, era buena hasta la tiranía que han gustado de imponer siempre los jacobinos para preparar el reinado seguro de la LIBERTAD que es para ellos sinónimo de IGUALDAD. Algunos de sus procedimientos fueron atroces; lo fué la expulsión de los españoles, acto de espantoso despotismo que nada salvaba, ni mejoraba; al contrario. Pero nadie, á no ser los reyes absolutos, los Luiscatorces, los Felipesegundos, los Napoleones (hablo de los geniales), ha empleado con más rudeza la persecución en nombre

de la razón de Estado, de la SALUD PÚBLICA, que los jacobinos de ambos mundos. Piénsese, sin embargo, que esa medida era la única popular y que si los jacobinos lograban unimismar el odio á los GACHUPINES y el amor á la Reforma, habían logrado dar un paso gigantesco. Los Guerreros y Santannas, los Farías, Zavalas, Gómez Pedrazas, Rejones y otros del mismo gremio no tenían de seguro otro intento que ese... Hombres no sólo de doctrina, sino de acción; no sólo de ideales, sino de ansiosas y ambiciosas impacencias; no se conformaban con aplazar, como los MODERADOS, para un porvenir lejano las grandes modificaciones que la sociedad necesitaba; querían verlas ellos, querían palparlas, querían gobernarlas ellos, y gracias á esos anhelos y urgencias que fracasaron antaño, podemos hogaño ver en parte realizados sus ensueños y vivimos en medio de una sociedad laica, obligada á ser laica, obligada, como sociedad, no como pueblo, no políticamente, á disponer de sí misma.

☪ Pero estos partidos anticlericales tienen la inmensa desventaja de florecer en recelo y desconfianza y sospecha; se constituye un gran grupo por ideas y pronto se divide mortalmente por personalidades; el grupo principal desaparece; quedan las agrupaciones de codicias y apetitos. Fué ésta, en veintiocho, la historia del magno grupo liberal (ó reformista, diremos mejor, porque la devoción á la libertad era declamada, mas no realizada) y federalista que había gobernado desde el veintitrés y que forjó la federación. Estaba, como los jacobinos precisamente, organizado en LOGIAS; era la masonería yorkina.



☪ No podemos hoy entrar bien en el ánimo de los hombres que del veintiséis al treinta y tres lucharon en el pasado siglo contra la dominación de las logias; ser masón era ser político; era, para medrar, para tener un reparo que garantizase contra las arbitrariedades del poder ó asegurase la impunidad ante la justicia, un arbitrio magnífico; era, para algunos, para muchos, como sucede en las épocas de crisis, un puesto en que acuartelarse con el ejército que luchaba por las ideas. ¿Por qué el secreto? Porque pertenecer á una asociación misteriosa á la que se suponían ideas estupendas y fuerzas indefinidamente poderosas, y ligas y connivencias con otros órganos más ocultos que tendían su red subterránea por el mundo entero, halagaba profundamente el espíritu entre infantil y aventurero de nuestra raza mezclada, de nuestra CRIOLLERÍA educada en la sacristía, pero que en arreos de valor, propios del espíritu que España le habla infundido, saltaba á veces con delicia del cielo al infierno, y por curiosidad y por desafío (Don Juan tiene un heredero en cada español en libertad) se ponía en relaciones íntimas con el diablo, que era y que es todavía, según dicen algunos profetas católicos para uso de las beatas, el gran maestro de los masones.

☪ Pero la extraordinaria singularidad de aquella época (y por este camino reen-

traremos en Juárez) era la RELIGIOSIDAD que envolvía y penetraba y saturaba casi todas las tentativas innovadoras.



☪ El cristianismo entró de tal modo en la medula de las sociedades que sucedieron al imperio romano, de tal modo el concepto de la existencia de la divinidad y el de la divinidad de Cristo se identificaron (hasta el grado de que, para la universalidad de los fieles, no ser cristiano era lo mismo que ser ateo), que cuando el grupo de intelectuales que renovó en el Renacimiento la devoción por las letras paganas creyó desquiciar el cristianismo en nombre de la razón libre, lo único que logró fué desmoronar la estupenda catedral humana que se llamaba el CATHOLICISMO. Éste se retrajo dolorosa y convulsivamente á la familia latina, pero se hizo más fuerte al contraerse (Concilio de Trento). Mientras, el cristianismo, despojado de dogmas y ritos antitéticos al instinto individualista del mundo germánico, permaneció en éste, revivificándose y recobrando el vigor de los siglos primitivos.

☪ Y no fué posible descristianizar al mundo de la civilización, porque un mundo, un pueblo, una sociedad no pierden una religión jamás, sino que la cambian por otra que da mayor y mejor satisfacción al sentimiento religioso; porque los elementos irreductibles de tal sentimiento son la necesidad de explicar la noche que circunda nuestro espíritu y que no alcanza á iluminar la ciencia, como el sol no alcanza á iluminar el universo; la necesidad de realizar el ideal de justicia, irrealizable en la tierra, que se esconde en el fondo de toda conciencia; la de calmar la aspiración á la felicidad inalcanzable de la vida, que se cristaliza en derredor de toda esperanza.

☪ La revolución francesa principió casi como una revolución religiosa, y uno de sus grandes errores consistió en creer en la identidad fundamental de la idea moderna que tiende á asegurar la felicidad del mayor número aquí en la tierra y la idea cristiana que reserva toda felicidad para la vida de ultratumba. De aquí provino el deseo de fabricar una especie de cristianismo, ó mejor dicho de catolicismo filosófico basado en una iglesia nacional, de aquí la enorme falta de LA CONSTITUCIÓN CIVIL DEL CLERO. Sin embargo, las tendencias al socialismo fraternal del Evangelio y á la exaltación de los proletarios, de los pobres (los primitivos cristianos se llamaron «los pobres», EBIONIM) seducían á las masas y á sus tribunos dominados por el espíritu de Rousseau. La Enciclopedia, radicalmente anticristiana y, por ende, con tendencias aristócratas, había formado un grupo de intelectuales que, como los próceres de la Constituyente, v. g., pretendían descristianizar la revolución; éstos no tuvieron influencia sobre el pueblo. Éste, ó al menos las bandas de energúmenos que solían tomar el nombre de PUEBLO en los clubs de París, parecía en ciertos momentos adoptar con EL CULTO DE LA RAZÓN una especie de ateísmo sentimental; pero pronto la multitud volvía á su cristianismo disfrazado de deísmo, de que se declaró sumo pontífice Robespierre. Y lue-

go, por una porción de canales minúsculos, de pequeñas sectas estrambóticas y supersticiones, tornó á ese estado especial de ánimo que preparó el auge inmenso del GENIO DEL CRISTIANISMO de M. de Chateaubriand y el éxito de la restauración del culto, gran medida política de Bonaparte, que en el fondo profesaba el deísmo de Robespierre, su antiguo ídolo, con el aditamento de que se creía el vicario armado de Dios.

⊕ En pocos años todos los liberales volvieron al cristianismo acaudillados por los metafísicos alemanes ó sus discípulos franceses. La metafísica, ó es una teología, y entonces transforma los dogmas (de que es autora) en sistemas trascendentes, ó conserva su autonomía y acaba por hacer de la religión LA ODRE VIEJA DEL VINO NUEVO, de que Jesús habló. Y uno de los más singulares espectáculos que presenta la historia del espíritu humano es el de la corriente tumultuosa de las doctrinas filosóficas en las cátedras, en los libros, en los púlpitos quizás, afanada en envolver y arrastrar al cristianismo en su inacabable DEVENIR... Entre los protestantes el conato era colosal, más exiguo y solapado entre los católicos. Y así fué hasta la gran conmoción política de mediados del siglo XIX.

⊕ Entonces las cuestiones sociales del orden económico flotaron en el haz del revuelto mar; las lucubraciones metafísicas cedieron el paso á los apóstoles del Evangelio nuevo, que era el viejo adecuado al sentimentalismo igualitario y humanitario de aquel tiempo de ensueños y palingenesis milagrosas por obra y gracia de la democracia de la idea republicana. Sólo algunos se mostraban escépticos y descreídos radicalmente; hijos de los grandes materialistas de la Enciclopedia y de los grandes ateos de la Revolución; progenie de los D'Holbach, de los Diderot, de los Laplace y de los Danton y los Babeuf, acompañaban el lirismo democrático de los que hacían descender la República del Gólgota con una protesta sarcástica y terrible; el representante más leído de este grupo era Proudhon.

⊕ En las escuelas exegeticas alemanas tomaba, entretanto, mayor cuerpo el análisis microscópico, digamos, de los documentos fundamentales de los orígenes cristianos, y en la escuela de Tubinga se pulverizaban esos documentos hasta reducirlos casi á nada; pero estos trabajos sólo eran conocidos de unos cuantos iniciados, á pesar de su trascendencia, hasta que Strauss publicó su primera historia de Jesús. Traducida al francés, tuvo su resonancia aun en los países hispano-americanos, y algunos colegiales curiosos la leíamos en Méjico en el primer año de la Reforma triunfante; esta obra era en el fondo la negación de la personalidad misma de Cristo. Mas, en verdad, antes del libro de Ernesto Renan, conocido y leído con horror y delicia en América por los años de 63 ó 64, nada había pasado en el mundo intelectual capaz de determinar la organización de un núcleo de pensadores anti ó extra cristianos. Nuestros abuelos leyeron, y relejeron nuestros padres, el Diccionario filosófico de Voltaire, cierto; pero esta crítica feroz é irónica basada en lo racional, en el buen sentido, dejaba que desear, no satisfacía; siempre quedaba con la palabra la Ciencia, que solía ser la gran perturbadora del sentido común. La historia de las conchas encontradas en las cimas de los Alpes, muestra bien la diferencia entre un modo de ver y otro: esas conchas sólo pueden estar allí, decía Voltaire, porque los millones de pere-

grinos que por allí transitaron las han dejado caer; y ésa era una conjetura de puro sentido común; la Ciencia dijo luego : los montes han emergido con lentitud del fondo del océano, llevando en la frente su corona de despojos marinos; y el sentido común estaba desarmado.



⊕ ¿Qué venía á Méjico de todo esto? La generación de legistas que hizo la República y la Federación, la que luchó por arrancar á Roma el patronato eclesiástico, la que propugnó por la supremacía del poder civil, fué cristiana, fué católica como lo fueron siempre los regalistas, como lo eran Ramos Arizpe y Santa María y el Padre Mier y Quintana Roo y Fagoaga, como lo fueron, aunque en menor escala, los que intentaron hacer LAICA la sociedad mejicana, desarmando á las comunidades religiosas y quitando á la Iglesia el monopolio de la educación pública. Gómez Farías, el Doctor Mora, Espinosa de los Monteros, Gómez Pedraza y tal vez Couto (Don Bernardo) y Pesado (Don José Joaquín) y otros, constituyeron este segundo tipo. Zavala, no; Zavala, bastante mal visto en todos los grupos, disimulaba muy poco su inquina contra el catolicismo; si hubiese sido declaradamente cristiano, habría preferido la forma protestante.

⊕ De todos ellos era discípulo el núcleo de hombres que se iba adueñando de la dirección intelectual del Instituto oajaqueño. Para Juárez, esos hombres fueron modelos en toda la primera parte de su vida pública; estaba clasificado entre los abogados que juraron odio á las clases privilegiadas en la tumba de Guerrero y que promovieron en Oajaca una especie de fiesta expiatoria organizada en honor del patricio mártir. Este asesinato había sido admirable para cortar los puentes entre el partido reactor y el que se apellidaba, no sé si con rigurosa justicia, partido liberal; el anatema á la administración conservadora, pero desde tantos puntos de vista bien encaminada, del General Bustamante, fué implacable, todavía vive, puede decirse. Y es que no sólo fué una falta la ejecución de Guerrero, sino un error. Se comprende que cuando un país esté amenazado de anarquía crónica, un gobernante, firme y que conozca su deber, desee dar un golpe de terror de esos que hacen entrar en sus quicios á una sociedad entera, y procure herir en lo más alto para que el castigo se note desde más lejos; y suele el valiente que tal hace ser excomulgado á seguida, pero después, á la larga, perdonado por una sociedad que se siente vuelta así á la seguridad y al orden. Pero es preciso saber escoger la víctima; es preciso que no se hiera un gran sentimiento nacional al herir un sentimiento humanitario. Si el sacrificado hubiera sido Santa Anna, que siempre se jactó de GUERRERISTA, nadie habría protestado al cabo de cinco años; pero fué el jefe del partido insurgente, fué el indómito luchador del Sur, fué el que facilitó, prohibiéndola, la obra de Iturbide, á quien jamás con justicia se arrancará el nombre de LIBERTADOR; fué Guerrero el escogido como hostia propiciatoria (á quien ni un Judas faltó siquiera), y esto hizo no sólo horrendo el asesinato, sino inexpiable. La herida la recibió en el pecho todo el partido li-

beral, lo mismo en su extremo radical que en su centro moderado... Uno de sus jefes intelectuales, digámoslo así, Gómez Pedraza, el rival, el adversario presidencial de Guerrero, decía trece años después, al terminar una frase de alto encomio del capitán suriano, con clásica y majestuosa elocuencia : «Entonces Guerrero ejecutó la acción más bella de su vida, poniendo á disposición del nuevo adalid sus recursos, su persona, su honor y su gloria... ¡Y este general ilustre terminó su carrera en un suplicio...! ¡Y á ese suplicio lo condenaron sus propios compatriotas...! ¡Conciudadanos : olvidaba que no debo en este día desenvolver delante de vosotros la ensangrentada túnica de César!»

☪ El culto á la memoria de Guerrero, por quien siendo estudiante había luchado en las calles ensangrentadas de Oajaca, la profesión de fe jurídica en favor de los grandes principios democráticos, su pasión por la soberanía del pueblo, el gran dogma liberal que los liberales metafísicos de entonces pretendían hacer pasar en bloque de la teoría á la realidad, sin tener en cuenta las condiciones peculiarísimas de nuestra constitución social, apenas hoy modificada en la superficie, esto formaba el elemento principal de la mentalidad de Juárez. Pero su carácter era de mucha mayor edad que su inteligencia, su carácter transmutador de su pasividad étnica en perseverancia individual, de su veneración por las tradiciones en amor reflexivo por las ideas nuevas y de su respeto incondicional por la autoridad en amor por el orden, es decir, por el imperio impersonal de la ley; su carácter, decimos, estaba ya hecho cuando su espíritu, sumergido en la atmósfera religiosa en que había nacido su alma á la vida del pensamiento, ni soñaba siquiera con la emancipación, ya que no con la rebelión.

☪ Cuando la grave tentativa de organizarnos en sociedad laica por la acción de un gobierno emancipador, fracasó en Méjico con resonante aplauso de la Iglesia en 34 (año en que Juárez se recibió de abogado), nuestro hombre, según todos los indicios, estuvo resueltamente de parte de los que bajo los auspicios de Gómez Farfás acometieron tamaña empresa; pero, como lo estaban sus maestros, sin desprenderse de una sola partícula de su credo religioso. Todo su afán era y siguió siendo unimismar su fe política y su fe católica. Sentían, sin embargo, la resistencia de las clases privilegiadas á la realización de su fe política y sintieron la resistencia de la sociedad, temerosa de perder su fe como consecuencia de la implantación de la libertad de conciencia, y desbaratados y maltrechos al pie del muro infranqueable de tanto interés egoísta y sentimental amalgamado, los emancipadores se dispersaron, se retrajeron y conspiraron. Casi todos ellos, como Juárez, quedaron de rodillas ante el altar; pero allá en la sombra brillaban las aristas del hacha con que habían de romperlo y despojarlo de sus tisús y sus oros, para dejar de él lo que era en él eterno, el altar de espíritu y de verdad que profetizara el Cristo.



☪ Concluída la lucha entre la Federación y el Centralismo, expedida en Méjico la famosa Constitución de «Las Siete Leyes», organizada así una complicadísima

máquina centralista, que al mismo Alamán, el patriarca de la tribu conservadora, hacía sonreír con desconfianza, los liberales esperaron y siguieron preparándose sin descanso.

☞ Hay quienes reprochan á muchos de ellos haber admitido empleos de las administraciones centralistas. Esto es absurdo. Es absurdo en estos países de guerras civiles y revoluciones en que todos, todos, hemos hecho lo mismo, porque los mejicanos vivimos de empleos. Es absurdo porque no se trataba del servicio á gobiernos extranjeros, ni ilegales siquiera, sino á gobiernos nacionales en el sentido posible del vocablo NACIONAL en Méjico, país en formación, protoplasma de país más bien que país definitivamente orgánico. «Las Siete Leyes» habían venido como la República, como la Federación, de una asonada convertida en conflagración militar, sancionada por un Congreso de consigna nombrado en comicios formados de empleados, únicos electores posibles en Méjico. Así se formaban las Asambleas; éstas, con no poca libertad, lucubraban en pleno mundo subjetivo y resultaban sistemas de ideas, no de apropiaciones á la realidad que seguía incontrastablemente su obra, y la Constitución estallaba al fin. El día que Méjico encontró el modo de ir ajustando su constitución escrita á su constitución efectiva, las guerras civiles tenían que cesar y han cesado.

☞ Resultaba, pues, de una conmoción un gobierno; servirlo cuando no había otro, ni era un crimen, ni dejaba de ser en muchos casos un deber; así hicieron Juárez y gran número de federalistas. Lo malo habría sido prescindir de unas ideas políticas para adoptar, por interés, otras.

☞ Había además dos capítulos esenciales en el CREDO del partido liberal: el federalismo; esto era enteramente accidental, peculiar del partido liberal mejicano; en realidad la forma federativa nada tenía que hacer con los principios de libertad individual base del liberalismo, y éste era el segundo capítulo complicado con el de la soberanía popular. Precisamente las constituciones escritas se habían inventado para cohonestar uno y otro DOGMA, como se decía: la americana había hecho prevalecer el de la libertad individual base de una serie de derechos ó garantías que limitaban el gobierno absoluto del pueblo. A creer en este absolutismo tenía el núcleo ya organizado de la democracia mejicana, mejor dicho, creía en él y ajustaba sus actos á esta creencia, lo que dependía de que había sido educado ó por los publicistas franceses ó por los españoles traducidos del francés. Se podía servir bajo un régimen centralista si su constitución rezaba el doble dogma, y así era.

☞ Así fué en nuestras constituciones centralistas: en la de Las Siete Leyes (1836) la primera parte ó PRIMERA LEY, como se denominaba, contenía en su artículo 2.º una lista de derechos del hombre, y en sus artículos 8.º y 10.º los derechos y obligaciones de los ciudadanos mejicanos para votar y ser votados y concurrir á los actos electorales. Los mejicanos de más de cuarenta años que hemos tenido que pasar por tantas horcas caudinas políticas, deberíamos abstenernos, por un sentimiento rudimentario de pudor, de inventar pecados políticos insensatos para lapidar con ellos á nuestros mayores...

☞ Pero aquí entramos en un paréntesis un poco obscuro. Juárez era inquebrantable ciertamente, pero ¿era inflexible? No. Gran bronce humano, era como el

bronce en fusión en aquellos años en que circunstancias incontrastables y necesidades complexas moldeaban á los mejicanos.

¶ Hemos visto aparecer en él trabajosamente la aspiración á dejar de ser un colectivo como los hombres de su raza y como los primitivos todos, la aspiración á individualizarse, á tener una personalidad, á ser ÉL. Luego, dentro de su conciencia, hemos notado la aparición del deseo de contribuir á la transformación mejicana, y dentro de su voluntad armarse como un resorte de acero la resolución de consagrar á ese fin su vida y, por ende, convertirse en federalista y demócrata y liberal en la forma en que son esto los abogados, con reservas, trámites y fórmulas.

¶ Así armado hemos visto á Juárez asomarse á la vida pública, penetrar en ella y bajo administraciones nacionales, aunque no federalistas, seguir prestando el contingente de su religión de liberal, de letrado y de patriota á la marcha del orden público. La evolución parece terminada; el personaje queda listo para que en cualquier MEDIO produzca una suma proporcional de acciones y reacciones en relación con su tipo normal, que puede formularse así : un hombre de progreso y de deber.

¶ Pero llegó un momento en que algo parece velarse en esta fisonomía moral; pasa una nube sobre aquella frente de cobre serena y reluciente. ¿El liberal flaqueó? No lo creemos; pensamos más bien que, deseoso de procurar á sus correligionarios facilidades para la prosecución de su obra (como lo demuestra todo cuanto siguió en su vida), admitió el año de 44 un puesto en la administración del gobernador León, gran patriota y hombre enérgico, cuya vida quedó santificada por el heroísmo de su muerte, pero también reactor inflexible y santanista incondicional. Y León no lo llamó á su secretaría, como se supone, gracias á una transacción con los liberales, sino en el apogeo de la dictadura del HÉROE DE ZEMPOALA, como en verso y prosa llamaban á Santa Anna entonces sus turiferarios; no de la dictadura legal que emanaba de las facultades discrecionales que le confiara la famosa 7.^a base, sino de la de hecho de ascendiente y de sugestión que era más dura todavía. Al par de ella existía una embrollada anarquía y confusión gravísima de ideas y procederes en aquella época dominada ya completamente por el presagio ó mejor dicho la certeza del peligro YANKEE, que ponía miedo en todos los corazones y daba á todo un carácter precario y de expediente. El «VENDRÁN LOS YANKEES Y BARRERÁN CON TODO» era el fondo de todas las consideraciones secretas, el fondo negro en donde nada detallado y preciso podía dibujarse. Era un gran pavor, era para la pobre nación exangüe y endeble una pesadilla; el temblor, el calorífico gobernaba las inteligencias de todos los políticos ilustrados; el DESTINO MANIFIESTO era nuestra MOIRA, era la fatalidad de la gran tragedia mejicana. Sólo había un hombre que no tenía miedo, sólo había uno que creía en nuestra victoria indefectible, que creía poder sólo ser vencido por la intervención directa de la Providencia, pero que se jactaba de contar con ella para su uso particular : este hombre era Santa Anna. Singularísima personalidad, todavía no bastante bien estudiada por nuestros historiógrafos, que la han mutilado ó enmascarado á su gusto; malo, pésimo para Méjico, hidra policéfala genuina-

mente nacida en nuestro pantano social, admirable modelo para el estudiante y el artista psicólogo.

☪ En Junio de 44, cuando Santa Anna reocupó... el trono, íbamos á decir, después de una de esas abdicaciones temporales con que satisfacía los hondos accesos melancólicos de su sibaritismo crónico, el partido del dictador, apoyado en su innegable prestigio entre los hombres de agio, entre los hombres de sable y entre las plebes, se agitó como nunca. La cuestión de Tejas palpitaba; vengar las afrentas de Méjico en Tejas era el grito de guerra del caudillo cojo; soldados iban y venían, arcos triunfales, músicas y vítores llenaban las calles de la capital; el símbolo vivo de la Patria culminaba, infundía valor en las multitudes con su acento épico, y los vistosos penachos de los batallones nuevos ondulaban en celajes de colores en torno del carro del vencedor. ¿Del vencedor de quién? De los españoles, de los tejanos, de los franceses, de todo en el exterior y, en el interior, de la federación y del pudor público...

☪ Por lo demás, el agio aplicaba su boca como una ventosa á la vena por donde circulaba en lentos pero incesantes chorros la pobre sangre del pueblo; el Presidente complicaba en esta succión ávida toda su reputación, y en los días de miseria para soldados y empleados corrían en los palenques de gallos las onzas de oro del héroe ZEMPOALTECA.

☪ Hombres como León, fieros, despóticos, de temple férreo, conocían este barro del ídolo, pero cerraban los ojos y no veían en él más que al paladín de nuestra honra, al debelador de Tejas, al futuro humillador de la soberbia yankee... (?) Y por eso los honores regios tributados al Presidente hasta en efigie parecían actos patrióticos; eran actos serviles. Juárez se complicó en uno de ellos; esto ha sido irrefragablemente comprobado (V. Bulnes.—JUÁREZ Y LAS REVOLUCIONES DE AYUTLA Y DE REFORMA), y desde entonces (lo sabemos por un testigo mayor de toda excepción) sus amigos se lo reprocharon ó alguno de ellos por lo menos (el Lic. Pérez). Hombre y no semi-dios, pero completamente hombre, Juárez tuvo considerables defectos y entre ellos el que nos es común á todos los mortales, de no saber resistir siempre á la tendencia de confundir nuestros intereses personales con los intereses políticos. De este limo nunca estuvo exento el gran Presidente, porque en él la ambición fué poderosa; el deseo de sobreponerse primero á sí mismo, representante de una raza de humillados, y de encaramarse por encima de los otros, de los humilladores, bullía en el fondo de su sangre, de las reliquias atávicas que iban y venían en los rincones subconscientes de su naturaleza. La verdad es que el reproche al hombre es insignificante; casi todos hacían lo mismo : el reproche al liberal en grado heroico es grave; quisiéramos que no lo hubiera merecido.

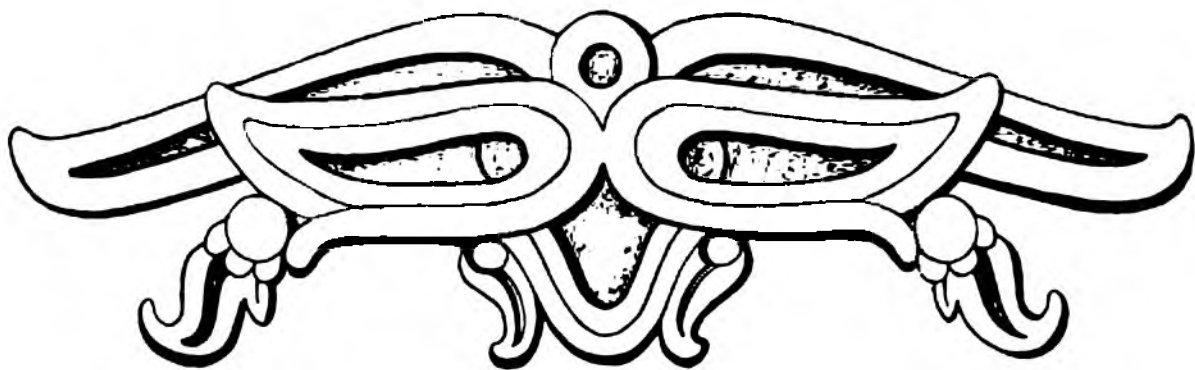
☪ Pero lo mereció. Verdad es que su alianza con el General León duró poco (¿un año?) y acabó mal; llegó un día en que el perenne conflicto con el déspota tomó, frente á una arbitrariedad (cuenta la anécdota el señor Pola en su segundo tomo sobre Juárez), el carácter de un choque personal; en 45 dejó la secretaría del gobierno; tomó asiento en un tribunal de Justicia y volvió á su papel de profesor del Instituto.



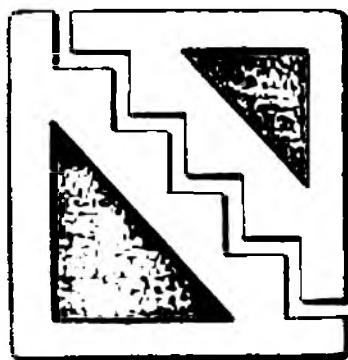
Ⓒ Los cambios en Méjico eran entretanto serios; el nuevo centralismo establecido por las Bases Orgánicas que habían reemplazado á la Constitución del 36, no satisfacía tampoco á nadie. La nueva Constitución era bastante liberal, y el Congreso emanado de ella había resultado con tendencias radicales. El conflicto con el dictador y sus estafermos era tumultuoso; se hablaba á voz en cuello de volver á la federación; un día estalló la mina y Santa Anna huyó al cabo; fué una náusea terrible del buen sentido general; la dictadura había sido vomitada por la sociedad y por el mundo político. Y no se volvió á la federación, pero se volvió á la honradez, al aseo en los manejos administrativos : era presidente el general Herrera.

Ⓒ Entonces el papel de Juárez en el gobierno de León fué más expedito, más franco; la administración de Herrera resultaba un preámbulo de la resurrección de la Carta de Veinticuatro. Es difícil puntualizar el momento y el motivo de su ruptura con el férreo gobernador. ¿Fué motivada por alguna arbitrariedad furiosa, de esas que solía cometer aquel LEÓN sin que nadie pudiera contenerlo, según cuenta Pola? ¿Fué á causa del nefando pronunciamiento de Paredes, que se aprovechó de las fuerzas puestas en sus manos con el fin de combatir al enemigo extranjero, para derrocar á Herrera y establecer un pseudo-gobierno manifiestamente favorable al VIEJO proyecto de los viejos de traer á Méjico un monarca? Lo cierto es que cuando la ridícula presidencia de Paredes vino á tierra, el partido liberal se sobrepuso definitivamente en Oajaca é incontinenti llamó á Juárez á formar parte del triunvirato revolucionario con Fernández y con Arteaga. El partido liberal oajaqueño absolvía plenamente al Secretario del Gobernador León y lo rehabilitaba para realizar su destino. Entonces, por primera vez vino al Congreso General como diputado. Traía dos cosas muy firmes ya, como todas las que se consolidan con mucha lentitud, con mucha perseverancia : sus ambiciones, sus convicciones.

Don Antonio López de Santa Anna



EL HOMBRE DE GOBIERNO



CUANDO Juárez llegó á Méjico, la situación era pavorosa. Dos grandes sombras entoldaban el cielo : las frases apocalípticas y sibilinas no vendrían mal para pintar aquella conjunción siniestra; era el día del juicio final de la Patria, el que trompeteaban desde los cuatro vientos los profetas de infortunio; todos, amigos y enemigos, salmodiaban nuestro **DIES IRAE**. Eran las dos sombras la invasión de los norteamericanos y la invasión de Santa Anna. Con esas dos obscuridades se cerraba de negro

el horizonte. ¿Quién traía á ese hombre? ¿Venía á intentar como Iturbide una aventura? No; venía llamado «**POR EL VOTO UNÁNIME DE MIS CONCIUDADANOS**», como decía á boca llena; la nación política lo llamaba, el partido liberal lo había recordado, lo aclamaba; su vuelta, sin embargo, no era una reminiscencia, era una reincidencia, pero no suya, sino de los liberales. Todos, casi todos, sufrían el acceso de ceguera cívica que algunos han dado en la flor de reprochar á Juárez.

☪ En 1844 escribía el gran repúblico Don Valentín Gómez Farías á uno de sus pares (el Dr. Mora) : «no es fácil imaginarse los males que ha causado la administración de Santa Anna; en tiempo de Bustamante todo iba mal; ahora todo ha empeorado. Los vicios del despotismo y los males de la corrupción aparecen por todas partes. Los agentes del tirano que para oprobio y confusión nuestra gobierna nuestra Patria, son por lo común hombres depravados y tan viles que no tienen valor ni aun para levantar la cabeza delante de su amo; mientras éste

come, seis ayudantes de alta graduación están de pie tras él esperando sus órdenes, y cuando se presenta en público lo hace con la ostentación de un monarca. Viniendo una vez de su hacienda para Veracruz salió á recibirlo el obispo Pardo que le besó la mano inclinando la rodilla. La aristocracia sacerdotal está degradada, la militar también y personas opulentas que podían vivir lejos de este malvado se le acercan, lo adulan y sirven como esclavos.» Tres años después Gómez Farfás escribía á la misma persona : «El General Santa Anna desde su destierro me escribió manifestándome un deseo ardiente de salvar á nuestra Patria amenazada y tan de cerca por sus enemigos exteriores é interiores. Entablamos con este fin una correspondencia en la que cada vez me daba más pruebas de su lealtad y patriotismo. Unidos íntimamente á consecuencia de esto, me dirigí á mis numerosos amigos en los departamentos y el General Santa Anna hizo otro tanto con los militares previniéndoles que se pusieran enteramente á mis órdenes. Con estos elementos inicié la revolución en Jalisco y pronto fué secundado el grito dado ahí en otros puntos. Por último el día 4 del presente (Agosto de 46) se verificó el movimiento en esta capital poniéndose al frente el General Salas. Dos días bastaron para consumir la obra, y el General Santa Anna LLAMADO EXPRESAMENTE POR UN ARTÍCULO QUE PUSE EN EL PLAN, ha llegado ya á Veracruz...» (1)

¿Qué dosis de poder magnético tenía ese hombre para avasallar con una sonrisa á sus implacables enemigos de ayer? ¿Por qué á pesar de tanta mentira, de tanta traición, de tamañas perfidias, el General Santa Anna hacía el papel de esfinge, parecía que no había dicho todo lo que tenía que decir, parecía reservarse la palabra definitiva que lo revelase entero, parecía que esa palabra iba á ser el «ÁBRETE SÉSAMO» de lo porvenir?

Lo que sucedía era que aquel hombre exaltado y debelado á la vez por la suerte y que renacía más poderoso de sus caídas, por su vida, por la novela estupenda de su vida, por la leyenda de su heroísmo, por el tono y la forma de su palabra, hasta por sus vicios (los gallos, la baraja, las mujeres) estaba hecho *AD HOC* para imperar en el corazón de los soldados y de las plebes. Ese prestigio lo guardaba intacto; la multitud creía que había UNA ESTRELLA de Santa Anna; sus derrotas aparecían á los ojos de muchos como victorias... De todo esto, la inviolabilidad de su prestigio...

En aquellos años terribles de 46 y 47 todos sentían la necesidad de unión intensa, de concentración heroica de esfuerzos, y los liberales triunfantes recurrían, sin embargo, Á LA FEDERACIÓN. Era necesario; era la bandera, era la fatalidad del partido liberal; esto dispersaba recursos, pero ¿qué hacer? Aquéllos eran precisamente los momentos en que debía resonar el *CAVEANT CONSULES* y ser forjado un dictador; un dictador probo como es duro el hierro y enérgico é inquebrantable como el hierro. En lugar de eso se habían forjado legislaturas, gobernadores, guardias nacionales; aquí y allí los focos de patriotismo ardían espaciados como fogatas de campamento desamparado, pero la masa vibraba poco; el pánico aparecía en los extremos como Yucatán que, aterrado ante la necesidad suprema

(1) Estas cartas pertenecen á la preciosa colección de documentos que posee el Lic. Don Genaro García, quien, con una amabilidad que agradezco de veras, se sirvió facilitármelas.

de vivir defendiendo el cráneo del machete del maya y la imposibilidad de contribuir á la defensa de la Patria, abandonaba á ésta implamente y poco después se sentía dejada por todos, excepto por esa Patria que habla desconocido en un día de ofuscación y de muerte. No, la masa no se estremecía, ni el sentimiento religioso explotado contra los herejes YANKEES la hacía palpar de odio; como en tiempo de la conquista, el sedimento indígena que formaba la base de nuestra geología social yacía inerte, hogaño como antaño, ENTREGADO AL DESTINO; en cuanto al elemento no indígena, también de abolengo fatalista, había querido hacer, pero nada hacía, nada ha hecho nunca.

☪ Por eso Santa Anna era una esperanza, era la única esperanza; él sí podía hacer ponerse de pie al pueblo á donde su acción llegara; él sí podía empujar al combate á los oficiales que tenían, con excepciones por supuesto, no la cobardía de los hombres que sienten miedo de otros hombres, porque esa no la tuvieron nunca, ni es defecto mejicano, sino la que proviene de la convicción de que el sacrificio era inútil, completamente inútil. Si Santa Anna lograba que el oficial se batiera, el soldado indefectiblemente se batiría. Y no era esto todo, casi esto era lo menos. Lo más era el problema financiero. ¿Dónde estaban los recursos para la guerra?

☪ Una voz unánime clamaba : un empréstito interior, un préstamo más ó menos forzoso en el interior; de fuera no vendría ni un solo centavo. Se habría podido vender Tejas, ¿por qué no? pero nunca á los americanos; nadie sino ellos la habrían comprado, sin embargo; de Europa no nos vendría un solo centavo. Mas, ¿cómo obtener ese empréstito negociado á FORTIORI con los terratenientes y los usureros aquí establecidos? Con una sola garantía efectiva : los bienes del clero.

☪ Gómez Farfás y los Reformistas no habían hecho la revolución con otro objeto. Jugaban un gran albur, pero era el albur que les tocaba jugar. Desarmar al clero, desamortizar, no bajo el pretexto, sino por la necesidad de salvaguardar la vida de la Patria, era una formidablemente trascendental medida política; no habría habido otra ni más hábil, ni más patriótica, ni más progresista en nuestra historia; era la honra de la Patria asegurada y al par la Reforma tornada indirectamente en un hecho irreparable. Era el desarme de una clase para armar á la Nación.

☪ Los radicales no podían vacilar, hicieron bien; pero eran pocos : algunos liberales moderados, trémulos ante tamaña audacia, obstruían todo, se detenían ante todo; ellos eran, sin embargo, la crema social, los más cuerdos, los más sensatos del partido; ligados con la alta burguesía mejicana, de que muchos formaban parte, procuraban dar á su deseo de despojar á la Iglesia, todas las formas posibles del respeto, de la consideración, de la necesidad. Muchos de ellos eran tan descreídos y tan enciclopedistas como los exaltados; pero disfrazaban bajo mil formas su impiedad fundamental; otros no, otros eran católicos muy sinceros, pero deploraban los abusos de los servidores del altar y creían que el Estado debía interesarse en aplicar el cauterio. Cosa singular; el jefe del gabinete de Gómez Farfás era un moderado : Don Fernando Ramírez. Esta mayoría del partido constituyó la derecha del grupo liberal : fué ya bien caracterizado, un partido de moderados; el partido moderado era un eufemismo.

Ⓒ El extremo izquierdo de esta agrupación era el revolucionario, compuesto de audaces, de revoltosos de oficio, de gente que tenía poco que perder, y también de patriotas, de ilusos (por tal tenían muchos á Gómez Farfás), de deseadores anhelosos de la reforma, de la rápida transformación social del país. Este partido se llamaba de los PUROS; y la verdad es que á casi todos ellos los veía ó con odio, ó á los desconocidos, como Juárez, con desdén, la parte DECENTE de la sociedad aun sojuzgada por la Iglesia con férrea dominación.

Ⓒ Era seguro que toda tentativa de despojar á la Iglesia de sus bienes, aun cuando fuera para dar de comer á nuestros soldados hambrientos y desarmados frente á la invasión americana, iba á encontrar la resistencia de toda la sociedad, de todos los Estados, de todas las clases. Pero no había, lo repetimos, otro recurso y bien se vió después; el clero había contribuido pero gota á gota, exprimiendo siempre, protestando siempre, escatimando céntimo por céntimo. Lo que se necesitaba no era cubrir el expediente de hoy, para hallarse con una necesidad mayor mañana; era preciso tener asegurados los gastos de la campaña, y aunque no era perfectamente seguro poder reducir á numerario los bienes del clero, sí se podía sacar por lo menos diez millones tomando el doble, el triple, el cuádruplo en valores nominales, lo que habría equivalido á incautarse de todos los bienes de la Iglesia; la propiedad desamortizada habría desaparecido entonces y es incalculable la trascendencia que esto hubiera tenido en nuestra lucha nacional, en nuestro ser económico, en nuestra vida política; el tratado de Guadalupe habría sido menos cruel, la indemnización, mucho mayor; no habría habido guerra de Reforma, ni intervención, ni Imperio probablemente, y la paz de los ferrocarriles habría comenzado con el fin de la guerra de secesión americana.

Ⓒ Pero para llegar á tamaño resultado, para desenlazar el rápido drama que Gómez Farfás y los PUROS habían concebido con un patriotismo igual á su audacia, se necesitaba de un DEUS EX MACHINA, de un hombre que significara la fuerza, el ejército: el hombre era Santa Anna. Buscar en otra causa que en ésta la explicación de la alianza de los liberales con los partidarios de Santa Anna, ó del santannismo de los PUROS, es insensato.

Ⓒ Y efectivamente, el plan apuntaba muy bien; impuesto de los proyectos de Gómez Farfás, teniendo en el gabinete, en el ramo de Guerra, á su estafermo el General Canalizo, Santa Anna dejaba al vicepresidente toda la responsabilidad, toda la odiosidad de las medidas de exacción y despojo, como decían de consuno clericales y moderados y aun algunos PUROS pacatos; él lo aprovecharía todo. El olor de los millones atraía al desapoderado condotiero como al ogro el de la carne fresca, y además tenía la convicción, y así lo manifestó á todo el mundo, de que no había otro camino para obtener recursos. Gómez Farfás, fuerte con este apoyo, se fué de frente con una cortísima mayoría que se esforzó hábilmente en esconderse toda bajo el nombre de Santa Anna, y dió el golpe en los primeros días del año de 47, EL AÑO TERRIBLE.

Ⓒ Las circunstancias eran cada vez más premiosas; los invasores amenazaban á un tiempo por el Oriente, donde ocupaban ya la zona marítima entre Veracruz y Tampico, y por el Norte, en donde después de una cacareada pseudovictoria

de Santa Anna sobre Taylor, el ejército, derrotado más bien que por el enemigo por la absoluta impericia de nuestros generales y por la espantosa falta de recursos, se replegaba, presa del pánico, á San Luis Potosí, mermado é incapaz de someterse de nuevo á la disciplina. El clero aprovechaba todo esto para oponer una resistencia que ya no era sorda ni disimulada sino ostensible y hasta majestuosa, á las medidas de salvación suprema que el Gobierno había creído necesario adoptar. En estos días llevó la voz de la Iglesia mejicana un hombre de gran talento é ilustración, el Señor Portugal, Obispo de Michoacán; su palabra resonó como la de los Gregorio y Bonifacio en la Edad Media, en su lucha contra los monarcas alemanes y franceses; la supremacía del poder espiritual sobre el poder temporal era aclamada con fórmulas que parecían resucitadas de tiempos muertos ya; pero esto produjo el resultado que era de esperarse: el grupo sensato, el partido liberal moderado conducido por Otero, compuesto de hombres celosos por la supremacía del poder civil y educados en las doctrinas regalistas, comprendiendo el peligro, después de haber combatido la ley, se unió al Gobierno para luchar contra la Iglesia armada con la espada de la guerra civil. Ésta era inminente; puede decirse que la sociedad entera, que el pueblo todo, que grandes grupos del mundo femenino mejicano ponían en manos de la burguesía organizada en batallones de guardias nacionales la bandera de la revuelta. Era esto un desastre espantoso, una vergüenza inexpiable ante el invasor que amenazaba arrollar nuestras débiles fuerzas; pero se trataba de asuntos del alma, de deberes superiores al hombre cristiano sobre el hombre mejicano, y aquellos á quienes se había confiado la defensa de la nación prefirieron salvar los bienes del clero á la integridad del territorio y á la honra de la Patria. Tal fué en su espíritu la rebelión de los batallones de las Milicias Nacionales, la conocida con el nombre de «Guerra de los Polkos». El triunfo del Gobierno, á pesar del admirable tesón que Gómez Farfás había puesto en la aplicación de la ley, era dudoso; el único que habría podido inclinar del lado de los puros la balanza era Santa Anna poniendo su espada en uno de los platillos. No es enteramente justo culparle por haberse colocado del lado de los rebeldes; su instinto, la convicción de que su prestigio, su gloria de similor tenía por elementos principales la ciega devoción del soldado y la admiración inconsciente del populacho, le hacían temer, le hicieron temer siempre el divorcio entre él y la popularidad. No pudo desconocer que la ley de Enero, que rompía las arcas de la Iglesia para fundir cañones, era terriblemente impopular; se habría necesitado que su alma de sibarita hubiese tenido el temple de la de César para pasar por el Rubicón de este temor. Rápidamente se desdijo de todas sus manifestaciones en favor de la política de los puros, creyendo acaso que los millones que dejaba á la Iglesia, ésta se los devolvería en un arranque de gratitud; hizo á un lado el partido que hasta entonces se había deshonrado adoptando su nombre como razón social, é inauguró un gobierno puramente militar sobre la base de un concordato íntimo con la Iglesia que, naturalmente, no dió sino una ínfima parte de lo que de ella se esperaba.

● La diputación de Oajaca casi dispersa en aquellos momentos de conflicto, con-

tribuyó con dos de sus más conspicuos representantes á hacer presente á la Nación entera la justicia de la causa, sostenida por la mayoría, de la ley de Enero. Pocos días antes de que Santa Anna se declarase en favor de los sublevados, algunos diputados de esa mayoría, no queriendo aún repudiar al hombre á quien habían considerado como la encarnación de supremas esperanzas, decían así á la República entera : «No : firmes en el propósito que hemos formado de salvar á la República, cuya voluntad soberana estamos autorizados para creer que representamos, por corto que sea nuestro número, jamás consentiremos en concurrir á los funerales de su independencia y libertad, sin que pueda nunca separarnos de nuestro sagrado objeto, ni la grito fementida, ni las tramas insidiosas de sus solapados enemigos. Paso á paso los hemos seguido en sus manejos, hemos logrado desconcertarlos, y al último arbitrio que les ha quedado de acudir al llamamiento del benemérito de la Patria, Presidente actual de la República, Don Antonio López de Santa Anna, opondremos la lealtad con que hemos sostenido al soldado del pueblo, elevándolo á la alta dignidad de que se halla investido, salvándolo del artificio con que se trató de privarle de las inmunidades de Presidente, al darle el permiso para mandar en persona el ejército del Norte, y conservándole el puesto de que querían privarle los más de los que hoy invocan su nombre, cuando solicitaban la observancia de la Constitución del año 1824 en todas sus partes, dando con esto lugar á la rebelión que hoy aflige á la capital.»

☪ Entre los firmantes de este manifiesto á la Nación encontramos á Juárez. Pretender por esto que ejerció una especie de jefatura por la influencia de su consejo ó de su palabra en el grupo que seguía á Gómez Farías, sería una exageración evidente; como se ha probado, no hay rastro en las luchas tumultuosas de aquel Congreso, de la parte activa que hubiese tomado en las discusiones; mas tenemos por evidente también que mucho debe de haber contribuído la tranquila firmeza de su carácter, ya bien dibujado desde entonces, á mantener la cohesión de los sostenedores de la ley, cohesión que sólo podía desatar la espada del General Santa Anna. Todo demuestra en la historia de nuestro hombre que no puso en sus determinaciones más que una pasión : la patriótica. Juárez fué puro ocasionalmente entonces; lo fué porque creía firmemente que el único remedio para la angustiada situación que el país atravesaba en aquellos momentos era tomar el dinero donde lo hubiese; no lo había más que en las manos de la Iglesia. Juárez en aquellos momentos que tanto semejaban á las convulsiones espasmódicas de la agonía de un pueblo, no perdió un átomo de su fe religiosa, de su respeto por las cosas que hasta entonces había tenido por santas.

☪ Fué siempre excesivamente tímido para hablar en público; esto probablemente provenía, no de que no supiera encontrar una expresión adecuada á sus profundas convicciones : cuantos tuvimos alguna vez el honor de hablar con él (y el antiguo rector del Instituto gustaba mucho de hacerlo con los estudiantes) sobre asuntos de alguna trascendencia política y social, recordamos bien, no olvidaremos nunca, la tranquila solidez de sus consejos fundados en la experiencia asentada en hechos incontrovertibles de nuestra Historia. Probablemente su temperamento nervioso en lucha con la singular impasibilidad de su espíritu, traía

como consecuencia un fenómeno neuropsíquico que casi neutralizaba en él las facultades de comunicación, de exteriorización de ideas; por eso nunca abordó la tribuna; por eso aun cuando algunas veces se veía obligado á pronunciar fórmulas trilladas de aclamación patriótica en las fiestas cívicas, acertaba á encontrar el modo de balbucear, de detenerse, de enmudecer á veces. Se necesitaba una tremenda excitación mental para que aquel mudo prorrumiese en grandes frases cuya fuerza de expresión estaba más en el calor comunicado por la conciencia que en la forma esculpida por la elocuencia. Acaso la circunstancia de no haber conocido el habla castellana sino cuando era ya adolescente, era parte muy principal en la determinación de este fenómeno que comprendemos perfectamente todos cuantos conocemos por experiencia propia el esfuerzo doloroso que constituye la oratoria política.

☉ Pasados los días de la tempestad, Juárez volvió á Oajaca; ya iba, apóstol de su fe patriótica, á coadyuvar á la organización de nuevas fuerzas para que la República vencida pudiera conservarse viva. El Estado de Oajaca había enviado un valeroso contingente que contribuyó con heroicidad, que se ha hecho histórica, á la defensa de la capital en los días más terribles de la guerra. La bandera nacional desgarrada por los invasores había quedado salpicada con la sangre del General León y sus soldados oajaqueños; es probable que en esos días terribles Juárez permaneciese todavía en la capital, porque el partido político que le contaba entre sus adversarios predominaba en su Estado natal. Por fin, él y un grupo de sus amigos políticos lograron desbaratar la situación creada en Oajaca desde Febrero hasta Octubre, y Juárez salió de aquellas obscuras contiendas con un nombramiento irregular, pero consentido por el partido entero, de Gobernador del Estado. No es necesaria otra prueba que ésta para demostrar el ascendiente que Juárez había adquirido en el grupo liberal oajaqueño; y es singular que no hayan podido medir la importancia de ese fenómeno los que niegan al patrio todo valer en el orden moral y político durante aquella turbia y estertorosa época. Ciertamente, estaba rodeado de hombres de mayor inteligencia que la suya: los Marcos Pérez, los Cañas, los Ruiz, los Díaz Ordaz, no cabe duda, eran dueños y gozaban de una mentalidad mucho más alta que la del indígena zapoteca; si lo eligieron como jefe, si lo escogieron unánimes por centro, si lo siguieron todos entonces y por largos años como se sigue una bandera, es claro que su voluntad, que su carácter son los que explican este caso singular. Efectivamente, como lo veremos en el curso de esta historia, Juárez durante su vida estuvo intelectualmente subordinado, sugerido, diremos, por inteligencias de mayor alcance que la suya: en los comienzos de su vida, Méndez, ya lo vimos, determinó el camino de sus ideas; después, la influencia de Ruiz fué extraordinaria sobre él; todas sus determinaciones, todas las manifestaciones profusa y difusamente razonadas del Gobernador oajaqueño indican de una manera bien clara el ascendiente psicológico del Licenciado Ruiz, infatigable razonador, argumentador que jamás se declaraba vencido, fuerte con la fuerza de una verbosidad siempre animada y que jamás se combinaba con los razonamientos de sus interlocutores, porque éstos casi siempre le cedían la palabra y callaban. Más tarde y sin que el ascen-

diente del Licenciado Ruiz desapareciese por completo, el contacto con Ocampo no sólo determinó en el alma de Juárez una evolución completa, causa de su definitiva emancipación de las creencias viejas, sino que hasta cierto punto lo mantuvo en una especie de vasallaje psicológico que Juárez se complacía en reconocer de buen grado. El espíritu ardiente, dominante, las convicciones que en Ocampo tomaban el carácter de dogmas y de axiomas incontrovertibles, eran á propósito para hacerlo aparecer á los ojos de Juárez como el revelador de una religión nueva de libertad y de progreso indefinido; pocos fueron quienes en contacto íntimo con Ocampo no sufrieran esa penetración mental. ¿Por qué Ocampo reconoció siempre, no sólo la dirección política, sino una especie de superioridad que desde acá nos parece misteriosa, de aquel hombre pasivo sobre su naturaleza siempre en fervorosa actividad? En esto, como en lo que ya hemos apuntado, reconocemos la acción del carácter de Juárez sobre quienes á él se agrupaban; su pasividad no era más que aparente; en realidad, aun en el terreno intelectual, sabía intervenir con un elemento de sensatez y de espíritu práctico que determinaban instantáneamente el orden y la agrupación por series lógicas de las ideas de sus amigos. Pero en el terreno moral era en donde su pasividad se tornaba actividad *SUI GÉNERIS*, y todas las convicciones, todos los sentimientos que giraban dispersos en aquellos días de anarquía temerosa de los espíritus, tendían á cristalizarse y á cobrar vigor, unificándose gracias al carácter de Juárez. En el último período de su vida, cuando ya los tremendos reveses políticos que habían repujado y endurecido su carácter le hacían menos accesible á influencias absolutas, el talento extraordinariamente perspicaz del Señor Lerdo de Tejada (Don Sebastián) ejerció indudablemente un ascendiente vigoroso, y en ciertos momentos decisivo, sobre las determinaciones de Juárez en los grandes días de tribulación que transcurrieron desde mediados de 63 á 68. Esto es innegable, pero absurdo sería creer que el Señor Juárez dejase que talento ó voluntad de algún género se substituyesen á los suyos; estos elementos ajenos robustecían en él los propios, no los suprimieron jamás. Quienes pudimos oír á raíz de la Intervención y del Imperio los comentarios que el Señor Lerdo de Tejada hacía sobre la política del Presidente, sabemos qué género de comunicativo entusiasmo había infundido en su espíritu la circunstancia de haber sido testigo durante cuatro años, día por día, de la inquebrantable firmeza de su jefe. Queda, pues, bien definida en la historia individual de Juárez, la docilidad con que escuchaba, comprendía y se asimilaba los elementos de inteligencias cuya superioridad sentía, la energía poderosa con que el resorte de acero de su voluntad reobraba sobre los hombres que con él se ponían en contacto íntimo.



¶ En Oajaca, después de desbaratar la coalición de elementos que pudieron llamarse reactivos y que se habían adueñado de la dirección del Estado bajo los auspicios de Arteaga, el colega de Juárez en el triunvirato federalista, el personaje cuyo papel en la Cámara de Diputados hemos visto insignificante, aunque

nunca lo fué para sus compañeros de diputación, comenzó á mostrar las cualidades de gobierno que durante toda su vida crecieron hasta hacer de él el primero de nuestros gobernantes en el genuino sentido de la palabra; realmente Méjico no fué GOBERNADO hasta que lo gobernó Juárez en el período que siguió al Imperio. Su primer propósito, como él mismo lo decía al Gobierno Supremo reunido entonces en Querétaro, adonde no tocaban todavía las olas de la invasión americana, era el de contribuir á la defensa de la Patria y al mantenimiento, á todo trance, de la paz interior. Lo uno era condición de lo otro; para que Oajaca, mutilada en sus defensas vivas en la sangrienta jornada de Molino del Rey, pudiera, adquiriendo nuevas fuerzas, poner su brazo armado al servicio de la República moribunda, era preciso no desperdiciar ni uno solo de sus elementos vitales; para esto no había otra condición que la paz. Esto explica claramente la actitud de Juárez respecto á Santa Anna. Desde el momento en que este personaje había desertado de la causa reformista, no tenía valer alguno para los hombres de progreso; desde el momento en que su impericia había sido el elemento principal de los triunfos humillantes del invasor en el valle de Méjico, no tenía valer alguno como caudillo ni como general; desde el momento en que después de su renuncia el Gobierno Supremo establecido en Querétaro le había quitado de la mano; como él decía, la espada que había esgrimido tan torpemente contra el extranjero, es nulificada su condición presidencial y no quedaba más que el ambicioso henchido de despecho y el revoltoso que, no pudiendo nada contra el invasor triunfante, podía mucho, sin embargo, contra la paz tan necesaria para la guerra. Santa Anna se presentó en los límites de Oajaca, penetró en el Estado precisamente en los instantes en que las exigencias de los americanos por un lado y los conatos de desquite de los politicastos derrotados de la víspera convertían en profundamente precaria la situación política encomendada á Juárez. Los derechos individuales, las garantías que cubrían estos derechos, nada podían impedir en parangón con los supremos intereses sociales que periclitaban en aquella hora de negra angustia. Si Juárez creyó, y tenía razón en creer, que la presencia de Santa Anna en Oajaca podía ser causa de hondas perturbaciones, hizo bien, cumplió con su deber, nadie lo hubiera cumplido de otro modo, al rechazar con mano de hierro al peligroso huésped y, no expulsarlo porque nunca llegó á eso, sino fijarlo en un lugar lejano de la capital, mientras reiteraba su habitual peregrinación al extranjero, en donde iba á readquirir, por singular modo, sus prestigios, sus energías, sus posibilidades de intervenir de nuevo en los asuntos de la Patria. Santa Anna afirma en sus MEMORIAS que la actitud de Juárez, que, como es natural, califica con dura vehemencia, provenía de un odio añejo, odio que, á decir verdad, se compadece bien poco con el santannismo con que pretenden mancharle sus adversarios póstumos. Afirma el famoso General que Juárez no pudo perdonarle el haberle servido la mesa en Oajaca en la casa del Licenciado Embides el año de 1828. Parece singular que un seminarista teólogo, que precisamente por esos tiempos sostenía tesis intrincadas en relación con el dogma, sirviese como doméstico en casa de un magnate oajaqueño; pero atendiendo á las costumbres, no del todo olvidadas, que han hecho durante mu-

cho tiempo de los estudiantes servidores de casas acomodadas, precisamente con el fin de ayudarse en sus estudios, no parece improbable; antes bien nos inclinamos á tenerlo por cierto. Juárez efectivamente ascendió de todos los niveles sociales inferiores á los más altos, al lugar supremo. Ésta es su honra, esto es lo que constituye de él un símbolo de la sociedad democrática mejicana ascendiendo al predominio del país. Lo que es perfectamente injusto en la afirmación de Santa Anna es que el indio zapoteca guardase rencor á quien había sido testigo involuntario de su estado servil. En el Congreso ya hemos visto que mientras Santa Anna pudo ser una esperanza, aunque siempre enigmática, para el partido liberal, Juárez estuvo del lado de sus partidarios hasta el grado de haber podido ser furiosamente tildado de santannista; en aquella época alternativamente lo era la República toda; era una infección política el santannismo, que determinaba fiebres periódicas nacionales.



¶ Cuando la paz se celebró con los Estados Unidos; cuando la nación, después de un tremendo pero necesario sacrificio para evitar otro mayor (la pérdida total de la nacionalidad quizás), respiró un poco y, gracias á la pasajera bonanza que trata á sus finanzas la indemnización americana, pudo dedicarse á su restauración interior y á la consolidación de sus instituciones, Juárez, ya Gobernador constitucional de su Estado, consagró exclusivamente su labor á ahogar todo género de discordia y á sembrar la simiente fecunda del porvenir. Sus mensajes sinceros y honrados al Cuerpo Legislativo, abundante en patriotas inteligentes y que siguió al Gobernador con reverente adhesión inexplicable hacia el ser absolutamente pasivo de iniciativa y de idea, de sentimiento activo y de voluntad en marcha que sus adversarios nos pintan hoy; estos mensajes, decimos, nos hacen seguir paso á paso la solicitud con que aquel hombre comprendía sus deberes, la escrupulosidad con que cumplía con ellos y la firmeza con que se hacía obedecer. Juárez desplegó desde aquella época de un modo claro sus dotes administrativas, su celo por la independencia y soberanía de su Estado natal, perfectamente combinadas con sus obligaciones hacia los poderes federales; todo en su gestión hace palpables los deseos de implantar, en cuanto emanaba de sus facultades legales, un espíritu profundamente liberal y democrático, que inflamó definitivamente el alma de las nuevas generaciones. Su protección al Instituto que había sido su hogar intelectual, tenía precisamente ese alto fin; fué ese plantel, ya lo vimos, una especie de iglesia de liberalismo en que no se educaba á una secta sino á uno de los más interesantes fragmentos de la patria mejicana.

¶ Habrá que repetirlo : de nada de esto pudiera inferirse que las ideas religiosas de Juárez se habían transformado; la fe y la verdad esencial del credo religioso en que ha respirado nuestra alma durante su infancia, pueden transformarse y evolucionar, pero no se pierden nunca. De esta devoción perenne hacia los dogmas católicos nada puede inferirse en contra del sentimiento frecuentemente apasio-

nado con que Juárez se asimilaba las aspiraciones de su tiempo; pero, hombre de gobierno, no tenía, como todos los gobernantes, otra norma ni otro camino que la ley que había libremente aceptado; estando perfectamente convencido de que en el respeto á la ley generadora del derecho estaba la paz de la exánime nación que se trataba de resucitar, hacía de la obediencia á la ley una especie de dogma del que no admitía disidentes ni herejes. A esto debe atribuirse la firmeza con que puso la acción y la palabra del Gobierno del lado del cumplimiento estricto de la ley en lo que se refería á los tributos que estaban obligados los habitantes del Estado á pagar en los curatos para sostenerlos. Por regla general, los liberales, con muy buen consejo, se manifestaban siempre adictos al clero parroquial; los curas eran con cierta frecuencia, más bien que instrumentos de reacción en manos del alto clero, agentes de la ilustración del pueblo, en algunas partes, aunque muy contadas, y en todas elementos de resistencia á los obispos y á sus ministros inmediatos. El partido liberal mejicano no podía olvidar que el bajo clero había dado á la causa de la Independencia sus iniciadores, sus grandes soldados; de aquí provenía el empeño de convertirle, si era posible, en vehículo de propaganda de las ideas nuevas. Juárez sosteniendo en Oajaca la obligación estricta que la ley civil imponía á todos los habitantes del Estado de contribuir para las necesidades del curato, y Ocampo sosteniendo en Michoacán la necesidad de cortar los abusos de las obvenciones parroquiales, para hacerlas más firmes y organizarlas mejor, porque las consideraba perfectamente legítimas, son una muestra clara del criterio con que el partido liberal consideraba estos deberes sociales.

⌚ Como era natural, esta nueva disposición hacia el bajo clero, en quien pretendía encontrar un verdadero aliado el partido reformista para despojar de sus privilegios á la aristocracia clerical que era en realidad la única á quien aprovechaban, era general en aquella época, era el modo de ver de todos; uno que otro aspiraba á la emancipación completa. Los más, aplazaban las grandes ideas de tolerancia y libertad de conciencia para una época en que, sancionadas ya por la costumbre, pudieran pasar sin peligro á la ley. Aquellos liberales, lo mismo Juárez que Ocampo, ponían sus propósitos bajo el amparo de la Divinidad Providente cuyas bendiciones pedían con más ó menos fe unos y otros; Juárez con fe sincera y profunda.

⌚ Puntualicemos.

⌚ En los años en que Juárez comenzó su período gubernamental en Oajaca, una sola porción del país conquistada para la paz y el orden era el único elemento estable de la República entera; ésta, antes del tratado de Guadalupe, se mantenía en equilibrio artificial, que sólo duró, puede decirse, gracias á la presencia del invasor americano en el corazón mismo del país; el Gobierno establecido en Querétaro, apenas lo era; quebrada en manos de Santa Anna la espada de la Nación,

el ejército no era más que nominal; en realidad un hacinamiento de fuerzas colectivas que aparecían y desaparecían entre las manos de jefes imperitos y desalentados, eso era el ejército. De todo carecía : de dirección, de reservas, porque las milicias nacionales ó eran un mito ó bien instrumento de granjerías políticas; de recursos, de esperanza de repararlos; de oficiales, de modo de improvisarlos; de armas, de medios de reponerlas... Lo envolvía un desprestigio inmenso; la aspiración profunda hacia la paz estaba expuesta á no poder llegar á realizarse, gracias á la anarquía en todas partes reinante y á la imposibilidad de allegar elementos de estabilidad y de orden. Una parte del país segregada; otra parte, y no la menor, en manos de los invasores; algunos de los Estados pretendiendo reasumir su soberanía, lo que en aquellos momentos era el signo precursor del desmembramiento seguro y definitivo de la Patria. Algunos patriotas, Juárez entre ellos, comprendieron la necesidad indeclinable, inaplazable de formar núcleos para restablecer el equilibrio de la Nación en un futuro próximo; y para poder secundar las miras del Gobierno de Querétaro, representante de la única esperanza de reorganización posible, no perdonaron medio alguno, ni labor por ímproba que fuese, para acercarse á este fin.

Después del tratado de Guadalupe, á punto de desaparecer Santa Anna del territorio nacional, vencidos Paredes y los elementos de discordia con que se había puesto en contacto, gracias al primer esfuerzo del ejército para volver á serlo, las cosas presentaron mejor aspecto; el general Herrera tomó en sus manos inmaculadas las riendas del Gobierno, y la Nación se puso dolorosa y lentamente en marcha; Juárez pudo entonces en Oajaca hacer una demostración práctica de sus dotes administrativas, basadas todas en un buen sentido cada vez mejor educado para escoger el consejo más acertado de entre los que sus inteligentes amigos le ofrecían y en el influjo de su voluntad tenaz que, mientras más se mostraba, revelaba más su temple. Los documentos oficiales que demuestran la acción de Juárez son incontrovertibles : refiérense á hechos que estaban al alcance de todos y que nadie ponía en duda. En esos documentos jamás el Gobernador de Oajaca pretendió disimular la verdad, ni era ni podía ser ése su interés de patriota y de político. Cuando Juárez habla de revueltas dominadas, de paz y de tranquilidad garantidas, de caminos y puentes construídos ó reconstruídos, del renacimiento de la agricultura, de esfuerzos en favor de la educación pública, dice, con toda evidencia, verdades que ni entonces ni después han encontrado un solo contradictor. Efectivamente, la paz interior y exterior, ya lo dijimos, es decir, la extinción de todos los focos de disturbio dentro del Estado y la conservación de la más perfecta armonía con el Centro fueron el capítulo primero, el más importante sin duda del programa del Gobernador. Logró su propósito, no sin obstáculos serios. Tomando directamente parte en una obra que consideró de primera importancia, apaciguó los terribles elementos de discordia que hervían en el Istmo de Tehuantepec. Tuvo para esto que reorganizar la guardia nacional, armarla con elementos que sólo del mismo Estado podía sacar y mantenerla cada vez más adicta á la soberanía local, sin dejar por eso de fomentar en ella la conciencia de que antes que todo se debía á la Patria entera. Federalista genuino, Juárez

no disimulaba su poca devoción hacia los representantes armados del poder central y en general hacia el ejército; participaba un tanto de ese espíritu profundamente hostil á la milicia permanente, que tan bien demostró y describió en algunos de sus discursos oficiales como característico de los montañeses oajaqueños. No tenía inconveniente en decir cuán favorable sería para el sostenimiento de la paz interior en los Estados y de su autonomía constitucional, la supresión de las comandancias militares, que eran el vehículo de que se valía generalmente el Ejecutivo Federal para nulificar los gobiernos locales. No obstante, jamás pasó por su imaginación el deseo de ponerse en pugna con los Supremos Poderes; antes al contrario, mensajes iban y venían de Méjico á Oajaca demostrando bien el deseo sincero del Gobernador para cooperar con todas sus fuerzas en la obra verdaderamente magna que se impusieron los gobiernos de Herrera y Arista. Cuando éste bamboleó, Juárez estuvo, como Ocampo en Michoacán, enteramente del lado del Gobierno amagado por la revuelta de pretorianos que comenzó en Jalisco y que acabó por determinar la conflagración general en que desapareció momentáneamente, para reaparecer con potencia definitiva, el partido liberal.



¶ En la política de paz interior, hay necesidad de repetirlo, entraba en los designios del Gobernador de Oajaca no enajenarse, sino hacer venir á sus miras al clero, y todo oajaqueño acaba por obrar así. Cuando fué necesario, no le escaseó las amonestaciones; pero mientras éste se manifestó decidido partidario de la paz y poco hostil al progreso general, mantuvo sus buenas relaciones con los jefes de la Iglesia y apoyó cuanto en las leyes podía servir para mantener la dignidad social de los servidores del altar. Uno de los episodios de esa política de imponerse al clero sin constituirse en enemigo suyo, que era lo único posible en Oajaca, consistió no sólo en la franca adhesión consciente del Gobierno y del pueblo oajaqueño al credo liberal, sino en puntos más concretos : en el tesón, v. g., que mostró Juárez en obligar á la población á construir cementerios, abandonando el antihigiénico hábito supersticioso que consistía en enterrar dentro de las iglesias ó al pie de sus muros.

¶ El estado económico de la fracción de la República que Juárez gobernaba, era un problema que aun no ha sido dado resolver del todo ni á sus actuales gobernantes. El carácter absolutamente montañoso del suelo oajaqueño, sus pocos valles, sus escasos y mal navegables ríos hacían gigantesca una empresa de comunicación fácil, no sólo del Estado con la República, sino de los diversos centros productores en el Estado mismo; contábase que en algunas de sus corrientes de agua se ocultaban yacimientos riquísimos de piedras preciosas; su feracidad era de las que podían producir rendimientos más pingües á la población agrícola, y de hecho, hasta muy poco tiempo antes de Juárez, la grana y el añil tenían colosal demanda en los mercados extranjeros. Pero todas estas riquezas yacían

amortizadas por la carencia de caminos, por el costo exagerado de los fletes, por la escasez de la población. Con todo esto tenía Juárez que luchar para hacer de su Estado una verdadera entidad progresiva y fecunda, consciente de sí misma, abierta al contacto de la civilización humana, y luchó incesantemente; promovió nuevos cultivos para crear elementos de riqueza agrícola que substituyeran á los ya depreciados; el tabaco, el algodón, el café comenzaron entonces, puede decirse, la historia lenta y llena de peripecias de sus progresos; se empeñó en interesar á todas las poblaciones de la zona que separa la capital de Oajaca de los límites de Puebla, en la construcción del camino de Tehuacán y logró con su influjo personal, con el prestigio que su honradez y su amor al progreso le daban, más de lo que ningún otro gobernante había podido lograr antes. La comunicación de Oajaca con un puerto del Pacífico era también de importancia vital para el Estado; era la facilidad de exportar, era el medio infalible de intensificar su vida económica; obtuvo del Gobierno Federal la habilitación de Huatulco como puerto de altura, y con incansable perseverancia trató de unir por un camino carretero el puerto con la capital. Agricultura y minería no podían moverse sin facilidades para ese movimiento mismo, y por eso la libertad interior del comercio, la supresión de las alcabalas y de las aduanas interiores, que eran ya un capítulo del desiderátum de los liberales, fué una perenne recomendación de Juárez á los legisladores. En su concepto, y tenía en eso absoluta razón, la única condición para hacer temporalmente aceptable el régimen protector de las industrias vernáculas, por medio de los aranceles altos, era la plena libertad del comercio interior. No culpemos al Gobernador de entonces y á la pléyade de hombres eminentes que le rodeó y le ayudó, si no lograron llevar á cabo lo que hasta hace muy poco pudo ser realizado para el país, á pesar de largos años de paz y prosperidad; pero en aquella época de vida precaria, de vida que no podía reducirse á la vida normal, por numerosos que fueran los triunfos de cuantos pretendían arrancar de cuajo el espíritu de revuelta, no hubo nunca margen disponible para poder verificar la transición entre los impuestos suprimidos y los sucedáneos. ¶ Pero en donde, como era natural, probó Juárez su amor profundo por su Estado natal, su fe en el porvenir de la República, su adhesión á los principios que informaban su religión política, fué en el afán que demostró siempre por la educación pública; durante su gobierno se crearon nuevas escuelas primarias, procuróse llevar la instrucción rudimentaria á todos los rincones de la sierra oajaqueña en que yacía en la ignorancia la raza misma del gran Gobernador; se establecieron escuelas normales para preparar maestros peritos en los métodos lancasterianos que, abandonados hoy, significaron en aquella época un progreso pedagógico al que se debió la educación liberal de una parte de la sociedad. Los colegios secundarios de algunas poblaciones del Estado que no eran la capital, fueron organizados con solicitud esmerada; se establecieron escuelas para mujeres, con objeto de asegurar para ellas un porvenir independiente de la miseria y el vicio, y de preparar madres educadas para los futuros oajaqueños; y, como coronamiento y remate de su obra, el engrandecimiento del Instituto, nido de su liberalismo y de su fe cívica, fué su preocupación constante. Sí, el Instituto

era su amor; cuando dejó el Gobierno, aclamado por sus amigos y colaboradores con beneplácito del Estado entero como el Gobernador modelo, Juárez se refugió en el Instituto, tomó las riendas del gobierno de aquella luminosa república de almas y allí lo sorprendió la mano apagadora de toda luz de la nueva dictadura del general Santa Anna.

JUÁREZ FUNDADOR



COMO dijo Ocampo un día (un día decisivo en la historia del partido liberal), no eran definibles las divisiones que las circunstancias hacían y deshacían en el famoso PARTIDO DEL PROGRESO, que decía Mora y que era propiamente el partido liberal. Considerando con serena filosofía el criterio de esta masa ilustrada que arrastraba en pos suya grupos más ó menos importantes del país capaz de pensar en materias políticas, nos hallamos en la necesidad de clasificar en una porción á los que pretendían dejar al tiempo, es decir, á la tendencia normal de todo lo organizado á transformarse, que es lo que hoy llamamos evolución, el cuidado de llevar á la realidad los **DESIDERATA** que eran comunes al grupo entero y que figuran en todas nuestras Constituciones con la denominación más ó menos varia de «Derechos del Hombre y del Ciudadano». Los impacientes, los que creían que aplazar era aplazar indefinidamente, fiaban la realización de sus deseos á una de esas evoluciones uniformemente aceleradas que se llaman revoluciones. Inútil es decir que estos grupos no tenían aledaños fijos, sino que frecuentemente se mezclaban y compenetraban; por eso hemos visto formar indistintamente bajo una ú otra bandera á hombres que parecían no poder figurar sino en las filas de determinado bando. Puede decirse que sobre un solo principio político se marcaba cierta substancial diferencia: los liberales revolucionarios eran intransigentes federalistas. Las condiciones en que la Federación nació, la contraposición entre los intereses del Centro y los de diversos centros provinciales, y la creencia, sobre todo,

de que la verdadera garantía de los principios liberales residía en la coalición de las fuerzas de los Estados contra el Centro, fueron poco á poco acentuando un modo de ver que consistía en hacer inseparables las doctrinas reformistas de la autonomía é independencia cada vez más positiva de las entidades federadas. Los moderados no; los moderados, federalistas en el sentido de la Constitución de 24 que retardaba la solución de todas las cuestiones ligadas con la magna cuestión de la libertad de conciencia, fácilmente sacrificaban ese capítulo de su credo político á la seguridad de afianzar mejor la unificación del país que, con razón, creyeron la condición suprema de existencia de nuestra nacionalidad. Así los vemos figurar en las situaciones creadas por el centralismo, y á ellos en buena parte se debe la disolución de gobiernos de este tipo cuando intentaban perpetuar tiranías militares desapoderadas; y ellos fueron en realidad los autores de Constituciones que, como las BASES ORGÁNICAS, eran, por tantos motivos, plenamente liberales.



☪ Desde que el conflicto con los Estados Unidos pareció inevitable consecuencia de la segregación de Tejas, el partido moderado mantuvo su creencia de que era preciso sacrificar lo que ya no podía conservarse, para salvar todo lo demás; persuadido, sin decirlo, de que los tejanos, en riguroso derecho, habían obrado legítimamente al declararse definitivamente segregados de una república que cesaba de ser FEDERAL, y convencido, por otro lado, de que en nuestro estado de debilidad fundamental estábamos expuestos á perderlo todo, aun el honor nacional, no tuvieron los moderados otra mira que evitar á todo trance la lucha armada, dejando á salvo, en lo humanamente posible, la dignidad nacional. Los consejeros del General Herrera así lo entendían, y pretendieron, con supremos esfuerzos, armonizar lo que consideraban, con toda razón, necesidades ineluctables, con el orgullo nacional que prevesan muy fácil de transmutarse en depresiones del espíritu político y en pánicos universales. Y éstas eran las situaciones que aquellos liberales de gobierno querían sortear á todo trance, porque ellas sí los pondrían completamente á merced del invasor. Cuando la guerra, que habían querido evitar, se convirtió en un deber sagrado para los ciudadanos, pusieron cuanto estuvo de su parte para mantener, no en el puesto de la victoria, pero sí en el de la honra, la bandera de la Patria; por desgracia, si todo el partido liberal coincidió en esta resolución suprema, llegó un momento en que el grupo que parecía definitivamente unido ante el peligro común, se dividió en la cuestión de los medios de arbitrar recursos que apremiaba improvisar para hacer frente á las exigencias de la guerra. Entonces, precisa confesarlo, quienes estuvieron del lado del patriotismo y de la conveniencia nacional, fueron los PUROS; lo hemos visto ya.

☪ Al siguiente día de la ocupación de Méjico, á la hora en que toda esperanza, no ya de victoria, sino de honor, se desvanecía en el ambiente en que la bandera

de las estrellas ondeaba sobre el Palacio Nacional, el partido PURO desapareció, ó uniéndose al ultra-conservador en una convulsión de resistencia á la paz (la paz era, sin embargo, la fórmula única de la conservación nacional), ó fundiéndose en el grupo liberal de gobierno que sacó adelante á la República de una situación desesperada.

Ⓒ El partido liberal de gobierno cuyo núcleo estaba formado por los grandes moderados que habían querido evitar la guerra, se encargó de formar un cuerpo capaz de reasumir la autoridad que Santa Anna, vencido y anonadado, había dejado caer al suelo en la cabalgata loca que había emprendido por los Estados de Oriente; el preclaro patricio Peña y Peña, con sus honrados ministros y un congreso que había acudido á Querétaro al escuchar su gran voz desolada y solemne, pudieron decir á la Invasión casi al día siguiente de nuestras supremas derrotas : «La Nación está vencida y desarmada, pero existe, está con nosotros, somos la Nación». Y los que habían dirigido aquella guerra, que había sido una mala acción, se inclinaron ante una legión de abogados sin espadas ni cañones; se inclinaron satisfechos de su conquista, pero ni sin respeto ni sin remordimiento acaso.

Ⓒ Sublimes de patriotismo oratorio, los opositores á los tratados querían fieramente la prosecución de la guerra, sin sentirse amedrentados por la seguridad de que el resultado final fuese la pérdida de otra tercera parte de la República y acaso su ocupación indefinida; sin perder un momento el gobierno de sí mismos, los hombres que fueron á lo que algunos han llamado, con una ausencia estupeña de instinto histórico, «el OMINOSO tratado de Guadalupe-Hidalgo», y que así aseguraron la supervivencia de nuestra mutilada nacionalidad, organizaron (porque no había qué reorganizar), legalizaron, pusieron en pie, vivo aunque débil, un estado de cosas. Exánime el Centro y la Federación viviendo, como siempre vivió, de la debilidad central, surgieron los gobiernos de Herrera y Arista; la obra de rehacer una Patria, no con frases ni con discursos, sino con actos de economía administrativa, que tenía que empezar por aplicarse al ejército y que acabar por la desamortización de los bienes eclesiásticos, desde el momento que quedase patente, gracias á pacientísima labor, el monto de nuestra deuda, no podía tener más éxito que el que estuviese en relación con la moralidad de los burócratas, con la constitución de un ejército selecto pero fidelísimo, y con el concierto absoluto de los Estados y el Centro. De todo hubo algo, pero algo no más.



Ⓒ En los Estados, Juárez y Ocampo, sin ceder un ápice de los derechos de las entidades que gobernaban, se mantuvieron adictos al Centro; Ocampo, temperamento mucho más revolucionario que Juárez, que aun en los períodos de mayor agitación política se mostró un hombre de gobierno, Ocampo, decimos, inició la lucha contra los abusos del clero en Michoacán y ligó así el programa del par-

tido liberal nuevo, que comenzaba á levantar por todas partes la cabeza juvenil resuelto á las luchas decisivas, con el de los precursores de la Reforma. Ocampo quedó sindicado de PELIGRO SOCIAL; Alamán, en el famoso MEMORÁNDUM que fué la norma gubernamental del partido conservador en la última administración santanista, lo señalaba como tal; era la encarnación del espíritu nuevo de revuelta, heterodoxo y anarquista, por ende, porque ser enemigo de la Iglesia era, según la creencia de entonces, procurar la subversión de todo orden social.

☪ Llegó ese estado singular de que, al estallar la revolución en Guadalajara en 1853, adolecía el país entero, que, con un gobierno liberal, sensato, probo, de orden y economía, sin grandes vuelos ni ideales altos, pero con propósitos firmes y realizables de mejora social, no opuso resistencia á una revuelta descosida y fantástica, que no contenía entre sus cláusulas más que una bien definida, la vuelta de Santa Anna. Un observador atento podía puntualizar la causa del mal: la República no se sentía gobernada; la acción de la autoridad suprema, no sólo no llegaba á las extremidades, sino que estaba imposibilitada de imponerse á los órganos primordiales del gobierno.

☪ Todo se disolvió en un caos de oposiciones insensatas de los legisladores, que tuvieron por resultado los avances de la rebelión cada vez más militarizada, la disolución de los gobiernos locales, la renuncia del Presidente Arista, el golpe de estado de Ceballos y, al fin, la vuelta del perenne Santa Anna embarcado en el programa conservador de Alamán, según él mismo creía; embarcado en su ambición de poder y de placer, según lo exigían su naturaleza y su historia.

☪ No había programa posible para un hombre así; había propósitos que llevaba á cabo con actividad febril cortada por intermitencias «de sibaritismo crónico», como dice Jorge Sand hablando precisamente de él. Sus propósitos eran dos: rehacer el ejército de que sólo quedaban fragmentos dispersos y convertirlo en la institución suprema del país, subordinándolo todo á su esplendor y á su fuerza; subordinárselo personalmente, interesándolo en ser sumiso y fiel al Presidente, es decir, constituyéndolo en guardia pretoriana: tal era el número uno del estatuto que Santa Anna daba al país desde el fondo de su voluntad y de sus ambiciones, que hacían veces de conciencia en él; y en ese número estribaba el subprograma de orden en los caminos y de desorden en la administración, de persecución feroz á los salteadores y de tolerancia con los prevaricadores. El segundo propósito consistía en fomentar las mejoras materiales; este propósito lo revelaba el ingreso de hombres como el Señor Lerdo de Tejada (Don Miguel) en la administración pública, propósito excelente y trascendental como pocos; realmente el porvenir económico del país dependía de su realización; pero el «dadme buena política y os daré buenas finanzas», del abate Louis, tenía aquí su aplicación plena; sin dinero, sin crédito no había posibilidad de mejoras, como tuvieran que pasar del papel á la realidad, y entre el ejército, el presidente y el agio, todo desaparecía súbitamente devorado: entradas aduanales, subsidios del clero y millones de la Mesilla. Estos millones provenían de un tratado racional en el fondo, si no hubiese contenido más que la venta forzada y forzosa de un territorio que era imposible ni ocupar, ni conquistar, ni explotar, lo que mantenía sobre nues-

Don Mariano Arista

tras cabezas una amenaza de guerra sin objeto y sin honor, porque habría acabado por ponernos en el más absoluto ridículo. Desgraciadamente, el tratado contenía una modificación del de Guadalupe, que nos fué bien perjudicial.

☪ La administración santanista, lujosamente despótica y derrochadora, machacando todos los derechos individuales, subordinando el tesoro y la justicia á los apetitos del Presidente, dándose ínfulas de monarquía dictatorial y de napoleonismo del segundo tipo (el de Napoleón III), corría á la ruina; todo exceso camina al suicidio en una forma ó en otra; el gobierno del dictador, sobre todo después de la muerte de Alamán, el jefe sagaz y prudente del partido reaccionario, sólo supo administrar por medio de excesos; evidentemente se suicidaba.



☪ Es claro que el temor es principalísimo resorte de gobierno; no es el único; es de efecto temporal, pronto precario, si no lleva aparejado un asentimiento general aunque tácito de que la fuerza está sirviendo para sostener un sistema racional de gobierno humano. Es indispensable, pues, que esa fuerza moral, el asentimiento, se halle complicada con la fuerza física: «la fuerza de las bayonetas», como en la jerga política se dice. Y en Méjico, país esencialmente ineducado entonces, ahora apenas educado en algunos de sus núcleos orgánicos importantes, ¿qué asentimiento podía haber, qué opinión pública podía regularizadamente manifestarse? Ninguna; ni por su órgano habitual, la prensa, que no existía en realidad, ni por las asociaciones, perseguidas hasta cuando tenían carácter literario, cuando se extremaban sus homenajes á algún prócer de las letras (como sucedió con el poeta español Zorrilla), promoviendo los celos del único que se creía digno de ser exaltado. Esto, visto desde aquí, es ridículo; pero sentido allí, con sus odiosas minuciosidades, resultaba diabólicamente doloroso y depresivo. Las únicas asociaciones que podían haber limitado el desenfreno del dictador eran las indestructibles, las tradicionales, las seculares: el CLERO, que, acariciado y exprimido á la vez por Santa Anna, no acertaba á manifestar su inconformidad y murmuraba sin dañar; el EJÉRCITO, que estaba identificado con su jefe providencial (por tal se le tenía), y la BUROCRACIA; esta clase más inteligente, más egoísta y más miedosa que las otras, preveía los cambios futuros, porque comprendía, con la experiencia acumulada de generación en generación, que los regímenes excesivos no sólo no duran, sino que traen cambios violentos y remociones de las clases hasta en sus asientos. Y aunque los jefes eran adictos á S. A. S. y algunos siguieron siendo sus apasionados, la gran masa burocrática, sin sueldos frecuentemente, oponía esa inercia, que acaba por obstruirlo todo, á la marcha de nuestra ya destartada máquina administrativa. Y como estaba ligada con la sociedad mejicana en toda la escala, FRONDEABA de lo lindo, murmuraba en los corrillos y tertulias, hacía profecías pesimistas y... veía venir.

☪ La opinión tomó la forma de un PRONUNCIAMIENTO. Era el pronunciamiento número nueve mil quinientos, y no había por qué preocuparse de ello. Era una

revolución. Muchos lo sintieron, lo previeron; desde luego, el número enorme de los descontentos, de los perseguidos; después, el gobierno mismo. Casi no era un pronunciamiento militar; el elemento militar permanente no tomaba parte alguna en el movimiento; el plan no contenía otra cosa que la resolución de ECHAR POR TIERRA AL TIRANO, la fórmula orgánica del gobierno que debía substituir provisionalmente al derrocado y la promesa de una asamblea nacional que decidiría cómo y por qué ley debería regirse la República. En suma, el país debería estar sometido á una ley y no á un hombre. Pero precisamente la ausencia de todo programa de ideas daba cabida á todas, y las reinantes, las que estaban en la atmósfera (y eso desde la invasión norte-americana) eran LAS REFORMISTAS: acabar con los privilegios, destruir las excepciones, realizar el programa de igualdad caro á los pueblos latinos, hasta el grado de que para ese fin no tienen inconveniente en someterse á césares que lo nivelan todo á sus pies. Pero para destruir las desigualdades, no en el terreno social porque esto era imposible, sino en el terreno legal, único modo de fundar la democracia, era preciso someter el ejército á la autoridad civil, y privar al clero de sus riquezas para fundirlo en el resto de la sociedad civil. En este programa de reformas todo el partido liberal estaba de acuerdo, todo; los que pretendían que no podía realizarse sino por partes, eran LOS MODERADOS, y PUROS los que creían que todo podía y debía hacerse de golpe. Los sucesos demostraron que el primer punto de vista prevaleció primero (leyes de fueros y de desamortización) y que el segundo, que le sucedió inmediatamente casi, provino de la desapoderada resistencia al primero del ejército y del sacerdocio en plena rebelión.

☉ El gobierno comprendió que tal programa, leído al trasluz del Plan de Ayutla, iba á producir una profunda conmoción y que, domiciliado el movimiento revolucionario en Guerrero, teniendo por centro y reparo á Acapulco desde el cual velaba la firme prudencia del coronel, del ya general Comonfort, perduraría; aquéllos eran inexpugnables baluartes naturales, y Acapulco no sería delado mientras no tuviese perdido el mar.

☉ La resolución de aglomerar todos sus recursos sobre aquel foco para extinguirlo, era cuerda, fué la de Santa Anna; mas disponiendo de tamaños recursos no se concibe cómo no aseguró el asedio de Acapulco por mar, no deficientemente como se hizo, sino con todo rigor y todo vigor. De lo contrario, ya podían los paseos militares asumir un gran aspecto triunfal y verificarse la marcha de México al Océano Pacífico sin mayores tropiezos (calificados los que hubo de GRANDES BATALLAS y VICTORIAS DECISIVAS); lo que la gente sensata iba á ver, lo que vió, fué que el núcleo principal quedaba incólume y que la rebelión tenía una fuente de vida que el gobierno había sido impotente para cegar.

☉ La revolución fué muy lenta en sus comienzos; el desasosiego del país era intenso, la alteración sorda de la vida nacional era innegable, y los síntomas de una exacerbación del estado patológico, característico de nuestra sociedad desde la independencia, se multiplicaban; ahogado por la presión física del ejército de S. A. S., el movimiento no estaba sofocado, pero sí coercido en su foco. Pasaba á Michoacán y ahí cundía; luego estallaba en Tamaulipas y allí tampoco

podía ser dominado; la frontera estaba también en equilibrio inestable, pero, en suma, nada indicaba una conflagración general, sino una trabajosísima lucha obscura que se desenlazaría gracias á algún imprevisible acontecimiento.

☪ En verdad el dictador hizo uso de los recursos clásicos contra sus enemigos; el medio favorito, ya lo dijimos, fué el terror; destrucción de las propiedades de los rebeldes ó de los sospechosos, comenzando con una del viejo general Álvarez, que al ponerse al frente del levantamiento parecía ligarlo con la época de la independencia y hacerlo una consecuencia de ella; pillajes, saqueos, incendios, arrasamiento de poblaciones, con su séquito de lujuria y muerte. Los desmanes fueron tales, tales los crímenes, se extremó tanto la crueldad, prelude de los calamitosos episodios de la «guerra de tres años», que Don Santos Degollado, que era la verdad pura, la verdad humanada, pudo decir á raíz del triunfo de la revolución de Ayutla : «Los diocesanos de la República, los párrocos y los ministros todos del culto, presenciaron en silencio los asesinatos, los robos, las confiscaciones y el sacrificio de millares de víctimas inocentes que inundaron de sangre el suelo mejicano..... Muchas veces fueron testigos de que se llevara al patíbulo á los hijos de Jesucristo, sin permitirles la preparación de la confesión que se les negaba, y con frecuencia presenciaron que los cadáveres de los cristianos quedaron insepultos y destinados **EXPROFESO** á alimento de los animales carnívoros.» Inútil es afirmar que los guerrilleros y los **PINTOS** cometieron en nombre de la libertad y del **HACHA**, como ya solía decirse, idénticas atrocidades; esto era forzoso, y las guerras civiles siempre han tenido este feroz aspecto. Cuando el terror no surtió todo el efecto deseado, entonces se recurrió á una manifestación unánime de adhesión al déspota, y esta manifestación tuvo la forma de un **PLEBISCITO**, naturalmente; Napoleón III fué el tipo y el modelo de los césares de aventura que nos llovieron á todos los latinos en las medianías del pasado siglo con una fórmula antiparlamentaria y de **SALVACIÓN SOCIAL** en la mano. Y como el César debía ser un elegido del pueblo, poseedor de **LA VOZ DE DIOS**, el plebiscito, amasijo de egoísmo de los burgueses, de carnerismo (acción de ir sin conciencia por donde el morueco va) de las masas y de servilismo de los burócratas y polizontes, es el medio más cómodo para obtener un inmenso **SÍ**, **V. A. S. ES EL HOMBRE NECESARIO**, que al día siguiente de cualquier desastre se convierte en un **No** formidable, como sucedió con Santa Anna y con su tipo Napoleón III.

☪ Pero ni campañas, ni fusilatas, ni plebiscitos servían para otra cosa que para foguear á los contrarios, poner en ridículo á la administración y exasperar terriblemente el ánimo público. La única razón de ser de los despotismos es la paz; cuando la paz no es el resultado normal sino la guerra, el déspota no tiene razón de ser : á otra cosa ó á otro déspota, ésa es la verdadera **VOX POPULI**.

☪ Comonfort había ido en busca de recursos á los Estados Unidos, y gracias á la intrépida confianza del banquero Ajuria los había encontrado; ya medianamente pagada y vestida, la revolución cundió como una mancha de aceite por la República. El dictador hizo una vana tentativa para sofocar el movimiento en Michoacán, en los primeros meses de 1855, caliente aún el pan del plebiscito, y había regresado á Méjico dejando una huella de fusilados y colgados, pero más vi-

goroso que nunca aquel verdadero levantamiento popular que sólo había tenido análogo en la lucha de independencia. Lleno de desaliento y comprendiendo que era imposible vencer aquella obstinada resistencia en que sentía al país entero complicado, Santa Anna sólo pensó en marcharse á tiempo para evitarse riesgos y tropelías. Y un día se fué (Agosto de 55).



☪ La colonia de proscritos establecida en New Orleans no había permanecido inactiva; Juárez, retirado á la vida privada al triunfar el malhadado plan de Jalisco, esperaba, desde el momento que Santa Anna se había declarado dueño de todas las garantías y dispensador de todos los derechos, una política de persecución y amordazamiento, en la que todos los liberales prominentes quedaban comprendidos. No fué, pues, una sorpresa para él ni su captura en Etlá en Mayo de 53, ni su confinamiento á Jalapa, ni su extracción violenta de una casa amiga en Puebla, por la mano airada del famoso Pepe Santa Anna, que había encontrado honroso convertirse en esbirro de su padre y que llevaba en la ciudad santa del clericalismo una vida sultánica, ni su prisión de algunos días en las TINAJAS horrendas de San Juan de Ulúa, ni su destierro. No fué una sorpresa, pero sí un inmenso trastorno en sus intereses y en su vida doméstica. Tiempo hacía que estaba casado con la hija del antiguo patrón de su hermana y había conservado el contacto con aquella casa benéfica; cuando fué ya un abogado distinguido y un político importante, pudo pretender la mano de la joven hija del Sr. Maza, de origen italiano. La blanca y hermosa joven, que hasta su muerte conservó bien, con el porte señoril y la afabilidad constante, el atractivo de un aspecto por extremo simpático, no desdeñó unirse con el tzapoteca, y este rasgo bastaría para tenerla por mujer superior, si toda su vida de fidelidad, no sólo al deber, sino á la misión de su esposo, no autorizasen plenamente este concepto. (Los poetas comenzantes en 67, cuando la generación á que pertenezco entraba en el período triunfal de la juventud, guardamos un recuerdo cariñoso de aquella mujer que tenía palabras tan bondadosas y tan altas para aplaudirnos y animarnos.)

☪ A mediados de 53 Juárez estaba en New Orleans. Allí había un grupo de hombres conspicuos que esperaban con incontrastable fe el fin de la tiranía y que meditaban largamente en afianzar el porvenir de las ideas reformistas en Méjico. Juárez era respetado por todos; su reputación de gobernante integérrimo le había precedido en aquella colmena de ideas y de nobles ambiciones. Pero la personalidad saliente era la de Ocampo, hombre de pensamiento y de acción, agricultor, naturalista, economista, hombre público por amor al bien público, sin otra ambición que la de hacer algo por su país en el sentido que creía que debía hacerse. Para comprender la grandeza moral de este discípulo de Rousseau y alumno de Proudhon, precisa tener en cuenta su desinterés absoluto; no es ya un misterio para nadie el origen irregular pero encumbrado del Sr. Ocampo; la dueña de la hacienda de Pateo le legó sus bienes (v. Pola : MELCHOR OCAMPO; II), y la for-

Don Melchor Ocampo

tuna así adquirida fué empleada en buscar lo bueno y el bien, mejorando las condiciones del trabajo en las comarcas á donde podía extenderse su influencia, convirtiendo sus propiedades rústicas en estaciones de aclimatación de plantas útiles, de ensayo de cultivos nuevos, de producción de ejemplares botánicos exquisitos. En esto como en todo, Ocampo ponía todo el calor de su alma apasionada. Un amigo suyo me contaba que en cierta ocasión, en el jardín de la pequeña estación de «la Tejería», en el incipientísimo ferrocarril de Veracruz á Méjico (esto pasaba el año de 59), se encontró al ilustre reformista arrodillado y lloroso de emoción ante unas matas de espléndidos lirios yucatecos en flor.

☪ No era hombre de soberbia y rígida incredulidad, como Ignacio Ramírez; se hablaba de su ateísmo; en realidad creía en el bien, creía en la libertad, no acertaba á separar á Dios de la naturaleza; un Dios personal y trascendente escapaba á su lógica y á su razón; era lo que las escuelas metafísicas llaman «un panteísta»; pero eso era en él muy íntimo y muy personal. En sus relaciones oficiales, en sus escritos polémicos, en sus actos como gobernante, con menos precisión que Juárez, que fué siempre creyente y católico, lo que trascendía á sus actos gubernativos hasta poco antes de la Reforma, Ocampo se mostró siempre respetuoso de la religión popular, y hablaba como un buen católico de Dios, de la Providencia Divina, de Jesucristo y de su Iglesia. Los intransigentes de hoy (esto cuesta poco trabajo y poco riesgo) son capaces de tachar á Ocampo de hipocresía, como á Juárez de santurronería. Absurda cosa; quien no sea capaz de ponerse bien dentro del espíritu y las necesidades de una época, que no pretenda jamás ser historiador de ella; jamás lo será. Reemplazará la vida con abstracciones, principios y fórmulas; rellenará todo ello de concepciones optimistas ó pesimistas; levantará la temperatura de sus frases al rojo blanco de la diatriba, ó fulminará sentencias y anatemas, pero no hará historia; hará la historia de su intelecto, proporcionará datos para su propia psicología, y nada más. Por otros rumbos van los estudios históricos. La condición de vida de las ideas nuevas, desde el punto de vista sociológico, no filosófico, consistía en envolverlas en una corteza de respeto á las creencias fundamentales ambientes; el progreso, la marcha de la Reforma estribaba en evitar todos los rozamientos posibles con lo que formaba parte substancial del alma misma del pueblo. Precisamente mostrando que lejos de chocar con el dogma cristiano las fórmulas nuevas, en realidad se inferían del cristianismo primitivo, que proclamaba la pobreza como un bien supremo y el culto externo como asunto secundario, ya que no inútil, y el amor al pueblo, á los desheredados, como un ejemplo divino del Divino Maestro, era como podía lograrse ir transformando la mentalidad, mejor se diría, la sentimentalidad de las masas burguesas, que es lo que en toda revolución de ideas, como decía Ocampo, precisa conquistar. Y lo que hacía la fuerza de esta argumentación, que era principalmente contra la riqueza de la Iglesia y que nunca la Iglesia ha podido refutar sino á medias, era que así lo pensaban, que así lo creían los publicistas liberales.

☪ En el fondo Rousseau era un panteísta; así era Ocampo, y en su boca ó en su pluma las palabras DIOS, PROVIDENCIA DIVINA, FE, ESPERANZA Y CARIDAD tenían un sentido especial, bastante distinto del que la Iglesia les daba; la personalidad

consciente de la divinidad, á quien puede ir la plegaria y que mide las acciones humanas, no tenía explicación, sin duda, para él, y en su testamento estoico y fiero no tiene ni una palabra religiosa, ni una protesta ante el martirio, ni un estremecimiento ante la muerte. Por respeto á la dignidad humana, supremamente encarnada en aquel hombre, los fusiles homicidas de Márquez deberían haber enmudecido. ¡Márquez...!

⊕ Ocampo no era egoísta, era lo contrario; su altruismo era espontáneo y fecundo; pero era UN INDIVIDUALISTA: todo debía encaminarse á hacer del hombre un señor de sí mismo y de la creación. «La raza nuestra, decía, se perfecciona gradualmente; el hombre vive con mayor comodidad enseñoreándose por el arte de la naturaleza que le hace conocer las ciencias, y llegará en una gran mayoría de individuos Á EMANCIPARSE de todos sus tutores y Á SER HOMBRE EN TODO». Por su extremado INDIVIDUALISMO, lo tenían muchos por anarquista, y la verdad es que instintivamente detestaba, aunque las soportaba, todas las trabas gubernamentales; su buen sentido le obligaba á amoldarse á ellas, como se amoldaba á las religiosas. Es que era un SOCIOLOGO; observaba el fenómeno social con penetración y lucidez de clarividente y presentía, ya que no preveía los acontecimientos.

⊕ Un hombre así armado, tenía muchas deficiencias en su armadura, pero esta era de fierro incrustada de oro; un hombre así armado, SUGESTIONABA, se imponía á todos. En New Orleans, mientras todos trabajaban como simples obreros para poder comer (Juárez hacía cigarros), Ocampo, cuyos bienes fueron confiscados, pensaba sin cesar en la Revolución y seguía paso á paso los movimientos del dictador encaminados á apagar el incendio del Sur; precisaba convertirlo en una conflagración general, y Ocampo contribuyó á incendiar el Norte y á atizar la llama por doquiera.

⊕ La influencia, el ascendiente de Ocampo sobre el grupo de New Orleans era inmenso; sobre Juárez fué evidente, ni podía menos. Las convicciones liberales de ambos eran firmes; juntos habían sido gobernadores, uno en Oajaca y en Michoacán el otro; ambos habían propugnado la teoría de la paz y anatematizado las revoluciones para sostener el federalismo honrado, unido en derredor de las honradas y moderadas administraciones de Herrera y Arista; ambos anatematizaban ardientemente la revuelta híbrida y equívoca de Jalisco; pero mientras Juárez, á fuerza de condescendencias aparentes, se esforzaba en mantener quieto al clero, Ocampo le había arrojado el guante en la cuestión de Obvenciones. En New Orleans las cosas cambiaron de aspecto; allí con Mata, con Ponciano Arriaga quedó formulado el programa del partido sobre que habla de informarse poco después la Constitución de 57. Emancipación completa del poder civil, y no sólo completa sino definida; para lo cual: destrucción radical del poder de la Iglesia, como no fuera el estrictamente espiritual, suprimiendo los fueros, las comunidades religiosas y nacionalizando los bienes del clero. El espectáculo norte-americano fortificaba y corroboraba las ideas libérrimas de los proscritos; veían claramente, de bulto, la relación entre la libertad y la prosperidad. Cierta ocasión paseaban juntos por la LEVÉE de New Orleans Juárez y Mata: asombrábase el futuro presidente del inmenso movimiento mercantil que revelaba una hora pasada

junto al Mississippi en aquel paraje : «la explicación de todo ello, decía Mata, es una libertad solamente, la del comercio interior : suprimamos las alcabalas y nuestra prosperidad correrá parejas con ésta». Y así eran las lecciones directas de las cosas que aquel mundo anglo-sajón daba á los desterrados. Esto los mantenía firmes en sus convicciones; todo el odio á la tutela del clero tenía un anverso, la devoción á la libertad de conciencia, incompatible con la autoridad de la Iglesia. De aquí el vivo deseo, no sólo de renovar en la constitución futura el capítulo magno de los derechos individuales, que la dominación eclesiástica impedía realizar, sino de encontrar el modo de hacerlos efectivos sometiendo en un momento toda la acción administrativa al poder judicial. (Juicio de Amparo.)

☪ Las ideas, su expresión, variaron de tono en la boca de Juárez desde la revolución de Ayutla; la supresión del ejército permanente, que era un canon del credo liberal puro y que Comonfort tuvo cuidado, no sólo de no admitir, sino de neutralizar y nulificar (porque le parecía absurdo) en un artículo del Plan de Ayutla, en que se demostró plenamente que la revolución no era enemiga de los militares sino del militarismo, quedó para el grupo de New Orleans en estado de desiderátum. No era prudente, para no exasperar á los soldados permanentes, excomulgarlos desde luego. En cuanto al clero, había que desarmarlo y nulificarlo temporalmente por grados; inútil es decir que Ocampo no estaba por esta marcha, aunque fuera firme, aunque fuera rápida; él habría querido que antes de que la revolución cediera el paso á un estado normal, no sólo la supresión de los privilegios, sino de las clases privilegiadas fuese un hecho. Las mismas clases debían encargarse, por sus desapoderadas resistencias, de convertir el programa de Ocampo en un programa de gobierno : las leyes de Reforma. Entre tanto había necesidad de sortear los escollos, no de estrellarse contra ellos.



☪ La tiranía de Santa Anna había logrado unificar al inconexo partido liberal, que en compacta legión pedía la caída del déspota, y puede decirse que hubo un momento en que todos conspiraban, hasta los burócratas, hasta los soldados. Los conservadores sensatos, llenos de recelo, es cierto, pero perfectamente convencidos de que la dictadura aquélla no era un gobierno, no era una institución, sino un hombre, el vicio de un hombre, veían sin mal talante la desaparición del despotismo. Su esperanza era Comonfort, y era, en realidad, un hombre capaz de encarnar una esperanza quien había sido el caudillo real, el alma de la revolución de Ayutla.

☪ ¿Quién era, por qué era, cómo era Comonfort? El general Don Juan Álvarez, lo mismo que la mayoría de los viejos insurgentes, pasaba por favorable á las ideas radicales. (Bravo, que murió poco después de proclamado el Plan de Ayutla, constituía una visible excepción.) De hecho, cuando Comonfort se separó del anciano caudillo del Sur para marchar en busca de recursos á los Estados Uni-

dos, y á raíz de su vuelta para impulsar la revolución en Michoacán y Jalisco, el MEDIO que rodeaba al general Álvarez, y bajo cuya influencia permaneció hasta el fin de la lucha, no podía ser más resuelto en pro de la Reforma; en el grupo descollaban sus hijos, sobre todo el más inteligente de ellos, Don Encarnación, enteramente ganado al liberalismo más de vanguardia, de cuyas máximas se había saturado, por decirlo así, en Francia, y el joven Don Ignacio M. Altamirano, que llevaba á «La Providencia», hacienda y cuartel general de Álvarez, una imaginación indeciblemente calentada por el sensualismo de su temperamento y por el contacto familiar con los grandes clásicos paganos; una pasión ciega por los hombres de la Revolución francesa, que aceptaba, amaba y proclamaba, como dicen los neo-jacobinos, EN BLOQUE; pasión que se había encendido en él, escuchando á Ignacio Ramírez en su clase de literatura del Instituto de Toluca, y que no se extinguió jamás. La verdad es que, por su elocuencia y por su carácter, Altamirano era vivo trasunto de un CONVENCIONAL de la gran época. Después, al concluir la campaña, casi en vísperas de la partida de Santa Anna, llegó Juárez; cuando fué reconocido (según una anécdota que por allí corre), el general Álvarez lo trató con marcadas consideraciones y solió buscar su consejo; no lo encontró nunca ni más firme ni más discreto. Pero Juárez, que gracias á un auxilio eficaz de Ocampo, había podido hacer el viaje de New Orleans á Panamá y Acapulco, traía á aquel centro oficial, digámoslo así, de la revolución, el pensamiento de Ocampo; NECESIDAD DE LA REFORMA RADICAL; SUPRESIÓN, NO SÓLO DE LOS PRIVILEGIOS, sino de las clases privilegiadas; no sólo «abajo los fueros», sino «abajo el clero y el ejército». Poco tuvo que hacer, sin duda, para convencer al señor Álvarez; pero, con su sensatez y cordura genuinas, todo lo subordinaba al acuerdo entre los jefes de la revolución triunfante, entre Álvarez y Comonfort; esto explica su conducta posterior. Y efectivamente, una disidencia entre ellos habría retardado el triunfo del Plan de Ayutla, ó nulificado en la raíz los resultados.

☪ Comonfort se dió á luz, entrando en la revolución; su papel como soldado, como diputado, como empleado había sido honorable, sin ser de marca; era un hombre de segunda fila. El Plan de Ayutla le dió notoriedad, y sus reformas en la parte del Plan que sobreentendía la existencia de la Federación, fueron por él discretamente meditadas; mientras la Nación no hablase por medio de su Congreso constituyente, nada había que presuponer; derrocado el tirano, no quedaba en pie más que la República con su derecho de nombrar representantes para constituirlos; á ellos tocaba decir si habría ó NO FEDERACIÓN.

☪ Comonfort ha sido sindicado con justicia de HOMBRE DEL PARTIDO MODERADO; pero hay que entenderse sobre este concepto: del partido liberal moderado, debe decirse, no de los conservadores moderados, que eran los que no creían bueno llevar la resistencia á la Reforma hasta la guerra civil; de éstos eran los antiguos liberales D. Bernardo Couto, D. José Joaquín Pesado y algún viejo obispo quizás, un Garza, de Méjico, un Portugal, de Michoacán, un Guerra, de Yucatán. Comonfort pensaba que había que reformar, pero no entendía como los PUROS por reforma, TRANSFORMACIÓN, sino cambiar mejorando. Creía que el tiempo y las condiciones de Méjico sólo eso permitían, que sólo eso era viable: despojar á las

clases de lo que hubiese de más irritante en sus privilegios, pero colmándolas de compensaciones y de miramientos personales á sus jefes, para obligarlos á fuerza de condescendencia á que aceptasen los cambios. Por tanto, sólo en parte deberían suprimirse los fueros, mas á los militares precisaba dejarlos en el goce de sus honores y empleos; también era urgente, lo veía bien, y era un artículo del PROGRAMA moderado, desestancar los capitales de manos muertas, es decir, poner en circulación los bienes del clero. En cambio, la independencia entre la Iglesia y el Estado y la libertad de cultos deberían ser sacrificados á una esperanza de armonía posible con los obispos y el Padre Santo.

☪ Cuando Ocampo reprochaba á Comonfort la adopción de su política de transacciones como objeto final de la revolución de Ayutla, el caudillo triunfante podía haberle contestado : lo único posible en política es transigir; si usted me diese un pueblo de Ocampos, comprendería la urgencia de las medidas radicales que se me señalan; pero el pueblo es todavía Juan Diego, y mientras así sea ¿en qué nos apoyamos para transformarlo? Y esta respuesta era la sensata y la justa. Y, sin embargo, Ocampo tenía razón. Los acontecimientos se encargarán de explicarnos la aparente paradoja.

☪ Comonfort eso era, un hombre de moderación y de ponderación; podía ser, y eso aspiró á ser, un restablecedor del orden, un mantenedor de la paz, nunca el jefe de una revolución. Se vió desde Ayutla : cierto que en teoría debía dejarse al futuro Congreso, representación de la mayoría del pueblo (una abstracción que se llamaba el pueblo mejicano), toda su libertad de acción para decidir si la República debería ser central ó federal; claro que en teoría había que centralizar la federación hasta donde fuera posible sin alterar profundamente su esencia. Y todo eso era debido tratarlo en un Congreso; mas lo que para nadie estaba en duda era que el partido liberal puro hacía la revolución, que el partido moderado deseaba su triunfo, pero apenas se movía; pues bien, era artículo primero del credo radical el FEDERALISMO; somos federalistas, había dicho Ocampo; sobre todo, somos federalistas. La reserva tan acentuada que envolvía la corrección del Plan de Ayutla en Acapulco, escribiendo departamentos (régimen central) donde decía estados (régimen federal), marcó AB OVO la división que debilitaría á los triunfadores. Los acontecimientos de la misma guerra, la captura de la brigada Zuloaga y su rehabilitación y predilección por ella al fin; los acontecimientos de Cuernavaca; la organización del Ministerio que, en plena discusión de la ley fundamental, expidió el Estatuto orgánico, programa del partido moderado; la actitud del Gobierno frente á las libertades primordiales como la de cultos, y la catástrofe final, el golpe de estado, formaron los eslabones de una cadena que pendía del carácter mismo del general Comonfort y que colgó en el abismo...

☪ Pero era un hombre indispensable; á él principalmente debía el ser la revolución; precisamente sus condescendencias, sus contemporizaciones, sus concesiones lo habían popularizado; cuantos se acercaban al caudillo quedaban prendados de su afabilidad seria, de la sinceridad de sus propósitos, de sus deseos de atraer á todos cuantos de buena fe quisieran el bien de la Patria, hacia un terreno de concordia y sacrificios mutuos; y el hombre de cuerpo espeso, de tez densa-

mente morena, subrayada por una barba completa, pero muy rala y muy negra, de dulce y profunda mirada, de amplia frente que parecía preñada de inquietudes y cuidados, llegó á ser una especie de ídolo social en los días en que Santa Anna, que tenía comprimido todo, se fugaba, dejando un gobierno de disolución y una gran marmita de ideas, pasiones, intereses en ebullición espantosa, que se escapó en vapor, en humo, en mugidos de huracán popular y en fiebre de exaltación y delirio en cuanto él levantó la mano y dejó en libertad la cubierta de la caldera que saltó en pedazos.

☪ Las ciudades principales de la República parecían campamentos; en unas partes se encontraban los fragmentos del ejército permanente á merced de sus jefes que vacilaban, que estaban pendientes de lo que pasaba en la capital, en donde á un presidente interino, pronto desahuciado por la revolución triunfante, había sucedido, á guisa de representante del ejército, que, por más esfuerzos que hacía Comonfort por halagarlo, se sentía deprimido y vencido, uno de los militares de mejores antecedentes en el escalafón; en otras, los caudillos revolucionarios, los Degollado, los Garza, los Doblado, los Huerta, los Vidaurri gobernaban, casi con autonomía completa, diversas fracciones del territorio, interpretando á su arbitrio el programa de la revolución, que, en realidad, ellos iban elaborando bajo sus tiendas de militares improvisados; los guerrilleros, nube de mosquitos que se levantaba del agua del torrente convertido en estancado charco de fango sanguinolento, llevaban por todas partes la infección y la muerte; ni negocios, ni cosechas, ni trabajo apenas; cada uno vivía como podía y todos esperaban. Esperaban porque, tras de la fatiga de la guerra y de la tiranía santanesca, se sentía una especie de viento fresco que removía por todas partes ideas de progreso y ansias de mejoría, oreando los campos de batalla con un soplo de resurrección y un aliento de perdón y de olvido. En los pliegues de estas brisas frescas del otoño de 55 iba envuelto el nombre de Comonfort, el Mesías atezado de la era nueva.



☪ En Cuernavaca se habían fijado los ojos de la Nación, de esa parte de la Nación que tenía los ojos abiertos; no era una parte magna, pero la guerra había sonado mucho, había despertado un bien doloroso interés en todos los ámbitos del país, y las cuerdas de voluntarios A FORTIORI (la leva), que cruzaban el suelo mejicano en todas direcciones, habían determinado una especie de remolino en la masa total, que producía una especie de obscura y dolorosa subconciencia formada de confusos anhelos de paz y bienestar, de libertad y de ilustración, que constituían el fondo mismo del alma de la Patria.

☪ En Cuernavaca se ventilaba el gran problema; el gran problema era éste : ¿con el triunfo sobre Santa Anna debía considerarse terminada la Revolución? ¿Allí debía concluir? Sí, decía el general Comonfort, y con él decía sí la mayoría; no, decía Ocampo, y el joven y ardiente grupo radical lo seguía; no, la revolución está en su primer capítulo, prosigamos su obra hasta transformarlo todo; pronun-

ciemos en la ley las palabras irreparables, suprimamos el ejército, despojemos al clero. Reunidos en Cuernavaca en torno de D. Juan Álvarez, la opinión de Comonfort se sobrepuso; Ocampo abandonó el ministerio, pero dejó en él á una persona encargada de procurar realizar los ideales del partido avanzado. Ocampo, que se declaraba ignorante de todo cuanto pudiera autorizar la escisión del partido liberal en moderados y puros, era en realidad UN JACOBINO; jacobino es aquel que cree que la evolución social sólo puede realizarse por los procedimientos revolucionarios y que hace del procedimiento revolucionario un sistema de gobierno; ese procedimiento se compone de golpes de autoridad á expensas de la ley, y de medidas de salud pública por encima de las constituciones y de las garantías individuales. Ahora bien, estos hombres son necesarios en tiempos determinados, son los encargados de precipitar la evolución cuando se ha retardado, y de hacer llegar al grupo social director al nivel de progreso que anhela. Cuando tiende á convertirse en procedimiento normal, no pudiendo ser ni un procedimiento de libertad porque no admite la libertad en los adversarios, ni un procedimiento de gobierno porque cree al poder emanado del pueblo superior á todo derecho, entonces se vuelve anárquico y naufraga en el despotismo de un dictador. Los jacobinos organizaron la revolución francesa; sin ellos la Europa coaligada habría ahogado la revolución y habríamos, los latinos, ó retrogradado ó detenidos un siglo; por ellos no fué así. Pero cuando el método anormal tendió á ser normal, el paso al cesarismo se verificó por grados rápidos, casi sin convulsión; del despotismo de un club que operaba en nombre del pueblo, se pasó al de un soldado que también se llamó representante del pueblo, y era verdad. Y éste fué UN CESARISMO. Y todo jacobinismo que no sabe hacerse reemplazar por la ley, va fatalmente hacia Napoleón.

¶ La revolución de Ayutla que, convirtiéndose en guerra de Reforma y luego en lucha con una monarquía exótica apoyada en el extranjero, constituye la gran revolución mejicana después de la Independencia, fué obra del jacobinismo nacional, fué su obra magna, fué su obra buena. Pero comenzó lentamente gracias á la esperanza tenaz de Comonfort que creyó poder evitar la guerra. Ayudarlo en esta tentativa, pero manteniendo las promesas de la revolución, fué la obra de Juárez, nombrado por Álvarez secretario de Justicia y Negocios eclesiásticos en su gabinete de amalgama. Esta tentativa de marchar con algunos de los representantes más conspicuos del grupo que había hecho la revolución, se ha reprochado vivamente al viejo cacique suriano; ni podía, ni debía hacer otra cosa; no era necesario recurrir al ejemplo de Washington para autorizar esta medida de alta política; estaba en la naturaleza de las cosas. ¿Cómo descartar del gobierno á Comonfort, que había sido el brazo y era la popularidad de la Revolución? ¿Cómo á los que en concepto del general-presidente representaban el pensamiento mismo de esa revolución? ¿Por qué no hacerlos convenir en un empeño idéntico de reformas posibles mientras se reunía el Congreso Constituyente? No, no eran ni las ideas, ni los procedimientos los imposibles de amalgamar; eran los caracteres; era la benignidad incurablemente contemporalizadora de Comonfort y la inflexibilidad de Ocampo, convencido de que aquélla era la oportunidad suprema

de ir rígidamente al fin radicalmente transformador de aquel movimiento nacional.

☉ Juárez prestó el gran servicio á los ideales del partido puro de obsequiar los ruegos del general Álvarez quedándose en el Ministerio cuando Ocampo se separó. Sin él, las medidas reformadoras habrían sido indefinidamente aplazadas, hasta que hubiese llegado el caso atisbado por Comonfort de que todos estuvieran conformes con ellas. Temor, fundadísimo por cierto, el suyo; temor de que el clero convirtiese en cuestión religiosa lo que era conflicto político y de que la contienda civil se convirtiese en religiosa. ¡Calamidad formidable que habría agotado definitivamente al país! Juárez comprendía bien, porque no era redactor de opúsculos ni engendrador de libelos preñados de proyectos de venganza y de desquiciamiento social, sino un formador responsable de leyes nacionales, comprendió bien que hacer convenir á Comonfort en la conveniencia de una gran medida reformista atenuada era mejor, y la hacía más viable, que formular un código completo de reformas trascendentales que, sin el apoyo de la espada vencedora, habrían de nacer muertas. Juárez prestó así un servicio soberano á la causa liberal.

☉ Esto no sucedió sino cuando el general Álvarez, nombrado presidente interino por la junta reunida en Cuernavaca, perdió la esperanza de que el Congreso se reuniese en Dolores, y habiendo decidido venir á Méjico se estableció con su Ministerio en la capital de la República. Juárez y Comonfort eran las dos figuras representativas en aquel Gobierno.

☉ La Ley-Juárez organizó la administración de Justicia y en ella puso la piedra fundamental de la Reforma. La exaltación de los ánimos era inmensa; los periódicos conservadores daban la voz de alarma á la sociedad contra toda tentativa innovadora; los periódicos liberales, á porfía, pedían un programa de lucha, no de paz (nadie pensaba en la paz como no fuera Comonfort, el ministro de la Guerra); el general Álvarez sólo pensaba en retirarse; urgía que la ascensión inevitable y, por mil títulos, necesaria, de Comonfort á la presidencia interina de la República, encontrase algo irreparable en materia de Reforma instaurado ya, aun antes de la reunión del Constituyente. En Noviembre de 55 apareció la Ley-Juárez : su artículo cuarenta y dos suprimía los tribunales especiales (eran muchos todavía, de comercio, de hacienda, &c.) y exceptuaba de esa supresión á los tribunales eclesiásticos y militares. Pero éstos sólo subsistían temporalmente, los primeros (mientras se expidiese una ley que reglamentase definitivamente el punto, es decir, el fuero) para los delitos comunes de individuos del fuero eclesiástico. Los negocios civiles pasaban á la competencia exclusiva de los tribunales comunes. Además se reconocía á los eclesiásticos el derecho de renunciar á ser juzgados por los tribunales eclesiásticos del orden penal. Respecto de los militares se estableció algo muy análogo; también se extrajo de la competencia de los tribunales del fuero de guerra el conocimiento de los negocios civiles, y sólo se mantuvo para los delitos puramente militares ó mixtos, con tal que fueran soldados los responsables.

☉ Hija genuina de la revolución de Ayutla, la Ley-Juárez era una ley revolucio-

naria; dada por una autoridad que tenía por sola fuente de poder la revolución, declaró que siendo aquella una ley general, es decir, federal, los Estados no podían ni modificarla ni variarla. El escándalo fué máximo, pero esperado; Comafort no se hizo atrás en la solidaridad ministerial, y las protestas de los obispos que pretendían que el punto se sometiese al arbitrio del Pontífice y del Supremo Tribunal de Justicia, que reclamó contra una ley orgánica de tribunales formada sin consultar su opinión, no detuvieron la acción del ministro, que inmediatamente puso en planta la ley que poco después había pasado en autoridad de cosa juzgada, como dicen los juristas, y así lo ha sido hasta nuestros días; porque las conquistas de la Reforma tuvieron la particularidad de que una vez establecidas en la ley se han convertido en hechos perdurables; se han ampliado, no se han alterado ni derogado.

☪ La igualdad ante la ley, ARTÍCULO DE FE DEL Credo Democrático latino, no había sido más que una frase de relumbrón, aunque respondía á un instinto profundo de la gran familia mezclada que aquí se iba sobreponiendo á los dos grupos de que tomaba origen. El latino, se ha dicho y se ha repetido mil veces, es igualitario; el germano, el sajón, sobre todo, y sobre todos el anglo-sajón, es libertario; entre éstos, todos respetan el derecho de cada cual, aunque ese derecho sea un privilegio, y por eso los sajones son radicalmente aristocráticos; los latinos niegan el derecho que tienda á sobreponerse al de todos; no hay más derecho que el de todos, no existe el derecho de cada uno, debe ser igual para todos el derecho, completamente igual, y por eso no tienen inconveniente los latinos en aceptar absolutismos; quien por elección del pueblo ó por su consentimiento representa el derecho de todos, emperador ó congreso, Convención ó Napoleón, ése asegura la igualdad; ésa es la democracia. En Méjico ese instinto latino transmitido, no por la sangre, sino por la educación profunda y definitiva que dieron los romanos á ciertas razas afines de la suya, había tenido que injertarse en grupos humanos acostumbrados á no tener derechos como no fuera el de sacrificarse por el dios ó por el señor, y de este injerto ha resultado un caso singularísimo de crecimiento de alma social, por extremo complejo, y en el fondo del cual se encuentra un doble terreno primitivo, intransmutable, el del indio dando su vida al ídolo y el del español infiriéndolo todo, culto, costumbres, historia, de su orgullo y de su fe. De aquí los conflictos, choques y contrarias electricidades que forman el SUBSTRATUM de nuestro ser social.

☪ Por primera vez, gracias á la entereza perseverante que ya caracterizaba ostensiblemente á Juárez, y pertenezca á quien pertenezca la redacción de la ley, la fórmula democrática recibía su cristalización legal; de allí partió, puede decirse, la reforma entera. Verdad que quedaba en poder de los tribunales eclesiásticos la masa íntegra de los delitos, pero esto no era más que medio de dominación y muchas veces estorbo y gasto, mientras que los juicios civiles constitufan el capítulo más importante, en el que estaban comprendidos intereses más positivos del privilegio.

⊕ El clero y el ejército sintieron el golpe del adversario formidable que se elevaba ante ellos, y se aprestaron al combate. Las protestas y las reclamaciones eran el torbellino encrespado de la superficie; debajo estaba el peligro, la conspiración en permanencia, la conspiración que ponía en contacto íntimo á soldados y clérigos, la que se extendía ya por momentos hasta hacerse internacional ó se retraía convulsivamente en torno de los curatos de las montañas, de las capitales de importancia, en donde estallaban casi sin interrupción las chispas présagas de la conflagración inminente. ¿Podría la inmensa popularidad de Comonfort apagar el incendio? Muchos lo creían, menos los obispos, menos los jefes de los cuerpos favoritos del dictador, menos los conservadores honrados pero fundamentalmente ilusos como Haro y Tamariz, menos los jóvenes jefes pletóricos de ambición y bravura como Osollos y Miramón, menos el Padre Miranda.

⊕ En Diciembre de 55 el general Álvarez dejó el poder y nombró á Comonfort para substituirlo; por eso se llamó EL PRESIDENTE SUBSTITUTO. La gran doctrina de la contemporización iba á poder ponerse en práctica plenamente; Ocampo había sostenido que no daría resultado; pero si lo daba, la revolución quedaba substituída por una evolución normal, y la paz, EL ALMA PAZ sería un hecho, era el supremo derecho de un pobre país asendereado y moribundo. La guerra, sin embargo, se levantaba en todas partes amenazadora: en Guanajuato, donde Doblado, ingenio de muchos recursos y de pocos escrúpulos, había levantado la bandera comonfortista sin objeto ninguno plausible; este alzamiento quedó apagado con un pedazo de papel, una carta muy sensata, muy digna y muy mordaz de Don Juan Álvarez; Doblado dobló la testa; la Sierra de Querétaro ardía de religión y fueros; el infatigable Mejía estaba en campaña; Uruga pretendía aprovechar la indignación del VIEJO EJÉRCITO contra la ley de fueros, y Jalisco y el Norte todo estaba inquieto, y las guerrillas de forajidos con cualquier bandera hacían su agosto; todo se fué calmando por el Bajío. En cambio, en Puebla estalló un verdadero incendio, que hubo necesidad de aislar y sofocar en su cuna para que no cundiese al país entero.

⊕ El obispo de Puebla (D. Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, futuro arzobispo de Méjico) había logrado por su prestancia, por su inteligencia fina y en alto grado social y simpática, adquirir un prestigio inmenso en la sociedad angelopolitana; esta sociedad vivía en la Iglesia y de la Iglesia desde lo encumbrado hasta lo humilde; las familias aristocráticas todas estaban petrificadas, embalsamadas de devoción y misticismo en derredor de este canónigo, de aquel cura, del otro fraile, y al pie de tal ó cual imagen de Cristo ó de Nuestra Señora; la vida allí se componía de ejercicios piadosos, de fiestas de los santos, de procesiones, de novenarios, y el pecado mortal, microbio que pululaba en el fondo de las más angélicas beatitudes, no se revelaba en la transparencia de aquella vida limpia como el agua; los microscopios de gran potencia no estaban en uso todavía. Y el pueblo vicioso y sucio, pero en mucho menor grado que el de la capital de la República, no vivía más que de lo que se hacía en el convento ó para el convento, de las migajas de la Iglesia, de la protección ó de la caridad de los sacerdotes.

⊕ Y por eso cuanto á la Iglesia atañía les llegaba al mollar, á lo más íntimo de

Don Juan Álvarez

su ser, de sus intereses, de sus amores y sus odios. Pues con ligeros matices diferenciales, lo mismo era en todas partes en la República, con excepción de algunas poblaciones de la costa, en donde la influencia del clero se diluía un tanto en el aire salado de la mar. Los obispos, como el Sr. Labastida, afirmaban públicamente que no se mezclaban en los asuntos políticos y que reprobaban las revueltas á mano armada y aconsejaban la obediencia al Gobierno mientras sus disposiciones no estuvieran en pugna con la conciencia católica, y eso que afirmaban lo creían y lo procuraban, sin duda, aunque en menor escala que ninguno el obispo de Puebla, que á poco de los acontecimientos que se desarrollaron en su diócesis por los años de 56, mostró y demostró cuán ardiente político era y cómo sabía temer á los puros y ABORRECER Á LOS MODERADOS.

☪ Dada, empero, la idiosincrasia nacional, aun cuando los obispos no prohibían ni deseaban la revuelta, ésta tenía que nacer de sus protestas. Las protestas demostraban que la Iglesia recibía ofensas graves, ataques injustos, que redundarían en irreparable daño del catolicismo nacional; la ley de fueros, con una asombrosa falta de previsión de parte del clero, que debió haberla aceptado para no oponerse á la incontrastable corriente de las ideas democráticas, incompatibles con la existencia de las clases privilegiadas, era considerada como un rudo despojo concebido por el Estado contra derechos evidentes de la sociedad eclesiástica; pues, ¿cómo podía resistirse el ataque sino defendiéndose, y qué mejor defensa que echar abajo al gobernante? Todo esto era claro, y el pueblo católico procedía con más lógica que sus prelados, aunque con menos intuición de la realidad.

☪ Aprovechando la situación febril de Puebla, grandes grupos del ejército permanente con que creyó contar Comonfort, tenazmente iluso, faltando á sus compromisos, á su honor, á sus juramentos, se apoderaron de la ciudad, en donde todos los corifeos de la reacción militarista y clericalista se habían dado cita. El Presidente quiso rescatar su candidez dando un golpe definitivo, precisamente en los días en que se reunía el Congreso Constituyente. La campaña, muy prudente y enérgicamente dirigida, puso una vez más de relieve las distinguidas cualidades de soldado que el corifeo de la revolución de Ayutla poseía: decisión de economizar la sangre del soldado, docilidad á los consejos de los peritos en toda la parte técnica de la guerra y una bravura por extremo serena, que dió á su prestigio una especie de aureola heroica; los soldados de aquellas legiones de guardias nacionales lo adoraban.

☪ Una vez dueño de Puebla, en donde el populacho, siempre admirador de los que ganan, no lo recibió mal, el Presidente pudo creerse en Méjico mejor armado para sostener dos grandes luchas. Contra el clero la primera, ordenando la confiscación de los bienes del obispo de Puebla, y contra el ejército permanente humillándolo, degradándolo é irritándolo. El Sr. Labastida, que se resistía á obedecer las órdenes del Gobierno, fué desterrado; era una buena medida política. Claro que en una ciudad como Puebla los fondos de la Iglesia, quisiera ó no su jefe, sólo servirían para fomentar conspiraciones; había que quitar el aceite al foco, y dar la deseada muestra de energía que reclamaba á gritos el partido liberal, poniendo la mano sobre el más levantado de los prelados. Á Europa, á

conspirar; el obispo de Puebla conspiró, furiosamente, incesantemente desde aquel momento. Así hemos logrado saber lo que tenía en el fondo del alma; Comonfort no se equivocaba.

Ⓒ En cambio, la degradación de los oficiales produjo efectos contraproducentes; aquellos hombres no pensaban más que en la venganza, en el desquite, pero pensaban en eso alegremente. El general Sóstenes Rocha, que era entonces un oficialillo de Zapadores, y que fué de los DEGRADADOS y formó entre los distribuidos en las poblaciones del Sur de Puebla, cuenta en sus memorias (inéditas aún) llenas de color y de vida, las aventuras de todos aquellos delincuentes que, como era natural, se juzgaban héroes, para proveerse de lo necesario para la vida. Verdaderos gilblases, aquellos jóvenes acudían á todo, aceptaban todo, se aprovechaban de todo; los galanteos, por supuesto, desempeñaban en aquellas novelescas empresas tamaño papel. Poco á poco fueron escapando de sus confinamientos, atraídos por el centro conspirador de Méjico ó llamados con empleos militares en algunos Estados (como sucedió con Rocha), y claro es que las etapas de sus fugas eran de convento en convento y de curato en curato. Mejor habría sido para el país y para Comonfort haber fusilado á tres ó cuatro de los principales cabecillas y haber encerrado en una prisión á los demás por dos ó tres años; mucho se habría evitado con tal energía. El que esto escribe no puede olvidar que siendo estudiante, y en representación de la Escuela de Jurisprudencia, fué á pedir al presidente Juárez la vida de un gran revolucionario impenitente capturado casi en flagrante delito de asalto á una CONDUCTA de caudales; el prisionero tenía un nombre íntimamente ligado con una fecha gloriosa. «Está bien, contestó á mi petición el Sr. Juárez, ya de antemano se ha resuelto indultarlo; pero no olvide usted, y dígaselo á sus compañeros, que absolviendo á un hombre de estos que sólo entienden por política el desorden y el cuartelazo, se sentencia á muerte á muchos centenares de inocentes.» Estas palabras tal vez pudieran aplicarse á la clemencia perenne de Comonfort.



Ⓒ Juárez, nombrado por el presidente sustituto, gobernador de Oajaca, partió para su Estado natal, á donde no había vuelto desde que lo arrancara de su hogar Santa Anna hacía cerca de tres años. En Oajaca los elementos reaccionarios habían sido siempre poderosos, porque el prestigio del clero era inmenso todavía; recordemos que aquella sociedad había sido como arcilla modelada por las comunidades religiosas y que la Iglesia la había infundido el alma con su aliento; recordemos que la inteligencia de los pueblos suele ser innovadora, pero su instinto no, su instinto es tradicionalista y conservador; el instinto del pueblo es como la arena del Nilo, que conserva intactas momias de seis mil años. En Oajaca precisamente la Ley-Juárez, que restringió los fueros, había causado grande alarma en los eclesiásticos y sus familiares, y las protestas y anatemas consabidos. De ahí á la asonada, á la lucha civil, al fratricidio no había más que un paso. El gober-

nador mismo, que con toda seguridad hufa de la obligación de entregar el gobierno á Juárez, el gobernador santanista García, dió la mano á la asonada y aceptó un plan anti-fuerista y reaccionario.

⊕ Cuando en Enero de 56 Juárez se presentó en el Estado con su credencial de gobernador interino, llevando algunas fuerzas que había podido allegar, un esfuerzo poderoso del grupo liberal había hecho sucumbir y rendirse á García, y el Interino pudo ocupar su silla en paz. La generación de abogados y paisanos que comenzó á levantar ejércitos durante la revolución de Ayutla, secundada ya por la que venía inmediatamente en pos de ella y salía de los Institutos y á veces de los seminarios mismos, sentíase fuerte para arrebatarse con sus ideas mostradas como flámulas rojas á las masas ignaras que abandonaban repentinamente los campos de la reacción y se alistaban en las guardias nacionales y se batían al mando de aquellos hombres jóvenes y de aquellos muchachos que de la clase, de la redacción del periódico, de la tribuna del Congreso ó del club salían al campo á combatir, á morir; al fin á triunfar; esa generación impuso al país las ideas reformistas, ella hizo la reforma. Siguió á Juárez; lo rodeó en su gobierno interino; se batió con los reaccionarios que después de las tremendas luchas en Puebla intentaban penetrar y medrar en el Estado, en fuertes grupos bien organizados militarmente, alguno de los cuales figuró la legión Tebana de los clericales, el célebre batallón de LOS CRUZADOS, cuya bandera negra cruzada de rojo decía: «Religión ó muerte». En una de estas luchas suena por primera vez con honor el nombre del capitán Porfirio Díaz. (Herido en Ixcapa : Agosto de 56.) Difícilmente podía entrar el Estado en su camino normal, la paz era imposible; la premisa de la guerra religiosa estaba formulada ya. El arzobispo Garza había declarado «que la Ley-Juárez era contraria á lo dispuesto por la Iglesia; que la renuncia que cualquiera individuo del clero hiciere del FUERO, ya fuese en lo civil, ya en lo criminal, era nula y de ningún valor, aun cuando lo jurase.» He aquí la consecuencia : «Considerando, decía uno de tantos planes revolucionarios en Oajaca, que la ley de justicia (la Ley-Juárez) ataca de una manera brusca é inmoral al venerable clero y á la Iglesia; que al llegar á tomar el mando del gobierno Don Benito Juárez, causaría incalculables desgracias á los habitantes de Oajaca, porque siendo el autor de la ley anti-eclésiástica la querrá hacer cumplir, etc.»

⊕ Juárez ocupado á veces (en Tehuantepec) en sofocar la revuelta, no descuidaba ninguno de los ramos de la administración; al contrario, jamás habían sido tan bien atendidos. Uno de sus empeños era armar el Estado para la terrible guerra que preveía; siempre se empeñó con el Gobierno federal en obtener armas, artillería especialmente, y en tiempos posteriores, casi en vísperas de abandonar para siempre á Oajaca, diputó á su amigo el coronel D. Ignacio Mejía cerca de Comonfort, para obtener algo de lo que tanto ansiaba. Y con objeto de que las guardias nacionales, no sólo estuviesen bien instruídas y preparadas para el combate, sino que siempre se hallasen á disposición del partido liberal, organizó una enseñanza de ciencia militar y táctica en el mismo Instituto, tan perseguido por Santa Anna y que él levantó inmediatamente á gran altura con el propósito de que «la juventud — que ávida de saber se educaba allí — contribuya algún día al engran-

decimiento de su Patria, á su honor, ya que hoy sólo forma su esperanza.» Esa enseñanza militar tuvo excelentes resultados, y de ella salieron listos para mandar los Díaz, los Ballesteros, los Jiménez, los Loaeza, etc.

☪ Siguiendo paso á paso el debate de la Constitución política de la República, puso todos sus conatos en que la Constitución particular del Estado se amoldase á los dogmas que el código fundamental proclamaba; pero fué más allá: creyente firme en la virtud del principio democrático (tenía la íntima persuasión de que cuando llegaba á obtenerse una expresión cierta de la voluntad popular, ésta era siempre justa y siempre acertada), procuró que para las elecciones de gobernador se aceptase el voto directo y que se diese un amplio ensanche á las atribuciones de los cuerpos municipales, asiento natural de toda democracia.

☪ Entretanto, los sucesos se precipitaban en el centro de la República; por donde quiera se sentía la trepidación del suelo que precede á las grandes erupciones. Era para nadie un problema que todo iría á parar á un supremo conflicto; Comonfort y su Ministerio se habían propuesto conjurar la tormenta con un sistema de equilibrio y ponderación de esos que sólo surten buenos efectos cuando la paz civil está ya fuera de discusión. Lo que lograba el Presidente era crear dos grupos de descontentos de él, cada vez más irreconciliables.

☪ La Ley-Juárez había sido el botafuego y su primer resultado la explosión de Puebla, tremenda asonada con su séquito de combates sangrientos, su costosa y tenaz campaña, la degradación militar del viejo ejército que había sido su consecuencia, la confiscación de los bienes del clero de la ciudad levítica y el destierro del obispo Labastida. Comonfort daba muestras constantes de su religiosidad privada que hacían juego con las protestas de obediencia del clero, cada vez que ponía en duda el derecho del Gobierno á someter á su jurisdicción todas las clases sociales. Las discusiones en el Congreso mostraban el ardiente temperamento reformista de la mayoría, liberal, siempre que se trataba de principios abstractos, pero al contrario, jacobina, siempre que se aplicaba uno de esos principios á los representantes de las clases privilegiadas. La actitud tomada por la Iglesia, su decisión de apelar para sostener sus privilegios á los sentimientos religiosos, no exaltándolos en contra del Gobierno, pero sí en favor de la Iglesia, dieron á las sesiones del Congreso cierto tono solemne y religioso. Cuando se escuchaba á Zarco, á Mata, á Arriaga, hablar de la conformidad fundamental entre la Constitución y el Evangelio, cuando se discutía la tolerancia religiosa, el Constituyente parecía una asamblea de puritanos en vísperas de las luchas confesionales inglesas; esto acababa por subir á los grados álgidos la fiebre del país político. Y la prensa con su inmenso clamoreo hacía eco á la tribuna y al púlpito; los tiempos de las guerras de religión iban á abrirse para Méjico. Comonfort meditaba, vacilaba por ende. Más tarde envió á Roma un agente de conciliación y avenimiento; como era de suponerse, el Papa no lo recibió. Pío IX, gran corazón lleno de todo el fuego del celo apostólico, carácter entero de batallador y mártir, y pequeña inteligencia, sobre todo, comparada con la de su sucesor, apartó al ministro mejicano del solio pontificio con la misma mano airada y trémula con que lanzó sobre la Reforma su anatema. Y muy lógico era esto quizás, pero de una impre-

visión, de una imprudencia infinita. Los ánimos se caldeaban en Méjico al recibir estas noticias, y cuando un vacilante se decidía, ya no era un simple amigo del poder civil, sino un enemigo resuelto de la Iglesia. A esta actitud del Pontífice se debió el tono anticatólico de la prensa reformista y el carácter iconoclastico y DE ODIOS AL FRAILE que tuvo la guerra de tres años.

⊕ La empresa del Gobierno era imposible; los gérmenes reformistas que envolvía la revolución de Ayutla estallaban por doquiera, é inmediatamente la resistencia del MEDIO tendía á aniquilarlos y á neutralizarlos; de donde la conflagración intermitente imposible de sofocar. El error fundamental de Comonfort consistió en creer que podía sofrenar un movimiento que no había agotado su primitivo impulso, tratando de hacerlo desandar, á fuerza de medidas administrativas, la pendiente en que se desenvolvía; tarea jamás llevada á cabo ni por los hombres de genio. Nadie con mayor prestigio en su época tempestuosa que Mirabeau, nadie mejor dotado de condiciones de gobierno, de inteligencia y de fe que el grupo girondino, y ambos fueron impotentes para contener nada; Napoleón contuvo cuando la Revolución había perdido su fuerza destructora, cuando el torrente se había tornado río, turbio y con saltos, pero río. Cromwell se encargó de llevar la revolución inglesa, especialmente religiosa, á pesar de su apariencia política, hasta su último extremo, y allí fué donde la montó como á un corcel domado é irguió sobre ella su soberana figura torva de dictador arrullado por los salmos.

⊕ Comonfort, ni Mirabeau, ni Napoleón, ni Cromwell, cedía aquí y cedía allá y creía avanzar en zig-zag; en realidad descendía en zig-zag al abismo. Con la espada de Damocles sobre la cabeza de la prensa (Ley-Lafragua), fué duro para la conservadora y excesivamente tímido con la revolucionaria, que haciendo volar la roca de la pendiente, abría paso á la vena torrencial de las nuevas ideas. Se incautó de los bienes del obispado de Puebla y desterró al obispo, y este rasgo de energía amedrentó al alto clero, aunque algunos meses después fué desvirtuado por la suspensión de las operaciones de intervención. La supresión de la Compañía de Jesús causó hondo escándalo, preparado por la exaltación febril con que los ánimos habían seguido las discusiones del Congreso, en que por primera vez marcó con fuerte y rígido guantelete un surco inicial de su vida pública el joven abogado jalisciense Vallarta. Como de costumbre, los opositores á la medida, que nada tenía de liberal por cierto, acudieron á los argumentos de estilo; uno irrefutable: si predicáis la libertad, ¿por qué no toleráis á estos hombres? Si han delinquido contra el Estado, castigadlos como delincuentes; pero no se castiga á las instituciones, se castiga á los individuos. Ahora bien, y éste era el segundo argumento: estos hombres no son delincuentes, hacen el bien, emplean sus energías en la caridad del alma que es la educación; son admirables educadores; tienen el testimonio universal en su favor. No era una medida de libertad, era una medida de represión y de preservación. Los jesuítas, efectivamente, son y serán siempre un peligro para las ideas modernas de emancipación y libertad de pensamiento, porque, infrangibles y flexibles como la seda, cumplen su misión y su deber, disciplinando con un sistema de educación, no admirable en sí, todo lo contrario, pero maravilloso para su objeto, á la sociedad entera, orientándola

dulcemente hacia la doctrina fundamentalmente contra-revolucionaria de la incompatibilidad entre la supremacía humana de la razón en que se funda el liberalismo y la supremacía divina de la Iglesia y su Sacerdote sumo. Á todo se someten, todo lo obedecen por necesidad; pero encienden un ideal delante de los espíritus, que está precisamente en el polo opuesto del ideal de emancipación intelectual. En ello gastan, derrochan una cantidad prodigiosa de sutil dialéctica, de mansa humildad evangélica, de sociabilidad encantadora, de adorables virtudes personales; pero la espada de D. Íñigo López, espada de fulgurante y homicida acero, está escondida bajo el manto negro de San Ignacio de Loyola. En suma, nada hay más amable que los jesuítas (á algunos de ellos ha querido como padres y como hermanos quien escribe estas líneas), nada más temible que la Compañía de Jesús. Cuando el obispo de Puebla, que esperaba en la Habana la revocación posible de su destierro, conoció la supresión de la Compañía, comprendió que la lucha comenzaba apenas, y partió para Roma.

☉ Al llegar á España tuvo motivo de desesperanzarse más todavía; la Ley-Lerdo había sido promulgada en Junio (1856). Con un severo preámbulo en que se condensaban las razones económicas que justificaban la ley y que se reducían á la necesidad social de poner en circulación una masa de riqueza casi improductiva, el ministro de Hacienda detallaba en artículos claros, como eran su carácter y su intelecto, las condiciones en que la desamortización se haría, dejando en poder de los poseedores de hecho la propiedad de las fincas rústicas ó urbanas pertenecientes á corporaciones civiles (beneficencia, instrucción pública) ó eclesiásticas. Calculando el capital por las rentas ó censos al seis por ciento, el monto quedaba reportado como gravamen por la finca desamortizada, que pagaba á la corporación respectiva el seis por ciento de interés. Esta especie de hipoteca en ningún caso podía hacer volver la finca á la corporación, sino que en los casos que la ley enumeraba debía sacarse á remate. Fuera de la ventaja general que el Gobierno alcanzaría por la trascendencia social de la medida (ventaja que sólo ha sido positiva hasta nuestros días, puede decirse), había la de una alcabala ó contribución por traslación de dominio que se creía rendiría pingües frutos al Gobierno, aunque no debía pagarse sino una parte en efectivo, por la activa circulación en que entrarían los nuevos valores creados por la ley. El producto de esta alcabala debía en parte (un millón de pesos) destinarse á capitalizar montepíos y pensiones y á pagar alcances de empleados. La ley prohibía, además, á las corporaciones de cualquier género adquirir ó administrar bienes raíces, destinando las sumas que entrasen en poder de las corporaciones (redenciones, donaciones) al fomento de empresas ó industriales ó agrícolas, cuando no fuesen impuestos sobre bienes de particulares.

☉ La ley era simple, el derecho del Gobierno á procurar tamaño bien social era evidente y la ventaja para el clero inmensa, por tal modo que á haber habido una gran previsión y no un gran fanatismo bajo la tiara pontificia, á haber tenido un solo hombre de genial perspicacia en su alta jerarquía el clero mejicano, la Reforma resulta frustránea en buena parte y la Iglesia sale de la crisis más positivamente rica que nunca. Nada de esto hubo; la conciencia de los obispos se en-

redó en la enorme cauda negra de la tradición y de los cánones; vieron como hombres del pasado lo que habrían debido ver como ciudadanos del presente, y creyeron que la Iglesia militante y la triunfante, ambas á una, les marcaban con un dedo de hierro el camino del deber, aunque fuera el del martirio. ¡Ah! no, no era el camino del deber, tenía otro deber sagrado que respetar, su patria y su siglo, y era un deber tan grande como el otro, más que el otro, porque ese otro no era la fe religiosa, era el interés de la Iglesia, ni más ni menos. La prueba tangible, irrefragable, la ha dado la Iglesia misma aceptando, no sólo la desamortización, sino la nacionalización (que fué un despojo violento á guisa de castigo nacional) mediante un poco de dinero; si se trataba, no digo ya de un dogma, lo que jamás estuvo á discusión, sino de un interés supremo, de una condición vital para la Iglesia, ¿por qué han renunciado á él á tan bajo precio? Si no era así, ¿por qué no hablaron al oído del Papa cuando el plenipotenciario de Comonfort (al padre del que esto escribe le fué ofrecida esta misión en Roma por conducto del Sr. Escudero y Echanove), cuando el Licenciado Ezequiel Montes llamó respetuosamente á las puertas del Vaticano? ¡Diez años de guerra civil se habrían evitado! Gran empresa ésta para apóstoles cristianos. Pero no; donde los obispos hablaron fué al oído de la nación católica, y no como pastores, menos como sociólogos (ninguno de ellos lo era), sino como caudillos de un pueblo ultrajado, de la congregación de los fieles expoliada, robada, iba á decir el Sr. Labastida, que fué el más vehemente en su protesta. ¡Cómo debió de arrepentirse de ella andando los tiempos! Y no lo incitaban á la guerra, no; pero esgrimían el anatema contra quienes observaran la ley, y embocaban la trompeta del juicio final para amedrentar á los sumisos que la aplicaran. ¡Cuán absurdo y extraño nos parece todo desde aquí! ¡Qué tremenda batalla en la sociedad, en la familia, en las conciencias de los mejicanos de entonces! Tronaba con los truenos del Sinaí, como dice un clisé muy socorrido, el Constituyente, pero el púlpito relampagueaba sin cesar; el trueno aquí era sordo, pero segura la tormenta.

☉ En los días en que se discutió en el Congreso el artículo del proyecto de Constitución relativo, no á la libertad, sino á la tolerancia de cultos, se vivió en la capital y, á poco, en toda la República, en una atmósfera saturada de la electricidad precursora del combate. Todo el Méjico distinguido, las clases directoras en masa, puede decirse, se levantaron como un solo hombre y tendieron al Congreso unos memoriales elocuentes pidiendo que no votase el satánico artículo. Esta obra del abismo, que iba á ser para Méjico fuente de males al lado de los cuales el diluvio iba á resultar un susto cualquiera, decía así: «No se expedirá en la República ninguna ley ni orden de autoridad que prohíba ó impida el ejercicio de ningún culto religioso; pero habiendo sido la religión exclusiva del pueblo mejicano la católica, apostólica, romana, el Congreso de la Unión cuidará, por medio de leyes justas y prudentes, de protegerla, en cuanto no se perjudiquen los intereses del pueblo, ni los derechos de la soberanía nacional.» De lo que se podía tachar á los autores del proyecto era de que no se habían atrevido á ir hasta el fin de su pensamiento y declarar la plena libertad de los cultos, sin religión alguna privilegiada, como una consecuencia de la separación de la Iglesia y el

Estado. La estupenda efervescencia de la opinión los amedrentó sin duda, y no personalmente por cierto, porque Arriaga, Mata, Zarco, tenían el valor de sus creencias, sino como comisión del código fundamental; creyeron que la forma en que presentaban su idea, era la única que tenía probabilidades de buen suceso. Y se equivocaron; fué batida rudamente en brecha, y bajo la presión formidable del Gobierno y de la opinión popular (burguesía y clases analfabetas), el artículo desapareció del proyecto.

⌚ El argumento en contra, el único puede decirse, era la trágica pandorga de la unidad religiosa; contra ella precisamente protestaban los primeros apologistas cristianos, y para hacer triunfar la unidad religiosa del Imperio en el culto de los Césares, se llenó el mundo romano de mártires de la creencia nueva; para hacer triunfar la unidad religiosa en España, se expulsaron y asesinaron muchos, muchos millares de judíos, y luego muchos millares de moriscos, disminuyendo para siempre la fuerza de la savia española; la Santa Inquisición no tuvo otro objeto, y el resultado de todo ello fué el paso de España del primer rango á otro inferior en la Historia. ¡Y la unidad religiosa del pueblo mejicano! Si se hubiera dicho UNIDAD EN LA ANALOGÍA DE SUPERSTICIONES, se habría estado en la verdad; en la religión del mejicano no entraba para nada el Evangelio; era una mixtura compuesta, desde los días de la conquista y del siglo que la sucedió, con devociones absolutamente idolátricas y fetichistas hacia las imágenes, que no eran más que la prolongación de los antiguos cultos lavados de la sangre por el agua lustral, y de una fe apretada é invencible en la Providencia, la consoladora de todos los dolores, la prometedora de todas las recompensas; en el templo, el mejicano no se sentía un hombre que piensa, razona y elige, sino un niño desvalido que pide amparo y misericordia... Pero esta unidad en el querer y en el sentir, ¿qué tenía que temer de la libertad de cultos? ¡Si era nuestra idiosincrasia, si es nuestro atavismo, si es la voz de los muertos perpetuamente resonando en el fondo de nuestras almas, si era la religión de Comonfort y de Zarco y de Arriaga y de Juárez, como era la de los obispos Garza y Munguía y Labastida! Después de medio siglo de república laica, bien podemos decir todo esto; lo sucedido constituye la más severa lección que de la Historia puede sacarse; la Iglesia mejicana, hoy en paz á la sombra de la Constitución que cubrió de anatemas, debe murmurar incesantemente un MISERERE por los TEDEUM cantados en los días siniestros de la guerra civil.

⌚ Y la guerra civil palpitaba en todo; el partido reformista comprendía cada vez más que tenía que imponerse; que las ideas nuevas, por lo mismo que lo son, no pueden tener séquito, no pueden tener pueblo, no pueden ser las de la mayoría; que era preciso conquistar esa mayoría á compás de la lucha misma, á fuerza de mostrarse dispuesto á sacrificar bienestar y vida, á fuerza de fe y de tesón inflexible. Y eso precisamente iba á representar Juárez.

⌚ La Constitución fué votada; la gran promesa de Ayutla, como dijeron los constituyentes, estaba cumplida. Trémula de horror, la sociedad que vivía á la sombra de los campanarios había visto al anciano Gómez Farías, el iniciador del movimiento reformista, jurar de rodillas la nueva ley, con la mano sobre los Evange-

lios; luego todo el país político y administrativo fué llamado á prestar el mismo juramento. La Iglesia, un poco vacilante (algunos obispos y dignatarios eclesiásticos juraron) porque comprendía que de su actitud iba á depender la paz ó la guerra, desenvolvió los pliegues de su manto talar y escogió la guerra como el senador romano en Cartago. La nación, en cierto modo puesta en entredicho, se sacudía nerviosa, casi epiléptica; unos se resistían á jurar, otros se retractaban, cuantos juraban caían bajo las excomuniones; en la base estaba la conmoción social, en la familia, en el hogar, en las terribles angustias del empleado vacilando entre su deber religioso y la miseria, en los sollozos, en los conjuros, en las depreciaciones de las madres y las esposas, en los hogares de los liberales mismos...

☪ Comonfort, terriblemente impresionado por esta actitud social, colocado todos los días frente á la súplica muda y lacrimosa de su madre, se había contentado al jurar el Código con pedir reformas inmediatas, lo que era realmente insensato. Su incertidumbre era inmensa; una idea se había clavado en su cerebro: NO SE PUEDE GOBERNAR CON LA CONSTITUCIÓN; de tal manera, pensaba, queda desarmado el Ejecutivo ante la acción del Congreso unitario y por la intervención, que puede ser incesante, del poder judicial, que sólo por medio de una cadena no interrumpida de facultades extraordinarias puede gobernar el Presidente, el elegido de la nación entera; y estas facultades, lo decía una experiencia dolorosa, suelen ser negadas para dejar al poder en manos de la revolución...

☪ Y eran indispensables. Todo el interior, puede decirse, estaba en armas; en Puebla una nueva sublevación, un nuevo sitio, un nuevo triunfo del Gobierno, un nuevo gasto de sangre y dinero que agotaba los recursos del erario en momentos en que aun el horizonte exterior aparecía negro; la cuestión de las reclamaciones españolas tomaba un carácter cada vez más agrio y alarmante; un poeta (Don Miguel de los Santos Álvarez) estuvo á punto de arreglarlo todo en su misión en Méjico, mezclando á la diplomacia una buena levadura de sentimentalidad, como hay que hacerlo en ciertos casos, y estos conflictos de la MATRIA y sus hijos coloniales era precisamente uno de ellos; pero esto disgustó á los diplomáticos serios y á los apetitos ásperos, siempre ocultos bajo esas seriedades, y las cosas tornaron á ponerse del cariz de una víspera de ULTIMATUM. Por lo demás, una escuadra española estaba lista en Sacrificios y otra á punto de alistarse en la Habana. Algunos asesinatos de españoles en el Sur, que el Gobierno trataba sinceramente de castigar, habían puesto su orla de sangre al recibo que nos presentaba España por cantidades que apenas debíamos, como lo vió muy bien el ministro-poeta. En suma, la intervención, pedida por Paredes, exigida por Santa Anna, estaba en el aire del Golfo Mejicano. Dinero y más dinero se habría necesitado para conjurar la tormenta. ¿De dónde tomarlo? La alcabala de desamortización resultaba insignificante, nula; el clero había detenido con sus entredichos un movimiento que lo habría salvado y con él al gobierno de Comonfort.

☪ Este hombre no acertaba con la solución del problema; meses antes de la promulgación del Pacto federal, había publicado su opinión, su ideal político, en forma de un ESTATUTO ORGÁNICO que estaba tan poco en consonancia con la preponderante corriente federalista y radical que, puede decirse que no existió, que

no fué. Fué, sin embargo, motivo para que algunos de los más adictos amigos del presidente, Juárez entre ellos, manifestasen su inconformidad en términos severos. Ahora se hallaba ante una Constitución con la que por un capítulo él no podía estar conforme, por el capítulo de la nulificación del poder ejecutivo; y por otro, por el que se refería á las reformas que atañían al clero, la nación no lo estaba; el Gobierno creía haber observado esto con toda exactitud desde que se discutió la tolerancia de cultos (el artículo 15 del proyecto de Constitución), que rodó, gracias á que el Ministerio, en nombre del Presidente, manifestó explícitamente su inconformidad.

Ⓒ Esta política, que le atraía la desconfianza profunda del jacobinismo, que entonces estaba en lo cierto, no le atraía al partido conservador y militar, contra el cual se veía precisado á ser duro, á riesgo de parecer que abdicaba, ya fusilando á los jefes de asonadas, ya persiguiendo á sus secuaces, ya prendiendo frailes conspiradores y perforando conventos (el de San Francisco), ya secuestrando al cabildo mismo de la Catedral de Méjico, durante algunas horas, por desacato á la autoridad (el Jueves Santo de 57), lo que daba lugar á ataques de toda especie, entre los que en primera línea figuraba el epigrama y la caricatura que hacían estallar de risa á la sociedad mejicana á expensas del Gobierno. Entonces aparecía, como el verdadero director de la política presidencial, el Lic. Juan José Baz, verdadero tipo del revolucionario de gobierno, temido por el populacho, azote de los bandidos urbanos, terror de las beatas, que veían en él y en sus ideas radicales verdaderos engendros del espíritu maligno, y que con una bravura temeraria había entablado una especie de cuestión personal con el partido mocho. Así se empezaron á llamar en tiempo de la revolución de Ayutla á los santanistas—Santa Anna era mocho de una pierna—y luego á los soldados reaccionarios, y al fin á todo el partido retrógrado.



Ⓒ Vinieron las elecciones, y los reaccionarios se abstuvieron en masa de votar; eso habría equivalido á aceptar LA MALDITA Constitución. En los Estados se hicieron las votaciones según la costumbre: una masa indiferente, casi inconsciente ó supuesta por regla general, de electores primarios y un grupo de electores secundarios compuestos en su inmensa mayoría de empleados locales ó federales, que votaban en favor de consignas de antemano concertadas entre el Gobierno y los Ayuntamientos ó la policía. En las elecciones de aquella época hubo una lucha entre intereses y cierta dificultad, por miedo á las excomuniones, de reunir los colegios electorales. Comonfort habría podido influir en la elección de diputados, por lo menos, y habría aumentado así el número de sus devotos en la Cámara, lo que habría sido de grande y favorable trascendencia para él; pero lo vió todo con flojera y timidez, y resultaron: electo presidente de la República, él, y un Congreso de un temperamento más radical quizás y más resuelto á gobernar directamente que el que había votado la Constitución. Reunirse el primer

Congreso constitucional y pedir Comonfort facultades extraordinarias fué todo uno. Lo particular fué que en una de las iniciativas, consistente en asignar como término de esas facultades semidictatoriales la expedición de las leyes orgánicas de la Constitución, manifestaba el Gobierno, sin ambages, su pensamiento respecto de ella, condensado en este concepto: no se puede gobernar con la Constitución. El Congreso, pasando por alto este punto negro, que era el grano anunciador de la tormenta, se resistió á dar esas facultades, sin negar, dado el estado del país y del tesoro público, que fuesen necesarias. Comonfort encargó entonces al coronel D. Ignacio Mejía, que se encontraba en Méjico solicitando armamento de artillería para la guardia nacional de Oajaca, que convenciese al gobernador Juárez para que aceptase un puesto en el Ministerio, del que también formaría parte el abogado oajaqueño D. Manuel Ruiz, reciente secretario del Sr. Juárez, hombre de clarísima y fácil inteligencia y de verbosidad avasalladora. Juárez vino entonces á Méjico y tomó á su cargo el despacho de la Gobernación; tenía el nuevo gabinete un tinte muy en consonancia con el radical de la Cámara, y las facultades extraordinarias fueron posibles. La acción del Platanillo, en que pereció heroicamente el gobernador de Méjico D. Plutarco González, vencido por Moreno y el famoso Cobos, y la ocupación de Querétaro por Mejía, el infatigable indio valiente, fanático y generoso, el verdadero héroe moral del bando reactor, determinaron al Congreso, y las facultades fueron ampliamente concedidas. ¶ Mas las iniciativas concretas de reformas anunciadas por el Ejecutivo no llegaban al Congreso; el Ministerio, que seguía á Juárez, con excepción de Payno (Hacienda) y García Conde (Guerra), no las pediría nunca en el sentido reaccionario. La Cámara entretanto, funcionando como colegio electoral, declaró á Comonfort Presidente constitucional y escogió, conforme á sus facultades, á Don Benito Juárez para Presidente de la Suprema Corte de Justicia Federal; según la Constitución, era el Vicepresidente de la República. El Presidente y el Vicepresidente tomaron posesión de sus encargos el 1.º de Diciembre de 1857, y el Señor Juárez, previa licencia del Tribunal Supremo, volvió á desempeñar la Secretaría de Gobernación. El primer período constitucional de la nueva era comenzaba. El excelente hombre que presidía el Congreso cuando Comonfort juró (ya con la firme intención de ser perjuro — porque Napoleón III había puesto de moda el perjurio político), habla dicho al Presidente: «La fórmula con que Vd. acaba de prestar el juramento que para esta solemnidad previene la Constitución, encierra, en compendio, las principales condiciones para la felicidad del pueblo mejicano. Si la anarquía, si la guerra civil y las desgracias á que conducen estas lamentables situaciones, se debieron en otras épocas á la conspiración del Ejecutivo contra las instituciones fundamentales, es, sin duda, una necesidad imperiosa la de que, en la nueva era que hoy comienza para la República, el supremo encargo de Presidente sea desempeñado conforme á la Constitución con lealtad y patriotismo; y si la nave del Estado encalló á veces, por el descuido con que la dirigiera ese mismo poder, y por el abandono en que tuvo los intereses públicos, es también otra exigencia no menos urgente la de que V. E. promueva el bien y prosperidad de la Nación, por medio de iniciativas que atenderá debidamente el Congreso y

por medio de una administración sabia y prudente. El cumplimiento del sagrado compromiso que V. E. acaba de contraer para con Dios y los hombres, será, por lo tanto, el principio del orden, de la paz y del progreso que el pueblo ardientemente desea.» Comonfort había prestado el juramento con voz desmayada, perceptible apenas; pero había dicho con voz clara, con la obscura cabeza inclinada sobre el hombro derecho, como de costumbre : «He invocado al supremo poder legislador del Universo como juez DE LAS INTENCIONES CON QUE ACEPTO LA INMENSAS CONFIANZA QUE LA NACIÓN SE HA SERVIDO DISPENSARME.»

⌘ Bien conocidas eran las intenciones; para nadie era un secreto, ya no que el Presidente se manifestaba inacorde con la Constitución, sino que prescindiendo de las vías legales, por miedo de que las iniciativas de reformas tuviesen dilatados trámites (la Constitución los exigía) y por la incertidumbre respecto de la suerte que correrían (si eran retrógradas, nunca serían aceptadas), había organizado una vasta conspiración MILITAR que tenía por base la adhesión de la guarnición de Méjico y sobre todo la de la brigada Zuloaga y GUBERNAMENTAL : ya se contaba con los gobernadores de Puebla, San Luis, Veracruz, y se creía contar con Doblado y otros devotísimos de Comonfort.

⌘ Lo singular de esta conspiración es que unía á todos los elementos conservadores, lo mismo á los de gabinete que á los de acción, lo mismo al prudentísimo D. José M. Cuevas, que al ilustrísimo Garza y al ardentísimo coronel Osollo, porque todos ansiaban con ansias febriles un cambio, y á algunos puros exaltados como Baz, que no creía que un Congreso pudiera llevar á cabo la reforma deliberando en medio de la tempestad; y la verdad es que sólo un grupo liberal importante, pero que no estaba en mayoría en el mundo político, creía en la eficacia de la Constitución; por motivos contradictorios aspiraban las clases de trabajo á una dictadura, con tal que el dictador fuese el hombre honrado, valiente y bueno que se llamaba Comonfort. Para los liberales adictos de buena fe al Presidente (y éstos eran quienes estaban en lo justo), no se necesitaba más que esa especie de dictadura legal que dan las facultades extraordinarias para pacificar al país y realizar las reformas, y era inconcebible, monstruoso, que el Presidente cambiara sus títulos legales por los que le diera una aventura sin éxito posible.

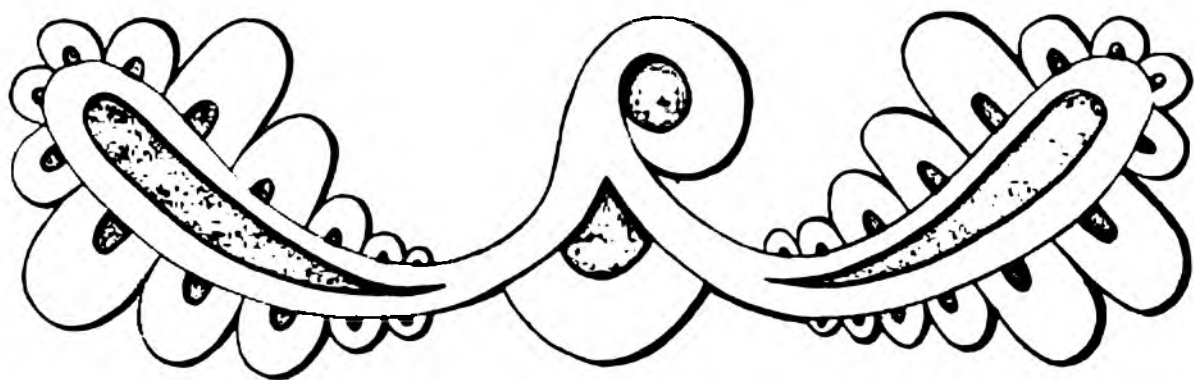
⌘ De este número era Juárez; la conspiración tramada entre Payno y Zuloaga, le parecía que no llegaría á adueñarse de Comonfort jamás. De aquí provenían las seguridades que dió al alarmadísimo Congreso dos días antes de EL GOLPE DE ESTADO. De sus conversaciones con el Presidente, que sabía que jamás contaría con él, fuera del camino del deber, había inferido su línea de conducta. Y esto pensaba y comunicaba á sus amigos, cuando estalló el pronunciamiento de la brigada Zuloaga en Tacubaya (17 de Diciembre de 57), y el mismo día quedó reducido á prisión. El Plan de Tacubaya derogaba la Constitución de 57 por poco análoga á los usos y costumbres del país, ponía la dictadura en manos de Comonfort y se refería á un futuro Congreso constituyente cuyas determinaciones deberían ser revisadas por el pueblo (AD REFERENDUM). Comonfort se adhirió al Plan dos días después. Jamás un César más modesto y con menos confianza en sí mismo y en lo

Don Ignacio Comonfort

porvenir pronunció el *ALEA JACTA EST*; lo pronunció á media voz. ¡Aquel hombre, que ya no estaba en paz consigo mismo, iba á hacer la paz en la República!

☪ Zuloaga era un conservador neto; si militaba entre los liberales era por adhesión personal á Comonfort, y nada más. Pero inmediatamente que se puso en primer término, los contrarrevolucionarios lo cercaron, lo ciñeron, lo apremiaron. ¿Qué querían, pues? Ya no existía la Constitución. Se hablaba de un concierto ó coalición de algunos Estados del interior, de fuerzas que iban y venían, de Parrodi, de Degollado, de Arteaga, de Doblado; es verdad que el arzobispo se había declarado por el Plan de Tacubaya y que el presbítero Valdovinos lo bendecía. ¡La Iglesia se pronunciaba regocijadamente!, pero esto no bastaba; no bastaba el Consejo de conservadores, moderados y puros formado por Comonfort; era preciso que éste marchara á destruir la coalición, y sobre todo y antes que todo, que derogase la Ley-Juárez y sobre todo y en el acto la Ley-Lerdo, la Ley de desamortización; que devolviera todo al clero, pero todo, pero pronto. El pobre Comonfort decía: «¡Pero si esa ley ha creado intereses nuevos, derechos nuevos, posiciones nuevas, y todo bajo mi fe, bajo mi firma, bajo mi amparo! — ¿Qué hacer en este caso?, decía el Presidente al prócer conservador D. José M. Cuevas. — Derogar la Ley-Lerdo y ponerse en manos de los conservadores, contestaba el abogado. — ¿Y usted en mi lugar, con mis antecedentes, con mis ideas, lo haría? interrogaba ansioso Comonfort. — Yo no, contestó el caballero reaccionario. — Gracias, concluyó Comonfort, yo no lo haré jamás.» Al día siguiente la brigada Zuloaga se repronunciaba desconociendo á Comonfort como Presidente. Y Comonfort declaraba, juntando las pocas fuerzas de que podía disponer, que quedaba restablecida la Constitución de 57. Era aquélla una palinodia trágica. Veinte días después, en la popa de un vapor americano, que zarpaba de Veracruz rumbo al extranjero, veía alejarse las costas de la Patria, y sus ensueños políticos se confundían con las nubes, con la sombra.

☪ El mismo día del segundo pronunciamiento de Zuloaga (11 de Enero 1858), el Vicepresidente de la República fué puesto en libertad por orden de Comonfort. Probablemente no hablaron nada los dos antiguos amigos. Juárez no podía reconocerlo como Presidente, á pesar del arrepentimiento. Comonfort se había acusado, juzgado y sentenciado á sí mismo. No había Presidente constitucional; entraba á substituirlo, según la Constitución, Juárez, el Presidente de la Suprema Corte. Fué el último servicio que hizo Comonfort á la causa liberal, no diremos á la Patria, porque seis años después murió por ella obscuramente. La tentativa de hacer triunfar la Reforma á fuerza de persuasión y de clemencia había fracasado. La tremenda guerra civil DE LOS TRES AÑOS abría sus fauces sangrientas.



LA REFORMA MILITANTE

I. HASTA ABRIL DE 59.



CUANDO, por una mañana glacial de Enero del cincuenta y ocho, el general Comonfort, embozado en su capa militar, abandonaba la capital por las callejas malasanas y tristes del barrio de San Lázaro, el más impetuoso de los jóvenes caudillos reaccionarios (Miramón) deseaba vivamente capturarlo y lo habría hecho á no habérselo impedido con deprecaciones Zuloaga, EL COMPADRE, el predilecto del Presidente vencido, y el coronel Osollo que le debía una persistente y casi misteriosa deferencia personal. Lo que Miramón quería era guardarlo en rehenes, sin duda, para obligar á LA COALICIÓN y al partido constitucionalista á confesarse «sin bandera». Poco peritos en achaques de derecho constitucional y desconocedores á todo trance de la flamante Constitución, dieron poca importancia, si es que la dieron de alguna especie, á la personalidad de Juárez. Los que se informaron, y deben de haber sido muy pocos, supieron vagamente que un abogado indio, que había sido gobernador de Oajaca y que había dado la Ley que restringió los fueros (por donde era particularmente odioso al ejército), gracias á su estrecha unión con los PUROS, había logrado ser nombrado presidente de la Suprema Corte de Justicia, y gracias á su amistad con Comonfort había sido encargado de la cartera de Gobernación. ¿Quién era? Nadie. La ley de fueros la había redactado, ¿quién lo había de creer?, el abogado yucateco Escudero y Echanove, persona de excepcionales conocimientos jurídicos y que figuraba en las filas de los moderados; en cuanto á su inteligencia y carácter, bien sabido era que entre Payno, Baz

y el mismo Comonfort lo habían envuelto para que no supiese hallar la verdad del complot contra la Constitución. Era nadie, pues.

☉ Se supo, cuando Comonfort partió, que en Guanajuato se había reunido Juárez con un grupo de PUROS, ¿pero quiénes? Unos cuantos soñadores, no hombres de inacción, no, pero cuya acción por inexperiencia de la vida real y por sobra de conocimientos LIBRESCOS, como diríamos hoy á la francesa, tropezaba lastimosamente en cada piedra del camino; como enemigos directos nada valían; como propagadores de ideas malas, no como porta-antorchas, sí como porta-teas, convendría seguirlos y apagarlos. ¿Quiénes eran? ¡Ocampo en Guerra y Relaciones! Dar á Ocampo el Ministerio de la Guerra equivalía á suprimirlo, á no tomarlo por lo serio, á creer en las guardias nacionales, en los ejércitos populares, en los levantamientos en masa y otras grandes pamplinas; para barrer todo esto bastaban unas cuantas escobas en manos del ejército permanente. En lo que atañe á las relaciones exteriores, bien sabido es que las simpatías y esperanzas del señor Ocampo y de su yerno el Sr. Mata estaban en los Estados Unidos; eran yankófilos. Y seguían diciendo los triunfantes reactivos : ¡Guillermo Prieto, ministro de Hacienda! Ya lo ha sido, cierto, pero ¿quién puede quitarle lo poeta? Y por consiguiente hay incompatibilidad fundamental entre su magín y el orden y la administración; todo lo derrochará; por ventura no tendrá nada que gastar. El otro ministro es el licenciado León Guzmán, uno de esos que sueñan en la realización de LA DEMOCRACIA en un país compuesto de masas de indios y mestizos condenados á vivir durante un siglo todavía en la servidumbre, pues no sólo no conocen sus derechos, sino que son incapaces de conocerlos, porque yacen en la más irreparable ignorancia; muchos de ellos no saben, no sólo que tienen patria, sino qué cosa es la patria. Sostener, pues, la religión de los derechos del hombre como lo hace este peligroso alucinado, que á pesar de sus protestas aborrece profundamente á los ministros del altar, como Zarco y Arriaga, es constituirse en loco de atar. El licenciado Ruiz, hechura de Juárez, es un abogado muy batallador, muy decidor, muy inteligente, EL VERBO de D. Benito, que es, por lo general, un mudo. Como buen abogado procurará enredarlo todo y lo logrará. Este Ministerio hace un contraste marcadísimo con el nuestro (ese NUESTRO puede ponerse en boca del presbítero Valdovinos, p. e.) :

☉ Tenemos en primer lugar al Sr. Zuloaga; no un gran militar, por cierto, pero sí un buen militar, un general de esos que han podido ser presidentes; mucho menor que Bustamante ó Paredes, pero mayor que Canalizo y Barragán. Tenemos á D. Luis G. Cuevas en Relaciones; éste es el gran batallador de los derechos de Méjico, y en la guerra con los franceses estuvo altivo, digno, severo, forzó un poco la nota rígida, estuvo bien; lo mismo en Querétaro, se opuso á la paz con los americanos con memorable elocuencia. Es un rectilíneo; es de esos que dicen PEREZCAN LAS COLONIAS, PERO SÁLVENSE LOS PRINCIPIOS; ahora diría «sálvese la Iglesia y perezca lo demás»; todo es preceder por otra parte, y para gobernar vale más meditar la «Imitación de Cristo» que coquetear con Maquiavelo. Tenemos á D. Hilario Elguero, columna del partido conservador; columna esbelta y elegante, pero de fierro. Este señor es un perfecto GENTLEMAN y un jurista perfecto; no

parece que tenga fe, ni mucha ni poca, en el buen éxito de la causa, y creo que en el fondo desprecia un poco á las clases altas, de cuyos títulos no diremos que se ríe, pero sí que se sonríe y que HA ENTRADO por compromiso con muchos que no han querido entrar, como los Sres. Couto, Pesado y Carpio, radicales arrepentidos, y Arango, etc., etc. El Sr. Arzobispo ha puesto allí también su mano. Al Sr. Elguero, que tiene la seguridad de contar siempre con el respeto de todos, aun cuando sea un vencido, pertenece de seguro el párrafo del manifiesto del Gobierno conservador que dice : «el Gobierno apurará todas las medidas posibles para que cese el conflicto de las armas y se asegure la unidad nacional por medio del patriotismo y del convencimiento... Los actuales ministros protestan ante Dios y ante la Nación que han hecho el sacrificio más costoso al encargarse de las respectivas secretarías del despacho, y que la única recompensa á que aspiran es la unión de todos y volver á la vida privada.» Este manifiesto tan sincero, tan académico, tan moral, tan cándido, «el Gobierno, dice, opondrá á un plan que todo lo destruye OTRO QUE LO CONSERVA TODO»; este manifiesto es, sobre todo, un manifiesto católico; no está dirigido tanto á los ciudadanos como á los creyentes : «calmar los ánimos, añade, y presentar el Gobierno como una administración compuesta de hijos fieles de la Iglesia católica y deseosos de dejar á su patria y á su posteridad ejemplos dignos de sus mayores, es el deber más imperioso.» Y con un valor estupendo agrega : «Á la verdad y á la justicia apela el nuevo Gobierno y por ellas quiere que sean calificados todos sus actos. El día que engañe ó atropelle las leyes de la moral pública; el día que puedan decir los ciudadanos : esta administración oprime, es inicua, arbitraria, y no se dirige sino por las pasiones malignas y por el espíritu de partido, recaiga sobre el Gobierno el anatema nacional.» San Bernardo no hablaría de otro modo, y los puros deben recoger esa prenda y guardarla para el día de la liquidación final.

☪ Efectivamente, el partido conservador pensante, el educado por Alamán, había tomado la cabeza del movimiento; no era el santanismo, sino el que habría aceptado como Constitución las BASES ORGÁNICAS mediante la restricción de dos ó tres libertades en ellas consignadas; el santanismo era el conservatismo de los soldadones, de los que se proclamaban partidarios de la Iglesia para explotarla mejor, de los aventureros del cuartelazo y del sablazo (en ambos sentidos). No, el partido que había subido al poder (en virtud del cuartelazo de Tacubaya), era el de los abogados conservadores y de los obispos; podía poner sobre la cabeza del águila nacional, no un sombrero montado, sino una borla de doctor, y eso no habría sido un Gobierno sino un GREMIO Y CLAUSTRO si el elemento militar, casi todo santanista, por cierto, no hubiese clavado el manifiesto en la punta de las bayonetas, para difundirlo á fuego y sangre, con asombro de sus autores, que se fueron retirando á la vida privada de la que no tornaron á salir. Ese elemento militar no tenía por representante más conspicuo á Zuloaga, sino á Osollo y Miramón. Y la verdad es que una de las buenas fortunas de la reacción fué esta súbita inyección de savia aventurera, novelesca y joven, representada por aquellos dos muchachos, de treinta años el uno y de veintiséis el otro (Miramón), y por el grupo que los siguió.

Ⓒ Osollo era un criollo (hijo de español) educado en el Colegio Militar, severo consigo mismo para poderlo ser con sus soldados, adorado de éstos, temido y respetado por los adversarios. Su valor era tranquilo, pero incansable; su audacia reflexiva, pero indomable; hijo del Colegio Militar, había seguido su carrera por grados rápidos, y cuando hubo llegado al puesto en que los oficiales mejicanos se pronunciaban para ser generales, el coronel Osollo sintió el derrumbe de Santa Anna sobre su cabeza. Tenía una religión el coronel de veinticinco años: el honor del ejército. Muy poco devoto del clero, al grado de que los liberales, y sobre todo D. Miguel Lerdo de Tejada, creyeron poderse atraer, Osollo aceptó la alianza con la Iglesia como una fuerza más para la clase militar, que no podía concebir sino como clase privilegiada, y desde entonces conspiró sin tregua. Él sacó á la gran fracción del ejército que había traicionado á Comonfort, de la Sierra poblana y la hizo adueñarse de Puebla; él fué alma de la organización de la defensa, y en Ocotlán con el gallardo Aljovín y con Miguel Miramón y los jóvenes oficiales Revueltas, Sóstenes Rocha, Manuel González, José Montesinos y otros, que luego habían de marcar hondo surco en nuestras guerras civiles, estuvo á punto de adueñarse de la victoria que al fin se les escapó en los parapetos y trincheras de Puebla. Comonfort tenía una debilidad por este caballeresco oficial. ¿Algún dulce recuerdo de días juveniles? ¡Quién sabe! El Presidente fué siempre un gran amoroso; algo se murmuraba; lo cierto es que los esfuerzos que hizo para atraerse al joven adalid reaccionario fueron tan perseverantes como inútiles. Osollo, proscrito, volvió al país, y maniobrando con el ejército pronunciado en San Luis, contra las fuerzas de Parrodi y del digno y soberbio oficial Silverio Núñez, procuró salvarlo hasta que en la Magdalena cayó herido y vencido en poder de sus enemigos, que siempre lo vieron con simpatía. Mutilado y enfermo, esperó.

Ⓒ Cuando se pronunció el general De la Parra contra Comonfort en los días ominosos que siguieron al golpe de estado, la ciudad de Méjico vió una tarde cruzar de Oriente á Poniente, caballeros en sendos corceles de campaña, á dos oficiales que iban seguidos hasta la Acordada por los vivas de las tropas sublevadas y por el asombro de los liberales, que los pudieron detener y no lo hicieron. El uno era un manco, recio, de mirada de águila y de fisonomía seria, bravia; era el otro un moreno de grandísimos ojos negros y airoso en su pequeño cuerpo, ágil y elegante, como era simpático su rostro risueño y decidido. Éste era Miramón, el otro Osollo, populares entrambos; sus hazañas temerarias se contaban en los salones y en las sacristías y en las porterías de Méjico y de Puebla, y tenían su leyenda romántica de bravura y de odio á los Puros; eran esos mancebos los paladines del Altísimo, los soldados de Dios. Eran unos soldados de Dios, regocijados y de buen humor, sobre todo Miramón y sus íntimos, muchachos que habían llevado en Méjico LA GRAN VIDA, un poco tenoriesca, un mucho arriesgada en complots y travesuras peligrosas, á lo D'Artagnan, porque hay que advertir que aquellos intrépidos cruzados leían más á Dumas que al padre Croisset. Pero eran hijos de militares, se habían batido desde niños (Miramón en Chapultepec contra los americanos), habían vivido en una atmósfera de pronunciamientos y

Don Luís Osollo

revueltas, despreciando á los mercachifles y á los plumíferos y por consiguiente á los liberales, el partido de los abogados. Estos jóvenes entraron á servir al ejército cuando se llenó de gente decente, cuando era de moda para los elegantes ser oficial, en los tiempos de S. A. S.; vino después la unión forzosa del ejército con el clero, al aparecer la Reforma con Ayutla, y la suerte estaba echada; á batirse PRO ARIS ET FOCIS, como decía en «La Sociedad» D. José María Roa Bárcena, por el altar y por la patria. Miramón, mientras vivió Osollo, fué una figura de segundo orden. Al desaparecer éste, se dió cuenta de su ambición, de su poder y de su prestigio, ¡y quiso ser y fué! ¡Ay, fué flor de un día!



Ⓒ ¡Tiempo ardiente y atroz, de sangre y desolación, de muerte, de vida, de gran empuje de savia, de lucha por altísimos ideales, que se expresaban condensados en los dos vocablos más grandes del lenguaje humano : Religión, Libertad; tiempo simpático de sollozos y cantares; sobre las ruinas humeantes clavaban sus banderas todas las añoranzas del pasado, todas las esperanzas del porvenir!

Ⓒ Cuando partió Comonfort y EL INDIO JUÁREZ se perdió como una burbuja turbia en el viento del Este, la sociedad de Méjico respiró, se sintió feliz; los templos se llenaron de flores, las casas de fiestas, la burguesía aristocrática y la burguesía arrimada á los conventos era feliz. ¡Cuántas novenas y rosarios! ¡cómo resonaban serios y pedantes los sermones del obispo de Tanagra en la Profesa y las pláticas del Ilustrísimo Garza en el Sagrario y del Dr. Aguirre en San Miguel, y qué severa y melancólicamente rezaban los frailes grises de San Fernando á las puertas del cementerio, y qué bien rasgueaban las guitarras los frailes blancos de la Merced en los figones junto al canal y el PUENTE DE LA LEÑA! La Iglesia era feliz; pero estaba mohina. El Gobierno exigía millón y medio de pesos y el Cabildo de la Catedral se reunió, y se ofrecieron 150.000 pesos por lo pronto; pero eso sí, decían aquellos trémulos subvenidores de la guerra civil, ni hipotecas, ni pagarés. Pues dinero, respondía el ministro agente del Gobierno, el devoto y honrado D. Juan Hierro, dinero contante... Sí, contestaba la Iglesia ¡y sí! De algún modo había que pagar las famosas CINCO LEYES, la que restableció los fueros, la que nulificó la desamortización, la que derogó la ley de obvenciones, etc., etc.

Ⓒ Tiempo curioso. La polémica era de Gobierno á Gobierno; era un PROBO MAJOREM y NEGÓ MINOREM incesantes, de un ámbito al otro del país; una pelota de razonamientos volaba de los diputados á los obispos y de Cuevas á Ocampo, por encima del fragor de las armas. Unos cuantos diputados del Congreso por Comonfort disuelto, se reunieron en Querétaro y lanzaron á raíz del golpe de estado un primer manifiesto muy sobrio, muy digno, muy fuerte; el mejor de los de la época, no tan atildado como el del ministerio de Zuloaga, pero mucho más concreto, enérgico y llano; su retórica era perfectamente apropiada al estado de ánimo de los hombres de deber que lo firmaron. Entre tanto, la hombría de bien del general Parrodi, alarmado en su pundonor de juramentado, desde el día que tuvo

conocimiento de la conspiración cuyo exutorio fué EL PLAN DE TACUBAYA, había entrado en un período de energía asaz raro en él. Se puso al habla con otros gobernadores, Michoacán, Querétaro, Guanajuato, Zacatecas, y determinó formar UNA COALICIÓN; éste era un organismo perfectamente extra-constitucional, pero lo anormal de los tiempos le dió una especie de valor legal; esta liga de los Estados tuvo su pacto, su jefe (Parrodi), su convención, y esbozó un Gobierno por lo menos tan legítimo como el que en Méjico funcionaba, pero que se declaraba provisional, mientras el Vicepresidente recobraba su libertad. La recobró; perfectamente acogido por Arteaga (el futuro inmolado al terror imperial en Uruapan) pasó de Querétaro á Guanajuato, el cacicazgo de D. Manuel Doblado. Ahí se lanzó el primer manifiesto del nuevo Gobierno á la Nación; era un ADSUM solemne y firme; era el AQUÍ ESTOY del indio, y en consecuencia no habría manera de que DEJASE DE ESTAR mientras viviese, mientras fuese un derecho. «Obedeciendo, clamaba, al mandato de la Nación, he reasumido el mando supremo luego que he tenido libertad para hacerlo», y añadía : «Llamaré al orden á los que con las armas en la mano ó de cualquiera manera nieguen la obediencia á la ley, y si por alguna desgracia lamentable se obstinasen en seguir la senda extraviada que han emprendido, cuidaré de reprimirlos con toda la energía que corresponde, haciendo respetar las prerrogativas de la autoridad suprema de la República.»



Ⓒ Antes de salir de Guanajuato para dejar la palabra á los cañones de la coalición que organizaba la resistencia en la entrada del Bajío, y precisamente en la fecha en que Comonfort antes de abandonar las playas mejicanas lanzaba desde Jalapa sus melancólicas ÚLTIMA VERBA, que empezaban así : «El desenlace de los últimos sucesos ocurridos en la capital ha puesto fin al período de mi vida pública, en que me tocó figurar como primer magistrado de la Nación»; precisamente, decimos, en la fecha de esta especie de abdicación (2 de febrero de 1858) Ocampo, devolviendo golpe por golpe, analizaba, no sin elocuente sarcasmo, el pulcro y correcto manifiesto del gabinete de Zuloaga. «No comprende este Gobierno, escribía Ocampo, cómo los señores que en la capital han hecho el costoso sacrificio de declararse por sí y ante sí Gobierno, quieren que las nuevas desgracias que prevén y que protestan querer evitar, no hayan de ser de su responsabilidad. Ni basta, para eludirla, declamar contra los ataques que se califican de CONTRA LA IGLESIA, cuando no son sino contra los abusos que se cometen á su sombra. La Iglesia, dicen, ha sufrido una persecución que apenas parece creíble en Méjico; pero si la Iglesia es la reunión de los fieles, tal proposición carece completamente de verdad, porque nadie ha perseguido á los fieles, ni á los dogmas, ni á las creencias. Y si por la Iglesia se quiere entender el clero, tampoco es cierto que éste haya sido perseguido, ni que se haya perdido de repente la razón y la conciencia de los muchos que se han dolido de sus abusos y procurado ponerles término. Si ahora se quisiera decir que el clero ha sido el ministerio de paz y ca-

ridad que debiera, por sus obligaciones evangélicas, y que no ha mal empleado sus bienes en procurar nuestra mutua destrucción, se llevaría demasiado lejos el deseo de desfigurar hechos que, por desgracia, á todos constan.»

☞ Y esta fué la tesis constante del Gobierno constitucional : el clero, abusando de su poder sobre las almas, poder inmenso en un pueblo católico casi NEMINE DISCREPANTE, incita á los ciudadanos á la desobediencia y á la rebelión contra las autoridades legítimas : el obispo circunspectamente en sus pastorales y enérgicamente en sus homilias; el cura en sus pláticas doctrinales; el fraile y el simple clérigo, con fervor homicida, en el púlpito, en el confesonario, en las tertulias de confianza. Cuantos empezamos á vivir entonces, recordamos, efectivamente, casos concretos, comprobantes de la verdad de tamaño desacato. Pero había un hecho que lo dominaba, lo comprobaba todo : el clero en masa reconocía como Gobierno legítimo, como EL SOLO, al Gobierno nacido del plan de Tacubaya; lo bendijo en la cabeza de Zuloaga, y lo coronó de flores y lo encintó de salmos en la persona adorada de Miguel Miramón. ¿Era su deber? Nunca podrá serlo para el sacerdocio de Cristo predicar la guerra y menos la guerra civil; jamás las Cruzadas se compadecerán con el Evangelio; tendrán sus explicaciones y justificaciones humanas; pero la Iglesia es divina, tiene que ser SOBRESHUMANA. Mas, supongamos que era su deber, que era SU IMPERATIVO CATEGÓRICO atacar un régimen de donde habían venido la Ley-Juárez (fueros), la Ley-Lerdo (desamortización), la Ley-Iglesias (obvenciones); si ése era un deber moral y religioso, tenía que ser absoluto; tenía que atravesar incólume el tiempo y las condiciones sociales: pues bien, hoy, ese mismo régimen anatematizado y maldito está involucrado en nuestras instituciones y más clara y precisa y más ampliamente que durante la «guerra de tres años». ¿Dónde están hoy las maldiciones y los anatemas? ¿Quién desconoce la Constitución como la ley suprema? ¡Verdad entonces y COMPONENDA hoy! ¿Quién pagará el precio de la sangre derramada?



☞ Juárez se estableció en Guadalajara, para colocarse detrás de la cortina formada por los ejércitos coaligados y á algunos días de una derrota posible. Es excesivamente singular, íbamos á decir insensato, que se haya reprochado al Presidente interino el afán de poner en salvo su personalidad; era su obligación primordial, lo fué en la guerra de tres años, como lo fué después durante el imperio. La desaparición temporal pero completa de los órganos superiores de la Constitución, lo convertían precisamente en la personificación de la Constitución misma; en él vivía; desapareciendo él, desaparecía todo cuanto de la Constitución quedaba, y mientras la reacción para SER un derecho necesitaba autorizarse con la religión y con una institución perdurable, la Iglesia, los defensores de la Constitución habrían perdido lo único que al símbolo religioso podían oponer : el prestigio misterioso de la Ley. Ése era el que encarnaba Juárez. Si hubiese él faltado, la resistencia, ó habría sido imposible, falta de clave, y la reacción triun-

fante habría retrotraído nuestra historia al año de 21, como querían los ministros de Zuloaga, ó, para triunfar, los partidarios de la Constitución habrían pasado por un espantoso período anárquico, antes de llegar á constituir un centro cuya legitimidad viniese del CONSENSUS de todos; tarea formidablemente difícil, que evidentemente habría acarreado las intervenciones contrapuestas de americanos y europeos y que por fortuna era inútil emprender por sólo el hecho de que Juárez existía. Juárez era un símbolo, era algo más concreto, era un título, era el título del partido reformista á la lucha, era el derecho á la victoria. Por lo demás, estas verdades simples no se ponían en duda entonces.

☉ Juárez llegó á Guadalajara el 14 de Febrero de 1858; cesó por ende el Gobierno CONVENCIONAL que la coalición se había dado, y el presidente interino de la República comenzó á funcionar en más vasta escala y convocó á los otros poderes de la Unión á Guadalajara (Congreso y Suprema Corte). Entretanto, el ejército constitucionalista, que pasaba de siete mil hombres, se concentraba en Celaya en posiciones de antemano escogidas y que el general en jefe, Parrodi, reputaba inexpugnables. Lo que se llamaba coalición, que no existía ya desde el momento que el Presidente apareció en la escena, se había visto obligada á recurrir á cuanto medio estaba á su alcance para hacerse de hombres y dinero; ¿hombres?; LA LEVA, que proporcionaba soldados bisonños y sometidos á todas las formas del pánico. Casi siempre los liberales daban sus batallas con reclutas más ó menos voluntarios, excepcionalmente voluntarios; cuando, á fuerza de derrotas, aprendieron á no huir del fuego, lograron la victoria; pero en LA COALICIÓN, menos tres ó cuatro cuerpos en parte fogueados, lo demás era bien deleznable; era el período inicial del ejército reformista; iba á recibir el bautizo de fuego; Osollo, Márquez, Miramón, Mejía, Cobos, fueron sus padrinos de pila. Lo que daba gran ventaja á los batallones reaccionarios era la tradición conservada por un grupo lentamente renovado desde la proclamación de la República en cada cuerpo y con el cual se conglutinaba EL RECLUTAJE, la gente proporcionada por la leva. Ese grupo veterano formado entre los reactores desde antes de la guerra, entre los liberales se formó en la guerra.

☉ Esto en cuanto á los hombres, de antemano vencidos; en cuanto á los recursos, aun se ponía tímidamente la mano sobre los tesoros de la Iglesia, por miedo de acabar de enajenarse las poblaciones, devotas en su inmensa mayoría; Doblado, hombre que siempre fué superior al escrúpulo, impuso un préstamo forzoso y violento, y extrajo de la casa de moneda de Guanajuato unos 50.000 pesos, propiedad de un tal Jecker, banquero suizo; supo poner de su lado al ministro británico, que saltó á la arena con una tremenda reclamación en la mano. Y fué el primer contacto del Gobierno de Juárez con las aspérrimas exigencias europeas. Y así empezó lo que llamaremos la vida pública de Jecker; el que esto escribe vió en París el muro junto al cual fué fusilado por los comunistas, que le achacaban LA MALDITA GUERRA DE MÉJICO.

☉ Parrodi era un honrado proveedor militar, no era un general; sus posiciones eran formidables; Osollo dibujó un movimiento envolvente, lo obligó á salir de ellas y buscar otras sin ventaja marcada en Salamanca, y allí lo venció en los

comienzos de Marzo. Su retirada fué muy correcta y más correcta todavía la conducta del joven vencedor Osollo, que hizo tributar honores al cadáver del coronel Calderón, muerto al conducir la carga heroica de los dragones reformistas, dentro de las filas de los soldados de la reacción. Una anécdota no desmentida contaba que, como se negara el cura de Salamanca á celebrar exequias religiosas por el alma valiente de Calderón, el general Osollo lo amenazó con fusilarlo si resistía á sus órdenes. Fusilar á un cura no era para el caudillo reactor cosa imposible. El desastre de Salamanca fué una tronante clarinada de dispersión; los del Norte, al Norte corrieron; los del Bajío, allí quedaron; Doblado capituló entregando todos sus recursos y tropas á Osollo, que las recibió noblemente, con un ademán caballeresco de su única mano. Parrodi seguía de prisa, pero procurando perder lo menos posible de sus recursos, en dirección de Guadalajara.



☪ Tiempo era de que llegara; la vida del presidente Juárez había corrido gravísimo peligro; la ciudad no era segura para los próceres constitucionalistas; el clero y sus agentes conspiraban descaradamente y habían sobornado ya á un joven oficial, que, profundamente enemigo de los enemigos del ejército (esto eran, para todos los militares de entonces, los reformistas), tascaba el freno de la sumisión al Gobierno de Juárez: el oficial se llamaba Landa. Pero el elemento liberal, compuesto de unos cuantos abogados, de unos cuantos literatos, de una buena parte de la burguesía pobre y un grupo considerable de artesanos y empleados que militaban en los batallones de la Guardia nacional, se mantenía unido frente á la Iglesia, á la burguesía aristocrática y á la plebe que constituían, en todo EL INTERIOR, el ejército social de la reacción, de LA HERMOSA REACCIÓN, como en una proclama presidencial dijo Miramón más tarde.

☪ Primero un rumor, una penumbra, una sombra que venía, como si con doce horas de distancia se oyeran las pisadas de un caballo que viniese á todo correr; comenzó á circular la noticia de una rota terrible de los reformistas; todos estaban, puede decirse, en guardia, cuando llegó un papel de Degollado anunciando expresivamente el descalabro. El Presidente, con el propósito de no detener nada y de no precipitar nada, hizo llamar á sus ministros á consejo; en un salón del palacio de Gobierno leía Ocampo, ministro de la Guerra, una circular sobre el acontecimiento, mientras Guillermo Prieto redactaba en una pieza cercana un MANIFIESTO á la Nación, cuando se presentó el jefe político Contreras Medellín manifestando que el 5.º de línea con su jefe accidental Antonio Landa se había pronunciado contra el Gobierno, y que, siendo el piquete que custodiaba el Palacio del batallón pronunciado, pronto Juárez y sus ministros caerían en poder de los rebeldes. El general Silverio Núñez, hombre de una entereza tan grande como su cuerpo, salió á tratar de reducir al orden á los desertores; viéndolo solo, se apoderaron de él y marcharon sobre Palacio; la gritería, el estruendo de los primeros disparos, indicaron á los prisioneros que estaban á merced de aquellos des-

enfrenados, que clamaban á porfía : «¡Muera la Guardia nacional! ¡Muera la Constitución de 57! ¡Viva el ejército!» Esos gritos condensaban todo el programa positivo de la reacción militante.

¶ El primer cuidado de Landa fué despachar correos á Osollo participándole que Juárez estaba en su poder, y este jefe se apresuró á transmitir la noticia á Méjico. La verdad es que en la capital se le dió poca importancia; lo que interesó vivamente fué el triunfo de Salamanca; en cuanto AL INDIO ESE, muerto ó vivo, ¿qué más daba? Landa notificó á los prisioneros que iba á tomar sus disposiciones para pasarlos por las armas, y proveyó á la defensa del Palacio. Creía el rebelde que Parrodi andaba fugitivo y que pronto EL EJÉRCITO estaría en Guadalajara... El gobernador Camarena, el jefe político y los jefes de la Guardia nacional procuraron y lograron aislar el movimiento y batían sin cesar á los pronunciados. Pero en cuanto llegó á noticia de Landa que Parrodi con dos mil hombres se retiraba rápidamente hacia Guadalajara, comprendiendo que Osollo ya no podría darle alcance, se sintió perdido y, primero con amenazas que rechazó con tranquila serenidad Juárez, y luego sacando á relucir consideraciones humanitarias, logró que el Presidente y sus compañeros suplicasen al gobernador Camarena que tomase en cuenta la posibilidad de un armisticio. Aceptado éste, trataron los comisionados respectivos sobre las condiciones en que quedarían en libertad el Presidente y los ministros, y en lo más empeñado de las conversaciones, el estridor de la fusilería y los gritos en Palacio lo interrumpieron todo. ¿Qué pasaba? Un joven demagogo, lleno de corazón y de impulso, Cruz-Aedo, tan ardiente en la tribuna como temerario en el combate, sin conocer el armisticio, se propuso, con un puñado de nacionales, sorprender el Palacio y poner en libertad al Presidente. Esta terrible imprudencia estuvo á punto de acarrear el más trágico de los desenlaces; ciegos de ira al sentirse atacados con felonía, según pensaban, algunos oficiales subieron corriendo al lugar en que estaban los prisioneros, gritando MUERAS y penetraron en él con un pelotón de soldados. Muchos pretendieron ponerse en salvo y con ellos al Presidente; éste, de pie junto á una puerta, al ver á los soldados tender los fusiles, alzó tranquilo la cabeza para que la muerte lo hallase impasible como la vida lo habla visto siempre. Detrás de él se agolpaban algunos ministros; otras personas quedaron clavadas, por la sorpresa, de espaldas á la pared. (Uno de éstos, el entonces teniente coronel D. Refugio González, me contó el suceso tal como lo refiero.) Todo fué instantáneo; la actitud de los soldados, los gritos del desafortunado Peraza, las voces de mando de Filomeno Bravo y la gran voz de Guillermo Prieto, que, surgiendo de improviso, detuvo con el ademán imperativo de los tribunos de raza pura, el supremo gesto de muerte del oficial. Y con las manos tendidas hacia las bocas de los fusiles y cubriendo con el cuerpo al Presidente, dijo algunas palabras entrecortadas por la intensidad de la emoción; á medida que los fusiles cambiaban de dirección y que el silencio de todos crecía, los vocablos «sois unos valientes, los valientes no asesinan, sois mejicanos, éste es el representante de la ley y de la Patria», se tornaron en germen de magníficos y palpitantes períodos de una arenga que desarmó á los soldados, que subyugó á los oficiales, que animó á todos... Era el efecto, casi físico, de aquella voz mu-

Don Guillermo Prieto

sical, comunicadora como ninguna de emoción, que estaba hecha para penetrar en el corazón del pueblo, de donde salían aquellos hombres. Cuando Landa llegó, el peligro había pasado. No llegó á tiempo para asegurarlo, sí para asegurar que no se renovaría.



☪ Ante una derrota que de seguro iba á poner temporalmente, no sólo el Bajío, sino todo el Estado de Jalisco en poder de la reacción, no había más que un camino racional : colocar fuera del alcance de las peripecias de la guerra, en cuanto fuere posible, la personalidad que era la única reliquia viva de la Constitución muerta y el único germen posible de la Constitución rediviva. Cuando en su artículo 128 el pacto federal decía que la Constitución no perdería su fuerza y vigor, aun cuando por alguna rebelión se interrumpiese su observancia, se refería, sin duda, á una fuerza latente, á una especie de virtud en potencia difusa en el pueblo, pero de mayor trascendencia, si se personificaba en un hombre, porque entonces el paso entre dos estados de vida plena, al través del período de inobservancia, se verificaba sin solución de continuidad. Este hilo de unión era Juárez; romperlo equivaldría á la vuelta al estado caótico; si existiendo él y encontrándose en él todo el derecho emanado de la Constitución, ésta estuvo á pique de naufragar, no por los ataques de los adversarios, sino por las tremendas vacilaciones de los constitucionalistas mismos, ¿qué habría pasado si hubiese faltado el magistrado que contenía en sí mismo, por ser la única emanación superviviente de la ley, todos los derechos perdidos, todos los deberes desvanecidos? Así lo vieron muy bien, lo vieron muy claro los liberales en aquel momento; después han podido ofuscarse y empañarse estas verdades; entonces los únicos que acabaron por mostrar un despecho rabioso de que el Presidente se hubiese puesto en salvo y parapetado en Veracruz, fueron los reaccionarios; se llegó á reprochar á Juárez, á un civil, al Presidente civil por excelencia, el no haberse quedado á correr la suerte de las batallas y á formar LA IMPEDIMENTA del general Degollado: esta ocurrencia es estupenda; no debe ni contestarse, ni calificarse apenas.

☪ Juárez tuvo evidentemente instantes en que, no sólo no vió la muerte con miedo (el miedo á la muerte no es propio de su raza, ni en general de la familia indígena), sino que debió de sentir en aquella brega sin salida casi, todo lo que en la muerte había de libertad y descanso, y le presentó su rostro impávido y serio en Guadalajara é intentó dar dos pasos hacia ella en Santa Ana Acatlán, en donde Landa tornó á amagarlo, para capturarlo, ahora sí, definitivamente, y ganar con su presa la faja verde de general.

☪ Porque todo se precipitaba; Landa, en virtud de lo pactado con Camarena, salió de Guadalajara con los honores de la guerra, digamos así; esperaba, merodeando por el Sur, pero sin apartarse de la capital de Jalisco, el momento de unirse á sus correligionarios; cuando supo que una fuerza salía en su persecución para despejar el camino del Presidente, que se dirigía á Colima, la dejó pasar y cayó en Santa Ana Acatlán sobre Juárez y su escolta. Iniestra, que la mandaba, organizó

la defensa en unión de Leandro Valle, joven oficial que, de vuelta de un viaje á Europa, había abrazado con todo el ímpetu de su alma la causa democrática, á pesar de sus ligas de afecto creadas en el Colegio Militar con el ya general Miramón, y que, desde aquellos días hasta su heroica y trágica muerte, no desmintió un instante ni su devoción por los ideales reformistas ni la exaltación risueña y exuberante de su temperamento, compuesto de buen humor y de bravura. Landa renunció á apoderarse aquel día del Presidente; LA GUERRILLA DE LA PLUMA, como Valle llamaba á los pocos empleados que seguían á Juárez, había cumplido bizarramente con su deber, secundando los esfuerzos de los militares; jóvenes burocratas hubo, llenos de timidez y que tenían el aspecto de simples RATAS DE OFICINA (D. Matías Romero, que luego prestó, como ministro nuestro en Washington, tamaños servicios á la República, v. g.), que supieron batirse como si toda su vida hubieran sido soldados.

☪ Había en aquella tremenda crisis mucho fango removido de intereses mezquinos, de codicias brutales, de necesidades egoístas, de pasiones bajas; pero el esplendor puro de las ideas en lucha se reflejó en bastantes conciencias, y jamás ha presentado nuestra historia, desde el maravilloso quinquenio que se cerró con el cadalso de Ecatepec, tanto amor al sacrificio, tanto desinterés y noble idealidad, entrando como elemento de primer orden en el conflicto de almas que, dolorosamente salpicado de sangre y lágrimas, se llamó «la guerra de tres años». Bajo este aspecto moral le es bastante inferior el período de la Intervención francesa.

☪ Seguramente el ataque infructuoso de Landa iba á renovarse y esta vez con casi seguro buen éxito; así opinaba el general Iniestra, así se lo dijo á Juárez; resolvió éste no huir, aunque aconsejó á sus ministros que se pusieran en salvo; prefirieron todos correr la suerte del Presidente, que había decidido compartir la del pequeño grupo armado que lo rodeaba; por apego á aquellos bravos, ¡por cansancio y repugnancia á la fuga, por uno de esos paréntesis que hay en la vida de los hombres de acción, en que se abandonan al azar, al destino y esperan, inhibidos, la liberación suprema de la muerte! ¡La tarea era complexa y tan larga, tan difícil, tan vasta, no digo para un hombre, sino para dos generaciones de hombres, que abrumaba el peso de tamaña responsabilidad y más valía prescindir muriendo...! Landa no renovó el ataque y el Presidente y los suyos siguieron el camino de Colima.

☪ El día de Santa Ana Acatlán fué decisivo para la reacción; allí el destino le presentó la oportunidad de hacer suya nuestra historia por un largo período, y con soberana imprevisión desdeñó la oportunidad y el tumbo de dados que le dió el número más alto. Bastaba que Landa hubiese cortado la retirada á Juárez aquella noche, lo que no hizo porque no quiso; bastaba que Osollo hubiese destacado un regimiento de caballería, que en una sola etapa se habría reunido á Landa, y, con la captura de Juárez, meten en un cuartel de la capital, por tiempo indefinido, la bandera de la Constitución. ¡Se habría perdido una generación entera para el triunfo de la Reforma! ¿Por qué no lo hicieron? Porque daban muy poca importancia á Juárez; porque para los criollos Miramón y Osollo, Juárez era EL INDIO JUÁREZ, y un indio era un ente que siempre podría ser eliminado á

tiempo; porque no despreciarlo habría sido despreciarse á sí mismo. Y lo dejaron partir. ¡Felizmente!



☪ En Colima supo Juárez que Parrodi, desertando su deber, había entregado los restos del ejército de la coalición á Osollo y se había retirado á la vida privada. Este Parrodi, pacato, religioso y honrado, en el sentido vulgar de la palabra; que no era, como ya dijimos, una cantidad apreciable como militar, sino tan sólo un administrador militar, no era el hombre de aquel momento, ni de aquellas circunstancias; no era un hombre perceptible en aquella gigantesca tormenta; entonces los generales tenían que ser caudillos y los caudillos apóstoles y los apóstoles mártires. ¿Había un hombre así? Juárez hizo de D. Santos Degollado un dictador militar. Éste era el hombre.

☪ El gobernador de Veracruz, Gutiérrez Zamora, un momento ofuscado por su devoción á Comonfort, había aceptado el plan de Tacubaya; pronto los liberales veracruzanos, Emparan, La Llave, Díaz Mirón ejercieron gran presión sobre él para hacerlo volver de su error; el resultado fué que, en Abril de 58, ya Veracruz se había ofrecido á Juárez y la reacción había enviado sobre ella á un buen perito militar, al general D. Miguel Echagaray, que tomó lentamente medidas para conquistar aquella ciudad inconquistable para nuestros elementos de guerra entonces, sobre todo si no se lograba dominar el mar. Juárez se embarcó á mediados de Abril en el Manzanillo. Degollado quedaba investido con el ministerio de la Guerra y la suprema jefatura del ejército, CON FACULTADES OMNÍMODAS, como se decía, en Guerra y Hacienda, y amplísimas en los otros ramos; el consulado militar de Degollado abarcaba la República entera. D. Pedro Ogazón, un civil, pero que por su silenciosa, modesta y seca entereza parecía llamado á ocupar un puesto importante en los sucesos de Occidente, fué nombrado gobernador de Jalisco; los sucesos se encargaron de hacer buenos aquellos nombramientos de personas casi ajenas al ramo militar. Cierto, era esto audaz y era fuerte y tenía un imponente sello de grandiosa imprudencia, en los momentos en que la suerte del país, sin que en ello haya retórica de ningún género, iba á depender del duelo, cada vez más trágico y sangriento, entre el ejército veterano perfectamente homogéneo y superiormente mandado, y las tropas colecticias, guardias nacionales, más armadas de entusiasmo que de cañones, de que disponían los liberales, amén de los enjambres de guerrillas que ya pululaban en los surcos abiertos por la guerra civil y que deservían la causa liberal sembrando dondequiera el exterminio y el terror. Á los nombres de Rojas y Rochín, es fama que hasta los animales temblaban en las aldeas y rancherías como cuando los apaches se acercaban á los aguajes de la frontera. Mas la decisión de entregar á los civiles el mando del ejército, era obra natural de un presidente civil; otros habíamos tenido, pero ninguno tan neta, tan forzosamente civil como Juárez; Juárez había nacido de un movimiento político contra el ejército que Comonfort quiso enfrenar ponien-

do al ejército al servicio de las ideas nuevas ó viceversa; y el ejército le estalló en las manos como un proyectil. Acabar, pues, la obra genuina de Ayutla, la obra de la revolución, poniendo un ejército de civiles mandado por civiles frente á los profesionales de la guerra, era cumplir con un programa revolucionario.

☪ Y hay que pensar que este programa no podía llevarse rigurosamente á efecto, que no se improvisan ejércitos populares, sino haciéndolos fermentar con la levadura de los ejércitos permanentes. Tal es la historia de la Revolución francesa, que luego fué maravilloso instrumento de combate en manos del Capitán del Siglo. Algo así sucedió en «la guerra de tres años»; nada se desdeñó de cuanto, ó por convicción ó por interés, pudo venir del campo enemigo ó del grupo de los que se reputaban conocedores del nuevo arte de la guerra (Uruga, Ampudia, Álvarez, Valle...); mas la dirección, la organización, la palabra decisiva en los problemas de la campaña, ya estratégicos, ya tácticos, la tuvo Degollado y éste pudo ser un veterano, pero nunca un capitán. Conoció todas las privaciones, todas las necesidades del soldado, las vivió, las amó; fué como uno de esos jefes insurgentes que pasaban del altar, del despacho, de LA HACIENDA, á los campamentos, y á poco parecían haber nacido soldados, por lo bien que se connaturalizaban con los sufrimientos, con la crueldad de sus contrarios y con la suya misma, y con el valor, y con la muerte. Y fué verdaderamente singular que un jefe supremo del ejército, en virtud de la delegación expresa que de sus atribuciones hizo en él el Presidente Juárez, comenzase por declararse imperito é inhábil en los asuntos de la guerra en un manifiesto que circuló profusamente. En verdad, el partido liberal dejaba todos sus TRIUNFOS en las cartas del enemigo.

☪ Juárez tuvo en el nombramiento de Degollado un soberano acierto; su intuición fué infalible. Ya lo dijimos; se necesitaba, frente á las huestes disciplinadas y mandadas de la reacción, una sola cosa : voluntades. Frente al poder militar, la potencia moral. Una potencia moral capaz de hacer surgir por dondequiera el elemento de lucha arrancándolo por deseo de revuelta, por miedo, por fuerza, por apego á las ideas nuevas de las poblaciones rurales, de las pequeñas plebes urbanas, de las grandes, cuando alguna ciudad importante, San Luis, Guanajuato, Guadalajara, León, pudiera ser debelada. Y llevar estas masas al contacto resuelto, pronto, febril, con los ejércitos organizados para enseñarlas á combatir combatiendo, para hacer de la derrota una perpetua enseñanza, para determinar así una selección cuyo resultado fuese la formación del nuevo ejército bien armado, bien fogueado, bien golpeado, un ejército hecho á martillazos, bronce repujado.

☪ Mas la condición primera de este resultado era que el resorte moral no se aflojara, no se rompiera; que el jefe, es decir, el caudillo tuviese bastante confianza en el resultado final; que lo creyese fatal, indeclinable, obra de Dios, acto de la Providencia, necesario, en suma, en el Plan divino. Y que de esta convicción extrajese la fuerza de convertir los reveses en alientos nuevos, para las batallas perennes, hasta que surgiera de la derrota constante la victoria única, la que lo concluiría todo.

☪ Eso fué lo que vió Juárez en el SER MORAL de Degollado, y esa clarividencia fué la fortuna de la República; Degollado era invencible como hombre; como gene-

ral no sabía más que dejarse vencer. Sus palabras al ejército al tomar el mando parecen un **SURSUM CORDA** : «Las circunstancias difíciles que nos cercan y más que todo mi insuficiencia y mi falta de pericia militar, debieran hacerme rehusar el mando del ejército federal, si no fuese indecoroso para un hombre de honor volver la espalda al peligro y pensar en la prolongación de la vida cuando vivir en la esclavitud es morir y desmerecer la estimación pública, peor que todas las muertes. Aquellos de vosotros, compañeros de armas, que no tengáis fe en la santa causa de la democracia, aquellos que no sintáis latir un corazón patriota y desinteresado, aquellos que no podáis ver con indiferencia los horrores de la insurrección general que amenaza los intereses y las familias de todos los ciudadanos, aquellos de vosotros que no sintáis humillación ni vergüenza hincando la rodilla ante el poder tiránico de las preocupaciones y los abusos, apartaos, salid de entre los hombres libres y gozad la tranquilidad de los sepulcros. Mas los que tengáis convicciones, los que sintáis la conciencia del deber y la justicia..., afirmad esas armas que la Nación ha puesto en vuestras manos, acudid al sostenimiento del Gobierno legítimo, que es el depositario de las leyes... Seamos, compañeros, los guardianes fieles de las leyes, los defensores intransigentes de los derechos de la humanidad y el brazo fuerte de la civilización del siglo.»

✪ ✪ ✪

☪ El Presidente Juárez se embarcó en el Manzanillo (Abril de 58), no para ir al extranjero, sino para ir á otro puerto de la República, aun cuando fuese pasando por un país extranjero. Su legitimidad constitucional quedaba intacta por este viaje. El artículo que prohíbe al Presidente dejar la residencia de los poderes federales y separarse del ejercicio de sus funciones, sin licencia previa del Congreso de la Unión, no podía tener aplicación al caso. En Juárez, en su título de Presidente, único que existía en el orden constitucional, estaban sumados y concentrados todos los poderes legítimos, y ni podía dejar la residencia de los poderes federales, porque él era **LOS PODERES FEDERALES**, ni abandonar sus funciones, porque no las abandonó, y porque no existiendo el Congreso á quien pedir licencia, él se la habría tenido que pedir á sí mismo.

☪ Después de haber atravesado el istmo de Panamá y de haber tocado en la Habana (sin desembarcar, por supuesto, dada la extrema desconfianza que las autoridades españolas le inspiraban) y en New Orleans luego, se presentó en Veracruz, en donde ni había ni podía haber duda sobre su legitimidad. Era el 4 de Mayo de 1858. Ese día quedó la reacción condenada á debatirse en sus triunfos militares de un día, en sus victorias sin salida; Veracruz le quitaba el contacto con el comercio del mundo. Mientras durase el dinero de los obispos estaba bien; pero por mil circunstancias éste tendría que agotarse; los bienes raíces, bajo la amenaza de no ser tenidas como buenas por el Gobierno constitucional las operaciones que con ellos se hicieran para subvenir á las necesidades del Gobierno de hecho, no podrían ser indefinidamente transmutables en metálico, y entonces la

reacción se asfixiarla; para ésta era necesario, indispensable, *SINE QUA NON*, adueñarse de Veracruz. Precisamente con el objeto de poder aglomerar sobre ella todas sus fuerzas, la reacción luchaba desesperadamente en Jalisco, en San Luis, en Zacatecas, en Oajaca; pero, ¿y el mar? No había más que una esperanza: España. Bien lo sabían los liberales y por eso no quitaban los ojos de los Estados Unidos; allí estaba tratando de hacerse recibir como plenipotenciario el hijo político de Ocampo, el Dr. Mata, hombre consagrado con ardor profundamente reflexivo y con una especie de devoción humanitaria al triunfo de los principios reformistas. Y ese ardor era completamente intelectual, su llama era cerebral, digámoslo así, no sentimental, porque su temperamento era frío, era polar. Conocía mucho á los americanos y en ellos había pensado mucho y los admiraba, lo que encontramos perfectamente lógico; pero el Sr. Mata no era dueño de hacer caber en su pecho, ante la insólita grandeza de aquella parte estrenua de la humanidad que se aloja entre el Bravo y el San Lorenzo, otro sentimiento que el de la admiración; era una incondicional admiración la suya.

☪ El año de 58 trajo á las almas de todos la profunda convicción de que la lucha, así como la sostenida por los insurgentes, iba á ser sangrienta y larga; en realidad no era más que el último gigantesco episodio, aun no el epílogo, de la primera revolución; la primera deshizo el régimen político colonial, la segunda el régimen social; ambas, al deshacer tamaña construcción, llenaron el ambiente con el polvo de las ruinas; lo respiramos todavía.

☪ Cuando Juárez se embarcó en el Manzanillo no dejaba ningún recurso valioso en poder de los reformistas de Jalisco y Michoacán, pero sí los había importantes en el Norte: las fuerzas de nuestra frontera nordoriental siempre se manifestaron adictas á la Reforma, á pesar de las terribles oscilaciones que imprimía al péndulo político la ambición de Vidaurri, que aspiraba á constituirse un cacicazgo autónomo en Nuevo León, Coahuila y parte de Tamaulipas; la relativamente corta importancia del elemento clerical en aquellos Estados semidesiertos, el contacto frecuente con los americanos, á quienes detestaban, pero á quienes imitaban, y la antipatía invencible al Centro, hacía de aquellos rancheros los partidarios obligados de todo el que alzase la bandera federal y anticonservadora. Las fuerzas fronterizas eran temibles por su valor, por su robustez, por la rapidez de sus correrías aprendidas en la persecución constante de los salvajes y por cierto desprecio hacia la cultura y el refinamiento que atribuían á la sociedad de los grandes centros urbanos; eran, como *LOS BOEROS*, todavía entonces desconocidos, admirables para toda guerra que no exigiese campañas demasiado largas y disciplina demasiado estricta. El jefe nominal de todos estos elementos militares era el gobernador Vidaurri; los verdaderos caudillos eran Juan Zuazua, que llegó á ser el capitán de guerra más popular entre los reformistas y el más odiado entre los reactivos; Arámberry; el licenciado y luego general D. Miguel Blanco, hombre ponderado y tranquilo, ejecutor por extremo frío de combinaciones sumamente audaces, sin genialidad militar de ninguna especie, pero con tenacidad inflexible de partidario resuelto á todo. En menos escala estaban otros que luego marcaron, como Escobedo, un buen jefe de caballería entonces, Hino-

josa, etc. Y en escala superior Ignacio Zaragoza. En los días del pronunciamiento de Zuloaga contra Comonfort, en un mesón del Oriente de la capital se alojaban unos cuantos RANCHEROS del Norte con su comandante que ya había tomado parte en la revuelta antisantanista; MOTU PROPRIO se había batido en su punto con tal éxito que los reaccionarios no merodeaban por allí. «Dos mil de los míos en este instante, decía Zaragoza á un amigo que esto me relataba largos años después, y les quito la Acordada, la Ciudadela y LAS GANAS, y luego ahorco al arzobispo.»

⊕ No habremos de ser nosotros quienes absolvamos á los matadores de los prisioneros de guerra en las contiendas civiles, sino cuando sea en cumplimiento necesario de una ley de antemano dictada por tremenda necesidad política; pero los juicios en historia no tienen por objeto condenar ó absolver á tales ó cuales actores en el temeroso drama; no son juicios penales, sino lógicos; los juicios históricos tienen por objeto explicarse mejor una situación ó comprender mejor á un hombre. El estado de ánimo de los liberales de combate no era, no podía ser, la serenidad; era una especie de exasperación febril proveniente de los triunfos insolentes de un partido que parecía vencido ya y resurgía en los campos de batalla con ilimitados bríos. ¿Gracias á qué? Gracias á la lenidad, á la benignidad estúpida (éste era el irreverente calificativo usado) del general Comonfort. Si Comonfort hubiera fusilado á dos docenas de corifeos de la reacción, como pudo hacerlo, como estuvo en su pleno derecho de hacerlo, porque la mayor parte de ellos no sólo eran rebeldes sino desertores, el ejército no se habría movido y la reacción que en él se apoyaba habría quedado reducida al papel de aspirante, DE OJALATERA, como se decía en la jerga política de Méjico. Un propósito firme nació de aquí: descabezar al ejército privilegiado, matarle sus caudillos, fusilar á sus oficiales superiores. Cuando, en los meses que siguieron á la derrota de Parrodi y á la toma de Guadalajara, las huestes fronterizas bajaron á San Luis Potosí, Zacatecas y Aguascalientes, con objeto de adueñarse del Bajío en combinación con los grandes grupos reformistas que organizaba Degollado en el Sur de Jalisco y Michoacán, Zuazua logró apoderarse de Zacatecas, que Miramón había dejado bien guarnecida, marchando á San Luis, que estaba á punto de caer en manos de los que ya eran famosos en el interior con el nombre de TAGARNOS y con quienes se había medido, al forzar, después de gravísimas pérdidas, el Paso de Carretas para penetrar en San Luis. Zuazua en Zacatecas, tomada á viva fuerza, se encontró entre sus prisioneros con el coronel Landa, el rebelde que estuvo á punto de capturar y asesinar á Juárez; y entonces lo hizo fusilar lo mismo que á su jefe Manero y á otros compañeros suyos. La guerra sin cuartel entraba en escena con el acto feroz de Zuazua; para cambiar su bandera negra los liberales necesitaron comenzar la era de los triunfos definitivos.

⊕ Mientras el Gobierno de Méjico se disponía á iniciar una gran campaña para aniquilar á los fronterizos, que tenían en jaque á Miramón en San Luis, el Sur de Jalisco en plena conflagración, gracias á la actividad de Degollado y Ogazón, daba nacimiento á la primera división del ejército federal que avanzaba hacia la capital del Estado, en donde gobernaban como dictadores los generales Casanova y Blancarte, el ídolo de la plebe de Guadalajara, á la que pertenecía. Unido

un grupo de la división del Norte con la de Jalisco, comenzó el primer sitio de Guadalajara tres meses después de haber sido destruido en Salamanca el ejército de la Coalición.

☪ No podía negarse la actividad á los reformistas; con más elementos militares, porque disponían del viejo ejército y de la capital, verdadero centro militar del país, y del clero que daba con doloroso entusiasmo (decimos DOLOROSO porque comprendía que había llegado el fin de su período de riqueza, ya sea porque se la quitasen los reformistas, ya porque se la pidiesen los reaccionarios), pero que siempre daba; con más elementos, decimos, el Gobierno reactor competía con su adversario en esfuerzos; la sangre mejicana parecía tener reservas enormes, sobrantes inagotables, cuando tanto empeño había en ver quién derramaba mayor cantidad sobre el suelo surcado más por el cañón que por el arado. ¡Estupenda impiedad!

☪ Osollo, que organizaba fuerzas en la capital, para acudir, ya al Interior, ya al camino de Veracruz en auxilio de Echeagaray encargado de apoderarse de la plaza, decidió unirse con Miramón para hacer allí algunas cosas definitivas; hízolo así, llegó á San Luis, lanzó á Miramón sobre Guadalajara, que corría riesgo de sucumbir y que el joven caudillo libertó con sólo su presencia, y se dispuso al gran duelo con Zuazua; un germen patógeno lo retuvo en tierra cuando daba el primer alazo, y el tifo lo mató. La reacción lo lloró en todos los campamentos, en todos los templos, en todos los salones, en todos los periódicos; los liberales callaron; ese adversario les era simpático. Recordaban que el Gobierno constitucional había sido incansablemente generoso con él, pero que él siempre había manifestado su decisión de luchar por los fueros de su clase hasta morir. ¡Lástima de oficial mejicano, de temple caballeresco como espada toledana! Quizás más tarde la voz de la República lo habría llevado á su verdadero puesto de honor durante la invasión francesa, para morir como merecía y en unión de muchos de sus compañeros de armas, envuelto, no en la bandera de una guerra de hermanos, sino en la de la Patria.



☪ Lo reemplazó el general Miramón; hombre de gran espíritu, de gran arrojo, de gran poder de fascinación sobre el soldado (el soldado suyo y el del enemigo) y de gran suerte. Tenía en la sangre la religión de los privilegios de las clases condenadas á la igualdad por Juárez, como una religión de honor; también tenía la religión de sus mayores, era un creyente; nunca fué un fanático.

☪ Pero el estado mayor de los ejércitos reactores estaba ya completo : los desterrados habían vuelto; Leonardo Márquez, Corona (no hay que confundirlo con el general republicano), Woll, Severo del Castillo, todos habían vuelto ya y todos estaban listos para combatir. En Julio resonó una proclama lúgubre en Acámbaro; el general en jefe de la división del Poniente decía á sus soldados : «¡ Mis amigos, la sangre de Vega y Aljobín, de Orihuela y Manero, de Landa y otros clama venganza!» Odio recalentado, tumbas viejas removidas. ¡Aljobín, muerto com-

Don Miguel Miramón

batiendo en Ocotlán, también clamaba venganza! En medio del concierto de rugidos ferales que llenaban los ámbitos de la República, la hiena parada en la noche, á las puertas de un cementerio, lanzaba su fúnebre aullido. ¡Ay de los inermes, ay de los que pensarán, ay de los que curarán! Un nombre al calce de la proclama : Leonardo Márquez.

☪ Contando con que Osollo, Márquez y Mejía reunidos podrían contener por lo menos á los fronterizos, Miramón creyó tener tiempo para aniquilar á Degollado y á Ogazón en el Sur del infatigablemente inquieto Estado de Jalisco, y se lanzó tras los sitiadores de Guadalajara rumbo á Sayula, á Colima, á las barrancas de Atenquique. La expedición fué rápida y terriblemente fatigosa; un combate muy serio librado en el fondo de las célebres barrancas tuvo éxito dudoso, y á pesar de los himnos triunfales y los cánticos de victoria entonados en las catedrales, el resultado de la campaña fué nulo.

☪ Muerto Osollo, y ésta era la gravísima aprensión del nuevo general en jefe, ó el ejército reaccionario probablemente mandado por Márquez era vencido por Vidaurri que se había apoderado á viva fuerza de San Luis después de la muerte de Osollo, y eso equivalía á la pérdida del Interior, y al fin del Gobierno clérico-militar, ó Márquez vencía y era el fin del mando en jefe de Miramón. Para asegurar la victoria, para asegurar su puesto, Miramón necesitaba ir rápidamente sobre los fronterizos, y recogiendo á Márquez y su ejército, buscar á Vidaurri y aplastarlo. Hízolo así con el arrojo con que ponía en práctica sus resoluciones más atrevidas. Sería mucho decir que Miramón tenía genio militar; lo que tenía era, en sus veintiséis años, un conocimiento extraordinario de las cualidades y defectos del soldado mejicano, como que desde niño había vivido en contacto con él, y la impetuosidad que lo obligaba á seguir de instinto la táctica napoleónica, «atacar siempre, ser el primero en atacar» y aglomerar sobre el punto débil ó desorganizado del enemigo todo su empuje. En la batalla de Ahualulco de los Pinos (á corta distancia de San Luis Potosí), en donde había tomado posiciones el ejército constitucionalista, y eran muy buenas, todo dependió de la buena disciplina de las tropas reaccionarias que, ejecutando con precisión admirable el movimiento envolvente que dirigió Márquez, obligó á los fronterizos á debilitar su centro, sobre el que cerró con furia Miramón. La derrota fué completa, y toda la zona que habían ganado en su avance los jefes de Vidaurri, quedó perdida para ellos. Márquez se atribuyó la victoria después; todo el mundo se la otorgó á Miramón entonces y él fué quien la ganó; siempre hay un lugarteniente á quien el general en jefe ordena un movimiento decisivo : quien dispone, quien secunda, quien decide es el que gana. Miramón triunfó en Ahualulco, y el prestigio personal que adquirió con esta hazaña fué inmenso; pero, cosa singular, ni pudo perseguir al enemigo que huía á su terreno para rehacerse, ni pudo salir, como debería haber hecho instantáneamente, para Guadalajara que, precisamente en los días en que se cosechaba los laureles de Ahualulco y para amargar la copa del partido reaccionario, era embestida con redoblado brío por Degollado, Ogazón, Silverio Núñez (valiente y gallardo general que sucumbió en los combates) y al fin por Sánchez Román y Coronado.

¶ El Ministerio nuevo lo secundaba bien, encontró dinero para él; el Ministerio no estaba ya formado por los conservadores moderados de los primeros meses; ahora estaban Castillo Lanzas en Relaciones, viejo bustamantista ducho y conocedor de los intrínquilis diplomáticos, finísimo de porte y de modales, el tipo del **MINISTRO DECENTE**, hecho **AD HOC** para contrarrestar con la intervención europea la temida intervención norte-americana; en las otras carteras, algunos reaccionarios de pura cepa, y en Justicia y Negocios eclesiásticos, el padre Miranda. Éste era quien daba el tono al Ministerio; este Ministerio no buscaría ni aceptaría la paz, como el de los Sres. Cuevas y Elguero; era de combate, de guerra, de exterminio. El padre Miranda era un ángel exterminador por convicción profunda y honrada; no era ni un energúmeno, ni un fanático; tampoco un iluminado capaz de predicar por las plazas con la tea en una mano y el crucifijo en la otra; no lo exaltaban ni Vicente Ferrer ni Domingo de Guzmán, aunque tampoco era capaz de extasiarse ante los arrebatos de infinita caridad de Francisco de Asís. Era el prototipo del clérigo mejicano de condición superior: buen estudiante, sólidamente instruido en la doctrina y buen observador de la vida real; cumpliendo corrientemente con los deberes de su ministerio y dotado de temperamento batallador y aventurero, naturalmente inclinado á la intriga y al cabildeo; discreto y apasionado, pero sin ceguedad por su idea, que era la supremacía de la Iglesia sobre el poder civil; con odio franco á las ideas modernas de emancipación; con deseo ardiente de procurar en Méjico el triunfo de su idea y su odio, que dan, sumados, una fe, una religión, un credo; el padre Miranda conspiró desde que tuvo modo de entrar en acción en los triunfos precursores de la última dictadura de Santa Anna, de quien siempre fué partidario. El Ilustrísimo Labastida lo defendió contra Comonfort; juró y perjuro que era una paloma inocente su cura del Sagrario (Puebla) y que lo calumniaban quienes decían lo contrario. Los ministros de Comonfort no se dejaron convencer y lo expulsaron del país; tenían razón; el padre Miranda conspiraba, siempre conspiraba el padre Miranda. Volvió con Márquez, con Woll, con Corona y otros **EJUSDEM FARINÆ**; Garza los capturó y no tuvo valor ó tiempo de fusilarlos, y el padre Miranda vino á Méjico con su **ALTER EGO** Rafael de Rafael, escritor español cultísimo, vehemente, de una exaltación furiosa de ideas retrógradas, que había sido expulsado por Arista y adoraba **AL PADRE**, á quien llamaba en sus cartas «**HERMANO MÍO, AMIGO DE MI CORAZÓN**».

¶ ¿Y qué iba á hacer el padre Miranda en el Ministerio? La verdad es que fuera de algunas leyes muy duras que dió el Gobierno tambaleante de Zuloaga, lo demás no valió la pena. El padre Miranda no había nacido para el Gobierno, sino para conspirar contra el Gobierno; su presencia en el Gabinete era una prenda de buena voluntad dada á la parte más exaltada del partido reactor y á los obispos intransigentes; mas el Padre vió claramente que aquel Gobierno sólo era un cuartel general de tropas organizadas para defender los bienes de la Iglesia con la condición de que la Iglesia se los diese á ellos; que al cabo la cuestión, por agotamiento del país, por falta de recursos de los que se llamaban **GOBERNANTES EN MÉJICO**, se resolvería por el partido liberal, que tenía de su lado el inagotable de-

pósito humano de las masas populares, la confiscación de los bienes del clero y un programa muy neto y muy claro, mientras que los conservadores sólo tenían uno negativo (las cinco leyes de los zuloaguistas fueron solamente derogativas). El padre Miranda no encubría su verdadero pensamiento, su verdadero designio, su verdadera esperanza: una intervención de España ó de Francia, quizás; ésta en segundo término; en primero estaba el establecimiento de una monarquía española en Méjico. El ministro Almonte recibió instrucciones para todo esto (v. Hidalgo). En las instrucciones no se hablaba de monarquía, solamente de intervención, DE PROTECTORADO (SIC)...

☪ Pero lo singular y por extremo interesante en la historia de las aberraciones de los partidos políticos (y los nuestros han sido típicos), es que, al pedir el protectorado europeo, se pedía con el norte-americano. Lo asegura Hidalgo y ninguno podía estar más al cabo de esta intriga, que empezó en LOS BASTIDORES de una diplomacia mendicante y acabó con el epílogo trágico del Cerro de las Campanas. De modo que el capítulo primero de la necesidad de la intervención europea consistía en que, por virtud de que estaba probado que los mejicanos no saldrían jamás del pantano de las guerras civiles (provocadas por los reaccionarios desde el Plan de Jalisco hasta el Plan de Tacubaya) y para evitar que cayesen en poder de los norte-americanos, lo natural era que cayésemos en el de los europeos. ¡Y para esto se solicitaba el protectorado yankee, que, como habría sido natural, á la larga ó á la corta, habría excluído á los otros protectores! Eso sí, á boca llena, se proclamaba que los constitucionalistas, traidores á la patria, buscaban los auxilios del Gabinete de Washington.



☪ Los liberales de Guadalajara, asaltada y sometida, habían inaugurado un gobierno de represalias, de violencias, de medidas tomadas de prisa y ejecutadas fulminantemente para plantear la Reforma con actos tremendos, pero por lo mismo irreparables. Era el procedimiento de los revolucionarios franceses, con quienes tantos puntos de contacto tenían los partidarios de la revolución en Jalisco.

☪ Degollado se esforzaba en meter aquel huracán de ardiente y brava demagogia en cauces seguros, en grandes acumuladores de energía, con objeto de servirse de él para apretar ó desatar frenos en la marcha de la guerra, que tomaba día á día un aspecto más siniestro y cruel. Pero era imposible, no tenía tiempo.

☪ El discurso, la arenga revolucionaria funcionaba sin cesar. En medio de una sociedad hostil en su mayoría; á la vista de un clero que no podía disimular su odio y su rencor hacia los vencedores; entre las maldiciones y anatemas pronunciados sin cesar en voz baja, en cada templo, en cada casa en que se rezaba, resonaban los conceptos de acero duros, punzantes, fríos de Vallarta; las frases urentes de Cruz Ahedo, que tocaban de preferencia en la armadura de la Iglesia buscando la entrada del corazón al dardo de fuego, y las declamaciones incesantes de muchos otros, incitando á la venganza, demoliendo el prestigio de la Igle-

sia en la conciencia popular, tirando altares, rompiendo imágenes, violando claustros y negando espíritu de virtud, de abnegación, de sacrificio y de caridad á las comunidades religiosas, sacando á relucir sus trapos obscenos, sus historias impuras, sus maldades históricas, sin respeto ni á la verdad, ni al sentido común, ni al pudor de nadie, todo el espantable arsenal anticristiano del siglo XVIII era esgrimido frenéticamente por aquellos bregadores. ¡Y qué remedio! ¡Cómo desapasionar á nadie al día siguiente de las matanzas y de las excomuniones; cómo decir : en todo eso que decís hay mucha calumnia, mucha invención, mucho odio y una parte, y no la mayor parte, de verdad y de justicia. Aquellos hombres no eran estudiantes de historia ó de filosofía en el alto sentido de la palabra; eran iconoclastas, eran rompedores de ídolos, arrancadores de creencias en el alma popular para dar entrada amplia al tiempo nuevo. ¿Hacían mal? Degollado veía la montaña que había que volar y dejaba usar de aquellos tremendos explosivos. ☪ No nos vanagloriemos en el silencio y la paz de los gabinetes de tener mejor orientada la conciencia que aquel hombre á quien sacudía en sus olas la fiebre revolucionaria y que encontraba, en su amor á una patria y á una humanidad mejores, el salvavidas de sus perennes naufragios.

☪ Eso sí, en donde había un crimen ponía la mano vindicadora. Dos oficiales reaccionarios habían cometido un acto digno de Márquez : hicieron una excursión con sus tropas á un pueblo del Sur de Jalisco, se apoderaron de un médico que administraba una hacienda (Herrera y Cairo) y lo hicieron fría y atrocemente fusilar y colgar, por ser público y notorio que sus ideas eran liberales. Piélagos y Monayo se llamaban estos verdugos. Cayeron en poder de los vencedores de Guadalajara y, con un lujo de crueldad igual al que ellos habían empleado con su víctima, los ahorcaron, á uno de ellos en las puertas del palacio episcopal, porque se quería mostrar que tenían por cierta la absurda especie de que la muerte de Herrera y Cairo había sido ordenada por el obispo Espinosa. Degollado no pudo someter la ejecución de aquellos hombres á procedimientos corrientes. Pero el general Blancarte, hombre malo, enemigo implacable de la revolución, rodeado de los amores de la plebe de Guadalajara y del rencor intenso de la burguesía liberal, había quedado, por una cláusula expresa de la capitulación, bajo la salvaguardia de la fe empeñada y del honor de los vencedores. Un bandido insignificante, flor de sangre y de muerte del gran matadero en que había convertido la guerra civil al país, llamado Rojas, allanó la morada del capitulado y lo asesinó. Esto hirió vivamente á Degollado, que se empeñó en fusilar á Rojas, cuya fuga protegió alguno de los jefes liberales y que fué puesto fuera de la ley.

☪ La verdad es que todo andaba fuera de la ley; con el pretexto de apoderarse de los bienes del clero, lo que desde el punto de vista de los beligerantes no podía ser más justo, se cometían por donde quiera desmanes y saqueos y asaltos y robos, á que la bandera de la Constitución no daba amparo, pero sí sombra. Las derrotas constantes de Degollado no le permitían organizar un ejército moralizado que pudiera hacer en grande la policía de la República, y sin este ejército, en núcleo por lo menos, poco ó nada había intentable en este sentido; ya demasiado se hacía con extraer de las levadas, de que abusaban horriblemente ambos

partidos, acabando con los hogares mejicanos, y de las guerrillas que pululaban en el Bajío y los Estados que lo encierran, las fuerzas que renovaban los batallones y escuadrones que Degollado hacía instruir de prisa y mal y que llevaba á las batallas campales y á los asaltos á que la reacción lo citaba; pero se veía en la imposibilidad completa de desechar elementos de combate. Le bastaba con esforzarse en disciplinarlos; tarea titánica de la que el generalísimo reformista no levantó la mano ni un día, ni una hora y que acabó por poner en manos del Gobierno de Juárez un ejército que dió al traste con el viejo ejército de la reacción, agotado, desmoralizado y sin bandera. Una cruz y unos ciriales no podían ser una bandera.



☪ Miramón pensaba, y con perfecto acierto, que el general Echeagaray, con la fuerza que á sus órdenes tenía, no habría de adueñarse de Veracruz, objetivo capital de las miras de la reacción. En aquella época, la ciudad de Méjico no podía dominar al país sin Veracruz; estaba mutilada sin ese órgano indispensable de relación con el exterior. Era preciso completarse; era preciso reconquistarlo.

☪ La acción de Veracruz se hacía sentir por donde quiera; si pudieran reunirse las cartas de Juárez, las que revelaban su acción personal en aquella época, cartas á los gobernadores, á los jefes, á los partidarios, á los amigos, casi siempre de su puño y letra, vendría por tierra la leyenda de su pasividad casi inconsciente, que no hay que confundir con uno de los caracteres de su fisonomía psicológica, la desconfianza en su inteligencia. Se creía inferior á muchos de los hombres que entraron con él en contacto, desde el punto de vista intelectual, al grado de preferir, no sólo, sino de sentir una tendencia constante á preferir la opinión ajena, á la propia. Juárez sólo tenía confianza en su voluntad; era lo que necesitaba su partido, fué lo que necesitó su patria.

☪ Para tomar á Veracruz, el joven caudillo en quien tenía la reacción todas sus complacencias, decidió aniquilar á la revolución reformista de Jalisco para que, seguro absolutamente de su base de operaciones, pudiera concentrar sus elementos en Veracruz; allí era donde pensaba ganar la banda presidencial, sin duda. La suerte le mostró entonces una de sus más coquetas sonrisas.

☪ Con perfecta previsión, Degollado abandonó Guadalajara, en donde habría sido asediado y capturado irremisiblemente, y fué á buscar en el camino de Colima las posiciones de Atenquique, en donde Miramón no había podido vencerlo, sino maltratarlo apenas. La excelencia de la tropa reaccionaria y el ojo militar de su general que, con tal de herir en el punto débil del enemigo, á todo se exponía, trajeron por consecuencia el terrible desastre de San Joaquín, cerca de Colima, batalla ganada por una atrevida marcha estratégica que hizo inútiles las formidables posiciones en que Degollado esperaba. Esta batalla sólo puede compararse á la de Ahualulco; con ellas Vidaurri y Degollado quedaban fuera de combate. Ya se podía pensar en Veracruz.



☪ En Méjico no se pensaba en eso; en Méjico, bajo la presión de la gente de dinero, aterrorizada con el porvenir de préstamos forzosos y de CONDUCTAS capturadas que tenía delante, y del clero alto, cuya barca, para escapar del naufragio, quizás tendría que tirar al agua su pesado lastre de bienes temporales; bajo esas y otras influencias, decimos, se intentaba realizar una combinación de moderados, mientras Miramón y Márquez se batían furiosamente en Jalisco. El general Echeagaray, muy lastimado porque los periódicos de Méjico le echaban en cara su impotencia para hacer algo importante contra Veracruz, y D. Manuel Robles Pezuela, que llegaba de los Estados Unidos impresionado por lo que allí había oído sobre la suerte futura de Méjico, país incapacitado para la paz y la cultura por ende, entraron en el complot y haciendo á un lado á Zuloaga, lo que no era difícil (se trataba de un mueble), reunieron á todo el elemento militar que tenían á mano y trataron de imponerse á la vez á Miramón y á Juárez. Juárez, encastillado en la Constitución (supongo que hoy no nos atreveremos á tomárselo á mal), ni siquiera tomó en cuenta el famoso PLAN DE NAVIDAD (con este nombre pasó á la historia), y Miramón, bullente de ambición y de sed de lucha y de triunfo, seguro de sus victorias futuras, rasgó EL PLAN con la punta de su espada, se presentó en Méjico con el inmenso prestigio del triunfo, anatematizó á Echeagaray, deshizo con un chasquido de su látigo los bríos de D. Manuel Robles, desbarató la cáfila de moderados que pululaban en Palacio, repuso á Zuloaga, y, como si fuera un mueble, una silla, se sentó en él, se hizo declarar por él Presidente, y proclamó URBI ET ORBI que iba á apoderarse de Veracruz.

☪ Así lo creía el flamante paladín DEL ALTAR Y DE LA SOCIEDAD; para su ambición juvenil, para su sed de renombre y su confianza absoluta en sí mismo no había imposibles. Sabía, sin embargo, que Veracruz se había preparado largo tiempo hacía para este caso, que había multiplicado sus fortificaciones, concentrado sus recursos y que para asaltarla se necesitaba un ejército, cuya mitad al menos estuviese lista á ser sacrificada, para dar paso á la otra mitad, sin una sola probabilidad de capturar al presidente Juárez, que tenía abiertos para su retirada Ulúa y el mar.

☪ Miramón había inaugurado un gobierno muy personal, muy suyo; era un reaccionario apasionado, declaraba santa y hermosa (sic) la reacción, pero le gustaban poco los reaccionarios, excepción hecha de unos cuantos militares; era muy respetuoso y sumiso con los obispos y los canónigos y los guardianes, pero no le gustaba que le dijeseN NO, ni siquiera SÍRVASE AGUARDAR V. E., cuando les pedía dinero : hace la impresión de un hombre que les gritaba al oído. Los conservadores retrógrados, los PUR SANG, veían este modo un poco dragón de llevar las cosas del Gobierno con recelo, y deslizando entre flor y flor una amonestación, quisieron demostrar á AQUEL MUCHACHO ATRABANCADO que á ellos tocaba la tutela y que la ejercerían. Aguilar y Marocho, una especie de Veuillot dispéptico, se encargó de hacérselo presente; Miramón hizo como que no oía, habló con otros, y al fin se marchó á Veracruz con todos los corifeos militares de la reacción, llevando á Robles Pezuela de Jefe de Estado Mayor.

☪ La esperanza secreta de Miramón, el POR QUÉ de una expedición que se creía

de éxito seguro cuando no se contaba con un bloqueo posible, consistía sin duda en la actitud de las potencias ultramarinas. Los Estados Unidos no decían nada, vacilaban, daban tiempo por lo mismo. España casi había hecho una declaración de guerra á Juárez : un mes antes de la expedición á Veracruz, el Ministro de Estado de Isabel II había pronunciado ante el Senado un discurso que, al combatirlo, resumía así el general Prim, fiel é intrépido amigo de Méjico desde entonces : « España tiene razón de ir á Méjico con las armas en la mano, porque allí se derrama la sangre de nuestros conciudadanos y se cometen con ellos toda clase de iniquidades. » Esto era lo que Miramón esperaba, lo que anhelaba todo su partido.

¶ La labor de Juárez en Veracruz había consistido principalmente en impedir que con la guerra civil llegara á complicarse un conflicto internacional. Esto era por extremo difícil tratándose de naciones que reconocían expresamente al Gobierno reaccionario, como Inglaterra, Francia y España, ó que no reconocían á nadie, como los Estados Unidos. Lo más urgente era atenuar los efectos de la inquina de España, que aparentaba moverse por el deseo de vengar la sangre española derramada en algún rincón de la tierra-caliente meridional y por la resistencia de Méjico á consentir en convenciones manifiestamente basadas sobre créditos abusivamente cubiertos con el derecho de España. El Gobierno nacional desde los tiempos de Comonfort había demostrado que los asesinos y sus secuaces de tierra-caliente habían sido perseguidos y castigados, y que respecto de nuestra deuda estábamos dispuestos á reconocer cuanto fuera justo, para lo que habíamos acreditado en Madrid á un hombre de bastante inteligencia y prestigio literario (Lafragua). Pero todo era en vano; las exigencias del Gobierno de Doña Isabel crecían, porque de lo que se trataba era de meter la mano en los asuntos políticos de Méjico, de presentar á España como una mediadora y una protectora, y de obtener acaso un trono para un infante español. Estas miras, fomentadas por los agentes de los gobiernos conservadores en Madrid, las adivinaba Prim, y por eso ya en 58 proponía que el Senado dijera en la contestación al discurso de la Corona : « El Senado ha visto con pena que las diferencias habidas con Méjico subsisten todavía; estas diferencias hubieran podido tener una solución pacífica si el Gobierno de V. M. hubiera estado animado de un espíritu más conciliador y justiciero. El Senado entiende que el origen de esas desavenencias es poco decoroso para la nación española, y por lo mismo ve con sentimiento los aprestos de guerra que hace vuestro Gobierno, pues la fuerza de las armas no nos dará la razón que no tenemos. »

¶ La verdad profunda era que si España hubiese desembarcado en son de guerra en las playas del Golfo, aun cuando su tropa hubiese venido mejor preparada y mejor mandada que la torpe expedición de Barradas, se habría encontrado al país entero en pie y dispuesto á combatir como en los días de las epopeyas insurgentes. Porque habría aparecido aquí, no como una pacificadora entre hombres de ella nacidos, sino como la restauradora del muerto régimen colonial. La salvaje explosión de odio sanguinario que fué causa del crimen cometido en las haciendas de tierra-caliente, fué un exutorio por donde se dejó ver, como en los días

de la insurgencia, un infierno de rencor social en ebullición. El régimen de la esclavitud en las haciendas de tierra-caliente y de servidumbre pura en las demás tierras cultivadas del país, no había cambiado sino en los nombres y en las apariencias; en el fondo subsistía. Y el administrador de la hacienda de caña y sus empleados eran casi siempre españoles, é hijos de españoles los amos de las otras haciendas; el trabajador del campo en sus manos era un animal á quien se enseñaba á cantar EL ALABADO, se le obligaba á comprar en LA TIENDA en que dejaba mucho más del monto de sus jornales, con lo cual tenía un nexo terrible que lo encadenaba á la gleba, y se le trataba á palos, y se le dejaba sistemáticamente embrutecerse con la superstición, el pulque ó el aguardiente y la promiscuidad generalmente incestuosa en la familia, que apenas así podía llamarse. De este estado sacaba al indio y al mestizo LA LEVA que lo arreaba rumbo á todos los maderos de la guerra civil.

☪ Pero en el fondo de este ser brutalmente mantenido en los límites de la animalidad por el alcohol y la fusta de los cómitres, había una llama de odio contra los amos, contra los capturadores, que fué precisamente la que sirvió á Hidalgo en Septiembre de 1810 para incendiar la Nueva España y darle conciencia de su ser propio en el feroz grito antisocial de «¡mueran los gachupines!», cuyo recuerdo hacía estremecer de frío al anciano D. Lucas Alamán, y recrudecía su afán de resistir á los innovadores. No se equivocaba : el grito de CONSTITUCIÓN Y REFORMA era nieto del de los insurgentes de 1810; era la misma protesta contra el antiguo régimen. ¡Y éste era el que España se sentía arrastrada á prohijar en Méjico! Juárez, en 59, haciéndose reconocer por los Estados Unidos, y Prim, en 62, desconociendo á los representantes de Napoleón III, la salvaron de caer en un abismo del que en un siglo no hubiera podido levantarse en el corazón de los hispano-americanos.

☪ Un préstamo forzoso impuesto al comercio de Tampico (casi todo compuesto de súbditos españoles) por el gobernador constitucionalista Garza, dió motivo al capitán general de Cuba para lanzar una escuadrilla y exigir satisfacciones. Juárez, que ya había dispuesto que á los extranjeros se les eximiera de estos violentos impuestos, hizo dar todas las necesarias y el pretexto cayó al agua; las fragatas del capitán de navío Topete (un mejicano, por cierto) no pudieron bombardear á Veracruz. Algún tiempo después, los ingleses (muy mal animados contra Miramón, que había brutalizado en San Luis Potosí á los súbditos de la reina Victoria, pero poco dispuestos á tomar por lo serio al Gobierno de Veracruz, y los buques franceses, mandados por Peneaud), también protestaron, también exigieron, también obtuvieron. Insensatez mayúscula habría sido otra cosa; la dignidad y el orgullo nacional en estos casos en que se juega la vida, no de unos cuantos individuos, sino de un país entero, tiene que retraerse dolorosamente á lo substancial, á lo que identifica la dignidad y la existencia, y todo lo demás hay que abandonarlo, sacrificando mucho amor propio, es verdad, pero salvando la bandera un poco rota, pero sin manchas.



Ⓒ Sin embargo, mientras no reconociesen los Estados Unidos á Juárez, todo era precario en el mar; con el más frívolo pretexto, podían las escuadras ancladas en los inseguros fondeadores de Ulúa y Sacrificios sacar las bocas de sus cañones por las escotillas, y fácil era que esto coincidiera con la aproximación del ejército reaccionario á Veracruz; así lo pronosticaban los norte-americanos por medio del *NEW YORK HERALD* y esto, sin duda, precipitaba al presidente Buchanan á reconocer á Juárez. Pero cada hora de retardo podía complicar la situación de Veracruz con un conflicto internacional.

Ⓒ Si la suerte del Gobierno constitucional era angustiosa por el lado exterior, precisaba, urgía buscar en el interior un medio de conjurar la tormenta, y Juárez pensó en Degollado. Para impedir esto había hecho Miramón la fulminante campaña de Jalisco. Pero Degollado podía ser derrotado, no vencido; sólo la muerte podía vencer á aquel endeble. Retirado á Michoacán después de la tremenda rota de San Joaquín, y mientras el victorioso recibía como laurel la banda presidencial, él recogía los restos dispersos de la campaña, apelaba á todos los recursos, llamaba á los fronterizos y se aprestaba á volver al combate con nuevos elementos. No hubo necesidad de que Juárez apelase á él; probablemente cuando esto sucedió, ya Degollado había pensado en el único auxilio posible á Veracruz; amagar seriamente á la capital.

Ⓒ Los elementos crecían en sus manos, á todo comunicaba aliento, á todos ánimo su fe inquebrantable, casi mística, en el triunfo de LA SANTA CAUSA DE LA LIBERTAD, como en el clisé más socorrido de la época se decía. Y como á pesar de todas sus derrotas pululaban LOS HACHEROS, como llamaban en Guadalajara á los combatientes liberales LOS MOCHOS (otro apodo contemporáneo de la rebelión de Ayutla contra el cojo, EL MOCHO Santa Anna), porque decían que rompían con hachas las puertas de las iglesias y sacristías, y como estos hacheros ó CHINACOS traían y llevaban á Degollado noticias de todas partes, pronto estuvo al cabo de que la tentativa del general Miramón se formalizaba, que se preparaba, que iba á partir.

Ⓒ Reunir en el Bajío cinco ó seis mil hombres, era punto menos que imposible, y allí encontraría á Calvo, á Mejía, pronto á Márquez que lo seguiría á retaguardia, sin dejar en peligro á Guadalajara, porque Ogazón, á pesar de su incansable y metódica actividad, no estaba, después del desastre de San Joaquín, en aptitud todavía de amagar seriamente la capital de Jalisco.

Ⓒ Entonces se palpó el singular acierto de Juárez en haber establecido el proconsulado del Interior, sin cortapisa ninguna casi, y en haberlo confiado al hombre SUI GENERIS que era Degollado. Éste no era un hombre de guerra, lo repetimos, sí un creador sorprendente del espíritu de guerra. Sus autorizaciones eran casi iguales á las del Presidente, exceptuando en lo que atañía á las medidas equivalentes á leyes generales y á la política exterior. En todo lo demás, su acción era ilimitada : gobernadores, aduanas, milicias, todo estaba á sus órdenes, y aquel hombre, con sólo el prestigio moral á que debía su alta investidura, imponía de un extremo á otro del país; sin elementos de fuerza, sin ascendiente militar, adorado como caudillo, desconceptuado como general, sabía hacerse obedecer

por sólo el hecho de mandar con serenidad admirable; Degollado fué la fortuna de la Reforma. Esta sumisión de todos tuvo sus peripecias y sus incidentes graves, sobre todo á raíz de las grandes derrotas, pero por lo general se imponía al cabo. El resultado es de esos palmarios, que no están sujetos á conjeturas; en Diciembre de 58 perdía Degollado en San Joaquín todos sus elementos de combate; en Marzo se presentó con un ejército, del que cerca de cuatro mil hombres, por lo menos, eran utilizables en los suburbios de Méjico.

☪ Las peripecias políticas, la necesidad de allegar recursos ideando extorsiones más ó menos disfrazadas á los contribuyentes, y gritando al oído del clero que era preciso desatar, romper la bolsa del mermado tesoro de Cristo, devoraron el tiempo del dictador Miramón. La campaña contra Veracruz nacía muerta; toda campaña contra Veracruz que no se hiciese en Enero era esfuerzo perdido; el clima quebrantaba los bríos é impulsos de cualquier ejército. Pero era imposible, mientras Degollado viviese, cuando menos hacer en Enero una campaña en el Golfo, porque durante la estación de lluvias, en que el Bajío era un inmenso charco de agua (secreto de su fertilidad), no había posibilidad de organizar expediciones militares entre Méjico y Jalisco, ó Michoacán, ó San Luis Potosí, ó Zacatecas; entretanto el Sur de Jalisco hervía de guerrillas, tras de las cuales se enderezaban los batallones, y el amago á Guadalajara surgía con los últimos días del otoño; apenas empezaban á estar enjutos los caminos del Interior, emprendíase la expedición á Jalisco, para despejarlo de enemigos, para dejar la retaguardia cubierta, para asegurar la base de operaciones en la campaña decisiva, suprema, la campaña directa contra Juárez. Victoria segura del ejército permanente contra los mal armados milicianos, disolución de éstos en guerrillas, éxodo de los jefes liberales á Michoacán para rehacerse, vuelta triunfante á Méjico del ejército reaccionario, y el invierno había ya pasado casi y la cita era en Veracruz con la fiebre amarilla.

☪ Hacer la guerra en los médanos veracruzanos en el mes de Marzo con gente de las zonas templadas y frías era absurdo; habría sido necesario poner al ejército bajo un inmenso mosquitero y rodeado de un foso colmado de petróleo. Miramón, después de algunos escarceos inofensivos, seguro ya del reconocimiento de Juárez por los Estados Unidos, lo que paralizaba de pronto toda tentativa de intervención española, levantó el bosquejo de sitio al fin de Marzo y tomó la vuelta de la capital. Sabía que Degollado estaba ya en los alrededores de Méjico y ansiaba desquitarse en él del fracaso insípido de Veracruz; esta campaña lo disminuía; había hecho una COLEGIALADA solemne; esperaba que Méjico se mantendría á la defensiva mientras él llegaba; no creía que Márquez llegase antes que él, y, de todas maneras, sabiéndolo tan cerca, lo esperarían. Márquez no era hombre para eso, no quería regalarle una victoria á Miramón, y gracias á unas cuantas horas de adelanto se salió con la suya. Venciendo á Degollado, Márquez vencía á Miramón.

☪ D. Santos, éste era su nombre popular en toda la República, había logrado una primera concentración de fuerzas en el Bajío, en donde pudo ocupar á Guanajuato y Querétaro, desguarnecidos por Callejo y Mejía que, reunidos en San Mi-

guel de Allende, tomaban, casi paralelamente á Degollado, el camino de Méjico. Llegar á Méjico era su objetivo principal, AUN CUANDO FUESE DERROTADO; esto se contaba que le había escrito Juárez, y aunque no hay prueba alguna concluyente de semejante aserto, es posible y hasta probable que así fuese, dada la necesidad que el Gobierno de Veracruz tenía de alejar á todo trance el amago de Miramón. ¶ Pero si tal cosa no dijo Juárez, de seguro la pensó Degollado y la ejecutó con una abnegación estupenda, sentimiento que supo comunicar al ejército entero. En las cercanías de Querétaro, rumbo á Méjico, se encontró con Calvo y Mejía que, empeñados en tomar la delantera para reforzar la guarnición de la capital, creyeron que podían, dejando maltrechas á las fuerzas constitucionalistas, aunque no se podían jactar de aniquilarlas, retardar su avance. En la acción de Calamanda, el triunfo táctico no fué de ninguno de los combatientes; en suma, algo más disminuías quedaron las fuerzas constitucionalistas, gracias á una de esas terribles cargas de los lanceros de Mejía que deshicieron casi la sección de Arteaga; pero esquivando el combate del día siguiente, los reaccionarios marcharon á grandes jornadas hacia la capital, dejando una especie de triunfo estratégico á Degollado, que pudo continuar sin estorbo su marcha.

¶ La segunda concentración debía verificarse en el Valle de Méjico, pero sólo fué á medias; algunos jefes de partidas importantes obedecieron; otros, ó no quisieron ó no pudieron cumplir las órdenes del general en jefe. Á fin de Marzo, la guarnición de Méjico y el ejército sitiador se equilibraban; pero Márquez se acercaba á gran prisa y el objeto estaba logrado; se había cumplido lo que llama el respetable secretario de Degollado «el COMPROMISO PACTADO con el Gobierno general», pues era seguro ya que el ejército de Miramón había levantado el sitio de Veracruz y había subido á la zona templada.

¶ Pero Degollado, y probablemente su jefe de estado mayor, pretendían asaltar á Méjico á pesar de su buena guarnición, que con el auxilio de Márquez (más de mil hombres) iba á poder superar á las fuerzas reformistas. Entre esta tentativa y la de simular un ataque á la ciudad y arrojarse con fuerza sobre Márquez, parece que esto último era lo indicado; pero no fué así, y no nos atrevemos á formular una censura sin datos bastantes. La tentativa de asalto fracasó, y ya era bien difícil deshacer á Márquez en su rápida marcha. Todos convienen, no digo ahora en que falta el dato psicológico, la percepción distinta del estado de ánimo de cuantos mezclaban su voluntad á la dirección de los acontecimientos, sino entonces, en aquel instante, todos convenían en que la retirada se imponía; Zaragoza llegó á anunciar que se retiraría él solo con su fuerza. Y todo ello era urgente: Veracruz estaba en salvo, la tropa liberal desnuda, sin prest, hambrienta y desmoralizada por el fracaso (lo prueba la actitud de Zaragoza); y la guarnición de la capital, que superaba en cantidad y calidad al ejército sitiador, estaba en manos del propio ángel de la muerte, de D. Leonardo Márquez.

¶ Degollado permaneció. ¿Por qué? Dos empeñosos detractores de Juárez lo han dicho: porque tenía orden de permanecer; por consiguiente, el sangriento descalabro de Tacubaya, con su fúnebre cortejo de asesinatos salvajes, debe caer entero sobre la conciencia del Presidente. Y aplicando al asunto un análisis corriente,

sin adelgazar ni sutilizar nada, cualquiera persona medianamente imparcial quedará literalmente pasmada de los fundamentos de esta imputación terrible. ¶ Pero no hay fundamentos, sólo hay un fundamento, uno solo : un certificado de una persona, muy respetable por cierto, el Sr. Gómez Farías, coronel en aquella época y secretario particular del general en jefe, que afirma, treinta y siete años después de pasados los hechos, lo que sigue (Copiamos íntegro el documento publicado por vez primera por el Sr. Diputado D. Francisco Bulnes en su libro «Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma» : 1905, y luego por su poseedor el Sr. D. Melchor Álvarez en su «Historia documentada de la vida pública del general José Justo Álvarez», 1905) :

¶ «El que subscribe, Secretario que fué del Sr. D. Santos Degollado, Ministro de la Guerra en Marzo de 1859 durante la época de la Reforma.—Certifica y le consta que el General José Justo Álvarez fué nombrado Jefe de la División del interior, recibiendo órdenes terminantes de vencer los obstáculos que se le presentaran para asediar la Capital de la República; que con motivo del triunfo obtenido por los Reformistas en Calamanda el 14 de Marzo del año referido de 1859, pudo llegarse hasta las goteras de Méjico, HABIÉNDOLO EJECUTADO ASÍ EN CUMPLIMIENTO DEL COMPROMISO PACTADO CON EL GOBIERNO GENERAL DE CONTINUAR LAS HOSTILIDADES SOBRE LA CAPITAL AUN CUANDO FUEREN DERROTADOS, á fin de lograr que Miramón levantara el sitio que tenía emprendido sobre Veracruz. Que en virtud de estas órdenes, el 2 de Abril de 1859 intentó con sus reducidas fuerzas un ataque sobre la garita de San Cosme, el cual no tuvo éxito por razones independientes de la voluntad del General en Jefe, POR CUYO MOTIVO ESTABA RESUELTA LA RETIRADA CUANDO EN EL CAMPAMENTO DE LA HACIENDA DE LA ASCENSIÓN RECIBIÓ NUEVA ORDEN DEL GOBIERNO GENERAL INSISTIENDO EN QUE SE CONTINUARAN LAS OPERACIONES, lo que exactamente se verificó, consiguiéndose que el 11 de Abril, después de la derrota de las fuerzas Reformistas llegara el General Miramón á las diez de la mañana á Tacubaya, campo de nuestras operaciones.—Y á pedimento del interesado, y en virtud de que los hechos anteriores me constan por el carácter de Secretario del C. General D. Santos Degollado, expido el presente en Méjico á siete de Diciembre de mil ochocientos noventa y seis.—B. Gómez Farías.»

¶ Creemos en la aseveración del Secretario del general Degollado; quienes no lo conozcan, podrán pasar por alto un testimonio singular expedido cerca de cuarenta años después del acontecimiento que testifica, y confesamos que poco probaría ante un tribunal, si algo probaba; no, nosotros tenemos la profunda convicción, por motivos puramente personales, de que el Sr. Gómez Farías cree decir la verdad. Pero en estas cuestiones históricas y cuando se trata de responsabilidades tan graves, hay que pesar todas las palabras y que valorizar las tildes y las comas. ¿Puede hacerse esto con la aserción del Secretario de Degollado? Imposible, porque sería necesario tener á la vista el documento en cuestión. ¿Qué decía ese documento y cómo lo decía? En general, insistía en que se continuaran las operaciones. ¿Pero dónde, pero cómo? En primer lugar, habría que conocer su fecha, porque, como dice muy bien uno de los más apasionados enemigos históricos de Juárez, sería inexplicable que la orden de permanecer en las goteras de Méjico,

hubiese sido expedida en Veracruz cuando ya Miramón había retirado todo su ejército; si la orden era retrasada, ¿por qué la acató Degollado, puesto que ya no era el caso; y si era posterior á la retirada de los reaccionarios, por qué la ejecutó, cuando él siempre tuvo y conservó su libertad, sus amplísimos poderes, su facultad de generalísimo y ministro de la Guerra, para disponer lo que creyera necesario á la dirección acertada de la guerra? Nada ni nadie habría sido obstáculo á su vuelta al Interior una vez libre Veracruz; él solo era juez de sus actos; y el Gobierno de Juárez probablemente no habría hecho ni observaciones siquiera á su salvadora desobediencia.

☪ Pero hay más; cuando ya el general Degollado tenía su campamento, no en la hacienda de la Ascensión, sino en Tacubaya y precisamente en víspera de la batalla que comenzó el 10 de Abril, escribió una carta al general Zaragoza (que había anunciado al general en jefe su resolución de retirarse), no sólo invocando el patriotismo del general fronterizo para que no insistiera en su decisión, sino exponiéndole las razones de conveniencia que existían para ello : «De nuestra permanencia en este lugar, le decía, depende el triunfo; si nosotros abandonamos este campo y más por fracciones, seremos alcanzados y destrozados por el enemigo, y libre éste del embarazo nuestro, desde luego socorrerá poderosamente á Miramón, sacándolo de su desastrosa posición y arrojando á las fuerzas constitucionalistas de aquel rumbo, que de otro modo acabarán con él.»

☪ Es verdaderamente incomprensible que el general en jefe no hiciera ni la más ligera alusión á las órdenes de que habla el Sr. Gómez Farfás; darlas á conocer á Zaragoza habría sido el supremo argumento para obligarle á prescindir de su intento. Al contrario, la carta revela palmariamente que, aun cuando no hubiese recibido las órdenes tantas veces mencionadas, Degollado habría permanecido en Tacubaya, juzgando que en sus posiciones del 9 de Abril estaba más al abrigo de una derrota que en la retirada, en que, con sobra de razón, la tenía por indefectible; la carta supone que Miramón estaba á punto de ser aniquilado por las fuerzas constitucionalistas en su retirada, lo cual era falso.

☪ Demos por no hecha, pues, esta tremenda imputación á Juárez, mientras no se publique el documento á que se refiere el Secretario del general Degollado, mientras pueda explicarse el silencio de este personaje para con Zaragoza, y estemos seguros de que esto no será nunca.



☪ La batalla iniciada el diez se consumó el once de Abril. Ya lo dijimos, mayor en número, mejor en calidad, el ejército de Márquez obtuvo la victoria y, según confesión de un importante jefe superior facultativo, el ejército reformista habría triunfado si la unidad de mando hubiera sido efectiva en manos de un verdadero militar; pero Juárez pudo haber hecho de Degollado un caudillo, nunca un general.

☪ A seguida del triunfo, llenas de soldadesca en desorden y enfurecida las calles

Don Santos Degollado

de Tacubaya, Márquez ordenó que fuesen fusilados los prisioneros de categoría : jefes, oficiales, médicos y paisanos. Su parte oficial del combate, dado el mismo día once, no deja lugar á duda ninguna. El general Miramón, que llegó á presenciar el triunfo de su émulo, pudo ordenarle luego el sacrificio de los jefes y oficiales; esto entraba, por cierto, en su política de guerra sin cuartel exacerbada por el completo fracaso de Veracruz; ya Márquez, según él mismo, lo había hecho; pero Miramón seguramente no pensó ni en los médicos ni en los paisanos que, como el Sr. Jáuregui, ni estaban en el campo de batalla, ni tenían connivencia alguna con los liberales, aun cuando participaran de sus ideas; fué la misma atrocidad cometida en Jalisco con Herrera y Cairo. No, no hay necesidad de dividir con otros la responsabilidad del general Márquez en estos actos inhumanos que pusieron en la frente de la reacción la marca de los grupos que están fuera de la civilización. El general Márquez quiso luego arrojar de sí esa responsabilidad, pero en el momento mismo no pensó en eso; al contrario; sus decretos de Guadalajara sentenciando á muerte á todo el mundo, á poblaciones enteras, á burgueses y proletarios, por sospechas, por actos corrientes de la vida que pudieran ser interpretados como hostiles, aunque fuera en idea, al Gobierno de la reacción; decretos que fueron frecuentemente ejecutados con pavoroso celo, lo habían clasificado entre los tipos de presa que engendra el fanatismo, que, por lo hondamente que remueve el barro de las pasiones, saca á la superficie la fiera implacable escondida en el fondo del alma; era un Duque de Alba, un Mouravief, era de esa familia al menos. La Iglesia mejicana lo ensalzó con tedeums, lo embriagó con inciensos, lo cubrió de ósculos (no hacemos frases retóricas, reproducimos LITERALMENTE la verdad de los hechos); ¿qué más quería, qué más quiere? Convencido como debe estar, si es que vive, si es que materialmente vive, de que la ejecución de los médicos de Tacubaya fué un supremo esfuerzo en favor de su religión, morirá creyendo que todo lo sacrificó á sus compromisos con el cielo. Dejemos, pues, entera sobre su cabeza, sobre su tumba, sobre su memoria, la sangre derramada; toda le pertenece, es su patrimonio. No puede esperar, sin embargo, que creamos que es el patrimonio de Abel. Abel vivió poco, Caín fué un longevo.

¶ El partido reformista triunfó con la hecatombe de Tacubaya; hizo lo que los corifeos de las grandes conmociones urbanas : pasear los cadáveres por las calles clamando venganza. El terrible folleto de Zarco, el decreto de Degollado pensionando á los herederos directos de las víctimas en nombre de la República, las descripciones, escritas á sangre y fuego, del horrendo crimen, pusieron las lágrimas en todos los ojos, hicieron vibrar de indignación todos los corazones; pronto tuvieron los mártires una leyenda; las frentes de aquellos muchachos sacrificados irradiaban como los astros al través de la tumba. La reacción, impotente en Veracruz, acababa de ver colocar el reconocimiento de Juárez hecho por los Estados Unidos en los momentos en que Miramón renunciaba al sitio, como un escudo de hierro entre la Reforma y las intervenciones europeas, y, perdida la esperanza por ese lado, se encontraba con que un acto digno de las hordas cuaternarias, convertía la victoria militar de Tacubaya en una inexpiable derrota moral.

☪ Los ejércitos liberales se rehacían en Michoacán, en el Sur de Jalisco, en Zacatecas, en Sinaloa, en la Frontera septentrional. Casi todas las aduanas estaban en poder del Gobierno constitucional; en cambio, el Gobierno de Miramón poseía los centros urbanos de mayor importancia con excepción de Veracruz. La fuerza tornaba rápidamente á equilibrarse. ¿Quién triunfaría? Aquel que tuviera el poder de renovarse.

II. HASTA MAYO DE 1860

☪ Al mediar el año de 59, la guerra tenía el grandioso aspecto trágico de un suicidio nacional. Lo que con ímprobo esfuerzo y gracias á trescientos años de sumisión á un poder central, que representaba el poder absoluto de un monarca, se había mantenido unificado, ahora se desintegraba rápidamente.

☪ Falto de brazos, falta de seguridad, falta de intercambio, el trabajo nacional se había convertido casi en puramente local; apenas fecundizaba la circulación en el cuerpo de la República; ese cuerpo sin nutrición se consumía por agotamiento. El comercio lícito también apenas existía; el contrabando y el fraude lo dominaban; las fuentes normales de que tomaba el fisco sus elementos estaban cegadas: el deficiente, no de los gastos administrativos, que esos estaban abandonados á su suerte, sino de los gastos militares (la nación era un campamento), se cubría con los préstamos forzosos, con las contribuciones extraordinarias, ricas en expoliaciones y vejámenes, con las capturas de CONDUCTAS, con los préstamos al clero por los unos, con las confiscaciones de los bienes de la Iglesia por los otros. Todas estas entradas anormales y facticias formaban un campo de operaciones para el agio, el rey de los fiscos en bancarrota, de los países en desorganización, de las podredumbres sociales, el ave de las tumbas, el TECOLOTL de los supersticiosos aztecas.

☪ Y era un suicidio, porque nadie era capaz de prever el resorte que podría poner en juego la sociedad mejicana para recobrar un momento el imperio de sí misma, para alejar la pesadilla, para despertar, para romper su cadena y marchar; se sentía en el ambiente social una resignación entrecortada por las convulsiones espasmódicas de la guerra; pasadas éstas, todo volvía á la resignación fatalista, á la somnolencia hasta en el odio, á la pereza moral, elemento constitutivo de nuestro carácter.



☪ En todos los Estados de la República batallaban MOCHOS contra CHINACOS, exceptuando en Yucatán, uno de los Estados en que tuvieron su cuna las ideas reformistas y que entonces, ya dividido en dos entidades en combate, y á pesar

de que en él vivía el apego al progreso que le habían infundido en la sangre los Morenos y los Velázquez, se dedicaba más á espiar las correrías de los salvajes mayas que incendiaban las haciendas y maltrataban las poblaciones, manteniendo á la península entera bajo una impresión de terror indecible, que á procurar el triunfo de las ideas nuevas.

Ⓒ El resto de la nación ó luchaba ó se preparaba á luchar; la lucha era social en el fondo, no sólo porque se trataba de una subversión total en el régimen de la propiedad, haciendo desaparecer LA MANO MUERTA y substituyendo á la propiedad en común de los terrígenas, la propiedad puramente individual (que es lo que se ha llamado «el error capital de la Reforma» sin justicia quizás), sino porque la acción, por extremo imprudente y rayana en insensata de los jefes de la Iglesia, se hincaba en el empeño de que la brega política y social tomase, á todo trance, el aspecto de una lucha religiosa; así es que, no sólo la escisión apasionada comenzaba entre grupos diversos de familias, sino en el seno de las familias mismas, en donde entre hermanos y entre hijos y padres tomaban las disidencias un tinte de sangre. Amenazaba, pues, las fuentes mismas de la vida nacional una guerra que se prolongaba sin perspectivas ni de fin ni de transacción. Y esto mismo indicaba el cambio inmenso que se habla verificado en la orientación del sentimiento nacional : mientras lucharon Santa Anna contra Bustamante, Herrera contra Santa Anna y Paredes contra Herrera, el movimiento nacido en los cuarteles acababa con un pacto que daba cabida á todos en el Presupuesto y con unas cuantas ceremonias en la Catedral y el Palacio. Ahora no se veía transacción posible, ni la personalidad de Juárez entraba en la reyerta sino por lo que representaba, ni había ceremonias posibles en la Catedral. La lucha entre el federalismo y el centralismo entraba al segundo término; se trataba de una lid con más altos pendones, la lid entre el Estado y la Iglesia, la constitución de la sociedad laica.

Ⓒ Mas todo ello era profundamente agotante : el trabajo nacional, es decir, la agricultura, la industria, el comercio, la minería, apenas bastaba á las necesidades de la vida nacional.

Ⓒ LAS HACIENDAS, perennemente saqueadas al principio por las tropas en marcha que vivían sobre el país para no morir de hambre, lo fueron luego por las guerrillas y las gavillas de bandoleros, que sabían confundirse con las primeras y con quienes había que hacer pactos y á quienes precisaba servir IGUALAS de ganados, maíz y otros por el estilo, sin contar los tributos de dinero. Algunos hacendados trataban de defenderse; no faltaron heroísmos oscuros en estas defensas contra los ladrones, pero sucumbían siempre; era mejor transigir. Eso sí, ¿se trataba de un reaccionario? La mayor parte de los propietarios lo eran; pues, ¡sus, á ellos! decían los chinacos, y la hacienda expoliada, saqueada, inutilizada, quedaba improductiva para todos, cuando el incendio no la destruía para siempre. ¿El dueño era un liberal? Pues á perseguirlo á muerte, decían los Márquez, los Vicarios, los Cobos, los Callejos, y así era. Resultado general : apenas se sembraba, se cosechaba apenas; las tierras casi siempre permanecían yermas; los peones se escondían, ó se los llevaba LA LEVA ó los arrastraba LA BOLA (tan gráfi-

☪ Los ejércitos liberales se rehacían en Michoacán, en el Sur de Jalisco, en Zacatecas, en Sinaloa, en la Frontera septentrional. Casi todas las aduanas estaban en poder del Gobierno constitucional; en cambio, el Gobierno de Miramón poseía los centros urbanos de mayor importancia con excepción de Veracruz. La fuerza tornaba rápidamente á equilibrarse. ¿Quién triunfaría? Aquel que tuviera el poder de renovarse.

II. HASTA MAYO DE 1860

☪ Al mediar el año de 59, la guerra tenía el grandioso aspecto trágico de un suicidio nacional. Lo que con ímprobo esfuerzo y gracias á trescientos años de sumisión á un poder central, que representaba el poder absoluto de un monarca, se había mantenido unificado, ahora se desintegraba rápidamente.

☪ Falto de brazos, falta de seguridad, falta de intercambio, el trabajo nacional se había convertido casi en puramente local; apenas fecundizaba la circulación en el cuerpo de la República; ese cuerpo sin nutrición se consumía por agotamiento. El comercio lícito también apenas existía; el contrabando y el fraude lo dominaban; las fuentes normales de que tomaba el fisco sus elementos estaban cegadas: el deficiente, no de los gastos administrativos, que esos estaban abandonados á su suerte, sino de los gastos militares (la nación era un campamento), se cubría con los préstamos forzosos, con las contribuciones extraordinarias, ricas en expoliaciones y vejámenes, con las capturas de CONDUCTAS, con los préstamos al clero por los unos, con las confiscaciones de los bienes de la Iglesia por los otros. Todas estas entradas anormales y facticias formaban un campo de operaciones para el agio, el rey de los fiscos en bancarrota, de los países en desorganización, de las podredumbres sociales, el ave de las tumbas, el TECOLOTL de los supersticiosos aztecas.

☪ Y era un suicidio, porque nadie era capaz de prever el resorte que podría poner en juego la sociedad mejicana para recobrar un momento el imperio de sí misma, para alejar la pesadilla, para despertar, para romper su cadena y marchar; se sentía en el ambiente social una resignación entrecortada por las convulsiones espasmódicas de la guerra; pasadas éstas, todo volvía á la resignación fatalista, á la somnolencia hasta en el odio, á la pereza moral, elemento constitutivo de nuestro carácter.



☪ En todos los Estados de la República batallaban MOCHOS contra CHINACOS, exceptuando en Yucatán, uno de los Estados en que tuvieron su cuna las ideas reformistas y que entonces, ya dividido en dos entidades en combate, y á pesar

de que en él vivía el apego al progreso que le habían infundido en la sangre los Morenos y los Velázquez, se dedicaba más á espiar las correrías de los salvajes mayas que incendiaban las haciendas y maltrataban las poblaciones, manteniendo á la península entera bajo una impresión de terror indecible, que á procurar el triunfo de las ideas nuevas.

⊕ El resto de la nación ó luchaba ó se preparaba á luchar; la lucha era social en el fondo, no sólo porque se trataba de una subversión total en el régimen de la propiedad, haciendo desaparecer LA MANO MUERTA y substituyendo á la propiedad en común de los terrígenas, la propiedad puramente individual (que es lo que se ha llamado «el error capital de la Reforma» sin justicia quizás), sino porque la acción, por extremo imprudente y rayana en insensata de los jefes de la Iglesia, se hincaba en el empeño de que la brega política y social tomase, á todo trance, el aspecto de una lucha religiosa; así es que, no sólo la escisión apasionada comenzaba entre grupos diversos de familias, sino en el seno de las familias mismas, en donde entre hermanos y entre hijos y padres tomaban las disidencias un tinte de sangre. Amenazaba, pues, las fuentes mismas de la vida nacional una guerra que se prolongaba sin perspectivas ni de fin ni de transacción. Y esto mismo indicaba el cambio inmenso que se habla verificado en la orientación del sentimiento nacional : mientras lucharon Santa Anna contra Bustamante, Herrera contra Santa Anna y Paredes contra Herrera, el movimiento nacido en los cuarteles acababa con un pacto que daba cabida á todos en el Presupuesto y con unas cuantas ceremonias en la Catedral y el Palacio. Ahora no se veía transacción posible, ni la personalidad de Juárez entraba en la reyerta sino por lo que representaba, ni había ceremonias posibles en la Catedral. La lucha entre el federalismo y el centralismo entraba al segundo término; se trataba de una lid con más altos pendones, la lid entre el Estado y la Iglesia, la constitución de la sociedad laica.

⊕ Mas todo ello era profundamente agotante : el trabajo nacional, es decir, la agricultura, la industria, el comercio, la minería, apenas bastaba á las necesidades de la vida nacional.

⊕ LAS HACIENDAS, perennemente saqueadas al principio por las tropas en marcha que vivían sobre el país para no morir de hambre, lo fueron luego por las guerrillas y las gavillas de bandoleros, que sabían confundirse con las primeras y con quienes había que hacer pactos y á quienes precisaba servir IGUALAS de ganados, maíz y otros por el estilo, sin contar los tributos de dinero. Algunos hacendados trataban de defenderse; no faltaron heroísmos oscuros en estas defensas contra los ladrones, pero sucumbían siempre; era mejor transigir. Eso sí, ¿se trataba de un reaccionario? La mayor parte de los propietarios lo eran; pues, ¡sus, á ellos! decían los chinacos, y la hacienda expoliada, saqueada, inutilizada, quedaba improductiva para todos, cuando el incendio no la destruía para siempre. ¿El dueño era un liberal? Pues á perseguirlo á muerte, decían los Márquez, los Vicarios, los Cobos, los Callejos, y así era. Resultado general : apenas se sembraba, se cosechaba apenas; las tierras casi siempre permanecían yermas; los peones se escondían, ó se los llevaba LA LEVA ó los arrastraba LA BOLA (tan gráfi-

camente descrita por Emilio Rabasa), la revuelta, lo que la insurgencia del año de 10 reveló á los mejicanos como propio de su sangre: el gusto por el desorden, por la aventura, por la protesta armada contra toda autoridad y toda ley.

☪ Y así, el propietario ausente, los labriegos ausentes, la producción restringida al *MÍNIMUM*, el país estaba á dieta, estaba en agonía; se conservaba en pedazos: en los intersticios de estos trozos de vida fragmentaria había soledades en que reinaban el abandono y los salteadores de camino.

☪ Esta falta estupenda de seguridad en los caminos, que convertía el asalto del foragido en peripecia obligada de todo viaje, al grado de que cuando se realizaba alguno sin el accidente consabido, era celebrado como milagro y por ello se colgaban *EX-VOTOS* en los altares; esta inseguridad, que, con la *ALCABALA* de la autoridad y el peaje del guerrillero, formaba un doble sistema de impuesto agotador del precio posible de la mercancía, que cuando llegaba el momento de la oferta su valor era tal, que la demanda se retraía hasta desaparecer casi por completo, esta inseguridad gobernaba todo el régimen circulatorio y nutritivo de la República, todo el movimiento mercantil. El movimiento interior, por ende, era cada vez más corto, más parcial, más local; no había fábricas: un poco de manta de algodón, algo de tejidos de lana y pequeñas industrias locales, á domicilio, puede decirse, los rebozos, los cueros; todo ello servía para cortos consumos. Los productos naturales, los azúcares, las panelas, los aguardientes, los mezcales, los pulques, el maíz, llegaban al centro trabajosa, lenta, pesadamente algunos, otros se detenían en los límites de los distritos productores; no circulaban. La exportación era de plata de las minas, moneda ó barras, porque la grana, el añil, el palo de tinte, puede decirse que habían muerto. La minería, fomentada por el capital extranjero y bajo su salvaguardia, vivía en poblaciones á guisa de reductos feudales, acorazada por el miedo á las reclamaciones diplomáticas, por el respeto al extranjero cuando no era español, se entiende. La plata salía en forma de *CONDUCTAS*, frecuentemente expuestas al secuestro de los jefes de los partidos en lucha.

☪ La importación, que no podía hacerse por contrabando y se hacía generalmente por fraude aduanal, venía castigada en los puertos (casi siempre en manos de los reformistas) por un primer gravamen, y en las ciudades centrales (casi siempre en manos de los reactivos) soportaba un segundo impuesto, una nueva tarifa de un arancel arbitrario, y á pesar de eso pasaba sin sucumbir, gracias frecuentemente á que las conciencias de los aduaneros no eran compactas telas de honradez, sino flojas y usadas mallas.

☪ La penuria era inmensa; cada porción del país apelaba á sus propios recursos; se aferraban en las aduanas los reformistas, y depreciaban, para malbaratarlos y convertirlos en recursos pronto, los bienes de la Iglesia que estaban á su alcance; eso en cada Estado, en cada ciudad que entraba en su radio de acción. Los reaccionarios en cada Departamento (cada entidad era Estado y Departamento á la vez) se agarraban á las fortunas de los particulares y las sacudían hasta dejarlas sin frutos y sin hojas, y manifiesta y descaradamente trataban de matar, en su tutelada la Iglesia, la gallina de los huevos de oro. Entonces asomaron las transacciones tremendas para no morir de hambre, y se brindó Méjico á los prín-

cipes europeos y se sacrificaron nuestros derechos en el tratado Mon-Almonte, y para obtener una defensa contra las intrigas intervencionistas de los reactores, el Gobierno de Veracruz apeló al tratado Mac Lane, uno de cuyos objetos fué proporcionarse dinero en los Estados Unidos, dejando la nacionalidad expuesta á ser reducida á jirones. En Méjico la regalaban, en Veracruz la empeñaban. El siniestro contrato Jecker es el tipo del negocio de agio llegado al colmo; no se habla ido más allá en ninguna parte.

Ⓒ Los ejércitos organizados por los reactores en torno del núcleo del ejército permanente que les proporcionó el motín de Tacubaya, surcaban el Bajío, dominaban los valles de Puebla, de Toluca, de Oajaca, y por un extremo tocaban los límites de las tierras templadas en el camino de Veracruz y por otro se adelantaban á veces hasta Colima y Tepic, constantemente amagado por las hordas primitivas de Lozada, semejantes á los chichimecas precortesianos. En derredor de ellos, al margen, pululaban las guerrillas liberales en que la blusa roja se habla generalizado y las gavillas vestidas de cuero. De estas grandes bandas, las más afamadas por su número y poder y por el siniestro prestigio que les daba el terror de las poblaciones, eran en el Occidente la de Rojas, que ya era una guerrilla suelta, capaz de golpes audacísimos, ya un escuadrón de lanceros en la división de Jalisco. En el Oriente el rey de las llanadas de la región del pulque era Carbajal. Se contaban de ellos cosas horribles; pero no habla necesidad de exagerar nada; los hechos eran en buena parte ciertos; poblaciones incendiadas (como Mascota), haciendas desmanteladas y vaciadas, secuestros de personas á quienes se obligaba á rescates excesivos, familias sin cesar amagadas por la violencia, el estupro, el asesinato, que luchaban para irse abriendo paso entre los foragidos rumbo á las grandes capitales, hacia las cuales cada vez se acentuaba con más fiebre el éxodo de la población rural : éste era el cuadro. Y habla la circunstancia de que Carbajal perseguía de preferencia á los españoles; GACHUPÍN que caía en sus manos, ó pagaba un fuerte rescate ó moría, y QUE REPRESENTA DESPUÉS, repetía el bandido riendo á mandíbula batiente. Rojas perseguía á los clérigos : los robaba, los mataba, los hacía rapar y marchar en las filas. Los clérigos eran LA BESTIA NEGRA de aquel gran diablo rojo, ajeno al miedo y á la piedad como pocos. Por supuesto que los guerrilleros y CABALLEROS reaccionarios no les iban en zaga, y desde Lozada en Tepic hasta Cobos en Oajaca habla un flujo y reflujo de bandidaje que dejaba sin savia y sin valor para nada á la Patria expirante.

Ⓒ De este pantano, en que entraba en descomposición pútrida el organismo nacional, surgía el germen de muerte que se apoderaba de las almas. El microbio mental de aquella época era LA INTERVENCIÓN; en una forma ó en otra se ocurría á todos que la guerra no podía tener fin sino por agotamiento de los combatientes y por disolución de la República. Sólo de fuera podía venir el remedio, sólo de fuera. «Una monarquía sostenida por Europa, decían los unos; D. José M. Gutiérrez Estrada tenía razón desde el año de 40. Ahora tiene razón el padre Miranda; la tiene el currutaco D. José Hidalgo; la tiene Bonilla; la tiene Monseñor (así se empezaba á decir) Labastida; la tiene el partido conservador.» Y los liberales : «Todos los liberales creíamos que sólo con el auxilio de los americanos

se podía concluir aquella situación; y si hubiesen venido, con tal de que se nacionalizasen mejicanos y se les diesen terrenos baldíos en pago, habrían sido bien venidos.» Así pensaban Zarco y Lerdo y casi todos los reformistas exaltados; y así se pensaba en Veracruz, que, después del fracaso de Miramón y con la presencia del ministro de los Estados Unidos Mac Lane, era el punto de cita de muchas notabilidades reformistas. Con evidencia entera, y éste es el infalible resultado de toda guerra civil que dura, el concepto de la Patria, de una abstracción superior, de una idea-fuerza á la que es preciso sacrificar los intereses más caros de los partidos, se velaba y alejaba en la mente de los luchadores de aquella época de tormentoso crecimiento. Pasaba al segundo término; vivían en el primero intensamente la religión y la reforma, las dos enemigas hereditarias.

☪ Y todo ello habría constituido un grupo de síntomas mortales por esencia, si al mismo tiempo el pantano no hubiese sido oreado de continuo por un soplo de fuego: el de las ideas en lucha convertidas en pasiones y purificando el inmenso campo de batalla con la electricidad de una deshecha tempestad que acercaba los corazones, que ponía en contacto las almas, y al grito de «combatimos por nuestras creencias» pronunciado sin cesar en el campo negro, respondía el de «combatimos por nuestros ideales» en el campo rojo.



Miguel Lerdo de Tejada, cuando se tocó á dispersión en el centro de la República á consecuencia de la rota de Tacubaya, dejó su puesto de agente de conspiraciones y se encaminó á Veracruz pasando por algunas ciudades del interior. Dondequiera dejaba la buena simiente, esta idea: «Ha llegado el tiempo de formular la Reforma como la ley suprema del país. La base de la Reforma tiene que ser la independencia de la Iglesia y el Estado y la confiscación de los bienes del clero.» Cala esa semilla en terreno admirablemente preparado. Y cuando poco menos de dos años después, en el cementerio de San Fernando, el ministro de la Guerra de Juárez triunfante clamaba con la voz aguda y cadenciosa, que recordaba un poco á los predicadores de provincia, ante el féretro del gran reformador muerto dos días antes: «¿Recuerdas, Lerdo, cuando en las calles de Zacatecas hablábamos de libertad y reforma?», indicaba la huella, el surco que la convincente manera de raciocinar del gran ministro dejaba dondequiera. Lerdo llevó á Juárez esta conclusión: Si Vd. no decreta la Reforma, la Reforma se decreta sola. En efecto, el país entero estaba ya precipitado en ese camino; era la indeclinable consecuencia de la guerra; Vidaurri, González Ortega, Ogazón, con la venia parcial de Degollado, y los otros por su cuenta y riesgo habían decretado la nacionalización de los bienes del clero, la supresión de las órdenes monásticas y la creación del registro civil (González Ortega en Zacatecas, días antes que se decretase en Veracruz al mediar el año de 59), y todos estos decretos se llevaban á la práctica; pero el programa en que se informaban era, por su importancia general, por la necesidad de uniformar en toda la República los procedimientos

de ejecución de tamañas medidas en el orden político (independencia de la Iglesia y el Estado), en el económico (nacionalización de los bienes del clero) y social (matrimonio civil, etc.) una materia federal, y así lo había reconocido el constituyente respecto de las leyes iniciadoras del movimiento (Ley-Juárez, Ley-Lerdo, Ley-Iglesias). La Constitución presentaba para la federalización de las leyes de Reforma esta dificultad: la reserva á los Estados, de cuanta facultad no esté puntualizada como federal en la Constitución. En virtud de su omnipotencia legislativa, pues que ni en los Estados ni en el Centro había legisladores, Juárez pudo pasar sobre esto como medida de alta política é hizo bien, puesto que era necesario; pero esta circunstancia quitaba á la legislación reformista su carácter normal; el único remedio consistía en incorporarla á la Constitución misma, y eso explica el supremo empeño de Juárez por llegar á este fin, que ya casi había alcanzado cuando le sorprendió la muerte.

☪ En Veracruz se habían dado cita cuantos creían que había llegado el momento de dejar flotando sobre el país únicamente el color rojo de la bandera nacional: Lerdo hablaba de la transformación económica suprimiendo para siempre los bienes de mano-muerta, pero ya no dejándoselos al clero en forma de riqueza circulante, como había hecho él mismo en su primera ley, sino privándolo de todos sus bienes, en castigo de su rebelión declarada y resuelta contra las instituciones fundamentales del país, y afirmaba que esta masa de riqueza nacionalizada podría servir de base para un empréstito negociado en los Estados Unidos, que proporcionase recursos con el fin de terminar la guerra; los adjudicatarios, no sólo cuantos habían hecho operaciones de desamortización por cuenta de la Ley-Lerdo (operaciones en que el clero había intervenido muchas veces clandestinamente), sino los nuevos, los aspirantes á hacer su agosto en Veracruz con la nueva Ley de nacionalización, que, dado lo incierto y precario del triunfo, reduciría sus exigencias en proporción del riesgo y cambiaría la mayor parte de la propiedad territorial de la nación, al secularizarla, por un plato de lentejas, y puede decirse que esto sucedió. Otros, los políticos, demostraban fácilmente que la nacionalización crearía intereses tan necesitados del triunfo de la Reforma, que forzosamente colaborarían en él, por el eficazísimo modo que suelen los intereses particulares cuando con los políticos se unimisman.



☪ Lo que se ha llamado el Código de Reforma, ó más usualmente LAS LEYES DE REFORMA, sin que, dada su importancia suprema en nuestra historia, á nadie se le haya venido en mientes darles, como á otras leyes parciales, nombre de persona alguna (que sería como si á la Constitución de cincuenta y siete se llamase Constitución León Guzmán, que la redactó definitivamente, ó Constitución Comonfort, que fué quien la promulgó); las leyes de Reforma, decimos, estaban desde el año de cincuenta y ocho, no sólo en la voluntad de Juárez y de sus compañeros de Gobierno, sino EN LOS PAPELES de Juárez, de Ocampo y de Ruiz (y aquí

se puede decir con toda seguridad : lo afirma Ocampo, luego es verdad). Los tres se habían comunicado sus opiniones y discutídolas; probablemente habían venido á un acuerdo poniendo Ocampo en ellas su espíritu social y humanitario, Ruiz sus excelentes dotes jurídicas y Juárez su gran prudencia, su deseo de que la obra resultase sólida, de no dar un paso en falso. Esas cualidades de carácter eran cualidades presidenciales en grado superlativo. Un jefe de partido puede ser de actos primos, de arranques, de impulsos. Un jefe de nación ni puede, ni debe ser así; para gobernar á los otros es preciso gobernarse á sí mismo.

¶ Juárez y Ocampo creían que el momento en que la revolución reformista se acercase al triunfo cierto, era el que convenía para la expedición de las leyes nuevas. Se ve claro el motivo, ni podía ser más justo ni más políticamente acertado. La reacción y la masa general del clero, apellidaban la guerra UNA GUERRA DE RELIGIÓN; sostenían á porfía que puesto que todo el ataque se dirigía á la Iglesia, era el catolicismo el combatido; en defensa del catolicismo había que luchar, pues, PRO ARIS ET FOCIS, como decía en su divisa el periódico LA SOCIEDAD, el más templado, el mejor escrito, el menos dañoso de los órganos conservadores, dirigido por D. José M. Roa Bárcena, un sectario, ciertamente, pero hombre de gran inteligencia y de alto y sereno patriotismo. El temor gravísimo de Juárez consistía en que el clero y la población católica, en una inmensa mayoría, asintieran plenamente en la necesidad de una guerra santa, de una contienda religiosa. Realizar la Reforma que desarmaba á la Iglesia, que la privaba de sus bienes y de su tutela moral sobre el Estado, sin herir á fondo el sentimiento religioso, era una gran preocupación para el Presidente. Y basta que así haya pensado para clasificarlo entre los verdaderos hombres de Estado.

¶ Ninguno que merezca este nombre ha provocado la reacción del sentimiento religioso, sin haberse arrepentido de ello; pueden entrar en riña dos fases del sentimiento religioso, como sucedió en el siglo xvi en los países germánicos y en Francia, y al fin sobreponerse el de la mayoría después de desastrosas lides; pero querer someter una creencia religiosa á una necesidad política ó económica, por ingente que sea, es locura; ni al cabo lo lograron los Césares, ni Luis XIV, ni Napoleón, ni Bismarck; todos han acabado por una transacción, por edictos de tolerancia, por meaculpas, por concordatos, por coqueterías con el Papa. Los constituyentes nuestros, convencidos, en el fondo de su conciencia, de que la Reforma y el catolicismo se animaban por principios irreconciliables, quisieron mostrar que se atenían, á pesar de todo, al supremo fundamento de la religión, y comenzaron su obra invocando á Dios para dar al credo político y social que promulgaban un tinte dogmático que pudiera colocar en el combate que presentaban, porque todo lo presagiaba, no una bandera frente á otra, sino lábaro contra lábaro, de un lado una cruz, del otro un alfabeto.

¶ Las prédicas de Ignacio Ramírez, la atmósfera satánica que lo rodeaba, lo inflexible de su dialéctica que, unida á su áspero sarcasmo, parecía hierro y carbón unidos para producir la piqueta de acero con que lo despostillaba todo y tendía á demolerlo todo, enardeciéndose en su obra hasta llegar á las cimas excelsas de la elocuencia; la clarividencia de Ocampo, que se empeñaba en trazar el derro-

Ignacio Ramírez

tero social de la revolución reformista, porque sin ese carácter ni la comprendía ni la amaba (un socialista un poco lírico, un poco inconsecuente, como eran casi todos los engendrados por la revolución de 48, eso era Ocampo); la pasión de Ocampo, que decía á Juárez en un documento célebre : «El becerro de oro es el último Dios que le falta á la humanidad que combatir y que desacreditar. Por fortuna se encuentran ya muchísimos que piensan que el dinero no es Dios y que, si es útil para muchas cosas, nada tiene de respetable»; palabras de apóstol, sin duda, no de hombre avezado á la realidad, como lo era Lerdo, porque el dinero cuando es de veras útil es de veras respetable; los discursos de Cruz Ahedo, de Mendoza y Baz en Michoacán, las inflamadas y un poco absurdas arengas de González Ortega y, en torno de ellos, una nube cargada de todas las fulminaciones, de todas las amenazas, de todas las blasfemias, de todos los estímulos y de todas las marselesas; todo esto, apóstoles, filósofos, oradores, poetas, todo no había sido bastante á mermar el catolicismo nacional. Había sido parte, eso sí, y magna, en la formación de un grupo de pluma y armas á la vez, que había llevado al paroxismo de la pasión la defensa de las ideas nuevas, que se sentía capaz de sacrificarse por ellas, y dejando á los negociantes, á los publicanos del liberalismo, á los que veían en la revolución un medio de llegar á LA ADJUDICACIÓN, afrontaban las persecuciones, los calabozos y los cadalsos, y entraban en los campos de batalla con un gran calor de hoguera en el corazón y un gran fulgor de ideal en el alma.

☪ Esos núcleos son admirables en las revoluciones; después trastabillan y caen y arrastran en su caída á muchos, porque creen en la posibilidad de realizar instantáneamente sus ideales; los gobierna la lógica inflexible pero IRREAL del sentimiento. Pero en la hora sombría de las batallas decisivas, ellos son los que arman á las revoluciones con el arma incontrastable del triunfo, con las ideas transformadas en pasiones.

☪ Para Juárez, y sabiamente lo acordó así, la legislación reformista era inevitable cuando suficientemente quebrantado el poder militar de los reactivos, la predicación de la guerra santa, que inevitablemente seguiría á la promulgación de lo que llamaban los reaccionarios EL CÓDIGO DE SANGRE, no pudiera tener un suceso tal que multiplicase la fuerza de resistencia del reparo tras el cual la reacción se debatía furiosa; fácil era pensar que la Iglesia al sentirse confiscada, expoliada, reducida á la miseria (así lo creía el clero) sacrificase el todo por el todo, y entre dejarse robar, como decían los periódicos de Méjico y Guadalajara, por los adjudicatarios, y robarse á sí misma para entregarlo todo á Miramón, ni podía vacilar, ni vacilaría. En todo esto había que pensar, y Juárez pensaba, no en aplazar indefinidamente la Reforma, sino en esperar el momento oportuno de definirla legalmente : nadie ha negado á un gobernante el derecho de escoger el momento oportuno para tomar una determinación; sólo los implacables censores póstumos de Juárez, resueltos á encontrar todo pésimo en el adversario que han engendrado y documentado al margen de la Historia, han podido hallar en esto tela para bordar un furibundo cargo.

☪ No sólo Juárez, sino Ocampo; este reformista, radical como era, enemigo por

temperamento de las resoluciones á medias, que deseaba con infinita vehemencia el triunfo de sus ideas hasta el grado de confundir la noción del deber patriótico y la del deber político, Ocampo también opinaba por no precipitar nada. Ocampo era el sociólogo de la Reforma; lo que concebía era perfectamente justo y bueno; la Reforma reducida á legislación aplicable antes del triunfo, pensaba, es la riqueza nacionalizada puesta en manos de LOS ACAPARADORES, equivale á hacerla para unos cuantos; el pueblo mejicano se habrá desangrado para enriquecer á una cuadrilla de pillos (decía y redecía este vocablo fustigante), mientras que al día siguiente de establecido el Gobierno en Méjico, las cosas pueden tomar otro camino : la Reforma puede enderezarse al beneficio de muchos, y repartirse entre un gran número de agricultores los bienes del clero, que era un simple administrador y usufructuario de riquezas que rigurosamente no eran de nadie, pues que eran de las almas.

Ⓒ Ocampo habría querido que la nacionalización hubiese producido en Méjico los mismos efectos que en Francia : la creación, ó por lo menos la consumación del movimiento que llevó la riqueza rural francesa á una clase numerosa de pequeños propietarios; esta dislocación de la propiedad territorial fué la magna obra social de la Revolución; ella formó otra clase burguesa adicta á las ideas nuevas, porque con ellas estaban vinculados sus intereses. Y esto era lo que Ocampo quería y por esto deseaba aplazar la promulgación de las leyes. De aquí, el choque sordo con Lerdo de Tejada. Para Lerdo, hombre acostumbrado á basar lucubraciones sobre datos, sobre guarismos, con mayor ó menor acierto manejados, las ideas de Ocampo eran apenas realizables; Ocampo era un poco visionario.

Ⓒ Lo preciso, lo urgente era precipitar la promulgación de la Reforma, entre otras cosas, porque así las operaciones que hacían todos los jefes revolucionarios con los bienes del clero mermando el tesoro de la nación entera, se contendrían, y el gigantesco despilfarro autorizado en todos los ámbitos del país, no seguiría produciendo los males que ya había producido, muchos de ellos irreparables.

Ⓒ Pero Lerdo no daba á este modo de considerar las cosas una importancia principalísima; su mira consistía en negociar con la garantía de los bienes nacionalizados un empréstito en los Estados Unidos; con el dinero que así se obtuviera se podrían dar los golpes de gracia á la reacción, porque se podría armar un gran ejército liberal. Ocampo no tenía confianza alguna en el buen éxito de esta tentativa; comprendía que reducida la garantía á PAGARÉS castigados forzosamente en un tanto por ciento que sumaría una crecidísima cantidad, valdría poco, sin tener en cuenta que el valor de la riqueza de manos-muertas había sido inconsideradamente exagerado. En todo lo cual no se equivocaba EL VISIONARIO, como los hechos lo comprobaron luego. Mas para EL ESTADISTA que, poco después de su llegada á Veracruz, ocupó el Ministerio de Hacienda (lo que era indicio de que el Presidente adoptaba su modo de ver), la operación financiera con nuestros vecinos debería ir aparejada con una muestra absolutamente clara de la buena voluntad del Gobierno mejicano hacia los Estados Unidos, cuyo temporal protectorado no era asunto excluído de las consideraciones á que se prestaba una

cuestión que parecía sin salida, en muchos de los círculos liberales. De aquí nació el pseudo-tratado Mac Lane.



☞ Entre Ocampo y Lerdo surgió desde entonces una aversión no siempre latente y que después del triunfo reformista estalló en violenta polémica, emprendida por ambos cuando no podían imaginar que se hallaban á la orilla de sus sendas sepulturas. Pero, sin que sea nuestro propósito exagerar nada, ni exaltar á nadie, conviene mostrar la llaneza con que, tanto Juárez como Ocampo, no sólo no crearon obstáculos al programa de Lerdo, sino que pusieron toda su buena voluntad en colaborar con él y coadyuvar en sus designios, y en aquellos tiempos anárquicos en que parecían haberse desatado todas las pasiones y evolucionaban en libertad, ¿no fué ésta una prueba de que en las grandes crisis religiosas ó políticas se llega, casi sin esfuerzo, á la cima de los más encumbrados sentimientos morales de que nadie se hace un pedestal, y que por más que son de primer orden, porque importan sacrificios de convicciones, de amor propio, que pueden reputarse inmensos, se realizan, los realizaron Juárez y Ocampo, noble y simplemente? Ni alusión hicieron á ellos.

☞ Fué D. Santos Degollado quien resolvió el problema imponiendo su convencimiento apostólico á Juárez, á Ocampo, á quien entrañablemente amaba. Degollado traía, digámoslo así, el ambiente mismo de las luchas sin resultado, de las batallas sin tregua, de la desesperación de las víctimas, de la exasperación de los combatientes. Cuando Mac Lane decía á Juárez, en su discurso de presentación oficial, que el Gobierno de los Estados Unidos había llegado á comprender que la mayor parte de la nación estaba con el Gobierno liberal, los periódicos reaccionarios se entretuvieron en enumerar las poblaciones de importancia en que dominaba el ejército de Miramón; pero, á pesar de eso, tenía el plenipotenciario razón, gracias á los milagros de Degollado : quien encuentra en cada derrota el modo de rehacerse, de reorganizarse, de mejorarse, indica que el país es para él una especie de inagotable RESERVA, en donde se podían tomar á manos llenas soldados y recursos; que habla en la nación una materia prima de donde surgían sin cesar los elementos de renovación que permitirían á los reformistas durar más que sus adversarios.

☞ Degollado dirigió, en el siguiente mes del desastre de Tacubaya, una circular á los gobernadores en que expresaba precisamente esa necesidad de renovación que permitiría acabar con los reactivos, para lo cual necesitaba elementos que sólo podrían encontrarse en LA FUENTE DEL PODER CONSTITUCIONAL y, CON SU AUTORIZACIÓN, EN EL EXTERIOR. El documento cuidaba de puntualizar los dos mantiales de fuerza para la reacción : los bienes del clero y los de los grandes propietarios (lo que sólo era cierto GROSSO MODO, porque estos recursos, mermados á porfía por entrambos partidos, eran cada vez más exiguos). Al mismo tiempo mostraba la situación pecuniaria de los ejércitos reformistas, á quienes, una vez agotados los productos de los préstamos forzosos y del tráfico interior, de suyo

escasos, nada quedaba y marchaban á la guerra con generales que, para buscar el pan del soldado al día siguiente, tenían que mezclar las preocupaciones tácticas á las financieras, lo cual les quitaba el dominio de sí mismos, indispensable para asegurar la victoria. La explicación de los reveses de Ahualulco, San Joaquín y Tacubaya estriba en el hecho apuntado. Los reaccionarios pagados y nutridos, los liberales famélicos y sin esperanza de prest. Demasiado era, agregaba, que en estas condiciones los liberales hubiesen podido dominar los puertos, ganar batallas y mantenerse en posesión de las tres quintas partes del territorio nacional que de buen grado aceptaban el régimen legítimo, que por fortuna reconocía ya el representante de los Estados Unidos. La guerra se prolonga, entre tanto, y el país se agota; precisaba, pues, á Degollado, «ensanchar su esfera de acción y levantar su espíritu á la altura de las circunstancias y de las necesidades públicas» para cumplir su misión, que sintetizaba así con noble osadía: «pacificar la República de modo que no se aniquile con los esfuerzos que hace el pueblo para recobrar su libertad y sus derechos conculcados.»

¶ Hay en este documento, por tantos títulos interesante, la afirmación de un hecho á que hemos aludido ya y que hoy puede, por legítimas inferencias, considerarse como cierto: el Gobierno de Miramón solicitaba un príncipe extranjero, como lo comprobaba una correspondencia, interceptada, entre Gutiérrez Estrada, el patriarca del monarquismo, y el padre Miranda. No había, pues, tiempo que perder; necesitaba Degollado proveerse de recursos para las campañas supremas; sería corta su ausencia, tuviera ó no buen éxito; entretanto los gobernadores podrían concertarse entre ellos y con los jefes militares, eligiendo para el mando superior al más digno.

¶ La verdad era que, como lo revela de un modo gráfico la recomendación de Degollado, el predominio de los reaccionarios en el Bajío y la ampliación del radio de sus operaciones en torno de Puebla, Méjico, Querétaro, San Luis, León y Guadalajara, había dividido en fracciones incoherentes á las fuerzas reformistas; de lejos, y aunque de muy buena voluntad, sin serles posible atenerse á órdenes continuas de su parte, reconocían la autoridad de Degollado, y, por encima de todo, la de Juárez; pero la falta material de contacto hacía nominal esta unidad de obediencia, y en la ausencia de Degollado el riesgo iba á ser mayor: ó que ningún gobernador ó jefe de fuerzas importantes consintiera en someterse á otro, ó que se rehiciera la COALICIÓN del día siguiente del Golpe de Estado, y el país liberal tuviese dos centros de gobierno. La necesidad que Degollado tenía de ponerse en acuerdo íntimo con el Jefe del Estado y la de obtener medidas decisivas era tal, que no vaciló. Y, para honra del partido reformista armado, debemos decir que estos peligros no aparecieron; bastó la pasión por los ideales reformistas, el patriotismo y el buen sentido de aquellos exaltados para conjurarlos en germen. Cuando volvió Degollado se encontró con que los fragmentos del ejército en todas partes crecidos podían reunirse ya.



☛ Degollado se puso en camino por Manzanillo al istmo de Tehuantepec; logró desembarcar en La Ventosa, en donde se encontró con un joven oficial á quien se había confiado el gobierno de Tehuantepec y en quien tenía singular confianza el Presidente Juárez; el nombre del oficial era Porfirio Díaz. Á él se confió Degollado, con él se instaló en Tehuantepec y, acompañado por él hasta cerca de Coatzacoalcos, se embarcó en este puerto para Veracruz en compañía del general D. José Justo Álvarez y del coronel D. Benito Gómez Farías.

☛ Hervía Veracruz en opiniones, en exigencias, en consejos, en proyectos, en amenazas, en codicias, ambiciones é intrigas; el calor sofocaba, la fiebre amarilla hacía estragos; pero esto á nadie atemorizaba, todos esperaban la palabra definitiva de Juárez; los periódicos subían día á día el tono de sus interpelaciones, de sus **DESIDERATA**; se hablaba de que Lerdo y Ocampo no podían entenderse, de que el primero urgía y, ayudado por Gutiérrez Zamora, el gobernador de Veracruz, árbitro, hasta cierto punto, de la situación (era el dueño de la casa), ponía plazos perentorios, é impaciente con lo que ellos llamaban **LA INDECISIÓN DE D. BENITO**, querían forzarle la mano y tratarlo como si fuera **CANTIDAD DESCUIDABLE**. ¿Qué había en el fondo de todos estos rumores y murmuraciones que han asomado la nariz por las cocinas de la Historia? La verdad es que lo exiguo de la ciudad, la vida de reunión hecha perpetuamente en la calle esperando un poco de brisa, en los cafés tomando refrescos, la libre locuacidad de los veracruzanos, generalmente espiritual y regocijada, invitaba al cuento, á la charla, al comentario; aquello era una **GACETILLA** perpetua que rodaba por las plazas, los zaguanes de las casas de comercio y los paseos, en el muelle ó en los suburbios, menos calientes y más cargados de vegetación y de aromas, de olas y flores, que en sus moléculas llevaban la inspiración á los ardientes copleros de los bailes populares, perennemente rimados por el monótono y voluptuoso balanceo de las jorchas de Medellín, la de las alegres fiestas.

☛ Los polítics no cejaban : Guillermo Prieto, enfermo, salpicaba de poesía y humorismo los corrillos de los recién llegados; Romero Rubio hablaba en nombre de los liberales de la capital, que eran adictos fervientes del modo de ver de Lerdo; Juan José de la Garza, que había llegado en una mala canoa de Tampico para unir sus ruegos á los de Romero Rubio; Ramírez, que personificaba el pensamiento más alto de la Revolución. Y con ellos el clan terrible de los negociantes muy ávidos, pero sin los cuales es probable que los franceses de la Intervención hubiesen encontrado buena parte de los bienes nacionalizados en poder de la Iglesia todavía.

☛ Llegó Degollado; él sí no era interesado ni interesable; su avidez era otra; consistía en poner en manos de la Revolución el arma de que se iba á despojar al clero. Él traía la voz del ejército, la voz de los que se sacrificaban de veras, de los que andaban descalzos y hambrientos por los inmensos lodazales del Bajío, y entraban en campaña sin pan y á las batallas sin municiones; los jefes de estos hombres pedían que se les dejara hacer la Reforma : «déjeme Ud. hacerla, decía Degollado á Juárez, publicar las leyes nuevas, y si no dan resultado mándeme Ud. procesar.» Ogazón, González Ortega, Vidaurri, Garza, Huerta, todos han de-

cretado la secularización de los bienes de la Iglesia ó de hecho los han secularizado; corre la Nación el riesgo de no aprovechar nada de este cambio de centro de gravedad de la riqueza pública. Los jefes y los partidarios reflexivos se desconciertan pensando en que á otro día de la victoria, en que todos creen firmemente, quedaría vigente la primitiva ley de desamortización que en realidad, como Ocampo había dicho muy bien, hacía al clero rico legalmente de una fortuna que legalmente no le pertenecía, aumentándola por extremo (lo que habría creado una situación sin salida para la Reforma, si hubiese habido en el clero mejicano una sola inteligencia política en el alto sentido de la palabra). Y á esto nadie se resignaba; esto traería el desaliento y quizás la rebelión. Y ésta era la verdad; de seguir el plan de Ocampo, muy humanitario y lógico por cierto, pero que no tenía en cuenta la realidad circunstante, el plan de aplazamiento hasta que pudiera hacerse normalmente la distribución de la riqueza confiscada á la Iglesia, entre la clase desheredada (la rural principalmente, la predilecta de Ocampo) y constituir una clase media de raíz agrícola, que habría sido el mejor apoyo de las instituciones nuevas; de seguir, decimos, este propósito digno de los Graccos, pero impracticable en las condiciones del país, que sentía una infinita necesidad de paz inmediata, el ejército habría asumido un carácter de resistencia invencible á la ley; á la negativa de Juárez de promulgar la Reforma, habría respondido González Ortega con un grito de revuelta en Zacatecas, secundado instantáneamente por Vidaurri, Ogazón y Huerta quizás. Tal vez el jefe civil de esta revolución de radicales habría llegado á ser Lerdo de Tejada, porque Degollado permanecería fiel á la bandera legal. La perspectiva de una rebelión y el nombre de Lerdo, que causaba naturalmente á Juárez el sentimiento de recelo y desconfianza con que veía todo lo que amenazaba su poder y que se ocultaba en la astucia innata del gran indígena, pero era perfectamente positiva (dejando á un lado lo que tenía de humana en general, de india en particular y de tzapoteca en especial), arrancó al fin su consentimiento para precipitar la promulgación de las leyes nuevas.



☪ Fué el anuncio un gran manifiesto de Juárez á la Nación. El mismo día (7 de Julio de 59), según unos, cinco días después, según otros, el dictador militar de Méjico lanzaba otro; éste fué, probablemente, obra de un joven flamante ministro de Miramón, del licenciado Isidro Díaz, conservador ilustrado que no desconocía las necesidades del mundo moderno, aunque sus principios religiosos eran muy firmes, y que, á pesar de sus estrechas relaciones con muchos liberales, se vió obligado á su pesar á entrar en la política activa, por amistad hacia Miramón. El manifiesto de Miramón se colocó en una situación personalísima; los conservadores netos no le perdonaban la especie de desdén juvenil con que había sacudido su tutela (el presidente de los conservadores era el general Zuloaga, una especie de Bustamante de tercer orden); los obispos, á pesar de sus declaraciones

de fe, de sus protestas fríamente apasionadas de amor por la Iglesia y de acatamiento á sus preceptos, veían por encima del hombro á aquel políptico y militar precoz, que no tenía inconveniente en afirmar que la Nación entera atravesaba una crisis, una revolución (era ésta su palabra), que ni era posible desconocer, ni dejar de satisfacer las necesidades que la habían originado, en cuanto fuera justo; el joven Macabeo (como había llamado á Miramón un obispo de chabacana elocuencia, con regocijo de los puros que habían hecho de la designación un mote burlesco) también hablaba de que era imposible desconocer que la ley de desamortización había creado una nueva situación social : «un elemento poderoso enardece la lucha desoladora que sacrifica la República, decía Miramón; hablo de los intereses cuantiosos creados como consecuencia de la funesta ley de 25 de Junio de 1856; reconozco la nulidad de esa ley; protesto por mi honor el más alto respeto y la más segura garantía á los intereses de la Iglesia; protesto por mi honor que no seré yo quien mengüe en un solo centavo sus riquezas; protesto sostener vigorosamente sus prerrogativas y su independencia; pero estoy resuelto á adoptar el camino más conforme con nuestras creencias y con los estatutos canónicos, para aniquilar ese germen de discordia que alimentará siempre la guerra civil en la República, y cuento con ser secundado en mi propósito por el sentido recto é ilustrado del venerable clero mejicano.»

☪ Éste era el anuncio de un concordato, pero era también la confesión de que la Reforma había hecho ya algo irreparable, y esta confesión daba, por cierto, un apoyo formidable, si indirecto, al modo de ver de Lerdo. Si los intereses creados por la primera ley de desamortización habían creado tamaños intereses, elementos tan poderosos que serían capaces de perpetuar la lucha civil, según Miramón confesaba, ¿qué no haría en este camino una ley de nacionalización, pasando toda la masa de la fortuna eclesiástica, libre de gravámenes, á las manos de verdaderos y absolutos propietarios? Decididamente, como decimos á la francesa, la suerte de la Revolución dependía de que la ley de nacionalización de la fortuna eclesiástica fuese promulgada.

☪ Lo que en el manifiesto reaccionario llamó más la atención, con todo, fué la pintura exacta del estado de profunda miseria en que el ejército reaccionario se encontraba y que corría parejas con el que sostenía á los liberales; fué la pintura de la cruel desolación del territorio á consecuencia de la guerra y el anuncio de que ésta no tenía término previsible, porque, decía Miramón, el Gobierno obtiene victoria tras victoria, pero nadie se somete, nadie lo reconoce. Un plan de economías administrativas, de esas que todos los Gobiernos prometen y que nacía muerto (porque proyectaba que todos los empleados y militares que quedasen sin empleo serían pensionados), tal era la reforma que, con algunos otros tópicos, verdaderos clisés gastados ya en las prensas de todos los planes revolucionarios, infería Miramón de sus pomposas premisas.

☪ Eran suficientes estos anuncios para alarmar á burócratas y á militares en receso, eran impotentes para remediar nada. Lo que había de cierto en aquel célebre documento era la afirmación de que una dictadura brava y resuelta, verdadero gobierno ansiado por la Nación, subsistiría en manos del joven caudillo

hasta que la guerra terminara, que probablemente terminarla con un conflicto con los Estados Unidos.

☪ Desde este momento, la facción conservadora y eclesiástica quedaba unida á Miramón por necesidad suprema, no por confianza. Éste habla definido su gobierno como un hecho puramente militar y personal; dependía, pues, de los azares de la guerra; una gran victoria liberal, y vendría por tierra. Nadie puede evadirse de su destino.



☪ La verdad es que, como indicio de la fragilidad de una situación que todo el mundo sabía eminentemente facticia, el manifiesto de Miramón no podía ser indiferente á nadie; pero si se le compara con el que en las mismas fechas expidieron en Veracruz Juárez y su Gobierno, resulta insignificante; era un dato, no un acontecimiento.

☪ Y sí lo fué, y en alto grado, el que contenía el programa reformista de Juárez refrendado por sus ministros Ocampo, Lerdo de Tejada y Ruiz; este último, sin duda, urdió el CANEVAS; es su estilo. Sobre esa urdimbre va tramado el pensamiento entero del partido reformista; allí, para que el mundo viera cuán absurdos fundamentos tenían las declamaciones de los reactivos contra las tendencias antisociales de los partidarios de la Constitución, acusados de anarquistas, enemigos implacables de todo orden social, como solía decir con énfasis, que olla á sangre, D. Leonardo Márquez.

☪ En los comienzos del manifiesto campeaban ideas excelentes relativas á reorganización de la hacienda pública sobre bases justas, que, no en pequeña parte, sólo ha podido ser realizada en nuestros días; Lerdo de Tejada dejó allí la huella de sus propósitos. A Ocampo, sin duda, debe atribuirse lo que á la colonización se refiere y que era muy racional y por lo mismo muy lejano, porque hacía de la paz y de la seguridad las condiciones esenciales de su aclimatación en el suelo mejicano. Lo mismo que, claramente, pertenecía á Ocampo el designio de fomentar á todo trance la creación de la pequeña propiedad agrícola. Directamente pueden atribuirse á Juárez la parte que á instrucción popular se refiere, porque siempre fué esto para él objeto de singular predilección, todos nosotros lo sabemos, y lo que á los códigos atañía. (Séame permitido consignar aquí que el encargo de redactar el proyecto de Código civil fué confiado al Dr. D. Justo Sierra; en ese proyecto agotó sus últimas fuerzas y, concluída su tarea, murió).

☪ Mucho de todo esto era un resumen de cuanto el partido liberal había deseado siempre; rastreando su obra desde la Constitución del veinticuatro, se nota la marcha de las ideas que llegaron á la Constitución y á la Reforma; muchos puntos estaban implícitos ó explícitos en el Código Federal de cincuenta y siete. Pero los redactores del manifiesto quisieron inscribirlos de nuevo en él, como se inscriben en las banderas del ejército los nombres de las batallas ganadas.

☪ Mas todas esas consideraciones resultaban singularmente secundarias, ante la

opinión, en los momentos en que tomó el Gobierno constitucional la palabra ante la Nación.

☪ Lo que concentró entero el interés de amigos y enemigos fué la proclamación de los grandes principios reformistas. El partido retrógrado quedó reducido moralmente, desde entonces, á una resistencia más ó menos enérgica, á una negación más ó menos altisonante. En esa resistencia tomaba conciencia de su ser, de su YO el partido liberal, de su potencia por ende. Serfa irresistible porque CAPTABA, en las fórmulas de la ley, la fuerza toda del progreso moderno.

☪ Esos principios quedaron así consignados :

- « 1.º Adoptar, como regla general é invariable, la más perfecta independencia entre los negocios del Estado y los puramente eclesiásticos.
- « 2.º Suprimir todas las corporaciones de regulares del sexo masculino, sin excepción alguna, secularizándose los sacerdotes que actualmente hay en ellas.
- « 3.º Extinguir actualmente las cofradías, archicofradías, hermandades y en general todas las corporaciones ó congregaciones que existen de esta naturaleza.
- « 4.º Cerrar los noviciados de los conventos de monjas, conservándose las que actualmente existen en ellos, con los capitales ó dotes que cada una haya introducido, y con la asignación de lo necesario para el servicio del culto en sus respectivos templos.
- « 5.º Declarar que han sido y son propiedades de la Nación todos los bienes que hoy administran el clero secular y regular con diversos títulos, así como el excedente que tengan los conventos de monjas, deduciendo el monto de sus dotes, y enajenar dichos bienes, admitiendo en pago de una parte de su valor, títulos de la deuda pública y de capitalización de empleos.
- « 6.º Declarar, por último, que la remuneración que dan los fieles á los sacerdotes, así por la administración de los sacramentos, como por todos los demás servicios eclesiásticos y cuyo producto anual bien distribuído basta para atender ampliamente al sostenimiento del culto y de sus ministros, es objeto de convenios libres entre unos y otros, sin que para nada intervenga en ellos la autoridad civil.
- « Además de estas medidas que, en concepto del Gobierno, son las únicas que pueden dar por resultado la sumisión del clero á la potestad civil, en sus negocios temporales, dejándolo, sin embargo, con todos los medios necesarios para que pueda consagrarse exclusivamente, como es debido, al ejercicio de su sagrado ministerio, cree también indispensable proteger en la República, con toda su autoridad, la libertad religiosa, por ser ésta necesaria para su prosperidad y engrandecimiento, además que una exigencia de la civilización actual.»

☪ Tal es el texto literal.

☪ ☪ ☪

☪ Desde la declaración de Independencia en 1821, no se había presentado á la Nación un documento de mayor trascendencia. El régimen colonial se había disuelto entonces en su carácter político, ahora concluía legalmente bajo su aspecto social; desde este punto de vista la Independencia y la Reforma constituían dos fases de la misma revolución; ni la Constitución de 57 tenía tamaña trascendencia. La Constitución bosquejaba la Reforma; el gran acto político de 59 la formulaba en términos completos y la legalizaba toda.

☪ Méjico nació bajo un régimen constitucional de más ó menos buena gana aplicado. Cuando Méjico, después de la gestación dolorosa de los once años de la insurgencia, fué nación en 1821, nos regía la Constitución española del Año Doce, y los grandes principios de los derechos del pueblo y las libertades que los condicionaban, eran el credo de todo mejicano que aspiraba al ser político. Iturbide, comprometido con el clero y los conservadores á arrancar á Méjico de las garras del liberalismo, sólo pudo arrancarlo de las garras de España; pero nacimos creyendo en la soberanía popular, en la división de poderes, en las libertades políticas que ignorábamos cómo aplicar, mas, que así y todo, nos eran caras. Después, cuando fué necesario reemplazar toda la maquinaria monárquica por la de la Federación, elementos de la Constitución norte-americana entraron en amalgama con otros españoles que eran, en suma, arreglos del francés. De modo que no hubo propiamente conservadores y liberales; todos eran liberales, como todos eran católicos; lo que hubo fué federalistas y centralistas, y la Constitución centralista llamada «Las Bases Orgánicas» fué en suma una Constitución liberal sin federación. La evolución del grupo reformista, desde que apareció con Ramos Arizpe, Santa María, Zavala, hasta que tomó conciencia de sí mismo con Gómez Farfás, García, Mora, Espinosa de los Monteros, fué la que obligó al grupo centralista, por resistencia á la invasión de ideas emancipadoras tildadas de anti-religiosas, á tomar más ó menos rápidamente el carácter de conservador á todo trance y á arriarse á los regímenes dictatoriales propugnadores del orden y la religión. Luego, á la aparición de la revolución de Reforma iniciada en realidad en Ayutla, los conservadores se tornaron reactivos, fueron LA REACCIÓN; ¡la hermosa reacción! como decía el más conspicuo de sus caudillos.

☪ Había en el manifiesto un gran principio, una regla fundamental, no formulada en Cincuenta y Siete; la perfecta independencia entre los negocios públicos (políticos, administrativos, en una palabra CIVILES) y los negocios eclesiásticos; el Estado adquiría un carácter plenamente laico en consonancia con la civilización moderna. Este principio era una consecuencia: como algunos tratadistas han demostrado plenamente (v. Bulnes), con haber suprimido los constituyentes el artículo, jamás omitido desde la Constitución de Apatzingán, que declaraba á la religión católica la única oficial en Méjico, la libertad de cultos había quedado implícitamente fundada; por no haberlo hecho explícitamente, gracias á la derrota que sufrió el famoso artículo que la establecía, la independencia entre la Iglesia (en rigor debía decirse Iglesias) y el Estado no pudo definirse. Y no de la tolerancia, sino de la libertad de cultos solamente podía haber fluído esta separación; por supuesto que no nos referimos á la libertad establecida en

la ley, sino en las costumbres; no sólo el derecho, basta en realidad el hecho, para que á la larga ó á la corta cese la interdependencia del Estado y el mundo eclesiástico. En los Estados Unidos no hay más fórmula constitucional de la separación entre las Iglesias y el Estado que la prohibición al Congreso de legislar en asuntos religiosos; el génesis de esta disposición está implicado en toda la historia de la reforma de Inglaterra, en que el parlamento y el rey heredaron del jerarca romano el derecho de legislar en asuntos religiosos y de la historia particular de las colonias fundamentales anglo-americanas en donde las cuestiones CONFESIONALES desempeñaron tamaño papel.

☪ Por la declaración hecha en la exposición de principios á la República, así como en el artículo de la ley de 12 de Julio que le sucedió inmediatamente, quedaron establecidas la separación y la libertad de cultos como formando un solo conjunto lógico de conceptos. He aquí el artículo que ha sido citado con fines polémicos, trunco y alterado en el texto :

☪ «Habrá perfecta independendencia entre los negocios del Estado y los negocios puramente eclesiásticos. El Gobierno se limitará á proteger con su autoridad el culto público de la religión católica, así como el de cualquiera otra.»

☪ En términos secos y jurídicos quedan rotas las relaciones entre la Iglesia y el Estado considerados como entidades de igual importancia. No hay más que el Estado órgano del poder social, dueño exclusivo de sus asuntos y árbitro de sus necesidades, y la Iglesia, es decir, LOS NEGOCIOS ECLESIÁSTICOS, transformada, por el solo hecho de la independendencia, en una de tantas asociaciones que viven sin privilegios de ningún género dentro del Estado al igual de las otras; pero como la Iglesia católica, por algunos de sus elementos, pudiera impedir al Estado llenar sus fines de progreso y bien social, la asociación denominada IGLESIA CATÓLICA quedaba definitivamente privada de ciertos órganos y recursos; lo que no era, en suma, más que restricciones á la libertad. Era una asociación condicional y limitadamente libre, frente al Estado plenamente libre. Quizás pudiera en rigor decirse que la asociación eclesiástica, en cuanto no se refería á su objeto esencial, la religión, quedaba bajo la dependencia del Estado.

☪ Éste no era ateo, esto es un NON SENSUS; sólo los individuos pueden ser ateos ó deístas. La religión es algo eminentemente individual; cuando se dice una nación católica, se significa que la gran mayoría de sus habitantes es católica; Méjico era una nación católica, sin duda alguna, y su Gobierno era y es LAICO y sin religión. Ha podido haber gobiernos católicos y protestantes, es decir, gobiernos que protegen de preferencia ó exclusivamente al catolicismo ó al protestantismo en alguna de sus formas, compuestos de protestantes ó librepensadores. El Gobierno americano es un Gobierno de separación absoluta entre los negocios del orden civil ó laico y los negocios eclesiásticos, y está compuesto siempre en su mayoría de protestantes convencidos y practicantes; el Gobierno de Luis Felipe era un Gobierno constitucionalmente católico, y lo dirigieron muchos años un gran calvinista, Guizot, ó Thiers, un volteriano.

☪ Y es que hay confusión en todo esto : mayoría nacional de determinada religión, la nación, lo repetimos, puede designarse con el nombre de la religión de la ma-

yoría; protección gubernamental á determinado culto, el Gobierno puede designarse desde este punto de vista con el epíteto indicado por el culto mismo; protección por igual á todos, al Gobierno sólo puede atribuirse el epíteto de LAICO. ¶ Este es el hecho jurídico; estriba en las clasificaciones apuntadas : nosotros los latinos, que solemos ser gobernados más por la lógica que por la realidad concreta, que nos parece ilógica á veces, no concebimos que pueda un Estado declararse absolutamente independiente de la Iglesia, sin dejar de ser religioso; tiene que ser ateo. No es verdad; como representante supremo del poder social, el Gobierno que rige los Estados Unidos invita al pueblo á dirigirse á Dios en la forma que sepa, y á nadie se le ha ocurrido decir que no haya en la Unión Americana separación de las Iglesias y el Estado. Este papel jamás lo haría un Gobierno mejicano, pero tampoco podría hacer nunca esta declaración : NO HAY DIOS, que es lo que se llama ser ateo. La Nación contestaría con un infinito : «vaya usted á pasear; ¿qué sabe usted?»



¶ Dadas las condiciones de suprema excitación del país pensante, en plena fiebre civil, encontramos de la más acertada prudencia todo cuanto en los actos del gobierno de Juárez se encaminó á evitar que la Reforma perdiese su carácter puramente político, cambiándolo por otro religioso que habría puesto en contra suya, por debajo de los vociferadores y los delirantes, una incontenible, enorme corriente de sentimiento popular. La forma de la libertad de cultos aparejada con la independencia del Estado tenía ese fin. «Todo habitante de Méjico puede ejercer el culto que guste, con tal de respetar los bandos de policía», es una fórmula más explícita; «el Gobierno se limitará á proteger con su autoridad el culto público de la religión católica así como el de cualquiera otra», es mucho más hábil; marca una distinción respecto del catolicismo, que era debido homenaje de una autoridad democrática á la religión de la mayoría nacional y que probaba una vez más lo que con profundo instinto de bien hablanse empeñado en demostrar (no los filósofos como Ramírez, que tenían otra misión, sino los políticos de la revolución reformista, vale decir, LOS TRANSACTORES, porque no hay medida de importancia política que no sea una transacción), en demostrar, decimos: que el programa de la Reforma no era anti-religioso, no era anti-católico. Y eso lo hacían por convicción muchos, por conveniencia todos; y lo segundo, lo no anti-católico, era perfectamente indemostrable escudriñando bien las cosas, pero el pueblo no escudriña bien las cosas. No las sabemos escudriñar los que hacemos gala de historiadores más ó menos críticos, ¿qué harán los que no tienen tiempo de historiar la historia y se contentan con hacerla sin saberlo?

¶ Entrando en este terreno de convertir la nueva ley en la prestigiosa lanza que cicatrizaba las heridas que hacía, lo más característico fué : LA LEY SOBRE DÍAS FESTIVOS, profundamente ilógica dada la fundamental separación entre el Estado y la Iglesia católica, pero que marca una concesión, inevitable acaso, á las más caras y menos posibles de desarraigar entre las costumbres populares, que aun

subsisten y son de hecho respetadas por todos los gobiernos y por todos cuantos las censuramos; y el famoso comunicado al presbítero Díaz Martínez, de Octubre de 59, citado y comentado con insigne malicia en el libro en que, con calidísimo verbo y delectación epicúrea, se amontonan sobre Juárez montañas de acusaciones capitales, pidiendo para el gran Presidente la guillotina histórica, como Fouquier-Tainville pedía la de la plaza de la Revolución para los más conspicuos servidores de la República.

☪ Lo singular es que se hace responsable moralmente á Juárez de todo lo que tiene cariz de querer neutralizar la Reforma, lo que es absolutamente inexacto, y de la Reforma en sí se da todo el honor á sus ministros Lerdo, Ocampo, Ruiz. ¿Por qué? Nadie lo sabrá nunca, mientras se pretenda resolver el misterio de esta acusación en el terreno circunscrito de la verdad histórica; la explicación no es histórica, es subjetiva, es psicológica, está en los autores de esta asombrosa justicia distributiva.

☪ La comunicación al presbítero Díaz, caso de no ser apócrifa, es un dato precioso para juzgar del modo con que la evolución religiosa iba desatando los lazos dentro de las almas saturadas de catolicismo por siglos enteros de creencias indiscutibles é indiscutidas. En ella se intentaba provocar un movimiento cismático, poniendo al clero inferior del lado de la Reforma y contra el alto clero que nada había aprendido ciertamente desde la época de las célebres excomuniones contra los Insurgentes. El intento falló y tenía que ser así; la masa católica no abandonará en ningún país latino su culto para pasar á un protestantismo cualquiera, llámese iglesia nacional ó religión mejicana; tenemos esto por imposible; puede la mayoría llegar á ser anti-clerical, pero anti-católica jamás. Pero es indudable que la intención de los autores de la carta (Ocampo la firma) era perfectamente recta y buena; no quizás en la cuestión del cisma que envolvía, sino en la invitación á la porción democrática del clero á cooperar en la transformación del pueblo mejicano dentro de la Constitución y la Reforma. Todavía hoy, á pesar de la paz con la Iglesia por indiferencia, á pesar de la escuela laica y de las doctrinas excluidas de toda metafísica que se imponen á los espíritus quiéranlo ó no lo quieran, el bajo clero, es decir, EL CURA, pudiera coadyuvar supremamente á la reducción del país rural y fabril, si se decidiera á encender su lámpara en la antorcha de las ideas nuevas. Aceptar los grandes principios de la Constitución y la Reforma, saberlos amar por lo que de democrático tienen y mezclar á la educación y religiosa que ellos pueden dirigir como nadie, una educación cívica basada en el Evangelio y en la Ley Fundamental, sería todavía la MAGNA OPUS del siglo xx en Méjico, la más cristiana, la más patriótica. El haberlo pensado así, pues que así podemos pensar todavía, será un honor prócer para los autores de la Reforma cuando se les juzgue con menos pasión y MÁS SOCIOLOGÍA. Entonces se verán unimismados en el mismo propósito á Juárez, á Ocampo, á Lerdo y, con términos casi heroicos, á Degollado, tipo extraño y magnífico de creyente y revolucionario. Ahora vemos todo esto con superioridad desdeñosa y los juzgamos, á los padres, con protectora ironía... ¡Ya tenemos bien deslindada nuestra heredad intelectual, ya sabemos quiénes son los

bárbaros, nosotros los helenos de la decadencia! ¡ Los bárbaros, nuestros padres!
¡Bah!, valemos menos que ellos. Repitémonoslo siempre.



☪ Una vez seguro de que la legislación reformista se publicaría, Degollado marchó á San Luis por Tampico, recibiendo ovaciones en Tamaulipas. La impresión en el país entero, entre los liberales, sobre todo, era muy singular: apenas adolescente, la escuchaba yo en boca de los próceres yucatecos y me llamaba la atención por tal modo, que no me ha sido dado olvidarla: Degollado debe ser derrotado, ésta es su misión; así, puestos á prueba la fuerza y el esfuerzo del partido liberal, acabará por formarse un ejército superior al de la reacción; á Degollado jamás le faltará un ejército; la reacción no encontrará otro el día en que sea completamente vencido el que tiene á su servicio. Algo así decían esos hombres; tenían razón; los martillazos de la derrota en el broquel de fe y valor cívico de aquel caudillo, no lo rompían, sino que lo repujaban y resultaba más fuerte; un día resaltó en ese broquel el relieve de la victoria.

☪ Juárez fué fiel á su compromiso con Degollado y á su deber político, bien claro ya á sus ojos; durante el mes de Julio de 59 la legislación reformista, basada en el manifiesto del 9, se expidió urgentemente, después de discusiones presurosas, según nos ha revelado Ocampo; de aquí sus deficiencias y sus errores, en parte corregidos por las circulares que dió éste, cuando marchó á los Estados Unidos el Sr. Lerdo.

☪ Toda la Reforma estaba implícita en una ley fundamental: la de nacionalización de bienes eclesiásticos. Las que se dieron en el mismo mes de Julio de 59, estableciendo el matrimonio civil, constituyendo en poder del Estado los órganos necesarios para definir el estado civil de las personas (nacimientos, matrimonios, defunciones), la que se refirió al gobierno laico de los cementerios, no son más que inferencias de la del doce de Julio: ésta fué la gran premisa. Todas las tentativas de reforma desde la Independencia la habían preparado; resultó un resumen de cuanto se había intentado en el país. No era, pues, un aerolito; era el fruto de un árbol plantado por la revolución francesa en suelo abonado por la sangre de nuestros abuelos; por eso lo llamaron LA LEY ROJA; tenía el color del terruño que le había dado savia.

☪ Era una ley curiosa, resultaba un mosaico vivo; curiosa y poderosa; en sus artículos heterogéneos se notaba el mismo pensamiento de emancipación definitiva y de lucha contra la Iglesia, convertida, por la insigne falta de instinto de conservación de sus prelados, en una fortaleza política que lanzaba por sus troneras excomuniones en vez de bombas, y se parapetaba con doctrinas teológicas y padres de la Iglesia y cánones; el Concilio de Trento desempeñó en todo ello tamaño papel. Entretanto, los militares de la reacción se encargaban de hacer saltar el oro de los cabildos eclesiásticos en las mesas de juego de los oficiales del Joven Macabeo.

Ⓒ Era un soplo de innovación, de rebelión triunfante el que animaba la ley; un soplo satánico, como decía, con su elocuencia hecha adrede para lágrimas y moqueos de beata, el Ilmo. Madrid, obispo IN PARTIBUS. En esa ley se trataba de todo: de confiscación de todos los bienes del clero secular y regular; de la independencia de la Iglesia y del Estado; de la supresión de las órdenes monásticas y asociaciones poseedoras de bienes de mano muerta y de las consecuencias de este precepto; de la suerte de las religiosas (benévolamente tratadas); de la nulidad de las enajenaciones de los bienes de la Iglesia hechas sin anuencia del Gobierno legítimo; de las penas de los opositores á la ley. Hubo en ella inconsecuencias enormes, dado el principio de la independencia entre los negocios civiles y los eclesiásticos: el espíritu jacobino de Ocampo se traducía en prescripciones como la siguiente: «Quedando por esta ley los eclesiásticos regulares de las órdenes suprimidas reducidos al clero secular, quedarán sujetos como éste al ordinario eclesiástico respectivo en lo concerniente al ejercicio de su ministerio.» El legislador aquí desempeñaba el papel del Papa ó del Concilio. ¿Qué tenía que ver con el estado de los monjes dentro de la Iglesia después de la supresión de las órdenes monásticas?

Ⓒ Hubo además de la separación, y desde el punto de vista de los intereses de la revolución, otra medida de imponderable trascendencia, tanta quizás como el tránsito al dominio del Estado de la propiedad territorial y derechos reales de la Iglesia mejicana, formulado en el artículo primero; nos referimos al famoso artículo 22, que declaraba nula toda operación hecha con los bienes del clero fuera de las disposiciones de la ley, conminando á los contraventores, no sólo con la nulidad de sus contratos, sino con penas severas á los contratantes, á los notarios, á los testigos... Todos temieron desde entonces comprar ó prestar á la Iglesia; todos los contratos con ella fueron desde ese instante precarios; el lucro usurario de los que cambiaban por dinero las obligaciones de los cabildos subió en proporción del riesgo, y el nivel del dinero santo en las cajas de la reacción comenzó á bajar aceleradamente. Degollado habla obtenido en Veracruz una victoria sobre los reaccionarios mucho mayor que juntas todas las derrotas que éstos le habían infligido. Moralmente la reacción había muerto el 11 de Abril en Tacubaya; económicamente la mató la nacionalización; militarmente iba á vivir bastante tiempo todavía. Á raíz de la expedición de la ley del 12 de Julio salió Lerdo de Tejada rumbo á los Estados Unidos con objeto de negociar un empréstito, dando por garantía la parte de los bienes del clero que debía ingresar á las cajas públicas, garantida por los pagarés negociables que otorgarían los adjudicatarios; pero no había en el mercado americano confianza alguna en la pronta victoria del partido liberal y no se daba importancia á los valores que llevaba Lerdo en su cartera, digamos así. Sólo el Gobierno americano mismo, dando una prueba palmaria de su resolución de apoyar al de Juárez, traducida en dinero contante, podía empujar al público de los Estados Unidos á convertirse en asentista de los partidarios de la Reforma. Ciertamente, hacer á los norteamericanos dueños efectivos de una inmensa porción de la propiedad territorial en la República era poco previsor y, escribamos la palabra, poco patriótico. Mas, lo dijimos ya, la noción de

Patria se desvanecía ante los ojos de aquellos bregadores formidables, mejor dicho, se confundía con la de su pasión política. Sólo la Reforma podía salvar la Patria, luego sólo la Reforma era la Patria. Y éste es uno de los más tristes y de los más seguros resultados de las guerras civiles.

☪ Para llegar al resultado que Lerdo se proponía, para interesar al Gobierno del presidente Buchanan en una acción favorable á los reformistas, sin intentar disminuir nuestra integridad nacional, se necesitaba del Gobierno de Veracruz una demostración palmaria, irrefutable, no sólo de BON-VOULOIR, sino de adhesión y confianza en el pueblo norte-americano; precisamente Juárez y sus ministros estaban en el caso de celebrar y hacer pública una alianza estrecha con nuestros vecinos. Y no fué ésta la menor causa del convenio Mac Lane-Ocampo.



☪ El clero, el alto, sobre todo, había acogido el manifiesto de Juárez y la ley de nacionalización y las otras de la misma cepa con una protesta que fué la más completa justificación de la ley. Nada más venerable que aquellos varones; un Garza, un Espinosa, un Barajas, un Munguía eran dechado de virtudes cristianas: bondad, caridad, piedad, eran vocablos que resumían el significado de su vida moral. Menos buenos y más previsores, más capaces de acertar con las condiciones inmodificables que las necesidades de la evolución humana han impuesto á la Iglesia, y habrían hecho á ésta menos mal y habrían expuesto á su Patria á menos temerosos siniestros.

☪ El Arzobispo Garza, que llevaba la voz de la Iglesia mejicana, después de impender argumentos fríamente escolásticos para demostrar que la riqueza de la Iglesia, que sus bienes temporales, eran de institución divina, lo que canónicamente era cierto, pero evangélicamente no, se defendía del cargo de fomentar la guerra civil, calentando las pasiones de los fieles, exaltando el fanatismo de las masas y fomentando con su dinero la fratricida lucha. Y en verdad que hay para asombrarse de lo misérrimo de su razonamiento; viendo las cosas desde aquí, imparcialmente, fuera de aquella caliginosa atmósfera de miedo y odio que daba á la verdad misma el color de sangre que tiene el sol de ocaso visto tras las cenizas que suspenden en el cielo las grandes erupciones, no se concibe cómo podía defenderse en la forma en que lo defendió el Arzobispo de Méjico. Yo, decía en resumen, es decir, la Iglesia y su venerable clero, no fomentamos la guerra; ayudamos con nuestros recursos al Gobierno legítimo; el Gobierno legítimo es el reaccionario, porque lo han reconocido los ministros extranjeros.

☪ No estaba en lo cierto su Ilustrísima; el reconocimiento de los ministros extranjeros no da legitimidad á ningún Gobierno; los plenipotenciarios reconocen que un Gobierno existe, en un estado de cosas que haga probable su duración; la entidad así condicionada es la reconocida, sin inmiscuirse en la cuestión de derecho. Los mejicanos no estaban en idéntico caso; los mejicanos tenían obligación de discernir cuál era el Gobierno legítimo, y ayudarlo. Por primera vez

en la historia de la República una asonada que se había hecho dueña de la capital y establecido un aparato de Gobierno, se encontraba con un Gobierno (emanado de una elección que había reconocido como válida el alto clero) que sostenía su derecho y constituía una entidad que existía, duraba, luchaba y era obedecida en la mayor parte del país.

⌚ ¿Cuál era la conducta racional del clero, en estas circunstancias, refiriéndonos, no á su conducta moral, que debió ser eminentemente pacificadora y cristiana, sino á su conducta cívica? Una sola, la neutralidad. No dar ni un peso, ni cantar un tedeum; ceder sólo á la fuerza y emplear el NON POSSUMUS de que hacía gala el Arzobispo, en resistir estoicamente á las exigencias de unos y otros; hasta morir, como los mártires. Pero no, el razonamiento del clero, el positivo, el que no decla, era este otro: el Gobierno reaccionario sostiene, defiende, acaricia á la Iglesia; el partido reaccionario va en procesión al Corpus y besa la mano de los ministros del Altísimo; luego ése es el Gobierno legítimo. Pero, entonces, el Gobierno de Veracruz hacía bien en considerarlo pronunciado en Tacubaya y echarle encima á los adjudicatarios, como echaba á las bandas de Rojas y Carbajal sobre las tropas de los secuaces de Miramón.

⌚ Cuando se lee en la pastoral el tono profundamente desdeñoso con que habla del Presidente reformista: «es un simple particular, sus leyes no lo son, son simples escritos ó proyectos», se viene en conocimiento de que en opinión de los jefes de la Iglesia el bando reactor era invencible; era el ejército de Dios. Y este modo de ver era perfectamente justo desde el punto de vista (que nadie calificará de buena vista) de los Ilustrísimos y Reverendísimos. Pero era demasiado pedir á Juárez el que se considerase á sí mismo como un simple particular y sus leyes como papeles de escritorio de abogado trashumante.

⌚ El clero no fomenta la guerra civil, ésta es una calumnia insigne, repetía el Sr. Garza; el clero ayuda, como es su obligación, al Gobierno legítimo, y como el Gobierno fundado en el plan de Tacubaya es el legítimo, lo ayuda, le da el dinero que puede. Y Juárez y su Gobierno declan á la vez, transformando la menor: y como el Gobierno de Tacubaya es una rebelión, luego el clero ayuda con todos sus conatos á los rebeldes; luego es cierto que fomenta la guerra civil. Y era cierto; también lo era que los obispos lamentaban la guerra en sus prédicas y pastorales; pero con el sistema de anatematizar y condenar cuantas disposiciones tendían á constituir el estado laico emancipado de la Iglesia, sembraba en las almas el germen del horror, de la repulsión, del odio hacia los herejes, y de aquí al deseo de que Dios los castigara no había más que un paso, y andado este paso se daba otro forzosamente, considerando obra pía la destrucción de los inicuos; y la prueba de que la Iglesia entera lo pensaba así, es que bendecía, incensaba, cubría de flores y recibía con palmas á los caudillos reactores que surgían goteando sangre mejicana de las batallas civiles.

⌚ De donde resultaba que la base en que Juárez asentó la Reforma en 59 era un bloque granítico de lógica y verdad. Nadie entonces pensó en negarle esta responsabilidad, ni este honor. Los obispos en sus pastorales, á él se referían; el Gobierno reactor, con él se encaraba; los clérigos en los púlpitos, los periodistas en

sus virulentos ataques, lo nombraban á él, lo excomulgaban á él; el partido liberal NEMINE DISCREPANTE le atribuyó el mérito principal en esta magna empresa. ¿Por qué? Lerdo, Ocampo, Ruiz tuvieron la pluma; Lerdo, Zamora, Romero Rubio, y sobre todo Degollado, exigieron y lograron su resolución. ¿Por qué este insigne honor ante la Nación reformada y la posteridad emancipada y por eso redimida? Lerdo, Ocampo y Ruiz, que tuvieron la pluma, eran los secretarios de Juárez, su papel era ése; el del Presidente era profesar LA IDEA, ésta era el credo mismo de Juárez; escoger LA OPORTUNIDAD de darle forma, eso hizo Juárez y no se decidió sino cuando tuvo la demostración palmaria de que el momento había llegado; ése fué un acto de hombre de Estado, lo dijimos ya; DISCUTIR LA FORMA, así se hizo y con demasiada rapidez por cierto, á riesgo de autorizar deficiencias que ameritaron aclaraciones y remiendos. CONVERTIR EN LEY el resultado de todo esto, dándole así el sello indispensable para hacerlo vivir en lo presente y transmitirlo á lo porvenir. Por eso se le llama AUTOR de la Reforma; ninguno de los que pensaron en ella podía hacer por ella lo que Juárez hizo: inscribirla en el bronce de la ley, hacerla pasar, con sólo autorizarla con su nombre, del campo del pensamiento al del derecho; Juárez lo hizo. El pensamiento no era ni de Lerdo, ni de Ocampo, ni de Ruiz ó Degollado; la idea no era invención de nadie; desde la gran revolución religiosa del siglo XVI, el siglo magno de las secularizaciones, flotaba en la atmósfera de la civilización cristiana; los regalistas, los economistas la habían formulado en el siglo XVIII. En Méjico, desde antes de la Independencia tenía sus defensores; la secularización de los bienes de la Compañía de Jesús, en tiempo de Carlos III, mostró el procedimiento; los fundadores del partido liberal en Méjico tras eso iban; los legisladores del año 33 eso pensaban y querían. No, el pensamiento no era de nadie; el haber sabido llevarlo á la verdad legal, el no haber retrocedido ante un formidable terremoto social que abría el suelo bajo sus pies para realizarlo, el haber sabido tornar al jefe constitucional de la República en el jefe de la Reforma, ése fué el mérito de los Lerdos, los Ocampos, los Degollados y sus correligionarios; todos los esfuerzos se sumaron en la autoridad de Juárez; Juárez fué el autor de la Reforma.



¶ Manifiesto era el empeño de los políticos reactivos en acentuar el carácter religioso de la lucha y confundir con la causa de las clases privilegiadas la de la fe católica. Ciertamente, á este programa tan temido, y con tanta justicia, por el Gobierno de Veracruz, contribuían algunos actos violentos de los gobernantes reformistas, que no se podían explicar sino por una especie de odio á la Iglesia, que realmente existía en muchos de los jefes liberales, marcándose entre todos por su espíritu cleróforo el gobernador de Zacatecas, González Ortega. Sobre su conducta respecto de algunos sacerdotes y sobre sus atropellos al tesoro del templo mayor de la capital zacatecana, llovió una filípica santurróna del famoso Márquez, que abrió los brazos piadosos y misericordiosos á los proscritos del terri-

ble jacobino. Era éste un hombre esencialmente bondadoso, pero saturado de revolución francesa y literatura, y que, en el ardor de una pelea sin tregua, sentía febril exaltación cada vez que resonaban los TEDEUMS con que la Iglesia celebraba las sangrientas victorias reaccionarias; como él muchos había.

⊕ La segunda mitad del año 59 fué mortal. El resultado de las leyes de Reforma no era perceptible sino en contra, exacerbando la lucha. Seguían los combates obstinados que hacían difícil la formación de un gran ejército liberal : Woll derrotaba en León á Degollado, Hinojosa y Quiroga y con ellos á las tropas de la frontera, pero la victoria había sido obstinadamente disputada; el ejército permanente se encontraba enfrente otro ejército ya, no sólo chusmas momentáneamente en conexión. En cambio, Tepic, hacía poco señoreada por Márquez después de un paseo proconsular, caía en poder del fulminante Coronado; la división de Jalisco se crecía en el Sur bajo el admirablemente tenaz empeño de Ogazón y Vallarta; Márquez atisbando el Bajío no podía nada contra ella. Un día decidió el gran general cruzado apoderarse de una CONDUCTA, y las razones de su comportamiento revelaron el estado de incurable desamparo en que se hallaban las tropas reaccionarias : la ubre eclesiástica estaba ya seca ; poco fácilmente realizable quedaba al clero. Buena falta hacían al ejército del clero los 600.000 pesos de que Márquez disponía; pero si se consentía y se aprovechaba esta violencia, los representantes extranjeros se verían obligados á volver la espalda á la reacción, y toda esperanza de ayuda de España concluiría indefectiblemente, y éste era un suicidio. El Gobierno de Méjico reprobó ruidosamente la conducta del procónsul de Jalisco y los dineros fueron devueltos; Muñoz Ledo, hombre inteligente que gobernaba las relaciones exteriores de la reacción, habría tenido que abandonar la partida diplomática que seguía en el exterior si hubiese habido señal alguna de condescendencia con Márquez.

⊕ Por este tiempo recibió Degollado un golpe de mayores consecuencias que una derrota, si no hubiese desplegado la energía que le era habitual en las grandes ocasiones; Vidaurri, que penetrado de la importancia de su poder había convertido en un cacicazgo la frontera norte-oriental, mientras, aprovechando de la debilidad militar en que la guerra civil pondría á los contendientes, podía forjarse una república para su uso personal en Nuevo León, Coahuila y Tamaulipas, dió un decreto ordenando á las tropas fronterizas que se reconcentrasen en Nuevo León abandonando al ejército liberal; manifestamente temía que ese ejército, su principal INSTRUMENTUM REGNI, fuese mermado ó destrozado en las imperitas manos de Degollado. Éste atrapó el guante en el aire; destituyó á Vidaurri, nombró á Aramberri en su lugar, hizo que Blanco desconociese el decreto de secesión, al frente de buena parte de fronterizos, y promovió tan profunda perturbación en Nuevo León y Coahuila, que Vidaurri tuvo que abandonar Monterrey ocupado por Zaragoza, arrastrando desgraciadamente con él al heroico Zuzua, que valía un ejército y que poco después pereció obscura y tristemente.

⊕ Nada podía tomarse, pues, como indicio de una solución del problema militar que hubiese podido orillar á una transacción á los contendientes; alguna vez se encontraron Miramón y Degollado y hablaron sin resultado alguno; todo parecía

indefinido, una generación entera iba á consumirse batallando. Cualquiera intervención exterior haría inclinar la balanza de un lado; tan equilibrada así parecía entre los contendientes bajo los cuales el país apenas producía, apenas vivía, no esperaba nada. Al apuntar las postrimerías del año, nuevos elementos entraron en juego, sin embargo; anunciaban gravísimos peligros, por lo menos los precisaban, porque la conciencia del peligro nacional era la de todos los mejicanos entonces.

☪ Se supo en Veracruz y en Méjico que el general Almonte y el ministro de España en Francia habían concluido un arreglo, descartando por completo al Sr. Lafragua, ministro acreditado por el Gobierno constitucional en Madrid, desde la época de Comonfort. Había un tratado celebrado en 53 que parecía justo modificar desde el momento que España se convenciese honradamente, como honradamente se habla convencido alguno de sus representantes en Méjico, de que buena parte de las cantidades que se nos reclamaban y que en mala hora había consentido en convencionalizar la debilidad del Gobierno mejicano, consistía en créditos falsos, notoriamente falsos. Eso había ido á pedir á España la buena fe del ministro Lafragua; eso, y que el Gobierno de la reina católica se declarase satisfecho con lo que la justicia mejicana había hecho para castigar ejemplarmente á los asesinos de algunos súbditos españoles en el Sur de Méjico y en Durango. España se resistía por fuerte, dada nuestra debilidad, no por justa. Encontró en los reactivos el modo de zanjar esta dificultad humillándonos, y de aquí el tratado Mon-Almonte. Grave humillación, porque declaraba que el tratado de 53 perduraría en toda su firmeza, lo que nosotros no teníamos inconveniente en reconocer, con tal que se hiciese otro que no encubriese una tremenda estafa; grave humillación, porque á raíz de la confesión de que Méjico había hecho cuanto podía exigírsele para castigar á los asesinos de españoles, se pactaba la obligación nacional de indemnizar á las víctimas. Era una humillación; era un tratado con el Bey de Túnez; menos, era un tratado con Haití; bajábamos en él á potencia de octava clase.

☪ El Gobierno liberal vió en ese tratado, contra el cual protestó valientemente, otra cosa: una alianza, una promesa de ayuda material, el prólogo de una intervención, y se acordó de la vecindad de Cuba y se planteó el problema desnudo, como era: un peligro mortal para la Reforma, para la República, para la Patria. España en Méjico era un clericalismo, una monarquía, un protectorado al estilo colonial. Éste era, pues, un elemento del problema: la intervención de España, en una forma incógnita, pero cierta. He aquí el otro elemento: la intervención norteamericana; esta amenaza era más grave. La de España podría traducirse, por lo pronto, en auxilios para la guerra; la de los Estados Unidos, en la ocupación del territorio, en su pérdida en breve.

☪ El mensaje del 15 de Diciembre de 59, aunque estrechamente contemporáneo del tratado Mac Lane, resume admirablemente el modo de pensar del Presidente Buchanan y de su Gobierno sobre nuestros asuntos, é insertamos aquí la parte conducente:

☪ «... El caso presentado no es, sin embargo, únicamente un caso de reclama-

ciones individuales, bien que nuestras justas reclamaciones contra Méjico han alcanzado un valor muy grande; ni tampoco es meramente el caso de la protección á las vidas y propiedad de los pocos americanos que todavía puedan quedar en Méjico, no obstante que la vida y la propiedad de todo ciudadano americano debe ser religiosamente protegida en cada una de las cuatro partes del mundo; sino que es una cuestión que se refiere al futuro, tanto como al presente y al pasado, y que complica, indirectamente á lo menos, todo cuanto se refiere á nuestro deber para con Méjico como Estado vecino. El ejercicio del poder de los Estados Unidos en aquel país para corregir los errores y proteger los derechos de nuestros conciudadanos es lo menos que debemos desear, por razón de que la ayuda eficiente y necesaria puede, de este modo, dar por resultado al mismo tiempo el restablecimiento de la paz y del orden en Méjico mismo. El pueblo de los Estados Unidos debe tener un interés profundo y ardiente en la realización de este resultado. Méjico debe ser una República rica, próspera y poderosa. Posee un territorio extenso, un suelo fértil y un depósito considerable de riqueza mineral. Ocupa una posición importante entre el Golfo y el Océano para rutas de tránsito y para el comercio. ¿Es posible que un país como éste pueda estar entregado á la anarquía y á la ruina sin un esfuerzo por parte de alguna vecindad por su libertad y seguridad? ¿Permanecerán las naciones comerciales del mundo, que tienen tantos intereses conectados con él, enteramente indiferentes á un resultado semejante? ¿Pueden especialmente los Estados Unidos, que deben participar más ampliamente de esa vida comercial, permitir á su vecino inmediato que de tal modo se destruya á sí mismo y los ofenda? ADEMÁS, SIN EL APOYO DE ALGUNA NACIÓN, ES IMPOSIBLE COMPRENDER CÓMO PUEDA MÉJICO RECUPERAR SU POSICIÓN ENTRE LAS NACIONES Y SEGUIR UNA CARRERA QUE LE PROMETA ALGUNOS BUENOS RESULTADOS. La ayuda que necesita, y que los intereses de todos los países comerciales exigen que tenga, le corresponde á este Gobierno dársela, no sólo en virtud de nuestra vecindad con Méjico, á lo largo de cuyo territorio tenemos una frontera ininterrumpida de cerca de mil millas, SINO TAMBIÉN EN VIRTUD DE NUESTRA POLÍTICA ESTABLECIDA, QUE ES INCOMPATIBLE CON LA INTERVENCIÓN DE CUALQUIER POTENCIA EUROPEA EN LOS ASUNTOS DOMÉSTICOS DE ESA REPÚBLICA...» «Los males que hemos sufrido de Méjico están ante el mundo y deben impresionar más hondamente á todo ciudadano americano. Un Gobierno que, por ineptitud ó mala voluntad, deja de corregir tales males, no puede ocuparse en sus deberes superiores. La dificultad consiste en seleccionar y reforzar el remedio. Es en vano que podamos recurrir al Gobierno constitucional en Veracruz, por más que esté bien dispuesto para hacernos justicia por medio de un desagravio conveniente; mientras su autoridad es reconocida en todos los puertos importantes y en todo el litoral de la República, no domina en la ciudad de Méjico y en todos los Estados vecinos á ella en donde se han cometido casi todos los ultrajes á ciudadanos americanos. Debemos penetrar al interior para alcanzar á los ofensores y esto únicamente puede hacerse pasando por el territorio ocupado por el Gobierno constitucional. El modo más aceptable y menos difícil para realizar el objeto, sería obrar de concierto con ese Gobierno. Su consentimiento y su ayuda creo que podrían

obtenerse; pero si no, nuestra obligación para proteger á nuestros conciudadanos en sus justos derechos por medio de un tratado no sería menos imperativa. Por estas razones recomiendo al Congreso que dicte una ley autorizando al Presidente, bajo las condiciones que parezcan más convenientes, para que emplee una fuerza militar suficiente para invadir Méjico con el propósito de obtener indemnización por lo pasado y seguridad para lo futuro. Intencionalmente evito toda sugestión respecto á la composición de esta fuerza, si deberá formarse de tropas regulares ó voluntarias ó de ambas. Esta cuestión debe dejarse más propiamente á la decisión del Congreso. Yo únicamente observaré que los voluntarios deberían elegirse reclutando una fuerza, lo que sería fácil en este país, de entre los que simpatizan con los sufrimientos de nuestros infortunados conciudadanos en Méjico y con la condición desdichada de esa República. Un acrecentamiento semejante á las fuerzas del Gobierno constitucional le permitirá llegar pronto á la ciudad de Méjico y extender su dominio sobre toda la República. En ese caso no hay razón para dudar de que las justas quejas de nuestros conciudadanos serían satisfechas y de que se obtendría un desagravio adecuado por las ofensas recibidas. El Gobierno constitucional siempre ha manifestado un gran deseo de hacer justicia, y esto debe asegurarse por medio de un tratado preliminar. Pudiera decirse que estas medidas, á lo menos indirectamente, son incompatibles con nuestra política prudente y firme de no intervenir en los asuntos domésticos de naciones extranjeras. Pero, ¿no constituye claramente el presente caso una excepción? Una República vecina está en un estado de anarquía y confusión de la que ha probado ser totalmente incapaz de salir por sí misma. Está enteramente destituida de poder para mantener la paz en sus fronteras ó para prevenir las incursiones de bandidos en nuestro territorio. Tenemos el mayor interés (mucho más que cualquiera otra nación), tanto social y comercial como político, en que, por sus destinos, por su fortuna y por su poder, logre establecer y mantener un Gobierno firme. Es ella, ahora, un buque náufrago en el Océano, arrastrado á dondequiera que es impelido por las diferentes facciones. Como buenos vecinos, ¿no debemos tenderle una mano que le ayude á salvarse? SI NO LO HACEMOS, NO SERÍA SORPRENDENTE QUE ALGUNA OTRA NACIÓN EMPRENDIESE LA TAREA Y NOS FORZARA Á INTERVENIR Á LO ÚLTIMO BAJO CIRCUNSTANCIAS QUE AUMENTARÍAN LAS DIFICULTADES PARA EL MANTENIMIENTO DE NUESTRA POLÍTICA ESTABLECIDA.»

Ⓒ Este famoso tercer mensaje (v. «Messages and Papers of the Presidents», vol. V.: 1849 - 1861) no era la expresión única del pensamiento de Buchanan y de una buena parte del grupo democrático que lo había elevado á la Presidencia. Al contrario, puede decirse que era una cláusula saliente de su programa. ¿Su decisión de crear campo al elemento esclavista formando nuevas entidades que favoreciesen el restablecimiento del equilibrio entre el Sur y el Norte (equilibrio necesario para neutralizar ó superar el roto de los anti-esclavistas en el Senado) era el motivo principal de la decisión de apoderarse del territorio mejicano, sometiendo una parte y protegiendo otra? Puede ser, y un escritor mejicano que ha dilucidado con elegante precisión este punto lo cree así; pero Buchanan, aun antes del fracaso

de los esclavistas en Kansas, pensaba del mismo modo. Por simples escrúpulos constitucionales no había procedido así, á pesar de haber prometido á los interesados, al ministro de Francia entre ellos, apoderarse de las provincias del Norte de Méjico. Difícil habría sido convertir en esclavistas las regiones mejicanas que no estaban pobladas únicamente de colonos americanos como Tejas; el partido republicano naciente habría tratado con éxito de impedirlo, y el hecho de California y Kansas se habría repetido. La política de Buchanan no era esclavista; era, ante todo, norteamericana, YANKEE, diríamos. No respectó de Méjico, pero sí en general, lo mismo Buchanan pensaba que Roosevelt piensa; encargados de velar por el destino de las Américas, los Estados Unidos no tolerarán la intervención de Europa en los asuntos domésticos de los latino-americanos; pero, al mismo tiempo, cuidarán de la supresión de todo motivo ó pretexto para esa intervención, reduciendo al orden á los países en guerra civil perdurable y tomando posesión de todo aquello que pudiera considerarse como adecuado al sostenimiento de ese orden, pagando así de antemano á los Estados Unidos, por medio de anexiones parciales ó protectorados incompletos, el sacrificio de gendarme y pacificador que se impongan.

☉ Y ésta es, *MUTATIS MUTANDIS*, la extensión que el actual Presidente, muy superior moralmente á Buchanan, sin duda, y tan inteligente como él, da al monroísmo; es la famosa doctrina del *BIG STICK* y es lo que resume la teoría de Buchanan, cuyos escrúpulos constitucionales desaparecían muy pronto. No es, pues, extraño que así la viera Mata y que así la comprendiesen Juárez y sus ministros; de seguro ésa fué la impresión que trajo el Sr. Lerdo de los Estados Unidos: una intromisión á fondo en nuestros asuntos como medio de pacificación interior y de defensa exterior; no podían calcular lo que cincuenta años después de los sucesos vemos muy claro: la formación de una mayoría senatorial, parte republicana y parte demócrata, que impediría sistemáticamente por odio, no á la esclavitud, esto era lo menos, sino á la política de trabajo esclavo y comercio libre del Sur, toda medida propuesta por el Gobierno de Buchanan.

☉ En Veracruz se razonaba así: el propósito de intervención de Buchanan se acentúa en cada uno de sus mensajes; llegará á pedir facultades para intervenir con fuerza armada en los asuntos mejicanos; la cuestión de los Estados esclavistas les era perfectamente conocida: ¿cómo no? Todos ellos habían vivido en New Orleans. Pero no la veían con el detalle preciso que puede verse ahora, sobre todo en la composición del Senado, gracias sobre todo al libro de Mr. Blaine; para ellos, así en globo, el Sur quería ensancharse á costa de Méjico y el Norte estaba obligado á oponerse al ensanche. Buchanan pertenecía al partido dominante en el Sur. El miedo á una intervención europea, el deseo bien procaz de aprovechar nuestras horribles debilidades, para quitarnos algunos trozos del cuerpo, á la Shylock, hacía ver como inminente la invasión y no se podía conjeturar con precisión que el Senado, en donde el partido demócrata tenía ó parecía tener la mayoría, se opusiese á la tercera instancia del Presidente. Se daba, pues, como cosa cierta una gran tentativa de parte de los Estados Unidos para ponernos en paz á la fuerza y cobrarse en el acto una comisión territorial de primera magnitud.

Por otro lado, la amenaza europea (la española evidente) en contra del Gobierno constitucional.

☪ Había vuelto de los Estados Unidos el Sr. Lerdo, que veía con toda claridad y con toda frialdad esta situación: permanecer quietos y fatalistas, absurdo; acercarse á alguien que no fuera los Estados Unidos, imposible.

☪ El tratado Mac Lane era á los ojos de Juárez y su Gobierno un tratado obligatorio; ante el peligro presente, apremiante, mortal, y el peligro futuro, no había que vacilar; ellos vacilaron. Algo se ha percibido de las luchas íntimas libradas en la conciencia de Juárez y Ocampo, para cargar con una responsabilidad que les imponía el raciocinio de acero de D. Miguel Lerdo; los mismos censores reaccionarios lo han reconocido; de éstos, el que ha hecho un análisis más áspero, más implacable del tratado, lo confiesa. (Villaseñor: «Estudios históricos». I.)

☪ Y nosotros haremos una declaración previa: el tratado ó pseudo tratado Mac Lane - Ocampo, no es defendible; todos cuantos lo han refutado, lo han refutado bien; casi siempre han tenido razón y formidablemente contra él. Estudiándolo hace la impresión de un pacto, no entre dos potencias iguales, sino entre una potencia dominante y otra sirviente; es la constitución de una servidumbre interminable. De aquí han tomado, no los historiadores, sino los acusadores, pretexto para lapidar con verdadero frenesí á los signatarios mejicanos del infausto documento; de los dos principales acusadores, el uno, el reactor, toma esa actitud de zelota judío ante el chivo expiatorio, para sacar limpio como el armiño á su bando del reproche de TRAIADOR con que ha pasado á la historia; el otro, el emancipado, por la infinita voluptuosidad que experimenta en dar satisfacción á su pasión iconoclasta: romper ídolos, es su lema; es un Zumárraga libre-pensador. Ambos están en su perfecto derecho; yo los respeto y lo respeto.

☪ Yo busco para mí una explicación de este fenómeno del orden psicológico: ¿cómo es que hombres de una moral cívica excelsa, de un patriotismo tal que ha sobrevivido incólume y espléndido, no sólo á los ataques de estupenda violencia de que han sido víctimas en vida y muerte, sino al hecho mismo, al acto que constituyó su falta suprema, acto de irreductible gravedad para su memoria, cómo es, en suma, que repúblicos como Juárez, Ocampo, Lerdo, compaginaron esa obra de tan claro aspecto anti-nacional? ¿Cómo Degollado y los grandes caudillos liberales, casi sin excepción (las hubo), aceptaron esa señal de desesperación, de pérdida de fe de la Patria en sí misma, síntoma irrefragable de muerte? Éste es el problema que me he querido explicar. Me lo explico así:



Ya indicamos las causas determinantes: miedo grave, fundamental, á la intervención de España, que habría concluído con la guerra y aplastado la Reforma durante una generación; ese peligro sólo podía, únicamente podía conjurarse, interponiendo entre ella y nosotros á los Estados Unidos. Miedo grave, fundamental á los Estados Unidos; tal era la fatalidad satánica de nuestra situación

Don Miguel Lerdo de Tejada

geográfica y de nuestro estado de agotamiento por las guerras civiles; nuestros enemigos naturales eran nuestros amigos necesarios, y Méjico era LA CAPERUCITA ROJA del cuento de Perrault. ¿Qué se podía hacer para conjurar tamaño peligro, catástrofe inminente de nuestra nacionalidad? Los próceres de Veracruz no encontraron más que un remedio, decir á los Estados Unidos : lo que queréis tomar por la fuerza, prendas de seguridad para vuestros conciudadanos y gajes de buena voluntad y alianza perpetua con Méjico, os lo vamos á ceder, por medios diplomáticos, para que nos ayudéis á defendernos contra el extranjero y contra nosotros mismos, porque á la sombra de ese tratado creceremos y haremos de nosotros mismos, aun cuando sea contra él, cuanto nos permita crecer y ser fuertes, y resistiros si pretendieseis abusar.

☪ Se había comenzado á hablar de todo esto; Mac Lane había regresado de los Estados Unidos con instrucciones terminantes, quizás con el proyecto completo de tratado, cuando en las postrimerías de Noviembre se recibió en Veracruz una noticia que lo decidió todo : Degollado había sido derrotado completamente en LA ESTANCIA DE LAS VACAS; Miramón, el invencible, era otra vez dueño del Interior. Salamanca, Ahualulco, San Joaquín, Tacubaya, tenían un coronamiento fatal.

☪ Gracias á excelentes medidas estratégicas tomadas de antemano por el general Alvarez, el Estado de Guanajuato había sido casi totalmente desocupado por las fuerzas reaccionarias, y después de una marcha feliz de D. Manuel Doblado, que volvía con energías nuevas á la brega civil, el general en jefe había logrado reunir los contingentes de San Luis, Aguascalientes, Zacatecas, Guanajuato, Querétaro y parte de las fuerzas del Norte; todo ello sumaba poco más ó menos 7000 hombres mandados por Doblado, Arteaga, Quiroga, Lemberg, Tapia, Blanco, etc. Importaba no dejar que Miramón aglomerase tropas suficientes en Querétaro; con Miramón estaban Mejía, Vélez, Díaz de la Vega, con tropas menores en número, pero mucho más compactas y fogueadas y mejor gobernadas que las reformistas. Sin embargo, las generosidades de Degollado permitieron á los reaccionarios crecer en número, gracias al tiempo ganado por Miramón en las conferencias que, promovidas por el caudillo liberal con el objeto de llegar á una solución pacífica, no tuvieron resultado alguno, lo que todo el mundo sabía de antemano. Sí, un resultado; lo indicamos ya : el retardo en el encuentro permitió á Miramón acudir á él mejor armado. Un comienzo de batalla bastante favorable á los reformistas; un segundo acto indeciso y sangriento que termina con la orden dada por Degollado de retroceder á posiciones de antemano escogidas y que se reputaban inexpugnables; avance de todo el ejército reactor en pos del general Miramón, que le comunica irresistible impulso; resistencia brava y tenaz de los reformistas (versión de Miramón), retirada de los reformistas en desorden primero, pánico y abandono de artillería, pertrechos, armas; fuga general; Degollado y un pequeño grupo cubren la retirada haciendo uso de sus armas hasta más allá de Celaya, en donde el populacho los ataca furioso. (Tal es la versión de Degollado.)

☪ En suma, una gran derrota de esas que no acaban la guerra (porque eso era

imposible, sino con el triunfo de los liberales, según lo reconoció Miramón explícitamente en su famosa conferencia con Degollado); pero que aplazaban, por un año lo menos, una nueva tentativa de dar el golpe de gracia militar á la reacción. Degollado, con la firmeza y perseverancia que tanto lo engrandecían en el infortunio, lanzó desde San Luis una proclama encendida en el amor á la libertad y en la fe profunda en los destinos de la Reforma; «ya estoy en la obra, decía, ya reorganizo, ya me preparo, ya reemprendo la lucha, ya venceremos; de seguro venceremos.» Y aquella confesión al mundo de una tremenda derrota, tenía notas épicas de marcha triunfal. Degollado era admirable para transformar la mala suerte, pero no sabía manejar la buena; los acontecimientos venturosos lo atrojaban y lo entorpecían, y no se encontraba plenamente dueño de sí mismo, sino cuando había logrado un fin desventurado y negro. Este hombre al morir, al morir su trágica muerte de redentor, debió haber sentido la claridad de una alborada de dicha en torno de su ensangrentada frente. Es la historia militar de Degollado como la victoria de Samotracia: sin cabeza, pero con alas.

☪ Noble era la proclama; pero entre tanto, San Luis, Guanajuato, Zacatecas eran reocupados por los generales de Miramón, que llegaba á Guadalajara, destituía á Márquez con el pretexto de que se había apoderado de LA CONDUCTA, en realidad para nulificar al único rival que lo metía en cuidados y le hacía sombra, y se preparaba con actividad vertiginosa para limpiar de reformistas el Sur de Jalisco.

☪ Y después de todo esto, lo seguro, ya se anunciaba, era el nuevo sitio de Veracruz descaradamente auxiliado por España. Esto pensaban, esto creían, esto sabían los hombres de Veracruz cuando Mac Lane puso en la carpeta del consejo de Juárez el proyecto de tratado. Tiene eso algo de siniestro y de infernal; parecía un pacto de venta de alma al diablo.



☪ ¿Tenía derecho Juárez para celebrar el tratado? Ya lo hemos dicho; no necesitaba atenerse á las facultades dadas por el Congreso constitucional á Comonfort en vísperas del golpe de Estado: sus facultades todas emanaban de su situación misma, eminentemente legal y totalmente anormal. Cuanto lógicamente era indispensable para hacer surgir de su investidura constitucional, la única cierta, la única viva, un orden normal y plenamente legal, lo podía, lo debía hacer Juárez; esa especie de resumen de facultades y atribuciones constitucionales y extraordinarias en su persona era una necesidad indeclinable de su modo de ser: sólo para eso era, para resucitar la Constitución; todo cesaba en él al presentarse en su lugar la ley fundamental. Y esto ya no tiene por qué discutirse; así fué; así lo reconocieron la República, los ejércitos constitucionalistas, los Estados Unidos y luego las otras naciones cuando reconocieron al Gobierno emanado del Gobierno establecido en Veracruz.

☪ ¿Tenía derecho Juárez para ratificar el tratado? Él lo creía, porque se juzgaba con todas las facultades inherentes á la función legislativa, y tenía razón; todo

cuanto la necesidad de la restauración del orden legal exigiera en el orden político, podía conglomerarse con su papel constitucional, y según la Constitución de 57, tocaba al poder legislativo la ratificación de los tratados concertados por los agentes del poder ejecutivo. Aquí el caso resulta muy dudoso, porque parece que el derecho de ratificación en el espíritu constitucional debería provenir de una autoridad distinta de la que acordase el pacto. Pero todo quedaba comprendido en lo que Ocampo llamaba las **FACULTADES EJECUTIVAS**. Las facultades ejecutivas equivalían á este vocablo que nadie pronunciaba, pero que todos subentendían : dictadura. Eso era precisamente, una dictadura de origen constitucional evolucionando al través de las circunstancias; una dictadura, tal como el origen romano de esta magistratura de carácter excepcional y efímero la definía. Nacida no de una revolución, sino de la ley misma en momentos de peligro supremo para las instituciones, para la Patria; temporal, puesto que no duraba más allá del peligro; omnímoda, porque hasta las leyes callaban ante ella, como decía la fórmula romana, porque todo le era permitido, no diremos en las tres esferas del poder, porque esa división, bastante facticia por cierto, era desconocida para los romanos, en los términos que la contienen la Constitución norte-americana y la nuestra, sino en todo aquello que podía considerarse como medio para llegar al fin de salvación pública que le estaba encomendado. Era, en suma, la monarquía, en toda su intensidad de potencia resucitada momentáneamente en las crisis excepcionales de la nacionalidad.

☪ Eso era exactamente la magistratura de Juárez; no era lo mismo el Gobierno puramente de hecho y exclusivamente militar que ejercía el general Miramón; el de éste era una aventura, el del primero una magistratura; venía de una elección, de una ley, era un derecho. Pero tenía una condición que podríamos llamar **SUBSTANCIAL**, por tal modo estaba incorporada con la noción misma de aquel poder excepcional, aunque legítimo : la dictadura era temporal, tenía un término forzoso; en el caso de Juárez, aquel en que, vencidos los obstáculos que se oponían á la vigencia de la Constitución, ésta, rediviva, hiciese entrar en el no ser **LAS FACULTADES EJECUTIVAS**. Pero había algo más diferencial entre la dictadura de Juárez y la de los romanos de la República : los actos dictatoriales en Roma no estaban sujetos á revisión, sino accidentalmente, como sucedió con los de la semi-dictadura de Marco Tulio en los días por siempre famosos de **LA CONJURACIÓN**; en nuestra República, en que todas las funciones públicas están constitucionalmente tramadas sobre la urdimbre de la responsabilidad, es otra cosa. Los actos de Juárez dictador debían ser revisados por las autoridades constitucionales que le sucedieran en el período normal. Y así fué efectivamente; cuando el Gobierno constitucional, debelada la reacción, ocupó á Méjico y en Mayo de 61 pudo reunirse el Congreso, Juárez dió cuenta de sus actos en un célebre mensaje y dijo : «Acepto ante esta Asamblea, ante mis conciudadanos todos y ante la posteridad, la responsabilidad de todas las medidas dictadas por mi Administración y que no estaban en la estricta órbita constitucional, cuando la Constitución derrocada y finalmente combatida había dejado de existir, y era, no el medio de combate, sino el fin que en él se proponía alcanzar la Repúbli-

ca.» El Presidente de la Cámara (el diputado Aguirre, precisamente el mismo que luego habla de encrespase tanto contra Juárez imputándole á crimen el tratado Mac Lane) contestó á Juárez : «Los principios de Reforma que dejaron muy atrás á la Constitución, fueron desde entonces el estandarte á cuyo derredor se agruparon los defensores de la democracia para conquistarlos con su sangre y sancionarlos con el poder de la victoria; no será, pues, el Congreso Nacional el que deje de reconocerlos, poniendo luego en armonía con ellos las leyes fundamentales del país.»

¶ En suma, el Congreso ejercitaba un derecho indiscutible revisando los actos de la dictadura, para reparar los errores reparables y exigir las responsabilidades exigibles; si no lo hizo formalmente la legislatura que comenzó á funcionar en Mayo de 1861, fué porque no lo consintieron las circunstancias, cada vez más terribles, características de ese año que comenzó con el establecimiento del Gobierno constitucional en Méjico y acabó con el de la intervención tripartita en Veracruz. En realidad los actos legislativos del Gobierno de Juárez se suman en las leyes de Reforma y fueron aceptados; el tratado Mac Lane no llegó á serlo, nada tenía que revisar el Congreso; podía ser criticado y lo fué acerbamente como conducta, pero no como un acto jurídico origen de derecho. Si el Senado americano lo hubiese sancionado, si el Sr. Juárez lo hubiese ratificado, entonces el papel del Congreso habría sido reprobalo en revisión, negándole á Juárez facultad alguna para aquello que no podía hacer el Congreso mismo, compartir con otra nación la soberanía en el territorio nacional; porque todo lo podía el Presidente para restaurar la Constitución, menos negarla, menos destruir su fundamento mismo. El Congreso no habría aprobado el tratado y habría exigido la responsabilidad á Juárez y sus ministros.

¶ Pero á nada de esto hubo lugar; el tratado Mac Lane jamás fué ratificado por Juárez. Como muestra de adhesión á los Estados Unidos, cuya alianza nos era con toda evidencia necesaria para conjurar el riesgo inminente de la intervención española que los próceres habían leído con razón entre los renglones del tratado Mon-Almonte; como facilidad para obtener dinero urgentísimo para las arcas exhaustas de la revolución reformista; como todo eso, el documento era precioso, y para ello, cuando llegó el caso, fué puesta en acción la liga en él esbozada; pero nunca hubo ratificación : hubo la afirmación del Gobierno de estar dispuesto á ratificar el tratado; hubo la afirmación de que esa ratificación dependía de la aprobación del tratado por el Senado americano; hubo la facultad **CONDICIONAL** dada al plenipotenciario mejicano en Washington para ratificarlo; hubo un poder formal para hacerlo así, también condicional, y si esto pudiese probar que estaba en el espíritu de Juárez la ratificación, jamás podría esta conjetura, muy lógica, substituirse al hecho de la ratificación, sobre el cual no podía haber ni aproximaciones ni distingos, que tenía que ser un acto claro, expreso, formal y calzado con la firma del Presidente de la República; ni existe, ni ha existido jamás semejante documento (v. Bulnes : «Juárez y las revoluciones de Ayutla y de Reforma»).



⌚ Imposible que Juárez y sus ministros no percibiesen que sus actos dictatoriales podían ser revisados por el Congreso inmediatamente que se reuniera y que, en uso de una facultad expresa consignada en el artículo 72 de la Constitución, que resurgiría intacta del período dictatorial «en que enmudecen las leyes», el tratado, con ratificación y todo, sería revisado. Y para mí es claro que con la plena conciencia de ésta que no puede llamarse eventualidad, sino aplazamiento fatal y necesario, trataron con Mac Lane. Precisa convenir en que de aquel acto de casi desesperada audacia imaginado para desconcertar de antemano toda conjura de intervención europea y para servir de reparo contra la intentona de España que se dibujaba netamente en los arsenales de Cuba, todo lo que podía venir no era el compromiso para Méjico de acatarlo, sino una situación tremenda que habría terminado con una guerra con los Estados Unidos probablemente, si es que el Norte consentía en una invasión que sólo podía aprovechar al Sur; esto sí lo preveía fácilmente el Gobierno de Veracruz; no se puede decir que intentasen engañar á los Estados Unidos; era sencillamente imposible. Todos los elementos legales del caso podían ser examinados plenamente por el Gobierno americano; no eran ocultos, constaban en nuestra ley fundamental, que era igual, con pocas variantes, á la suya; y lo hicieron y se formuló la objeción, y la formuló también el Gobierno reaccionario, que negó á Juárez facultades para tratar y ratificar, conforme á la Constitución misma que sostenía. Los diplomáticos de Washington sabían, á su vez, que Méjico contraía por lo menos, con la firma del presidente Juárez, una obligación moral y que de allí harían brotar exigencias infinitas, y que no se contentarían con que Juárez y sus ministros fueran condenados en un juicio de responsabilidad; como los samnitas, no aceptarían la entrega (decretada por el Senado romano) de los cónsules que, para salvar la vida de las legiones, habían celebrado un pacto humillante para Roma al doblar el cuello bajo el yugo de las Horcas Caudinas; pedirían el cumplimiento del pacto y levantarían el brazo armado del hacha para castigar á los que faltaban á la fe prometida; ese brazo no habría sido el brazo de la nación norte-americana, porque cuando esto hubiera podido suceder, la guerra de SECESIÓN habría cambiado absolutamente las condiciones del problema.



⌚ Y aquellos hombres de civismo insigne, después de una hondísima brega con su conciencia y á través de un conflicto moral y político gigantesco, convencidos de que así salvaban todo cuanto en la Patria podía salvarse para rehacer su destino, aceptaron impávidos toda la responsabilidad del acto (uno de ellos firmaba su sentencia de muerte) y fueron hacia el tratado Mac Lane, hacia el ascua ardiendo.

⌚ El convenio se compone de cesiones y concesiones : éstas pueden haber sido mejores ó peores bajo el aspecto financiero y económico, pero ni envuelven favor ó privilegio, ni merman en rigor la soberanía, ni constituyen una interven-

ción, ni son en puridad anticonstitucionales; las cesiones sí limitan la soberanía, sí resultan en menoscabo de los derechos de la Nación : verdad es que ésta en cualquier tiempo podía recuperar su derecho íntegro; pero fuera de que esto no habría sido sin conflicto armado por la posición leonina de uno de los contratantes, los términos mismos del tratado hacían jurídicamente discutible la reivindicación que Méjico intentase.

☪ El tratado puede resumirse así : un condominio dentro del territorio mejicano, en el Istmo de Tehuantepec y en la zona vecina ó en relación directa con nuestra frontera del Norte. Un pacto de reciprocidad de auxilios en la misma frontera. Una serie de concesiones en el orden fiscal y mercantil.

☪ El condominio está formulado, no en la concesión perpetua del libre tránsito de personas, mercancías y malas postales por el Istmo; esta concesión, que sólo limita parcialmente la soberanía sin enajenarla, por la frase EN PERPETUIDAD, no hacía, en suma, sino consignar en el tratado, respecto de los ciudadanos de la Unión americana, los mismos derechos que á todos concedía un artículo de la Constitución, la libertad de tránsito : «La República Mejicana cede á los Estados Unidos y sus conciudadanos y bienes, en perpetuidad, el derecho de tránsito por el Istmo de Tehuantepec, de uno á otro mar, por cualquier camino que actualmente exista ó que existiese en lo sucesivo, sirviéndose de él ambas repúblicas y sus ciudadanos.» Esto reza el artículo primero; la inconveniencia de ceder á LOS ESTADOS UNIDOS y de ceder perpetuamente salta á la vista. Pero ésta y todas las concesiones del tratado están modificadas, neutralizadas pudiera decirse, por esta cláusula terminante y sin ambages del artículo 7.º : «Se reserva siempre para sí la República Mejicana el derecho de soberanía que al presente tiene sobre todos los tránsitos mencionados en este tratado.» El derecho de soberanía no sólo es la libertad de hacer, es la libertad de hacer solo; no sólo es una acción, es una exclusión; y Méjico siempre que lo juzgara conveniente podría, en virtud de su soberanía, hacer temporal lo perpetuo y volver nulo lo pactado : tal es el rigor interpretativo de la cláusula.

☪ El condominio está formulado en el artículo 2.º, que mancomuna á Méjico y los Estados Unidos en la protección del tránsito por el Istmo y en la garantía de su neutralidad. Realmente, sólo dos naciones que tuviesen dominio sobre el mismo territorio podían solidarizarse así. El condominio resulta igualmente de las facultades concedidas al Gobierno de los Estados Unidos en el orden militar : las fuerzas de esta nación, según el artículo 5.º, podrían emplearse, aunque exclusivamente, en la protección y seguridad de los norte-americanos y sus bienes en Tehuantepec, ya sea llamadas por las autoridades federales, ya por las locales, si fuesen legítimas; y en casos de peligro inminente ó imprevisto para la vida ó propiedades designadas antes, tal protección la harían las autoridades americanas MOTU PROPRIO.

☪ Más aún : este derecho que, como se ve, no se diferenciaba en un ápice del que podía poseer un Gobierno en su propio territorio sobre una fracción de él, se hacía extensivo á otras líneas ó vías fronterizas : una, que pudiera llamarse imaginaria, que partía de las orillas del Bravo y no muy lejos de su desemboca-

dura (Matamoros) hasta Mazatlán, y otra que por Hermosillo unía á Guaymas con el entonces Rancho de Nogales.

☪ Juárez y sus ministros, encarándose con su azarosa situación (era la del país), pensaron que todo el motivo de estas exigencias y todo el secreto de una intervención ó invasión posibles (y en ello estaban de acuerdo esclavistas y antiesclavistas) era, en primer lugar, el Istmo de Tehuantepec, en segundo una amplia comunicación entre los dos golfos, el de Méjico y el de Cortés. Poseer de hecho ó de derecho el tránsito entre las costas norte-americanas orientales y occidentales, sin tener que perder el tiempo que exigía la vuelta por Panamá, vigilado por los europeos, era el supremo *DESIDERATUM* mercantil de los Estados Unidos; para lograr esto, sin lo que consideraban incompleta, pudiera decirse, su nacionalidad económica, no habría sacrificio que no se impusiesen, no habría aventura que no acometiesen sus hombres de Estado. Las cosas han cambiado luego; así eran entonces. Y los gobernantes encabezados por Juárez se dijeron : ¿tenemos algún medio de evitar que esta codicia se satisfaga por la fuerza? Ninguno; llegado el caso, el país entero se volvería para los americanos un inmenso Tehuantepec, protegido, sojuzgado, anexado, dada su potencia, dada nuestra debilidad. ¿No es preferible cederles en parte lo que desean, reservándose Méjico el derecho de soberanía en un documento que no será definitivo mientras la Nación no lo refrende con su sello soberano? Ellos creyeron que sí; no quisieron que los hechos los llevasen á perderlo todo; prefirieron ceder algo, aunque ese algo nos menoscabase temporalmente. Y así fué; ellos reclamaron la responsabilidad de sus actos ante la historia; se la dejamos entera.



☪ Las concesiones son graves, pero ni inicuas ni antieconómicas; como, por ejemplo, la que se refiere á la exención de todo derecho á cualquier efecto ó mercancía de tránsito por el Istmo, no destinada al consumo de la República; la que, con muy justo acuerdo, compromete al Gobierno nacional á no imponer á los extranjeros ni contribuciones ni derechos mayores que á las personas y bienes de los mejicanos; la que exime á los norte-americanos de los préstamos forzosos, en términos absolutos; la que se refiere al libre ejercicio público ó privado de cualquier culto profesado por ciudadanos de los Estados Unidos en nuestro territorio, lo que era y es inobjetable. De estas concesiones, dos eran particularmente censurables y por extremo peligrosas : la primera se refiere al permiso concedido á los Estados Unidos para hacer transitar, por el Istmo y por la línea que en nuestra frontera septentrional unía á Guaymas con Nogales, á sus tropas con equipos, impedimenta y todo, con obligación para las empresas transportadoras de hacer rebajas en las tarifas para conducir todo esto, á riesgo de perder la protección americana. La segunda consistía en el concierto de una especie de unión aduanal ó *ZOLLVEREIN* entre las dos naciones, pero dejando la hegemonía á los Estados Unidos, cuyo Gobierno debería, de una lista de productos naturales ó artefactos in-

cluida en el tratado, escoger cuáles entrarían libres de derechos ó con derechos muy bajos y recíprocamente compensados, en las naciones contratantes. No habría sido malo el resultado económico de esta estipulación para Méjico, pero le habría sido amargo. Era en realidad una fase de la tutela y amparo americanos consagrados por el convenio.

☞ Los compromisos relativos á almacenes de depósito en los dos puertos que construiría en breve plazo el Gobierno de Méjico en los extremos de la vía de Tehuantepec, eran perfectamente estipulables y de no poca conveniencia para todos.

☞ Con el título de «artículos convencionales», se pactaba una especie de alianza defensiva contra todo atentado al orden y seguridad, tanto en el interior como en la frontera; al llamado de cualquiera de entrambas naciones, debería acudir la otra para restaurar la paz, quedando los gastos de las expediciones á cargo de la nación auxiliada. Si este artículo hubiera estado en vigencia en la época de la tremenda lucha de SECESIÓN, no habrían sido los americanos solamente los llamados; ellos quizás habrían pedido la ayuda de nuestras tropas y cien mil mejicanos (puesto que ellos los pagaban) se habrían unido á las tropas federalistas para limpiar á Tejas de confederados.

☞ Tal es en sus lineamientos principales el tratado Mac Lane; era pésimo, pero era la condición de alianza con el fuerte; así serán siempre los de esta clase. El regalo de cuatro, mejor dicho, de dos millones, que á cambio de tanta peligrosa concesión se nos hacía, resultaba hasta irónico á fuerza de ser miserable. No se vende la libertad *PRO TOTU AURO*. Ellos, los mejicanos que firmaron ó se hicieron solidarios del tratado, no creyeron venderla, sino darla en prenda. En cambio de ella estaban seguros de adquirirla prácticamente después y de realizar la Reforma. Quiso nuestra buena suerte, nuestra bendita suerte, que el Senado americano hubiera rechazado, gracias á la peculiarísima situación política de los partidos en él, las estipulaciones patrocinadas por Buchanan, y del tratado sólo quedó una sombra, pero esa sombra anubla las figuras de los caudillos de la Reforma. Aceptaron ese sacrificio, creyeron en ese triste é ineludible deber. Así nos explicamos el tratado Mac Lane-Ocampo.

☞ Hubo protestas: en la frontera del Norte, Pesqueira, Vidaurri, otros, levantaron la voz muy alto y protestaron contra lo que consideraban un delito de lesa-patria, y de ello tenía todas las apariencias. El Gobierno reactor protestó también ante los gabinetes extranjeros con razones elocuentes y justas desde su punto de vista; la prensa europea, y sobre todo la inglesa, mostró los terribles peligros del tratado para la nacionalidad mejicana y para nuestras relaciones con los países de allende el Océano. Luego, abortado el proyecto, de cuando en cuando ha revivido la acusación contra los autores del tratado, y para fundarla se han hecho de él, con inquina típica, análisis profundos más ó menos acertados; al par de ellos se alza un ciclón de invectivas y denuestos contra Juárez (como si fuese el autor único del convenio); pero cae el polvo de la diatriba y se pueden ver claras las cosas, y se encuentra *Á POSTERIORI*, sumando, á las circunstancias propias de la época, el estado especial de ánimo producido en los autores de aquel acto grandioso y negro y la conciencia que éstos tenían de que no obligaban la fe de la

Nación sino de un modo transitorio, lo que A PRIORI sabíamos, que hombres como Juárez, Ocampo y Lerdo no eran, no podían ser traidores.



☪ A nadie se había visto en el curso de nuestras eternas revueltas desempeñar un papel de primera importancia en una aventura á un tiempo seria y teatral con más intrepidez, con más audacia, con mayor gallardía que á D. Miguel Miramón. Lo que hizo con Márquez en Guadalajara fué más difícil que lo que acababa de hacer con la sublime impericia de Degollado. La sociedad alta de Guadalajara, en donde las tradiciones, los hábitos y las preocupaciones coloniales, por lo mismo que se habían recogido de un grupo menos numeroso, se habían hecho más fuertes, más hondas, abrazó con ardor la causa reaccionaria, jugando el todo por el todo, exponiendo sus haciendas á convertirse en yermos al paso de las guerrillas CHINACAS, y sus recursos pecuniarios á ser absorbidos por la implacable succión de los préstamos forzosos; eran entonces aquellas familias criollas, con apellidos que sonaban á hidalgos abolengos, lo propio que habían sido en los tiempos de la insurgencia; como conservaban las costumbres y las creencias, como se encastillaban en sus mansiones solariegas en que reía colmado de flores el patio andaluz, así se incrustaban en su devoción, en su aversión á las ideas nuevas, en su abominación por la impiedad de aquellos iconoclastas de Degollado que ponían la mano sacrílega en los altares para despojarlos, y como dicen que se estremecían las mulas en los agujeros de la frontera cuando el viento de las sabanas les trafa el olor de la horda de apaches en marcha, así las viejas beatas temblaban en las sacristías, cuando creían percibir muy lejano, pero muy terrible, el grito de los feroces chinacos de Rojas : «Viva el hacha».

☪ Esta sociedad, saturada hasta en sus meollos, no de religión, sino de devoción, estaba unida con la plebe formada en buena parte de la clientela de las casas ricas, por medio del clero, depravado y sandunguero como solía en su trato con las clases inferiores y en su parte alta muy ignorante (puesto que ignoraba el tiempo en que vivía) y, aunque ostentando aquí y allí ejemplares virtudes, inhábil para el Gobierno espiritual de una sociedad á la que se obstinaba en mantener vuelta de cara á lo pasado.

☪ Guadalajara, la reactiva, la devota, la supersticiosa, se enamoró del general Márquez; parecía la hembra de aquel leopardo en cuyas barbas había siempre sangre coagulada. Así fué; aquel hombre había hecho la seguridad para los ricos, la paz para los frailes, la libertad para las campanas y para los trisagios y las fiestas y los bureos de la plebe á cuyo ídolo había declarado un santo y un mártir (el general Blancarte infamemente asesinado por Rojas). Oliendo á arcilla aromática, á flores, á tequila, á fritangas y á moho de convento y de ruinas, la ciudad codiciada de los HACHEROS, mostraba por dondequiera las lacras de la guerra inexpiable : las torres despostilladas, los conventos abiertos en brecha, los santuarios rotos y desmantelados, las casas despanzurradas por la horadación

incesante, y en todo ese desvencijamiento se hacinaban las gentes venidas del sur del Estado, huyendo de la guerra exterminadora. Así, todo era rezos en Guadalajara y bandos de D. Leonardo sentenciando á muerte en masa al partido liberal; hasta los sentimientos creía adivinar aquel Alba sin penacho en la palidez de un rostro, en el fugitivo relampagueo de una mirada. Pero la paz y el orden, muy cimentado en víctimas inocentes y en sangre de criminales (de todo había), eran tan reales que parecían ser eternos. Las señoras y las no señoras de Guadalajara parecían añadir á la indecible satisfacción de la religión salvada, no sé qué dulce y efusiva ráfaga de amor que palpitaba en las ondulaciones de sus cuerpos rítmicos y en el encanto de sus miradas en que la sombra parece hecha de luz; por eso los bailes alternaban con las novenas, y sobre aquella población que se sentía pronta á erizarse de trincheras y barricadas, flotaba el arrullo de las palomas de la venus callejera; á los canturreos de las iglesias y los cenobios, que estallaban en salves y letanías, se mezclaba el rasguear de las vihuelas acompañando las monótonas y voluptuosas y melancólicas VALONAS TAPATÍAS.

☪ Miramón llegaba furioso á Guadalajara; Márquez se había apoderado de seiscientos mil pesos, es verdad; pero ya se habían mandado restituir, menos un centenar ó más de millares de pesos de que se había dispuesto, pero que se devolverían luego. Esto en el fondo era un pecado venial para los militares de guerra civil; no era eso lo que enojaba al vencedor de LA ESTANCIA, sino la pertinaz desobediencia del procónsul, que no había llevado sus tropas á deshacer la retaguardia de los reformistas antes de que se juntaran en Celaya. Pero vió la actitud de aquella sociedad que no quería que le arrebataran su talismán, y fingiendo una confianza plena en el hombre á quien en secreto aborrecía y de quien se sentía odiado, presenció tranquilo el FLIRT de la ciudad tapatía con Márquez, con la mano en el puño de la espada, pero risueño y galante, y dejando á su cautivo entre sus adoradores, se marchó á combatir en Colima á Ogazón, seguro de vencerlo y aniquilarlo, porque el ejército reformista estaba minado por la traición.



☪ Entre las figuras de segundo término que puso en enérgico relieve la revolución, hay pocas más dignas de veneración y simpatía que la del gobernador Ogazón. Hombre sin ningún interés personal, sin ambición alguna, fué lanzado por su convicción al través de la guerra de Reforma como un proyectil de acero; procedía de sus ideas, de su conciencia; él creía con una fe que no desviaba, que no ondulaba, rectilínea, que Méjico debía ser libre, que todo mejicano tenía el deber de sacrificarse para realizar este ideal, y toda su vida fué la conclusión de estas premisas : fué el silogismo de la libertad y el deber. Silencioso y de aspecto un poco hurafío y bravo, muy tímido y muy intrépido á la vez, de una serenidad estoica al entrar en contacto con el peligro, se había criado en esa burguesía liberal de Guadalajara formada en los colegios, muy á menudo en los seminarios y que intensamente solidarizada en sus ideales de emancipación y

de lucha, se lanzó con entusiasmo efervescente del aula, de la tribuna, del periódico á la brega en los campos de batalla. Los otros decían y Ogazón hacía, con mucho seso y con indomable tesón. No había querido el mando militar que quedó en sus manos, bajo los auspicios de Degollado, por su impericia en achaques militares. Ahora bien, cuando UN CIVIL se ve obligado á ejercitar una jefatura accidental entre los soldados, sólo puede adquirir prestigio á fuerza de perseverancia, de sumisión á las privaciones, de solicitud por el soldado, de intensa energía en las formidables emergencias de la guerra; todo esto tenía Ogazón y un consejero, además, su amigo y pariente, ardoroso, apasionado, inteligente como pocos y devoto de las ideas reformistas casi hasta el fanatismo : he nombrado á Vallarta.

☪ Después del tremendo descalabro de San Joaquín, que arrebató á Degollado el Sur de Jalisco, Ogazón, con una infatigable obstinación, no había desperdiciado ni un día ni una hora; había rehecho un ejército bisoño, mal armado y deficiente, pero mandado por jefes de empuje, y extraordinariamente plástico; así eran estas pequeñas divisiones apenas organizadas en el fondo de los Estados; formadas, ya lo hemos dicho, por guerrillas combinadas y regimentadas como se podía, el golpe de las derrotas las desmembraba, las disolvía en grupos, pero nunca las aniquilaba. Lo malo fué que en el ejercitillo de Ogazón había un traidor, un general Rocha que había tramado con Márquez y luego directamente con Miramón el modo de entregar á sus compañeros; no lo logró, pero su inacción fué bastante en la batalla de la Albarrada, que siguió á la ocupación de Colima, para desorganizar la resistencia de los liberales y acarrear la derrota, que fué completa. El traidor murió asesinado pocos días después.

☪ Miramón volvió triunfante á Guadalajara, había pacificado el Estado; la Revolución no podría ya levantar cabeza; la hidra de la guerra civil había perdido la penúltima de sus horrendas testas; sólo quedaba Veracruz; sucumbiría bajo el tacón del joven Macabeo : los enemigos de la Patria, de la Sociedad y de la Familia, los adversarios satánicos de la Religión, como decía INDIGNADO el paladín de las virtudes cívicas é individuales, D. Leonardo Márquez, habían pasado. Segadas por el vencedor de la Estancia y la Albarrada, las esperanzas reformistas habían desaparecido al filo de la espada del ángel exterminador, como la flor de los campos. Y al son de los órganos resonaban las naves de la Catedral de Guadalajara con el ritmo triunfal de los salmos nuevos : «Salva, Señor, á nuestro Presidente. Que espera en ti, ¡oh, Dios mío! Envíale, Señor, auxilio desde lo Alto. Y desde Sión protégelo. En nada le ofenda el enemigo. Y el hijo de la iniquidad no le dañará. Escucha, Señor, mi oración», etc., etc. La guerra religiosa quedaba así proclamada en los altares. Y no sé si ante los ojos de Dios, pero ante los de los hombres, la Reforma quedaba así justificada de haber hecho de su ley substancial, la nacionalización, una ley penal.

☪ Radiante de orgullo y oliendo á incienso, el general Miramón lanzó desde Guadalajara un manifiesto-protesta contra el tratado Mac Lane-Ocampo; ni carecía de elocuencia, ni de sólidos y enérgicamente formulados argumentos. ¿Fué obra del Licenciado Díaz ó de alguna de las cabezas fuertes del partido reactor en

Guadalajara? Lo cierto del caso es que el manifiesto hizo gran impresión y que haciendo á un lado sus atroces imputaciones perfectamente explicables en boca «del joven elegido del Señor», en el fondo tenía todo el carácter de un acto de patriotismo, lo contrario del convenio anatematizado; y el partido liberal quedó perplejo, contestó con burlas, apenas contestó. Lo que sobraba de bríos patrióticos al manifiesto, le faltaba de autoridad moral; en esos mismos días, ya lo dijimos, los agentes del Gobierno reaccionario proponían en Europa, á España, sobre todo, una intervención que vino más tarde, dos años después, y se obtenía la complicidad en los preparativos de la toma de Veracruz. Y he aquí, poniendo á un lado papeles, dos hechos incontrovertibles: Juárez y los reformistas lograron que la intervención americana, momentáneamente efectiva, no llegara á organizarse nunca en Méjico; los reaccionarios lograron organizar con propósitos permanentes la intervención europea. Este libro demuestra claramente mi doble aseveración.



☉ Eran las campañas de Miramón dobles círculos viciosos. Si aprovechaba el invierno para ir á Veracruz y no contar al vómito entre los más temibles defensores de la plaza, tenía la seguridad de que, Jalisco y el Bajío incendiados, su base de operaciones sería amagable seriamente y tendría que levantar el sitio; si dejaba completamente segura esa base de operaciones, la campaña sobre Veracruz sería una campaña de primavera; la fiebre esperaba á su ejército en los médanos.

☉ Así era ahora (Febrero de 1860), y cuando al son de los repiques y llevándose las bendiciones de la GENTE DECENTE salió de Méjico con sus más conspicuos generales (exceptuando Márquez que, procesado PRO FÓRMULA confiaba en Dios en que se llevaría á Miramón el diablo y él quedaría con la zarpa libre para cebarse en los enemigos de la Iglesia) y sus mejores soldados y elementos de guerra, el GENERAL-PRESIDENTE acariciaba un pensamiento secreto. Contaba con la tolerancia, con la complicidad de España. Veracruz sin un riguroso bloqueo podía ser destruido, pero no tomado, por lo menos en el breve término que Miramón necesitaba para defender su ejército de la invasión plena de la fiebre. D. Tomás Marín, que desde la guerra separatista de Yucatán pasaba por el NON PLUS ULTRA de los marinos de guerra en el Golfo, santanista y reaccionario sin reservas, había sido encargado de organizar una flotilla en la Habana para bloquear y bombardear Veracruz si necesario fuese; y la verdad es que el Gobierno español estaba en todo su derecho, aunque no en toda su prudencia política, permitiendo las maniobras de Marín; España no había reconocido al Gobierno de Juárez, ni siquiera como beligerante, y en cambio no sólo había reconocido, sino que había celebrado una especie de alianza con el Gobierno de la capital (tratado Mon-Almonte).

☉ El Gobierno de Veracruz se había podido defender bien de la flotilla reaccionaria; disponía de uno ó dos buques armados en guerra y habría bastado probablemente la artillería de los fuertes para mantener fuera de bloqueo efectivo el puerto. Ningún temor inspiraba la fantástica escuadra, y la musa regocijada de

Guillermo Prieto estallaba de risa pensando en «la escuadra de Marín, almirante Papachín que nos trala por fin, dos guitarras y un violín, dos cazuelas y un.....»

☪ Lo que preocupaba profundamente á Juárez era que detrás de Marín estaba la flota española anclada en Sacrificios frente á Veracruz; buques ingleses y franceses estaban allí también; los franceses forzosamente apoyarían; los ingleses no harían nada, mediarían acaso cuando vieran perdido al Gobierno de Veracruz; en el fondo, á los ingleses simpatizaban vivamente los principios proclamados por los constitucionalistas, y el Gobierno presidido por John Russell, protestante fanático y proselitista como todos los puritanos, había indicado siempre su deseo de ver establecida en Méjico una completa libertad de conciencia y de cultos; pero si los ingleses simpatizaban con los principios, no tenían fe ninguna en los hombres que dirigían la causa liberal, no los creían capaces de ser hombres de Gobierno; Juárez era, por indio, una entidad insignificante para ellos, tal vez Degollado... En suma, las escuadras eran una amenaza que daría ser á la tentativa de Marín, y el bloqueo podía ser perfectamente efectivo.

☪ Sólo había una probabilidad en contra : los buques de guerra americanos que estacionaban también en el surgidero de Veracruz. Y aquí era donde creían los jefes del Gobierno reformista hacer brotar las consecuencias del tratado Mac Lane. En el fondo de ese tratado había una alianza, era claro, como había otra alianza en el fondo del tratado Mon-Almonte. El presidente Buchanan estaba de acuerdo con el tratado; no tenía que esperar más el comandante Turner : en caso de peligro para el Gobierno que había reconocido, peligro venido del exterior, no tenía que vacilar, ayudaría á Juárez.



☪ Miramón había llegado no sin dificultad á Veracruz; los liberales le opusieron serias resistencias, que venció encargando sus tropas de vanguardia á la impulsiva y feroz energía de D. Miguel Negrete. Las tropas reformistas, quebrantadas seriamente, fueron bajando á Veracruz destruyéndolo todo á su paso; el plan era que los reaccionarios no encontraran recursos para subsistir en las comarcas que circundan el puerto. Por fin los veracruzanos sintieron, más bien que vieron, al ejército de Miramón entrar en el radio de acción de la plaza, del primero al dos de Marzo (1860). Necesitaban apresurarse los reaccionarios; los días eran por extremo cálidos ya. La fiebre amarilla, como el espectro de Banquo, tomaba parte en el banquete fratricida.

☪ No habían pasado cuatro días desde que las tropas tacubayistas habían establecido sus operaciones desde frente de Veracruz hasta Alvarado, cuando un suceso singular atrajo toda la atención de los porteños hacia el mar. Presentáronse navegando de barlovento á sotavento dos barcos de vapor, que pasando muy cerca del fondeadero de las escuadras extranjeras en la isla de Sacrificios, continuaron en pleno día su marcha hacia la costa próxima. Todo el mundo lo sabía, iban á Antón Lizardo, un hermoso fondeadero desde donde podían po-

nerse al habla con el cuartel general de Miramón. Era la famosa escuadra del general de mar D. Tomás Marín. Con buena anticipación, el Gobierno había declarado que los buques que armaba Marín en la Habana, bajo los auspicios del Gobierno español, no podían usar la bandera nacional y que, por consiguiente, no teniendo nacionalidad, debían ser considerados como PIRATAS, y todo aquel que los apresara haría buena presa en ellos. Como si hubiese querido subrayar Marín la justicia de la declaración oficial, cuando, al pasar á la vista de la fortaleza de Ulúa, fué requerido para mostrar su pabellón, se hizo el ciego y pasó sin bandera. Luego dijo que no tenía obligación de izarla en plena mar; la verdad es que habría tenido que mostrar al tope del «General Miramón» (así apellidaba á uno de sus buques) la bandera mejicana y en el otro (el «Marqués de la Habana») la española, porque no se había abanderado mejicano todavía. Y esto habría causado tan profunda pena y extraña sensación en cuantos lo vieran, que prefirió no izar banderas : «Ellos mismos se confiesan piratas», dijeron en coro los veracruzanos. Turner, el comandante del vapor de guerra americano «Saratoga», convino en ello.

☪ Si Marín hubiera mostrado sus banderas y se hubiese detenido en Sacrificios y allí se hubiera mantenido dos días haciendo viajes á Antón Lizardo, claro es que los americanos no se habrían resuelto á atacarlo, ó que con este ó el otro pretexto los barcos españoles le habrían constituido un reparo. Pero, por fortuna para el Gobierno, no fué así : Marín ancló en Antón Lizardo, recibió allí la visita de los comisionados de Miramón; acordaron que al día siguiente comenzaría el desembarque de la considerable provisión de proyectiles de sitio que llevaba y de que se había surtido en las maestranzas españolas, porque los particulares no venden ni bombas ni granadas; se pactó que uno de los comisionados, excelente marino por cierto y conocedor como pocos del fondeadero de Veracruz, se pondría al frente de uno de los buques y, hecho todo esto, el general de mar, lleno de esperanza y de sueño, se descuidó y se durmió castamente en brazos de Morfeo, como en retórica se dice.

☪ En Veracruz nadie dormía; si esta vez no se sacaba un resultado positivo del tratado Mac Lane, todo había sido vano; era un gigantesco sacrificio de patriotismo y de honor sin objeto, estéril; para un momento como ése, como esa noche del seis de Mayo de sesenta, Juárez y sus compañeros se habían vestido ante sus conciudadanos de una responsabilidad sin par casi en nuestros anales; si no era una alianza, el tratado Mac Lane era un suicidio.

☪ El comandante Turner estaba convencido de que era llegado el caso de prestar auxilio al Gobierno reconocido por el suyo; si los españoles habían dejado armarse la expedición de Marín, con igual derecho debían los americanos desarmarla; si los buques eran piratas por anticipada declaración oficial, los americanos podían apresarlos. Y todo esto era discutible y realmente la policía del mar territorial tocaba á los mejicanos; pero en aquellos tiempos los ápices del derecho, tratándose de nosotros, quedaban fuera de consideración, no se tenían en cuenta : no éramos una nación. ¿Dónde estaba la unidad de este cuerpo que se consideraba á sí mismo dividido en dos mitades injuntables? Turner no sa-

bía, sin embargo, cómo y cuándo debía operar. Inmediatamente, le decían los ministros de Juárez y Zamora y el general La Llave, y él vacilaba.

☪ Había esa noche una tertulia en una casa alemana de las más visitadas de Veracruz; allí había cenado el oficial americano; estaba en la fuerza de las pasiones y de la energía de vivir entonces; allí lo asediaban las súplicas, las sugerencias, los planes rápidos de los jefes reformistas. Él convenía en todo, estaba á punto de decidirse: una campechana, de poderoso atractivo, de grandes ojos cargados de electricidad humana, de enloquecedora sonrisa, estaba allí, vivía allí; Turner vió la súplica de aquellos ojos, el *VAYA USTED* de aquella indefinible sonrisa, y ebrio de entusiasmo salió de aquella casa con el general La Llave. A la media noche estaba con su compañero mejicano á bordo de la corbeta «Saratoga»; remolcado por el vapor «Wave» y llevando á un costado al «Indianola» (buques mercantes que había adquirido el Gobierno de Juárez, gracias á la intervención de Goicuria, el gran patriota cubano que nos prestó tan buenos servicios en aquella época), se dirigió á Antón Lizardo. Los buques europeos anclados en Sacrificios vieron bien la silenciosa maniobra; al pasar la corbeta marcaron con sus luces su situación, pero el «Saratoga» permaneció apagado; parecía aquella una flota espectral; iba sigilosa y rápida hacia su fin; era una partida de caza.

☪ Llegados á Antón Lizardo y con objeto de hacer abortar toda resistencia, rompieron el fuego sobre el «Miramón»; Marín, descalzo, casi desnudo, ordenaba en la cubierta contestar el fuego y quiso huir; lo mismo el «Marqués de la Habana»; mas todo fué inútil; en cuanto el jefe reaccionario se convenció de que tenía que luchar con un barco americano, perdió la entereza; fué entrando poco á poco en silencio y al fin rindió sus dos buques. Considerados como buena presa, fueron trasladados á Veracruz; sus tripulantes y su general desembarcados en el puerto, quedando todo á disposición de los americanos.

☪ ¿Había sido una violación del derecho de gentes? En rigor sí, y así lo declararon los mismos tribunales americanos. ¿El Gobierno de Juárez se podía detener en ese obstáculo? No se realizan con esos escrúpulos las acciones decisivas; el Gobierno de Juárez no violó derecho alguno; seguro de encontrarse con buques españoles en frente, recurrió á su natural aliado; hizo perfectamente bien. Esa noche quedó militarmente vencida la reacción; ya no tenía ni á los ojos mismos de los reactores ninguna razón de ser.



☪ Lo que pasó después, más parecía sugestión de la cólera y el despecho, que la ejecución de un designio militar. Miramón hizo llover sobre Veracruz algunos centenares de bombas; quebrantó algunos edificios, causó la muerte de algunos infelices, y cuando hubo agotado su provisión de proyectiles de sitio, tomó la vuelta de Méjico á donde llegó en Abril. La prensa reactiva renovó sus disparos contra el patriotismo de los gobernantes reformistas; ya no sólo el tratado Mac Lane era una prueba del delito de alta traición, sino el haber recurrido contra unos

buques (de los que uno era español) al auxilio efectivo de los yankees. Lo singular es que el reproche haya sobrevivido á aquella época de tempestad y que cada vez que se produce todavía uno de esos accesos de cólera esporádico contra Juárez, que causa cierta excitación momentánea y pasajera y queda en forma de libro ó de folleto destinado á las bibliotecas de obras curiosas, cada vez el cargo de traición fundado en el asalto nocturno á la flotilla de Marín sobrenada con su estela de injurias frenéticas. Es pueril el cargo; en aquellas condiciones y con aquellos temores, cualquiera habría procedido de idéntica manera; eso lo sienten todos en su conciencia; si no había más tabla de salvación que esa y Juárez y sus ministros se asieron de ella, hicieron bien; primero era salvar su causa; ellos volverían á hacer lo mismo y todos volveríamos á aprobarlos; la historia no se hace á golpes de lecciones de derecho internacional, sino á fuerza de actos. El de los americanos pudo ser censurable, admitamos que lo sea : ¿qué importaba eso á Juárez? Lo necesario era servirse de ellos y se sirvió en regla.

⊕ Ya en Méjico, Miramón comprendió que su CUESTIÓN DE ORIENTE estaba resuelta; ni tenía recursos ni ánimo para renovar una campaña contra Veracruz, y sin Veracruz todo estaba perdido; quedaban las campañas en el Bajío, que tardarían lo que los reformistas tardasen en reunir sus fuerzas y renovar una batalla tras otra; el ejército reaccionario acabaría por ceder.

⊕ Pensar en una transacción era ya imposible. Había un elemento que el joven corifeo podía explotar : la creciente angustia de Degollado, anhelante de paz para su patria. Hombre éste de una complexión psicológica maravillosamente exquisita y fina, las brutalidades forzosas de la guerra, á que tenía que recurrir sin cesar, producían en su espíritu el mismo efecto que el roce violento de las cuerdas de un arpa por una guadaña; sufría horriblemente, era un intenso dolor moral su vida. Esto le predisponía á trabajar incesantemente en su ánimo para encontrar la solución de la guerra civil. En Guadalajara, cuando dejó escapar al general Casanova para que llevase á Miramón facilidades de avenimiento; en LA ESTANCIA, cuando oyó, no sin simpatía, las protestas de amor á la paz del mismo jefe, que engañó su candor; en Veracruz, cuando no rechazó de golpe la combinación de una intervención diplomática y una asamblea constituyente propuesta por los reactivos, combinación que deshizo Juárez con sólo sostenerse en toda la dignidad de su posición legal, Degollado mostró que en su conciencia, como en la del pueblo mejicano, un sentimiento, un grito que venía de lo más íntimo acabaría por sobreponerse á todo y acallar todo : paz. Pero Juárez decía LEY y dijo LEY y repitió LEY y no hubo paz entonces, pero gracias á su actitud la hay ahora. Este oro estaba amalgamado con ese hierro.

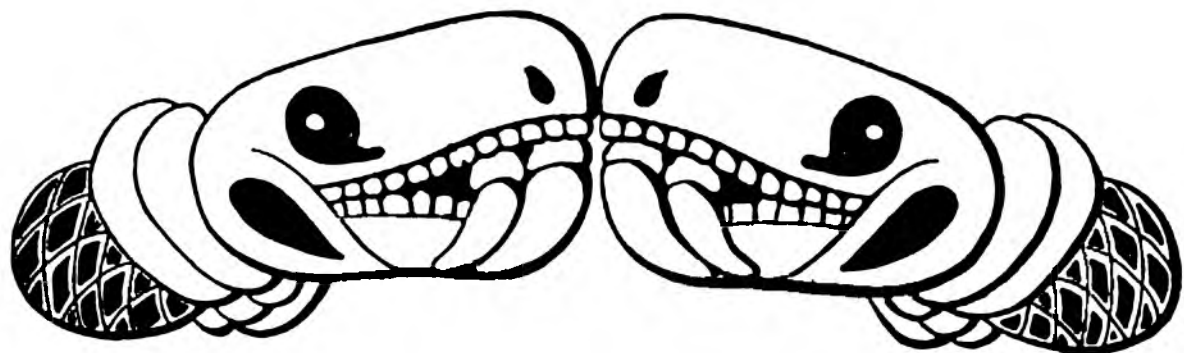
⊕ En el mismo mes de Abril en que llegó Miramón á Méjico y cuando se ocupaba en reparar su desastre militar de Veracruz y en aglutinar primero para reorganizar luego los fragmentos de su ejército casi disueltos en la retirada hacia la Mesa Central, hubo síntomas claros de que la cuestión militar no sólo era cuestión de tiempo, sino de breve tiempo. Había habido, es cierto, una serie de pequeñas derrotas y victorias compensadas; pero en los Estados en que hasta entonces habían tenido casi sometidos los reactivos, en Zacatecas, en San Luis

Potosí, en el Sur de Jalisco, en Oajaca, donde Rosas Landa combatía contra Marcelino Cobos, dueño de la capital, en Sinaloa, dominado por D. Plácido Vega que avanzaba sobre Tepic, la preponderancia de las armas liberales comenzaba á ser manifiesta. Sólo el Centro, Puebla, Méjico, el Distrito Federal, terriblemente inseguros por el ir y venir incesante de las guerrillas y de las gavillas de bandidos, todavía estaban bien sometidos á la reacción.

☉ Degollado, vuelto de Veracruz al Interior al mismo tiempo que Miramón levantaba el sitio, se multiplicaba y su cuartel general era centro de inusitada actividad. Había adquirido un buen colaborador, el general López Uraga. Éste era un soldado; no era un liberal, ni un conservador; su viaje á Europa lo había ilustrado un poco en materia de ideas generales; tenía el poco afecto que el soldado francés ha demostrado siempre por los clérigos, y como había figurado en primera línea en algunas de nuestras revoluciones, casi siempre en sentido conservador, no encontraba cabida, sino en segundo ó tercer término, en el viejo ejército, al que, sin embargo, pertenecía por toda su educación y todos sus antecedentes. Por eso, por la ambición de llegar á ser el primero en las filas liberales, por su ciencia, que era corta en realidad, por su prestigio (¡había asistido á alguna revista militar prusiana en Potsdam!) y por su conocimiento profundo del soldado mejicano, Uraga tomó un puesto en las filas reformistas. Degollado lo conocía bien, sabía cuán poco firme era su fe en las ideas nuevas, cuánta era su vanidad y presunción, indudablemente superiores á sus cualidades militares; pero al mismo tiempo su fama de estratégico y de táctico, que no tenía fundamento positivo, era muy grande entre ambos adversarios, y había que aprovechar esto y ceder además á las insinuaciones de Doblado, grande amigo de Uraga y cuya cooperación era muy importante.

☉ La verdad es que la gran selección practicada por el general Miramón para organizar el mejor cuerpo de ejército posible con objeto de operar sobre Veracruz, había dejado al Bajío y las ciudades que lo bordan en poder de reclutas casi, y esta circunstancia permitió á los reformistas moverse, avanzar, crecer. Ya no era fácil vencerlos, ya era imposible aniquilarlos.

.....
186 - Juárez : su obra y su tiempo



LA REFORMA TRIUNFANTE



LA actitud intransigente de Juárez había terminado la cuestión política; nada que estuviese fuera de la Constitución sería solución posible; toda transacción se basaría sobre el acatamiento de la Constitución y la Reforma. Y nada menos. El origen del PLAN DE TACUBAYA había sido la necesidad de reformar la Constitución de 57; Juárez dejaba el juicio de esa necesidad á un Congreso que debería elegirse de conformidad con la ley electoral expedida por los constituyentes y que tendría los requisitos y caracteres de un Congreso constitucional. Eso era, en resumen, toda la concesión. Desde aquí vemos cuán acertado anduvo Juárez en todo ello y cuán bien aconsejado por su perseverancia. Los mismos jefes constitucionalistas, Degollado, González Ortega, y detrás de ellos Doblado, Uraga y otros, titubearon en aquellos momentos supremos; á haber triunfado sus miras, dictadas por la inmensa presión que en sus ánimos ejercía el anhelo infinito de paz dominante en la Nación, las complicaciones habrían surgido en serie interminable y toda la obra reformista habría quedado en tela de juicio y Méjico estaría aún empantanado en un sendero tenebroso. Nada de eso fué, gracias á la inflexible serenidad de Juárez; su carácter, su gran carácter fué la barca en que tomó pasaje para el porvenir la suerte de la República. Más aún; á medida que, en presencia de los sucesos, se medita más hondamente en los grandes factores entonces en activo juego, se adquiere la íntima convicción de que la fortuna para el programa reformista consistió en estar encarnado en un hombre que todos veían

como la expresión auténtica y única de la ley. En la tempestad revolucionaria los vaivenes fueron tan terribles; la orientación se perdía con tanta facilidad en aquella noche que durante dos años acrecentó sin cesar su tiniebla; la brújula constitucional era tan poco conocida, tan poco creída por aquellos hombres de combate que saltaron á defender el Código supremo cuando muchos de ellos ni lo habían leído siquiera, que á haber faltado una representación viva, palpable, material, habrían transigido cien veces sobre reformas á la ley fundamental, nulificándola para siempre. Que estas transacciones frecuentemente intentadas no llegaran á herir la Constitución en sus obras vivas, fué el servicio que Juárez hizo con sólo representarla, con sólo darla existencia humana en él mismo. Por eso cuando Degollado ó González Ortega no tenían empacho en sacrificar la personalidad del Presidente, el instinto de la revolución se rebelaba en una protesta unánime y la prensa clamaba : «No, no es posible prescindir de Juárez; el día que él desapareciese, la Constitución quedaría convertida en unas cuantas hojas de papel á merced de los huracanes.»



¶ Miramón, mejor que ninguno de sus partidarios, estaba convencido de que el fracaso del sitio de Veracruz marcaba el límite de crecimiento de la resistencia reaccionaria; desde aquella línea divisoria comenzó la pendiente rápida que al cabo debía confundirse con la pendiente de la tumba. Cegado por las manifestaciones siempre iguales del populacho de algunas ciudades, aplaudidor sempiterno de los triunfadores (si es que aplaude, que más bien silba), y por las de la clase acomodada y devota, era quizás sincero cuando decía : «La sociedad me sirve poco en los campos de batalla, y confieso que en la cuestión militar acabará la suerte por serme adversa.» Sólo por relámpagos entreveía en la densa masa social la organización poderosa que minaba para siempre á la reacción.

¶ La generación que nació con el siglo y que comenzó á tener conciencia de sí misma en los días de la Independencia y de la Constitución española de 1812 resucitada el año de veinte, llevaba á su cabeza un grupo selecto : Ramos Arizpe, Zavala, Esteva, Gómez Farfás y otros; no muchos, no una legión; pocos, pero muy audaces, muy resueltos; voluntades, inteligencias, caracteres, no número. El número (hablamos sólo del mundo político) era el de los que, más ó menos creyentes en las instituciones libres, lo subordinaban todo al deber religioso : Iglesia y Patria era su lema, el lema moderado, el de Santa María, Bocanegra, Tornel y sus amigos; otro había : Iglesia antes que Patria, el lema conservador de Alamán. Debajo estaba la inmensa masa primitiva, el plasma social, vegetante, irresponsable, anónimo. Y, lo repetimos, en esta masa estaba, y en parte está todavía comprendida, no por la vida material y social, sino por la mental y moral, la plebe DECENTE de los ignaros, de los incapaces de emanciparse, de los no-valores. Esta generación, por medio del pacto de 1824 con los moderados, trató de compartir el poder, trató de adueñarse de él por la violencia (presidencia de

Guerrero). El partido moderado y sus fáciles alianzas con el conservador, marcaron el fin de esta tentativa con la presidencia de Bustamante, que fué una transacción. Pero esta transacción duró poco y entonces pudo hacer un nuevo ensayo la generación federalista y buscó la destrucción de los privilegios legales y sociales del clero en 1833 con Gómez Farías, Mora, Espinosa de los Monteros...

⊕ Había calculado mal el partido reformista entonces; creyó que la resistencia estaría en relación inversa de su ardor y su impulso. No fué así y todo vino por tierra, hasta el federalismo, que parecía incommovible. Pero á través del centralismo y la dictadura y las asonadas militares, la idea liberal seguía su camino; en la misma Constitución de LAS SIETE LEYES que organizó el centralismo, se la ve aparecer en la institución parlamentaria, en los derechos individuales, en la elección popular. Pero en las BASES ORGÁNICAS, la segunda Constitución centralista, su acción es todavía más marcada; sino que entonces se creía que no había liberalismo completo sin federalismo. La generación reformista, la que no creía que hubiese liberalismo completo sin libertad de conciencia y sin supresión de clases privilegiadas, educó á la que de 57 á 61 hizo la Reforma, cuyo prólogo fué la Constitución actual, cuyo epílogo fueron las leyes orgánicas de 74. Los abogados (y muchos indígenas entre ellos), la mayoría de los abogados de la República era reformista; su educación misma lo exigía; la unidad de la ley, la ley común, la ley para todos, la igualdad ante la ley, eran fórmulas que substancializaban la filosofía jurídica; todo estudiante de derecho pensaba así, no podía pensar de otro modo. Unos no sacaban consecuencias prácticas de sus ideas, sino que se dejaban llevar por la corriente y aceptaban EL HECHO-GOBIERNO, prescindiendo del derecho. Otros pretendían marchar por largas etapas hacia la realización de un ideal que no era el de la masa social, que apenas vivía en su crisálida de devoción y de miedo al diablo. Estos rodearon á Comonfort y se alzaron contra el artículo de libertad de cultos: Montes, Lafragua, Escudero y Echanove, Payno. Un grupo que eligió á Juárez con plena conciencia por jefe, ése quería ir á la Reforma, sin retardar más, aceptando la guerra civil con todas sus consecuencias; ni había otro camino.

⊕ El año de 1860 había sucedido que en todas las ciudades el corto núcleo reformista se había enriquecido con nuevos adeptos: los que por odio instintivo á todo Gobierno esencial y fatalmente militar como era el Gobierno reactor, por aborrecimiento á las vejaciones sin cuento de la policía encargada de perseguir conspiradores y de llevar á cabo exacciones infinitas, deseaban el cambio y aspiraban á la victoria liberal; los moderados que, exentos de toda responsabilidad en la obra magna de creación de la sociedad laica, obra de Juárez, Degollado, Ocampo y Lerdo de Tejada, comprendían que estaban fatalmente contados los días del Gobierno conservador, que tenía que pasar, que esta vez pasaría para siempre. Y todos los moderados se pusieron en movimiento y eran bien acogidos, porque eran hombres de estudio, de experiencia; porque, impotentes para llevar á cabo las revoluciones, eran admirables para transformarlas en Gobierno. Todos conspiraron, con los deseos por lo menos, en contra del Gobierno de Miramón. Pero á estos elementos, y á veces íntimamente amalgamado con ellos, se mez-

claba el de los adjudicatarios de antaño y el de los nuevos adjudicatarios y los que querían serlo para hacer rápidas y fáciles fortunas; muchos extranjeros había entre ellos, muchos codiciosos; y por último los muchachos, los estudiantes, los que acababan sus estudios, médicos, abogados, ingenieros del día siguiente; era ésta la parte inquieta, bulliciosa, á veces heroica, risa fresca y sonora de la guerra civil, que anunciaba como un repique el advenir de las mañanas nuevas. ¶ Con una burguesía formada así, era inútil luchar; todos los triunfos de la reacción iban á ser neutralizados, deshojados por infinitas manos que intentaban quebrar el sable y profanar el altar. ¡Los triunfos! El tiempo de los triunfos había pasado.



¶ El general Uraga había organizado una fuerte columna, como sabemos ya, y se dirigió sobre San Luis. Toda su estrategia había consistido en dar tiempo á los constituyentes de Zacatecas y Aguascalientes á que se unieran al débil núcleo de fuerzas con que contaba y que Díaz de la Vega, operando con decisión y presteza, habría podido aniquilar. En vísperas del encuentro se pusieron á sus órdenes, con fuerzas de Guanajuato y Michoacán, Antillón y Régules. Desde ese momento, lo que llamó Degollado «el ejército del centro» estaba en aptitud de combatir con el tercer cuerpo de ejército reaccionario mandado por un viejo soldado muy perito y muy prudente, pero á quien le faltaba el ardor que poseía en grado sumo su rival y contemporáneo Uraga. La batalla de Loma Alta fué completamente favorable á los reformistas; puede decirse que el denominado tercer cuerpo de ejército quedó prisionero con casi todo su armamento y oficialidad. Y entonces se presentó un caso singular: el general Uraga, tomando sobre sí toda la responsabilidad de un acto generoso, no sólo perdonó la vida á los jefes, lo que era inusitado, sino que los puso en libertad absoluta; Degollado recibió con emoción la noticia; en Veracruz dudaron de la eficacia, no del perdón, sino de la libertad concedida á los prisioneros. ¡Estaban tan vivos los recuerdos del tiempo de Comonfort! Además, los actos de una grande y absoluta generosidad no estaban en el temperamento de Juárez, no lo están en el de su raza. En él la cultura y los vaivenes de la vida habían atenuado los ángulos de la crueldad étnica; pero nunca era espontáneo en él un acto de grandiosa clemencia; veía las consecuencias frecuentemente contrarias al fin buscado, y á fuerza de reflexión se limitaba y se reservaba.

¶ Tenía razón quizás. Séame permitido intercalar aquí un recuerdo personalísimo: era el segundo año del restablecimiento de la República, si no recuerdo mal; el general Negrete se había pronunciado con objeto de apoderarse de una CONDUCTA que pasaba por Puebla, confiada al coronel Yepes: era difícil apoderarse de una conducta llevada por este oficial de hierro. Negrete fué fácilmente derrotado, capturado y conducido á Méjico muy poco después. Era claro que iba á ser fusilado, y en opinión de mucha gente sería debía serlo. Su vida no autorizaba, en efecto, para reconocerle principios ni concederle fines ajenos á su in-

terés propio y egoísta. Pero Negrete estaba inscrito en la tabla de bronce del 5 de Mayo; tenía derecho á la inmortalidad frente á los fusiles de la República. Así pensábamos los estudiantes de derecho : mientras Joaquín Villalobos y Alejandro Casarín organizaban peticiones gigantescas conduciendo por calles y plazas procesiones de diez mil personas, los estudiantes de derecho nos reuníamos en la Escuela, y uno de ellos hizo adoptar una solicitud de indulto al Sr. Juárez; luego, gracias á la intervención del diputado Frías y Soto, el autor de aquella inflamada petición pudo leérsela al Presidente, que la escuchó sin modificar un solo pliegue de su rostro impenetrable. «Puede Ud. anunciar á sus compañeros que Negrete no será ejecutado. Pero estimaría (tales fueron casi literalmente sus palabras), estimaría que ustedes comprendiesen que los que gobernamos tenemos que tener por mira principal la conveniencia pública, y no podemos dejar la preponderancia al sentimiento. Suprimiendo (MATANDO, creo que dijo) á estos que tienen por profesión hacer revoluciones, se salva la vida de millares de personas; y ya que ustedes hablan del respeto á la vida humana, sería bueno que pensarán en que así se la respeta más y se vela mejor por ella.» El estudiante no respondió nada, pero no olvidó la lección, ni olvidó tampoco la impresión de que aquella sangre zapoteca caldeaba otras excelsitudes, no la de la ternura humana, como Shakespeare diría.

☪ El general Uruga tuvo en aquellos momentos un colosal prestigio; era, por fin, el esperado caudillo militar, el hombre de la experiencia y de la ciencia que reduciría á humo la presuntuosidad de los generales de veintiocho años que gobernaban al viejo ejército. Degollado, que después de Loma Alta había ocupado San Luis, aprobó los planes del flamante vencedor. Atacar á Méjico era imprudente, era buscar á Miramón en el centro de sus elementos y en la fuente de sus arrestos. Ir sobre Guadalajara rápidamente, aplastar á Woll, que mandaba allí por la reacción, antes de que Miramón llegase en su auxilio, era un plan atrevido; pero Uruga, en toda la fuerza de la vida entonces, sólo gustaba de los planes atrevidos y odiaba la defensiva : atacar, atacar, era la suma de su estrategia y de su táctica; así Napoleón. Marchó con su ejército sobre Guadalajara, á donde había dado cita á Ogazón, dueño ya de casi todo el Estado de Jalisco; sólo Tepic, á donde se había retirado desde Colima el infatigable general reaccionario Calatayud, resistió. Ogazón hubiera deseado tener consigo á Rojas y á todo el auxilio que las fuerzas de Sinaloa podían prestarle, antes de amagar seriamente á Guadalajara; pero la impaciencia imperiosa de Uruga le obligó á precipitar sus planes. Miramón, reorganizado en Méjico y metiendo en sus filas á muchos de los oficiales perdonados en Loma Alta, avanzaba por el Bajío. Nunca tuvo su empresa un aire más marcado de aventura; en realidad no era ya un presidente á la usanza reaccionaria, era un bravo CONDOTTIERE que todo lo fiaba á su estrella y á la punta de su espada. Es de presumir que nunca el general Zuloaga hubiera pensado en darse un coadjutor y menos del temple de Miramón, si hubiera de otra manera podido salvar su presidencia de las garras un poco brutales del general Echeagaray y de las escondidas en terciopelo de D. Manuel Robles Pezuela. Pero le fastidiaba y fastidiaba á su familia y á tres ó cuatro ca-

nónigos que visitaban su casa, ese papel singular de rey merovingio, de rey FAI-NÉANT á que había tenido que someterse, y después del fracaso de Veracruz todos le dijeron y el mismo Zuloaga debió decirse : «Para esto, me basto y me sobro; no hay necesidad de Presidente substituto; si se trata de ser derrotado, yo puedo serlo como otro cualquiera; venga, pues, mi presidencia, la recojo y pase EL JOVEN MACABEO al depósito de oficiales.» No contaba con el carácter del joven macabeo, que respetaba LAS FÓRMULAS cuando él mismo las había FORMULADO y mientras no le estorbaban. En tal virtud se pronunció (un pronunciamiento íntimo, de casa) contra Zuloaga y se hizo popular entonces esta anécdota : Miramón había ido en persona á buscar á Zuloaga, lo había hecho montar á caballo y, azuzando á la cabalgadura al partir para el Bajío, le había dicho : «Voy á enseñar á V. cómo se ganan las presidencias.»

¶ El partido conservador, que en el fondo era zuloaguista, quedó estupefacto; pero el partido reactor exaltado sintió renovarse su fe en el intrépido caudillo y en su destino. Era una insensatez; lo que iba Miramón á enseñar á Zuloaga no era cómo se ganaban las presidencias, sino cómo se perdían. El ministro inglés Mathews hacía tiempo estaba convencido de que no había acertado reconociendo al Gobierno nacido del Plan de Tacubaya, cuando el de Juárez proclamaba la libertad religiosa, que era la imperiosa exigencia del primer ministro de S. G. M., Lord J. Russell, y en la decisión de Zuloaga encontró una coyuntura para asumir la actitud á que aspiraba; por sugestión suya se reunieron los representantes extranjeros domiciliados en Méjico (de Francia, de Guatemala, del Salvador, de Prusia) en las oficinas de la legación británica, y declararon, cosa en verdad inusitada, que no había Gobierno legalmente constituido con quien entenderse y que se limitarían, en espera de los acontecimientos, á proteger oficiosamente los intereses de sus nacionales. Éste fué un acto claro de intervención pasiva, digámoslo así. Desde el momento que el Gobierno de Miramón, á pesar de ser un Gobierno de hecho, podía ser desconocido por los representantes extranjeros, éstos se veían obligados á investigar cuál era el Gobierno de derecho, y esto era una intervención en nuestros asuntos interiores en forma diplomática; eso era lo que los Estados Unidos habían hecho en realidad reconociendo á Juárez en Veracruz; pero ellos procedían así en virtud de una tradición : el Gobierno reconocible para el pueblo norteamericano es el que está sentado sobre una Constitución, no el que tiene por parapeto UN CUARTELAZO. Sólo á falta del primero han acostumbrado reconocer al segundo.

¶ Profundamente enconado contra Mr. Mathews, el general Miramón siguió su camino. Para operar una gran concentración de fuerzas en el Bajío necesitaba abandonar todas las capitales distantes; dictó sus órdenes en ese sentido y el general Ramírez, con toda la guarnición de Durango, más de tres mil hombres, se dispuso á tomar el rumbo de Zacatecas y de Guadalajara. Á Guadalajara se dirigía Miramón á marchas forzadas con cosa de seis mil hombres, y sus correos apremiaban á Woll para que resistiese, reduciendo el perímetro de la defensa, dos ó tres días siquiera. Por eso cuando llegó Uraga, antiguo compañero de armas del viejo oficial francés que tantos años hacía prestaba sus servicios en nuestro

Don Jesús González Ortega

ejército permanente y que, en realidad, se había distinguido siempre por su pundonor, su apego á los deberes militares y su espíritu profundamente religioso, sus intimaciones no hicieron mella alguna. El jefe de la plaza las hizo á un lado con caballeresca cortesía y no hubo otro recurso que organizar un asalto. El alma de esta empresa fué el general Leandro Valle, que, como cuartel maestre de la división de Jalisco, se había multiplicado para dotarla de todos sus útiles de guerra; pero había muchas deficiencias todavía y resultaron á la hora suprema del combate. No había otro recurso que librarlo; porque salir al encuentro de Miramón con igual número de combatientes que el que este general traía, era poner muchas probabilidades en contra; pero salir dejando á la espalda una ciudad bien guarnecida y que era preciso vigilar cuidadosamente empleando en ello una sección de tropa, que habría significado precisamente la inferioridad absoluta de los reformistas en el campo de batalla, era poner todas las probabilidades en contra. Lo prudente acaso habría sido reconcentrarse en el Sur de Jalisco, esperar allí la reunión de las fuerzas que combatían en Tepic y que en esos días desbarataban á los reaccionarios y á Lozada, y librar una batalla con fuerzas muy superiores á las que venían de Méjico. Uraga prefirió el asalto, que fué furioso, salpicado de episodios heroicos; el general Woll, como lo dijo en su parte oficial, tuvo que reconocer el valor desesperado de los asaltantes; por desgracia, las líneas de la defensa no habían sido previamente desbaratadas ó maltrechas por los cañones reformistas, y resistieron con extraordinaria firmeza. Una herida grave inutilizó al general en jefe, que quedó prisionero, y el ejército tuvo que retirarse al Sur del Estado bajo los cuidados de Zaragoza y de Valle; la retirada fué perfecta. Miramón había llegado á Guadalajara fuera de tiempo para transformarla en derrota.

⊕ Mientras el órgano resonaba de nuevo en las iglesias y se elevaban los cánticos de los fieles, no al Dios de paz, sino al de la guerra civil, y salía el olor del incienso á mezclarse con el vaho de sangre en las calles, Guadalajara, llena de atrincheramientos y de restos abandonados del rabioso destrozo del asalto, esperaba días peores, días infernales. Miramón, llevando en su IMPEDIMENTA á su presidente Zuloaga, como en su séquito los antiguos MAIRES DU PALAIS á los pálidos reyes de la primera dinastía, marchaba impetuoso sobre Ogazón y se paraba en Sayula. Ogazón, Zaragoza y Valle estaban ya listos para el encuentro, porque se habían reunido á ellos con Rojas, el general Plácido Vega y el coronel Corona: cerca de cinco mil hombres con buen armamento y artillería. Miramón supo esto y vaciló en atacar, y algunos días después retrocedió rápidamente sobre Guadalajara. El último acto comenzaba.

⊕ Comenzó en Peñuelas; González Ortega, un periodista saturado hasta los tuétanos de retórica revolucionaria, un tribuno de frases sonoras y dudosa elocuencia, pero audaz, arrebatado, lleno de fervor y exaltación, poeta á ratos, profundamente sensual y galante, pero capaz de actos de suprema energía en el campo de batalla y de generosidad suprema en el campo de victoria, González Ortega, jefe de guardia nacional, diputado y al fin gobernador de Zacatecas, tomó en Peñuelas un puesto conspicuo en la historia. Él, el furibundo clerófobo, el perseguidor de curas, á quienes mandaba filiar, rapar y marchar á veces; el terror de

los obispos, el que hacía enmudecer los campanarios y convertía en plata los soles de las custodias y en leña para las fogatas del vivac las santas esculturas, no sólo batió al general Ramírez, que venía de Durango á reforzar á Miramón, aniquilando su bien organizada división, sino que, á ejemplo de Uraga, perdonó á todos los oficiales prisioneros, como si obedeciese á súbita inspiración, como si se ocupase más de lo porvenir que de lo presente, como si en vísperas de pasar el Mar Rojo para llegar al triunfo definitivo, un soplo caliente de piedad por la Patria hubiese derretido su corazón de poeta é intentase desarmar las manos de los adversarios, para hacer más fácil el abrazo con que pudiera concluir aquella brega de Caínes.

☪ Llegó el rumor del desastre á Miramón, luego la noticia clara, y presintiendo la aglomeración de un ejército reformista que le cortara el paso en la boca del Bajío, reunió cuantas fuerzas pudo para no dejar desguarnecida Guadalajara, puesta al cuidado de un oficial de primer orden, sectario implacable, aunque sin ostentación y sin brillo, D. Severo del Castillo, y tomó la vuelta de Méjico, no sin remolcar en un furgón de campaña á su presidente Zuloaga, que por cierto se eclipsó en León, dejando desconcertado á Miramón, que tuvo que recurrir á su pseudo Consejo de Estado; éste lo rehizo presidente sin adjetivos, sin **SUBSTITUTO** ni **INTERINO**. ¡Singular presidencia que cabía entera en la vaina de un sable!

☪ Al mediar Junio, González Ortega había triunfado en Peñuelas; diez ó doce días después, Miramón, con una marcha prodigiosamente acelerada, estaba en Guadalajara, y á poco tiempo con una división de tres ó cuatro mil hombres se situaba en Lagos. Juzgando desde aquí y en vista de los acontecimientos, puede decirse que sus errores estratégicos fueron magnos; el lugar estaba bien elegido para poder batir á una de las más importantes secciones reformistas antes de que se pudieran reunir todas. Si en vez de querer conservar una situación política que él mismo juzgaba imposible casi, se hubiese propuesto sólo infligir á los constitucionalistas una ó dos sangrientas derrotas, para hacerlos entrar en convenios, y salir del poder, no como un proscrito amenazado de muerte, sino como un capitulado con los honores de la guerra, debía haber sacrificado á Guadalajara, que era inútil querer conservar si era derrotado, y con seis ó siete mil hombres de sus excelentes tropas tratar de desbaratar á González Ortega, que aun no había podido reunirse ni con Berriozábal ni con Doblado, y con su ímpetu habitual volverse sobre Zaragoza.

☪ No lo hizo así; mientras Zaragoza y Ogazón perdían todo el mes de Julio por la carencia absoluta de recursos y luchaban con las fuerzas de Sinaloa, que á todo trance querían retirarse á Manzanillo y Mazatlán, Miramón permaneció en Lagos y, alejándose de Guadalajara cada vez más, se replegó á León en los primeros días de Agosto, al sentir la aproximación de Zaragoza. Este jefe se acercaba con una división importante, pero tal vez inferior á la de Miramón, á Lagos; la cita con González Ortega era en León, es decir, en el surco fresco de los cañones de Miramón. Éste, con seguridad, había perdido el resorte de sus grandes días de Ahualulco, la Estancia y San Joaquín : desconfiaba de sí mismo.

☪ Gracias á una estratagema que ha sido fielmente narrada, toda la división de

Jalisco había amenazado á Guadalajara; el general Castillo habíase dispuesto en las afueras de la ciudad á la batalla del día siguiente. En el peso de la noche Zaragoza se había desprendido con sus fuerzas y, marchando rápidamente á campo traviesa para alcanzar la carretera de Méjico (el 1.º de Agosto), se había puesto fuera del alcance de Castillo; entonces éste se reconcentró en Guadalajara, y Oga-zón y Vega se volvieron á Santa Ana Acatlán en espera de los sucesos.

☪ Reunidos ya González Ortega, Zaragoza, Berriozábal, Doblado, el 9 avistaron á Miramón resuelto á librar batalla en Silao; porque si no, su retirada se habría convertido en desbandada completa, perseguido por más de diez mil hombres. El mes anterior, él quizás habría podido escoger su campo de batalla; ahora se lo imponían. Lalanne en sus pintorescas narraciones de guerra ha descrito, ha sabido dar palpitante interés á la descripción de la rápida batalla de Silao; la victoria reformista fué completa. La infantería, la artillería y casi todas las oficialidades reaccionarias cayeron en poder de González Ortega; Miramón escapó por casualidad y logró reunirse á algunos grupos de caballería en fuga.

☪ Fiel á su propósito, González Ortega puso en libertad á los oficiales prisioneros, á pesar de que algunos de ellos eran de los perdonados en Loma Alta y Peñuelas; esta vez, Degollado, en medio de los plácemes más efusivos por el triunfo y probablemente obedeciendo á reflexiones perfectamente sensatas que de Veracruz le venían, marcó el alto al generoso capitán. Éste había dicho noblemente:

☪ «Si en lo sucesivo las exigencias de la época y la contumacia de nuestros enemigos nos obligan á levantar cadalsos, la opinión pública nos hará justicia, cuando con hechos que hablan muy alto hemos demostrado que no deseamos derramar sangre, ni la prolongación de una lucha fratricida, sino el establecimiento de la paz y de los principios de verdadero progreso y libertad en nuestra Patria.» «Nadie comprende mejor que yo los sentimientos de Ud.,» contestó Degollado, «son los míos y apruebo su conducta; pero como muchos de estos hombres, lejos de agradecer los beneficios, reinciden y nos befan, prevengo á V. E. que para lo sucesivo, bajo su más estrecha responsabilidad y sin lugar á consulta de este cuartel general, mande pasar por las armas á todos los generales, jefes y oficiales reincidentes que vuelvan á aprehenderse, en cumplido obsequio de la ley de 6 de Diciembre de 1856.»

☪ El ejército emprendió su marcha victoriosa sobre Méjico; pero andando, las reflexiones menudearon y las vacilaciones les fueron consiguientes; si el azar de la guerra traía un descalabro gracias al desesperado esfuerzo que haría Miramón para salvarse, prolongando un sitio en Méjico, Guadalajara era una seria complicación á retaguardia; valía más acabar primero con este enemigo y volver sobre la capital, que entonces no podría resistir. Degollado ordenó la contramarcha de Querétaro á Guadalajara; mas el ejército, para hacer ese vasto movimiento necesitaba cuantiosos recursos; las poblaciones estaban completamente agotadas, las deserciones se multiplicaban; el vencedor se iba á sentar agotado en el camino del triunfo definitivo.

¶ Hemos aquí en contacto con uno de los episodios más apasionantes para cuantos buscan en la historia el alma de los hombres conjugada con el alma de los acontecimientos. Esto podría llamarse sin retórica «el calvario moral de Degollado». Apenas hay metáfora en esto, tan cierta así fué la pasión y muerte de este singular apóstol, que más atrae á medida que se acerca uno más á él, por su abnegación infinita, por sus desfallecimientos, sus caldas que hacen tan vivamente simpática y triste su grandeza interior; no la desconocieron sus contemporáneos, ante ella se inclinaron todos, hasta los que lo rechazaron, hasta los que lo castigaron. Después de lo que vamos á referir, resulta la tragedia de su muerte un episodio, un epílogo en comparación de la tragedia psicológica de que no resucitó ya, sino en la historia, en la posteridad, que, al comprenderlo, lo glorifica y lo absuelve.

¶ Los hechos son éstos : el ejército reformista triunfante carecía de recursos, las poblaciones estaban agotadas; después de varios años de incesante guerra, de todo se había echado mano, todo se había exprimido; el Bajío, como un inmenso charco sin caminos en aquella estación de lluvias torrenciales en que se verificaba la campaña decisiva, sin brazos que levantaran las cosechas, resultaba improductivo en medio de su feracidad; los bienes de los particulares, los de las iglesias se soterraban para ponerse fuera del alcance de los agentes de los jefes en campaña y de los guerrilleros que incendiaban y robaban y de las comisiones que llevaban DE LEVA á todas las personas válidas. En medio de esta desolación iba y venía el ejército diezmado por la fiebre y las deserciones, gobernado por caudillos que querían dar prestigio á la bandera de la Reforma, no sólo rodeando de la aureola de la generosidad y el perdón su cabeza victoriosa, sino haciéndola parecer como una amparadora del derecho y de la honra, no como una despojadora perpetua.

¶ Para hombres como Doblado, las cosas se presentaban bajo un aspecto infinitamente más práctico. Sin recursos, la campaña no podía concluir, las exacciones no podían ya proporcionar estos recursos, se había matado la gallina de los huevos de oro. ¿Qué hacer? En esos momentos precisos, el comercio haciendo esfuerzos supremos para no extinguir todo su crédito, para no suicidarse, situaba algunas CONDUCTAS en el extranjero. Márquez se había apoderado de una, es cierto; pero Rojas había conducido intacta otra al puerto de Manzanillo. La mayor de todas, organizada en el interior, quedaba al cuidado de los reformistas, que debían custodiarla desde el Estado de Guanajuato hasta Tampico. Se trataba de un millón y ciento veintisiete mil pesos, sumando los fondos que provenían de Zacatecas con los de San Luis y Guanajuato. Doblado decidió apoderarse de ellos y dió en ese sentido sus órdenes al general Ignacio Echeagaray, encargado de conducir aquella inmensa remesa á su destino, y, una vez dictadas sus órdenes, puso el hecho en conocimiento de Degollado. No era un sentimental el gobernador de Guanajuato, era un razonador, un hombre de voluntad y de acción: su razonamiento era, sin embargo, premioso hasta causar profunda emoción: «He pesado, con la madurez que demanda negocio tan trascendental, todas las razones que ocurrir pueden en pro y en contra, y al fin he ordenado la ocupación

de los caudales con el sentimiento íntimo de que así salvamos á la revolución y con ella á la República. Comprendo todos los inconvenientes y todas las consecuencias de una determinación tan grave; pero también estoy penetrado íntimamente de que si no se apela á providencias de este orden, la revolución se prolonga indefinidamente y el país entero se hunde en la miseria y la anarquía, para perder después hasta la nacionalidad. En la situación que hoy guarda el partido liberal, tenemos que escoger entre dos extremos de este terrible dilema : ó malograr tres años de sacrificios sangrientos, y esto cuando estamos tocando el término de ellos, ó echar mano de los recursos que se encuentran, sea cual fuere su procedencia. La alternativa es dura, pero indeclinable». Tal era el tono de la comunicación de Doblado y ése su criterio. ¿Vamos á decir nosotros que hizo mal? ¿Para qué, si él lo conocía, si todos ellos sabían que aquello era un ataque violento á la propiedad, á mano armada, con todos los caracteres del robo? ¿Un robo? Tal vez, pero perpetrado sin ánimo alguno de disponer de un céntimo en provecho propio, al contrario, consagrándolo todo de antemano á una necesidad ingente y que no se suponía ni se conjeturaba, que era de un REALISMO temeroso. Doblado indicaba al fin de su comunicación que en todo el Estado de Guanajuato había más de tres millones de pesos de bienes nacionalizados que podían responder de la deuda que contraía en aquellos momentos la República. Y ésta era la diferencia capital entre los despojos de esta clase que la reacción cometía y los cometidos por los reformistas; como para nadie podía ser un motivo de duda de quién iba á ser el triunfo final, la deuda que tales despojos originaban eran en un caso incobrables; en el de los reformistas, todo era cuestión de tiempo. Y así fué.

☪ Degollado también meditó, también pesó, no tanto en su entusiasmo como en su conciencia, lo que debía hacer, y, con uno de los más grandiosos ademanes que han quedado estereotipados en nuestra historia, aprobó el acto, aceptó la responsabilidad entera y lo proclamó así á la faz de la Nación y del mundo. Esta proclamación es profundamente patética; dos ó tres voces altas han resonado así en los grandes momentos de nuestra vida nacional; ninguna más conmovedora que la voz de Degollado. Es necesario figurarse á este hombre, en materia de honra, de asuntos pecuniarios, transparente y terso como el cristal más puro; todas las anécdotas referentes á su vida lo enseñan así; es de los que habrían preferido morir de hambre á tomar un pan ajeno; era quijotesco en este punto y en otros puntos. Disponer del dinero de los particulares, aun cuando hubiere la seguridad de devolverlo, aun cuando fuese para un servicio público supremo, era para Degollado un despojo, un robo, y lo que decía en todas sus frases su manifiesto era eso: soy un ladrón.

☪ «Cuando, decía, desde la altura de ese cadalso moral que prepara la opinión para inmolar implacable un nombre, se vuelven los ojos al pasado y se percibe una vida obscura pero sin mancha, una consagración á una causa santa, sin reservar ni la familia, ni el sosiego, ni los intereses de la fortuna, ni el amor, ni nada de cuanto más querido tiene el hombre, y en un instante, por medio de una peripecia de la suerte, se encuentra con la pérdida de todo, afiliado entre los

malhechores, entonces ese suplicio es más que el martirio, porque en el martirio consuela la mano generosa de la gloria.»

☪ Degollado nunca dudó del triunfo final de su causa; habría sido renegar de su religión democrática, negar su ideal, negar su Dios; y eso no: era un hombre religioso por esencia. Pero metido en los sucesos, rodeado de la exasperación y la miseria de las poblaciones, pensando al compás de los lamentos de agonía, escribiendo á la luz de los incendios que formaban un constante relampagueo siniestro en nuestros horizontes, no veía seguro el triunfo inmediato, creía que la guerra aun se prolongaría, y se espantaba con el espectáculo de veinte mil hombres dispersados sobre las poblaciones agotadas, transformando la guerra en una insurrección anárquica y sangrienta; son sus palabras.

☪ Y con una imparcialidad trágica también, porque lo trágico era el ambiente en que se movía en aquellos momentos el alma del gran reformista, hacía el balance de los perjuicios causados por los partidos en lucha á la Nación: en virtud de la ley indefectible de las compensaciones (Degollado, según parece, tenía esta ley como un dogma sociológico), se había producido este fenómeno: los reaccionarios buscaban en Europa un protectorado, los liberales adoptaban la política de la protección americana, los agiotistas se aliaban con el clero (agio rapaz y clero prostituído, decía Degollado), los liberales proclamaban el odio á esas clases; el empleo del oro de la Iglesia en fomentar la guerra civil por parte de los reaccionarios traía siempre como consecuencia los atentados á la propiedad en el campo adversario. De todo ello ha resultado una situación tremenda en que el combate comienza en el corazón de la familia misma y sube por grados hasta estallar en el campo de batalla; y todo á compás del saqueo, del odio, del exterminio que van dejando como huellas las tropas contendientes al pasar, mientras las pasiones políticas llevan á la nacionalidad, como ebrias, al fondo del abismo.

☪ De todo ello infería el general en jefe la necesidad de disponer del dinero confiado al honor del ejército reformista, y concluía su gran monólogo ante el público ideal de la Historia, con estos párrafos patéticos: «¿Quién engaña á su propia conciencia? ¿Quién no ha pensado, en sus conferencias con Dios y con la Posteridad, lo que importa un hecho semejante? (Se refiere á la ingente tentación causada por la circunstancia de tener en su poder los caudales de la conducta y á la vista LA EXTINCIÓN DE LA DISCIPLINA, DE LA UNIDAD Y DE LA REPRESENTACIÓN DE LA LEY EN UN CAOS DE SANGRE, DE DESESPERACIÓN Y DE EXTERMINIO; es decir, el remedio y la enfermedad.) Yo todo lo había dado á mi Patria, me había reservado... un nombre puro para legarlo á mis hijos... La necesidad vino, sin embargo, á llamar á mi puerta, pidiéndome, en nombre de mi causa, mi reputación para entregarla al escarnio y á la maledicencia, y yo, después de una agonía horrible, maté mi nombre, me cerré el porvenir y me declaro reo.»

☪ El tono de esta especie de confesión pública indica la infinita tensión á que había llegado el espíritu de Degollado; es éste, permítaseme decirlo, un caso de superestesia moral, una sensibilidad enfermiza y dolorosa que presenta un profundo contraste con la sequedad reflexiva y decidida de Doblado. Éste era un político, jamás fué otra cosa; Degollado era un sacerdote. Casos como el suyo

deben de haberse presentado muchos en aquella prolongada crisis, en aquella hondísima perturbación de creencias. Pero el del general en jefe de los reformistas tenía proporciones singulares, resaltaba entre todos, era único.

☪ Educado al arrimo de la Iglesia, fué moralista, canonista, teólogo antes que revolucionario; fué á la lucha por la Reforma con el alma entera, con una fe inmensa en su ideal, sin perder un átomo de su alma religiosa. Cuando trataba de debelar el poder de la Iglesia, era porque la Iglesia había torcido el camino, equivocado el sendero y resultado infiel á la enseñanza del Cristo. El católico era él, él el canonista y el teólogo; los obispos eran los impíos; la democracia era la cristiana; la libertad religiosa era la enseñanza pura de la Iglesia, de San Justino, de Tertuliano, de los grandes apologistas de la época de los mártires; la que se oponía á la libertad era la Iglesia de la opresión, de la tiranía, de la inquisición, de los reyes siniestros de trajes negros de la Casa de Austria. La impiedad era querer atajar el avance de las ideas nuevas, la ascensión del pueblo en el ambiente caldeado por ellas.

☪ Paradoja viva, y por ello más interesante conforme se conoce más, Degollado se creía mejor católico á medida que mayor número de excomuniones lo alcanzaba y que entraba más dentro del coro de los grandes apóstatas condenados por los pontífices. Otros percibieron la contradicción entre los dogmas católicos y los dogmas constitucionales: «Todo poder emana del pueblo: Todo poder emana de Dios». — «Cada cual es libre para adorar á Dios como le plazca: Todo hombre tiene el deber de creer que la doctrina de la Iglesia católica es la única cierta, es la verdad sola». — «El Estado y la Iglesia deben vivir perfectamente separados: El Estado y la sociedad deben depender de la Iglesia en cuanto se refiere á la moral y á la religión». — «El matrimonio no es más que un contrato: El matrimonio sólo puede ser un sacramento», etc. En el alma de Degollado todas estas antinomias se resolvían en una unidad de inflamado y espléndido amor: el amor á Dios, el amor á la libertad. Podía, como el gran obispo del catolicismo norteamericano, decir ante el mundo: el Evangelio y la Constitución son los dos libros supremos de la humanidad.

☪ No tuvo, pues, lucha ni desgarramientos interiores, puesto que sus dos credos se confundían; la lucha vino y el desgarramiento y la herida mortal cuando, deprimido su espíritu como en un Getsemaní por la angustia indecible de procurar paz á su país agonizante, se le presentó, cual un cáliz de amargura, el dilema entre manchar la honra inmaculada de su vida y la necesidad de salvar la vida de la revolución.

☪ Pasado el Rubicón, adueñado de la CONDUCTA, Degollado se siente morir, desciende. Comienza por quitar á su obra la obscura y lúgubre grandeza que él mismo le había atribuido, proclamándola un crimen fatal; pactó con un grupo de los dueños del dinero depositado en su honradez, grupo representado por Mr. Mathews, el ministro británico, y devolvió, sólo á los ingleses, cerca de medio millón de pesos. Injusticia magna, como le reprochaban los mismos generales sus subordinados, que, sin motivo, establecía una distinción odiosísima y merma los recursos del ejército reformista, cuando precisamente la urgencia y la

necesidad de todos ellos cohonestaba el despojo. Luego el mando se aflojaba en sus manos; todas las operaciones que convergieron al sitio de Guadalajara le fueron extrañas, puede decirse; conservaba lejos de los sucesos su carácter de generalísimo, pero la dirección de la guerra había claramente pasado á otras manos. González Ortega, el afortunado vencedor de Peñuelas y Silao, era el personaje central de aquellos días de fiebre y acción. Cuando González Ortega, aterrorado por la enfermedad, tuvo que ceder el mando, fué Zaragoza quien subió á la primera línea. Don Santos, respetado y admirado, se perdía en el horizonte, un horizonte de Ocaso. El astro se ponía : la admirable perseverancia personificada en él, había agotado su energía con la reunión de un gran ejército reformista, al través de las grandes derrotas. Ahora era necesario saber tomar plazas, saber maniobrar frente al enemigo. Degollado en este terreno no había cometido sino desaciertos : resultaba inútil.

☪ Él no lo creía así; se sentía útil, extraordinariamente útil, no para la guerra, sino para la paz. Y cierto día, los jefes más conspicuos de los ejércitos beligerantes recibieron un plan de pacificación (sugerido, según dicen, por el encargado de negocios británico) en que por encima de los ejércitos, y de la Constitución, y de Juárez, y ¡ay! del patriotismo acaso, proponía al mismo Mr. Mathews la manera de obtener la paz, salvando la Reforma. ¡Aberración, absurdo, locura! Todo esto se ha dicho del plan de Degollado; había una gran ofuscación en su grande alma eclipsada por la sombra que la guerra, á sus ojos interminable, proyectaba sobre ella. Creía haber desertado la honradez de su vida aprobando la ocupación de la conducta en Laguna Seca, y ahora, desertor de su bandera, sacrificaba la Constitución, la legitimidad, exculpante suprema de la guerra civil, para fundar una legitimidad efímera, una Constitución sin garantía intrínseca, que estaba por venir. Según el plan de Degollado, las bases de la futura Constitución mejicana deberían ser : Primera : «La representación nacional en un congreso libremente electo». Segunda : «La libertad religiosa». Tercera : «La supremacía del Poder civil». Cuarta : «La nacionalización de los bienes llamados del clero». Quinta : «Los principios contenidos en las leyes de Reforma». Es decir, todo lo que componía el credo reformista, todo aquello por lo que se había luchado y se seguía luchando, todo aquello que sólo por la fuerza podía imponerse en una sociedad que, en su porción mayor acaso, rechazaba la Reforma, era, en concepto de esa alma enferma, el elemento pacificador por excelencia. ¿Y cuál era el talismán, el medio de obtener tamaño milagro? Uno sugerido, ya lo dijimos, por el representante británico y aceptado luego por el general muy seriamente : descartados la Constitución y Juárez, se reuniría una asamblea compuesta de los miembros del cuerpo diplomático residente en Méjico y del plenipotenciario americano, para que, de concierto con los representantes de los gobiernos de los Estados, nombrasen un presidente provisional, QUE SERÁ RECONOCIDO POR TODOS, decía el plan, y declarara que eran bases de la nueva Constitución las antes mencionadas : este presidente provisional convocaría un congreso constituyente. La intervención extranjera solicitada así, humillante así, deprimente así, nulificante así del principio de la soberanía nacional, era para Degollado el se-

creto de la paz y de la consolidación de la Reforma. Creyó manifiestamente que el estado de guerra iba á ser indefinido, que el dinero de la conducta podría ¡si acaso! asegurar la victoria inmediata del partido constitucionalista, mas no la definitiva, dados los elementos de la resistencia social; creyó evidentemente que la prolongación de la lucha traería como ineluctable resultado la intervención extranjera, la de los unos por simpatías hacia el partido reaccionario, la de los más, por odio á la anarquía y por la necesidad de defender los intereses de sus nacionales y de poner LAS CONDUCTAS fuera del alcance de los bandidos y de los gobiernos que como tales se conducían. El medio de evitar la intervención armada, pensaba Degollado, era ir hacia ella sin vacilar y llamarla en la forma diplomática y complicarla en la obra de la Reforma, suprimiendo la manzana de la discordia, la Constitución y Juárez. Los sucesos han demostrado la verdad y la justicia de sus temores y la inanidad del remedio propuesto. Lo seguro iba á ser que los diplomáticos no aceptarían (como resultó, si es que el plan llegó á tomarse por ellos en consideración) el convertirse en instrumento de los reformistas, juntando el prestigio de las naciones que representaban, para escribir un tratado de paz civil bajo el dictado del generalísimo reformista.

☪ Los reaccionarios apartaron desdeñosamente el plan con la punta de la espada y Márquez entró con un ejército nuevo en campaña para salvar á Guadalajara; los diplomáticos no rompieron el silencio; lo rompieron, mejor dicho, por boca del embajador español Pacheco, recién llegado á Méjico y que dejaba oír al general Miramón consejos de paz en nombre de la clemencia maternal de Isabel II, y entusiastas aplausos por los principios conservadores. Entre los jefes liberales la sorpresa, la indignación, el dolor formaron un concierto unísono. La carta de Doblado se distingue entre todas por la elocuencia de acero de su indomable lógica. El gobierno de Veracruz habló como un juez, separó á Degollado del mando y le previno que se presentara ante el tribunal que debía procesarlo; era un caso extraordinario de deserción que constituía un delito, más que contra la ordenanza, contra la moral cívica.

☪ Con una especie de fiebre de asumir responsabilidades y de presentarse sin defensa ante la posteridad, el general Degollado abandonó el ejército con un adiós desgarrador. Había muerto como caudillo; no quedaba más que el hombre : el hombre crecía en el sacrificio como un personaje de la tragedia antigua.

☪ ¡Quién no lo sabe! Capturado como un simple particular en una de las postreras convulsiones de la guerra, presenció el triunfo de su ejército, y ese triunfo, inesperadamente, lo envolvió en una ráfaga de ovación y gloria; luego se presentó como un espectro, como un superviviente ante sus jueces, y comenzó otra pasión para él... Fué rápida : al conocer el impío asesinato de Ocampo, su ídolo humano, tan lejano de él en ideas, tan cercano en latidos del corazón, se dirigió á la representación nacional y, con una de esas deprecaciones de patética vehemencia en que parecía que el alma hablaba por sí misma sin necesidad ni de labios ni de voz, pidió que se le concediera evadirse momentáneamente de su prisión legal para vengar á Ocampo ó para morir al pie de su cadalso. El Congreso inclinó la cabeza ante aquella abnegación que no se desmentía nunca, que se im-

ponía al respeto de todos, y, comprendiendo casi aquella necesidad de muerte para levantarse definitivamente de la tumba y recobrar su puesto en la historia, lo dejó partir, lo dejó morir. El Cristo de la Reforma, como la voz de los tribunos-poetas lo llamó entonces, obtuvo con su crucifixión el sobreseimiento de su causa. Márquez, el verdugo sin remordimiento, el verdugo inmortal, se había encargado de demostrar la vitalidad de la Reforma con un martirologio excelso.

☪ Me ha retenido esta figura fascinadora de Degollado, más que como historiador como psicólogo, iba á decir como artista; al reanudar estas fugaces narraciones, ya su acción aparente apenas se hace sentir; desde aquí, desde la posteridad la podemos medir mejor, pesar mejor, glorificar mejor.



☪ Cuando Degollado, enfermo del espíritu, prefería la paz en la Patria á la paz en su conciencia y enviaba al campamento reformista su extraño plan, en el sitio de Guadalajara, las formalidades de costumbre (intimaciones, entrevistas para llegar á arreglos imposibles) habían concluído y el cañón tenía la palabra. El sitio comenzado en los postreros días de Septiembre terminó de hecho al concluir Octubre. La defensa había sido habilísimamente preparada; para hacerse de recursos el general Castillo, hombre de ciencia y experiencia consumadas, no tuvo escrúpulo alguno, ni siquiera el de no despojar sistemáticamente los templos hasta dejar desnudas las imágenes: todo se vendía ó se acuñaba en la casa de moneda; si hubiera encontrado el medio de convertir al cabildo de Guadalajara en dinero, Castillo no habría vacilado. Con la feroz energía de los sectarios en las luchas de religión, combatió con un brío y tesón que parecían centuplicarse á medida que el asedio avanzaba y el cerco se hacía más estrecho. Sus tropas, que no llegaban á cinco mil hombres, ó eran de línea, avezadas á la estricta disciplina del combate, ó eran voluntarias como el heroico batallón Blancarte formado por los artesanos de la ciudad, que, profundamente fanatizados por el odio religioso á LOS PUROS (que en realidad eran en Guadalajara la aristocracia intelectual, la famosa FALANGE), preferían la muerte á la victoria de los ENEMIGOS DE CRISTO.

☪ De hecho, el joven fronterizo Zaragoza estaba al frente del ejército, porque González Ortega, peligrosamente enfermo, no podía poner en ejercicio sus facultades de general en jefe. Más peligroso era el estado de ánimo del popular caudillo; se acercaba bastante al de Degollado: González Ortega era un romántico, gustaba de la política sentimental que suele probar maravillosamente en las supremas crisis, pero que, convertida en sistema, es nuncio de reblandecimientos y decadencias. Y lo mismo en González Ortega que en Degollado, esto provenía de la terrible vibración de la guerra que ponía en conmoción todo lo que puede haber de instintos de piedad en los hombres bondadosos; era mucho, era demasiado, un pueblo se desangraba por ideas que apenas sentía... De ahí la facilidad con que el general en jefe reformista hacía concesiones á Castillo en la conferencia

que con él celebró, que dejaron estupefactos á los luchadores no románticos, sino realistas; éstos, que veían muy descarnada y precisa la realidad, pensaban que para hacer la paz era preciso sentenciar á muerte á la guerra. De este temple férreo eran Zaragoza, Ogazón, Valle. «Hagamos á un lado á Juárez, decía González Ortega; yo me comprometo á que este ilustre ciudadano renuncie.» ¿Pero quién reemplazaba á Juárez? El designado por la Constitución, decía González Ortega. ¡La Constitución no designaba á nadie! El caudillo reformista no la habla leído probablemente, no conocía más que las leyes de Reforma. Afortunadamente, Castillo creyó que el sacrificio de Juárez no era bastante, y allí terminó todo y habló el cañón.

☪ Pero la alta prensa liberal tronó como el cañón, y en Morelia Justo Mendoza lanzó en su periódico una advertencia tan justa y tan severa á los que iban en busca de transacciones, que, á pesar del incesante rumor de la artillería, se oyó en Guadalajara.

☪ Veinte mil hombres y veinticinco piezas de artillería ceñían la ciudad con un cingulo de hierro y fuego. Hubo episodios pavorosos, otros heroicos; la población, enloquecida de dolor y de miedo, exhalaba un gran lamento dantesco. ¿Dónde estaba la trompeta del ángel, que no hacía oír en el cielo UN BASTA YA? No había más trompetas que las de los batallones de Zaragoza; las de Castillo estaban mudas; cada noche se esperaba en vela el gran asalto, la muerte de la ciudad... Al cabo del mes vino el asalto; ya la defensa estaba quebrantada; las casas, con las horadaciones, las explosiones y el huracán de plomo que las acribillaba, parecían grandes esqueletos desmoronados. Era el momento. Márquez se acercaba con un ejército de auxilio. Zaragoza emprendió el asalto; en todas las fortificaciones conventuales, en todos los parapetos, en las calles, en las azoteas, en los fosos, dentro y fuera de las habitaciones, por donde quiera se combatió en interminable combate. Aquello empezó á espantar á los defensores, que sabían que se acercaba Márquez, que un día más podía ser su salvación, pero que sentían el aliento del dragón de acero que los estrangulaba y los trituraba... Duró la brega más de dos días; por fin los morteros de Ogazón funcionaron; las enormes esferas de hierro empezaron á surcar el cielo de la ciudad; el incendio, el derrumbe, el aplastamiento venían con ellas. A la segunda ó tercera bomba, la plaza tocó á parlamento...

☪ Ya era tiempo, Márquez estaba encima; Zaragoza propuso condiciones honrosas á los sitiados, que éstos se apresuraron á aceptar; no importaba que los intransigentes creyesen que aquellas concesiones eran excesivas; lo que importaba era inutilizar á Guadalajara paralizándola con la capitulación, é ir sobre Márquez. Esta fiera astuta sintió sobre sí á todo el ejército liberal; intentó ganar tiempo con parlamentos; Zaragoza fué inflexible. Márquez entonces abandonó su columna y huyó á mata caballo. Siete años después había de repetirse casi punto por punto esta misma historia; fué el epílogo del 2 de Abril de 1867.



Ⓒ El mes de Noviembre de 1860 se pasó en los preparativos del duelo supremo; se creía en la posibilidad de un sitio de Méjico, para dar lugar á la intervención pacificadora de los ministros extranjeros; aunque Miramón, cuando capturó en Toluca á la primera división del ejército constitucionalista y con ella á D. Santos Degollado, que, mientras se le abría proceso, andaba de acompañante del general Berriozábal, afirmó que en el equipaje del ex-generalísimo reformista había hallado todo un plan de ataque de Méjico, de puño y letra del encargado británico. Pero afrontar un sitio en Méjico, deshecho el cuerpo de Márquez y Castillo, que precisamente habrían debido reunirse en Guadalajara para reconcentrarse luego en la capital operando como ejército auxiliar, era una insensatez, era hacer sufrir inútilmente á la capital. Ni esto cuadraba con el carácter impetuoso de Miramón, amigo de jugar el todo por el todo; descendiente de hidalgos franceses y españoles, era jugador de raza.

Ⓒ Oficiales tenía; soldados, en el sentido militar del vocablo, pocos ya; los veteranos del ejército santanista que lo habían acompañado en Salamanca, Ahualulco, San Joaquín, La Estancia y en los dos sitios de Veracruz, habían regado su sangre y sus huesos desde las playas del Pacífico hasta las del Golfo. Muchos, siguiendo á sus jefes, habían desertado, porque la hora de las defecciones había sonado ya. Necesitaba soldados el dictador de Méjico y Puebla, necesitaba dinero por ende. En una casa inglesa y bajo el sello de la legación había un depósito de más de seiscientos mil pesos, destinados á los tenedores de bonos de nuestra deuda con Inglaterra. Nada más peligroso, más ocasionado á desastres nacionales mayúsculos que un conflicto con Inglaterra: esto no importaba. Miramón pensaba como alguna vez pensaron los reformistas en Veracruz cuando invocaron el auxilio americano contra la flotilla semi-española de Marín: primero es vivir. Además, la mala voluntad de los reactivos contra Inglaterra era manifiesta, y atropellar la legación, aprovechar el dinero y dejar á Juárez la responsabilidad pecuniaria del acto, era un buen plan, era diabólico. Obra siniestra, luego Márquez debía ejecutarla; Márquez la ejecutó. Y en este plan, á pesar del fin político, había un grave delito común, porque los reaccionarios no tenían ni remota esperanza de resarcir el dinero sustraído; lo contrario de lo que había pasado con la ocupación de la conducta en Laguna Seca: el gobierno liberal sí sabía que podía devolver el dinero. Pero tiempo hacía que el gobierno reactor demostraba con sus actos que no creía en su duración. Un año antes del asalto á los fondos ingleses, el préstamo negociado por el Gobierno reactor con la casa fallida de Jecker (que desde el tiempo de Comonfort hacía negocios bizcos con el Gobierno mejicano para el deslinde de terrenos de Sonora) y que, con el aparato de una emisión de bonos no llegó á un millón en efectivo, demostraba, por modo clarísimo, que se trataba de comprometer el porvenir, con la seguridad de que el porvenir estaría á cargo de otros.

Ⓒ El resultado fué que Miramón pudo salir con un ejército mandado por la flor y nata de la oficialidad reaccionaria al encuentro del ejército de González Ortega, dos veces superior en número, pero diez veces inferior en calidad, decían los conocedores. La verdad es que aquellas tropas reformistas estaban ya, en sus

núcleos orgánicos, terriblemente fogueadas y que, derrotadas casi siempre en 58 y 59, ya en 1860 habían aprendido á batirse en fuerza de hacerlo; las instrucciones de Uruga, de Leandro Valle, del general Álvarez que, recobrado de sus males, había vuelto á entrar en campaña cuando se aproximaba el acto final de aquel grandioso drama, seguidas con bastante escrupulosidad, según parece, en los campamentos que marcaban las etapas de la marcha de Guadalajara á Méjico, hacían capaz á la infantería de movimientos tácticos precisos que, ejecutados en el campo de batalla, podían transformar en minutos las condiciones de la lucha.

☪ Sea lo que fuere, Miramón marchó derecho sobre su adversario; ésta era su estrategia y, respetando naturalmente las proporciones, era la del primer hombre de guerra del siglo pasado. Romper la unidad del adversario metiéndose inopinadamente en él como una bayoneta de acero en plena carne y plena sangre, era su táctica toda y á preparar esta situación convergía toda su estrategia, ya lo dijimos antes; pero lo que no sabía y en donde le hacía falta la genialidad que en Napoleón desbordaba, era en convertir una derrota en victoria, en sacar del descuido y la debilidad de los vencedores la sugestión de un triunfo. Esa fué su historia en Silao y Calpulalpam. Los oficiales facultativos como Valle, como Álvarez, presentaron á Zaragoza sus planes de guerra; el de Álvarez fué aceptado con modificaciones, y de los documentos que se han publicado resulta que fué muy acertado y previsor. González Ortega, que se había sobrepuesto ya á su tenaz enfermedad, llegó al campo de operaciones en vísperas casi del desenlace, lleno de deseos de batallar, de esa especie de entusiasmo de inspirado que se difundía en corrientes magnéticas en la tropa.

☪ Si los excelentes generales que Miramón traía consigo, Márquez, Vélez, Cobos, hubieran logrado una victoria, ésta habría sido efímera. Surcando el país venían del Oriente, del Sur, del Norte masas de nuevos combatientes que habrían acabado por aplastar á la reacción en su nido. Después de la campaña de Oajaca, duramente laboriosa entre la derrota del coronel Ignacio Mejía en Teotitlán y la victoria de Las Sedas, que tuvo por consecuencia la toma de Oajaca en Agosto de ese año fatal á la reacción, los batallones oajaqueños, que ya no iban á salir del primer término de nuestra historia militar, venían á las órdenes de Ampudia á reforzar el ejército principal. En sus filas combatían los hermanos Porfirio y Félix Díaz; éste tuvo oportunidad de recoger algunos centenares de fugitivos de Calpulalpam.

☪ La victoria fué completa; no quedaron más que grupos en fuga; uno de ellos estaba formado por los corifeos de la reacción. Algunos se eclipsaron, otros partieron en distintas direcciones á continuar la guerra civil. El joven PRESIDENTE del día anterior dejaba de serlo de un solo golpe; era, con ese título, el jefe de una fuerza militar; disuelta ésta, su caudillaje cesaba. Antes de partir lo puso en conocimiento de los ministros extranjeros, es decir, de D. Joaquín Francisco Pacheco, que hacía poco le había presentado sus credenciales con inaudita falta de cordura, y de M. Dubois de Saligny, que era el representante de Francia, llegado en esos días y que prudentemente se había reservado las suyas. En seguida diri-

gió una carta á Leandro Valle, su íntimo amigo de colegio, recomendándole á su familia, y se marchó; tornó á poco y al fin pudo hallar un escondite en Veracruz, en la casa española de VILLA HERMANOS; á principios de Enero logró embarcarse en un buque de guerra español. Con Miramón perdió la reacción su penacho y su yelmo caballeresco; después de él, se vuelve un cuerpo obscuro que se mueve en los vericuetos en que se asesina, y se cuelga, y se saquea, y se incendia, ó en los conciliábulos de ilusos en que se conspira, para disolverse al fin en la intervención francesa, cuyo primer acto político fué hacerla á un lado para siempre. Porque lo que murió en Querétaro no fué la reacción, no fué la tentativa de mantener clases privilegiadas é Iglesia católica dominante, sino el empeño imposible de amalgamar la Reforma con la monarquía. La reacción expiró en Calpulalpan. Luego vinieron los trabajos hercúleos de organizar la Reforma triunfante; lo que precipitó esta evolución fué la Intervención, fué el Imperio.



☪ Pasada la batalla, entró un gran anhelo de generosidad en el espíritu de González Ortega. Al día siguiente se le presentaron los dos ministros extranjeros antes mencionados, un oficial reaccionario de correctísimo porte y otro reformista, cautivo de los reactores á la sazón. Llevaban al vencedor una sugestión de perdón y de paz : LA AMNISTÍA. Se encerraron con el general en jefe, fueron muy elocuentes, acaso tenían razón; las amnistías suelen ser acertadísimos actos políticos cuando se ejecutan al siguiente día de una victoria. Parece, y es perfectamente creíble, que González Ortega estaba á punto de ceder : lo que sucedió inmediatamente después lo comprueba, Pacheco lo afirma. Los generales reformistas no estaban de acuerdo con el perdón; y ciertamente había hombres imperdonables, uno al menos. La sangrienta guerra había depositado una levadura de venganza, de rencor, de fe en el castigo, de fiebre de justicia inflexible en aquellos corazones, y eso producía una especie de necesidad de negar la amnistía; NO PERDONAR era el pan cotidiano de aquellas almas heridas; NO OLVIDAR (amnistía quiere decir olvido) era para quienes habían hecho la ruda campaña de los tres años una obligación sagrada.

☪ Haciendo á un lado la disciplina y el respeto, los generales se introdujeron al lugar donde se verificaban las conferencias é hicieron volver sobre sí al general en jefe; bastóles recordarle que el Gobierno había prohibido que se hicieran concesiones del género de la que proponían Pacheco y Saligny, y allí acabó todo... Pacheco encontraba en este acto de escasa disciplina, pero de enorme trascendencia, una coyuntura para maldecir de la democracia, con lo que decía un famoso disparate, porque no hay historia de aristocracia en que no abunden hechos de ese género.

☪ Pocos días después, entre vítores y aclamaciones sin fin, el sucio y descalzo ejército de la Reforma, sólo regularmente vestido en grupos contados, sólo uniformado y armado en regla en grupos bien escasos, hizo su entrada triunfal en

Méjico. El aire poblado de vivas, de notas musicales desmenuzadas por el incesante clamor de las campanas, se llenaba de flores, de ondulaciones de flámulas y banderas; la figura extraordinariamente simpática de González Ortega, su acción con Degollado (á quien había hecho bajar de un balcón para transferirle todos los honores que á él venían espontáneos, ardorosos, llenos de regocijo de parte de muchos, de inquietud, de congoja, de esperanza en la clemencia, en la bondad del joven caudillo de parte de los más), imantaba el espíritu de aquellas multitudes delirantes; él sabía decir las grandes frases sonoras que parecen orear como vientos frescos la sangre de los campos de batalla y cicatrizar heridas envenenadas por las bregas interminables y por los odios de ideas que son inexpiables.

⌚ Ya estaban en Méjico presenciando aquella formidable expresión de inesperado entusiasmo algunos ministros venidos de Veracruz; Ocampo, con su cara lampiña, abierta por la sonrisa de los ojos y el pliegue un tanto irónico de los labios bondadosos y sensuales, era el más popular; Lerdo de Tejada, serio, frío, blanco como el papel, llena la mirada de inteligencia y previsión, menos querido, pero más respetado entre los reformistas que su colega y émulo Ocampo, habían precedido á Juárez.

⌚ Por fin llegó éste; el entusiasmo con que fué saludado fué grande, no tanto como en el día de González Ortega; había en el entusiasmo más de oficial, de obligatorio. Algo lo cohibía; Juárez, con su impenetrable rostro obscuro, su mirada rarísima vez endulzada bajo las dos alas de cuervo de sus cejas densas, era un enigma para muchos; y no, no era un enigma, era la ley; para traducir en palabras la expresión de ese rostro no había más que abrir el código de la Reforma.

⌚ — Sí, pero es un indio...

⌚ — Pues porque es un indio — contestó el porvenir.